# WILLIAM GIBSON



# CONDE CERO

Lectulandia

Enviaron un sabueso explosivo en busca de Turner por Nueva Delhi, cargado con sus feromonas y el color de su pelo.

Las zaibatsu Biolaboratorios Maas y Hosaka se enfrentan por la dominación mundial, mientras mercenarios como Turner o vaqueros del ciberespacio como el Conde Cero no son más que peones de un juego que escapa a su comprensión: útiles, pero prescindibles en última instancia.

Cuando Turner despierta en México con un nuevo cuerpo y junto a una mujer bonita, sus jefes corporativos le dejan recuperarse durante un tiempo para luego reactivar su memoria y hacer que lleve a cabo una misión aún más peligrosa que la que estuvo a punto de matarlo. El diseñador jefe de Biolaboratorios Maas dice que quiere desertar a Hosaka, y el trabajo de Turner es que lo consiga sano y salvo.

Conde Cero es un contrabandista de datos del extrarradio, y no está preparado para lo que le ocurre cuando la deserción del diseñador hace estallar una guerra en el ciberespacio. Se ve rodeado por dioses vudú de la red y ángeles de los programas, y su única esperanza es que las megacorporaciones y los superricos estén muy ocupados en el mundo virtual, tanto como para no percatarse del pirata informático novato con ese equipo del mercado negro que intenta sobrevivir a toda costa…

William Gibson

# Conde Cero

## Sprawl - 2

**ePub r1.0**
**Watcher** 06-06-2023

Título original: *Count Zero*
William Gibson, 1986
Traducción: David Tejera Expósito

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1

*Para mi D.*

*Quiero hacer contigo*
*lo que la primavera*
*hace con los cerezos.*

Pablo Neruda

INTERRUPCIÓN DE CUENTA A CERO[1]:

Al registrar una interrupción, el contador se vuelve a poner a cero.

# 1
# Un arma bien engrasada

Enviaron un sabueso explosivo en busca de Turner por Nueva Delhi, cargado con sus feromonas y el color de su pelo. Se topó con él en una calle llamada Chandni Chawk y persiguió su BMW alquilado haciendo zigzags mientras se abría paso por un bosque de piernas marrones y desnudas y ruedas de bicitaxis. Albergaba en su interior un kilogramo de hexógeno recristalizado y láminas de TNT.

No se lo esperaba. Lo último que vio de la India fue la fachada rosada de estuco de un lugar llamado Hotel Khush-Dil.

Había conseguido un contrato ventajoso porque tenía un buen agente. Y estaba en Singapur una hora después de la explosión gracias a ese contrato. La mayor parte de él, al menos. Al cirujano holandés le gustaba bromear sobre ese porcentaje indeterminado de Turner que no había conseguido salir del Palam International en ese primer vuelo y había tenido que pasar la noche allí, dentro de una cuba de soporte vital.

El Holandés y su equipo habían tardado unos tres meses en recomponer a Turner. Clonaron un metro cuadrado de piel para él, la cultivaron en planchas de colágeno y polisacáridos de cartílagos de tiburón. Compraron los ojos y los genitales en el mercado libre. Los ojos eran verdes.

Pasó la mayor parte de esos tres meses en una creación simestim generada por ROM de una infancia en una Nueva Inglaterra idealizada del siglo anterior. Las visitas del Holandés eran sueños de amaneceres grises, pesadillas que se desvanecían a medida que el cielo se iluminaba al otro lado de la ventana de su dormitorio en el segundo piso. Era un lugar en el que se olía el aroma de las lilas a altas horas de la noche. Leía a Conan Doyle a la luz de una bombilla de sesenta vatios cubierta por una pantalla apergaminada impresa con ilustraciones de veleros clíperes. Se masturbaba entre el olor de sábanas de algodón limpias mientras pensaba en animadoras. El Holandés abrió una puerta de la parte de atrás de su cerebro y entró para hacerle

preguntas, pero la madre de Turner lo llamaba por las mañanas para desayunar cereales, huevos con beicon y café con leche y azúcar.

Y una mañana se despertó en una cama extraña, y el Holandés estaba junto a una ventana por la que se derramaba un verde tropical y los rayos que atravesaban el cristal e inundaban la habitación dañaban la vista.

—Ya puedes volver a casa, Turner. Hemos terminado contigo. Te hemos dejado como nuevo.

Estaba como nuevo, aunque desconocía el significado exacto de la expresión. Tomó los enseres que le dio el Holandés y voló lejos de Singapur. Su hogar era el siguiente Hyatt de aeropuerto en el que se hospedase.

Y luego el siguiente. Como siempre.

Voló. Su chip de crédito era un rectángulo negro y espejado de bordes dorados. Las personas que había detrás de los mostradores le sonreían al verlo y asentían. Después se abrían puertas que se cerraban detrás de él. Ruedas que chirriaban en el ferrocemento y bebidas, y la cena estaba servida.

En Heathrow, una masa ingente de recuerdos se desprendió de esa cúpula blanca que era el cielo del aeropuerto y cayó sobre él. Vomitó en un bote de plástico azul sin detenerse. Cambió el billete cuando llegó al mostrador que había al final del pasillo.

Voló a México.

Y lo despertó el traqueteo de cubos de acero contra el embaldosado, el roce húmedo de las escobas, el cuerpo cálido de una mujer contra el suyo.

La estancia era una cueva alta. El yeso blanco y desnudo hacía que el sonido reverberase con demasiada facilidad; también se percibía de fondo el rumor de la marea, ahogado por el estrépito matutino de las limpiadoras en el patio. Las sábanas que aferraba eran de cambray áspero, suavizado después de lavarlo en innumerables ocasiones.

Recordó un haz de luz del sol a través de un enorme ventanal tintado. Un bar de aeropuerto, Puerto Vallarta. Había tenido que caminar veinte metros después de salir del avión, con los ojos entrecerrados para evitar la luz. Recordó un murciélago muerto aplastado como una hoja seca en el hormigón de la pista.

Recordó que había subido a un autobús, y luego una carretera de montaña y el hedor de la combustión interna; los rebordes del parabrisas, cubiertos por

estampas holográficas de santos de colores azul o rosado. En vez de prestarle atención al paisaje escarpado, se centró en una esfera de metacrilato rosa y en la danza nerviosa del mercurio en su centro. El pomo que coronaba el acero doblado que hacía las veces de palanca de cambios era un poco mayor que una pelota de béisbol. Lo habían modelado con la forma de una araña agazapada de vidrio, hueca y llena hasta la mitad de mercurio, que salpicaba y se deslizaba cada vez que el conductor tomaba una de las curvas serpenteantes o se agitaba y temblaba con las rectas. El pomo era absurdo, artesanal y siniestro. Esa era la manera que tenía México de darle la bienvenida.

Entre la docena de microsofts que le había dado el Holandés, había uno que le permitiría hablar el idioma del país con fluidez. Pero una vez en Vallarta había extendido la mano hacia la parte trasera de su oreja izquierda e insertado una tapa antipolvo con la que ocultar el puerto. Después había cubierto tapa y puerto con un cuadrado de cinta microporosa de la tonalidad de su piel. Uno de los pasajeros que se acomodaban en la parte trasera del autobús llevaba una radio, y una voz interrumpía de manera periódica la estridente música pop para recitar una especie de letanía, cifras de diez dígitos, los números ganadores del sorteo diario de la lotería nacional.

La mujer que se encontraba junto a él en la cama se agitó en sueños.

Se incorporó sobre un codo para mirarla. Tenía la cara de una extranjera, pero no esa a la que lo había acostumbrado su vida en los hoteles. Esa que consistía en una belleza rutinaria propia de la cirugía opcional y del implacable darwinismo de la moda, un arquetipo que parecía haber salido del mismo molde que los rostros de las grandes celebridades de los últimos cinco años.

Su mandíbula tenía un aire como del Medio Oeste, algo chapada a la antigua y decididamente estadounidense. Una tela azul y arrugada le cubría las caderas, y la luz del sol que penetraba a través de los listones de madera proyectaba unas franjas doradas en sus largos muslos. Los rostros con los que él se despertaba en los hoteles de todo el mundo eran como los adornos del capó de Dios. Rostros de mujer adormilados, idénticos y solitarios, mujeres desnudas que se encaminaban directas hacia el vacío. Pero aquel era diferente. Tenía un significado intrínseco. Un significado y un nombre.

Se sentó en la cama y dejó las piernas colgando. Notó arena de playa en los talones al apoyar los pies en las baldosas frías. Flotaba en el ambiente un olor a insecticida tenue pero penetrante. Se puso en pie, desnudo y abotargado. Movió un poco las piernas. Caminó y probó a abrir las dos

primeras puertas, donde encontró azulejos blancos, más yeso blanco y la protuberante alcachofa de cromo de la ducha, que colgaba de una tubería de acero herrumbrosa. De los grifos del lavabo salían sendos chorros de agua tibia como la sangre. Había un antiguo reloj junto a un vaso de plástico, un Rolex mecánico con una correa de cuero blanquecino.

Las ventanas de postigo del baño no tenían cristales; en vez de eso, las recubría una malla de plástico fina y verde. Echó un vistazo al exterior entre los listones de madera, entornó los ojos a causa de la reluciente y calurosa luz del sol y vio una fuente seca de baldosas estampadas de flores y los restos oxidados de un Volkswagen Rabbit.

Allison. Se llamaba Allison.

Llevaba unos pantalones cortos y raídos de color caqui y una de sus camisetas blancas. Tenía las piernas muy morenas. El Rolex mecánico, con esa carcasa mate de acero inoxidable, le rodeaba la muñeca izquierda con la correa de piel de cerdo. Siguieron caminando y doblaron la curva de la playa en dirección a Barra de Navidad. Recorrieron la franja estrecha de arena húmeda y compacta que se extendía por encima de la línea de costa.

Habían tenido una historia juntos. Recordaba haberla visto en un puesto esa mañana, en el pequeño mercado de techo metálico del pueblo, recordaba cómo sostenía con ambas manos la enorme jarra de barro con café. Huevos pochados con salsa sobre una tortilla de maíz en platos blancos y resquebrajados, moscas que volaban en círculos alrededor de haces de luz que atravesaban las hojas de palmera y el revestimiento de metal corrugado. Le dijo que trabajaba en un bufete de abogados de Los Ángeles y que vivía sola en las aldeas flotantes de las afueras de Redondo. Él le contó que trabajaba en recursos humanos.

—Puede que ande buscando otro oficio.

Pero la conversación era algo secundario para ellos. Un rabihorcado que planeaba en las alturas contra el tenue viento viró a un lado, giró y luego desapareció. Ambos se estremecieron al contemplar su libertad, cómo planeaba impasible. Ella le apretó la mano.

Una figura azul apareció en la playa, de camino hacia donde se encontraban ellos. Era un policía militar que se dirigía al pueblo, con botas negras y lustrosas de aspecto irreal recortadas contra el tenue resplandor de la playa. El hombre pasó junto a ellos, un rostro oscuro e inmóvil detrás de unas

gafas espejadas, y Turner se fijó en la carabina láser de Steiner-Optic con mirilla Fabrique Nationale.

Turner había sido soldado por derecho propio durante la mayor parte de su vida adulta, aunque nunca había llevado uniforme. Un mercenario contratado por grandes corporaciones que libraban una guerra soterrada por el control de economías enteras. Se había especializado en la extracción de altos ejecutivos y personal de investigación. Las multinacionales para las que trabajaba jamás admitirían la existencia de personas como Turner…

—Anoche te bebiste todas las botellas que había en Herradura —dijo ella.

Él asintió. Notó la mano de la mujer caliente y seca entre la suya. Vio cómo extendía los dedos con cada paso; sus uñas pintadas con esmalte rosado y reluciente, ya resquebrajado.

Vio los cachones de las olas al romper, de bordes transparentes como vidrio verde.

El agua roció la piel bronceada de la mujer.

La vida dio paso a un patrón muy sencillo después de pasar el primer día juntos. Desayunaron en el mercado, en un puesto que tenía un mostrador de hormigón desgastado y suave como mármol pulido. Pasaron la mañana nadando hasta que el sol los obligó a regresar al frescor de la habitación cerrada del hotel, donde hicieron el amor bajo las lentas aspas de madera del ventilador del techo. Después durmieron. Por la tarde, exploraron el laberinto de calles estrechas que había detrás de la avenida o fueron de paseo por las colinas. Cenaron en restaurantes cerca de la orilla de la playa y bebieron en los patios de los hoteles blancos. La luz de la luna rielaba en las crestas de las olas.

Y, poco a poco, sin palabras, le enseñó una pasión desconocida. Él estaba acostumbrado al tipo de servicio anónimo que desempeñaban unos profesionales competentes. Ahora, en esa cueva blanca, se arrodilló en el embaldosado. Agachó la cabeza, la lamió, sal del Pacífico mezclada con la humedad de la mujer, la cara interna de los muslos fría contra las mejillas de Turner. Palmas que se aferraban a sus caderas, la agarró, la levantó como un cáliz, con los labios muy apretados contra ella, mientras la lengua buscaba el epicentro, el punto, la frecuencia que la hiciese sentir como en casa. Y luego, con una sonrisa, montó, entró e hizo lo propio.

A veces hablaban después, largas espirales de historias inconcretas que giraban hasta confundirse con el sonido del mar. Ella decía poco, pero él

aprendía con cada una de sus palabras y ella siempre lo apoyaba. Y lo escuchaba.

Pasó una semana. Luego, otra. Despertó el último día que iban a pasar juntos en la misma habitación fría, a su lado. Mientras desayunaban, le dio la impresión de que había algo diferente en ella, una tensión.

Tomaron el sol y nadaron, y la familiaridad de la cama le hizo olvidar las tenues punzadas de la ansiedad.

Por la tarde, ella le sugirió que dieran un paseo por la playa, en dirección a Barra, el camino por el que habían ido aquella primera mañana.

Turner se quitó la tapa antipolvo del puerto que tenía detrás de una oreja e insertó la esquirla de un microsoft. La estructura del idioma se extendió por su mente como una torre de cristal, puertas invisibles ancladas al presente, al futuro, al condicional y al pretérito perfecto simple. La dejó en la habitación, cruzó la avenida y se dirigió al mercado. Compró una cesta de mimbre, latas de cerveza fría, bocadillos y fruta. También le compró unas gafas de sol nuevas al vendedor de la avenida mientras regresaba.

Tenía un moreno oscuro y uniforme. Los remiendos angulosos que le habían dejado los injertos del Holandés habían desaparecido, y ella lo había ayudado a percibir la uniformidad que tenía ahora su cuerpo. Por las mañanas, cuando miraba los ojos verdes en el espejo del baño, eran los suyos; y el Holandés ya no atribulaba sus sueños con chistes malos y toses secas. A veces recordaba retazos de la India, un país que apenas conocía, esquirlas relucientes, Chandni Chawk, el olor a tierra y a pan frito…

Las paredes del hotel en ruinas se encontraban a un cuarto de camino que bajaba en dirección al arco de la bahía. La marea solía arreciar allí: cada ola era como una explosión.

Ella lo arrastraba ahora hacia el agua, y algo había cambiado en las comisuras de sus ojos, había cierta tensión en ellos. Las gaviotas se dispersaban a su paso mientras ellos avanzaban agarrados de la mano por la playa para contemplar las sombras proyectadas por las entradas vacías. La arena había menguado, y la fachada de la estructura había terminado por derrumbarse; sin paredes, el suelo de los tres pisos colgaba como enormes tejas de torcidos y oxidados tendones de acero de un dedo de grosor, todos cubiertos de baldosas de patrones y colores diferentes.

Unas conchas marinas formaban sobre uno de los arcos de hormigón el texto HOTEL PLAYA DEL M con unas letras mayúsculas de caligrafía infantil.

—«Del mar» —aventuró él para completar el nombre, a pesar de que ya se había quitado el microsoft del puerto.

—Se acabó —dijo ella, que cruzó el arco en dirección a las sombras.

—¿Qué es lo que se acabó? —preguntó él mientras la cesta de mimbre rebotaba contra su cadera. La arena estaba fría y seca, y se le deslizaba entre los dedos de los pies.

—Se acabó. Está acabado. Este lugar. No hay tiempo. Aquí no hay tiempo. No hay futuro.

La miró y centró la vista detrás de ella, donde dos somieres oxidados se enmarañaban en el cruce de dos paredes derruidas.

—Huele a orín —observó él—. Vamos a nadar.

El mar se llevó el frío, pero ahora había algo que se interponía entre ellos, distanciados. Se sentaron en una manta de la habitación de Turner y comieron en silencio. Las sombras de las ruinas se alargaron. El viento agitó el pelo bañado por el sol de la mujer.

—Me recuerdas a los caballos —dijo él, al fin.

—Bueno —respondió ella, que parecía hablar desde la más absoluta extenuación—. Se extinguieron hace solo treinta años.

—No —repuso él—. Al pelo. Al pelo de sus cuellos cuando trotan.

—Las crines, quieres decir las crines —corrigió ella, y aparecieron lágrimas en sus ojos—. Que más dará. —Empezó a agitar los hombros. Respiró hondo. Tiró la lata vacía de Carta Blanca a la arena—. Qué más dará eso. Que más daré yo. —Volvió a abrazarlo—. Ven aquí, Turner. Ven aquí.

Y mientras se tumbaba y tiraba de él hacia la arena, Turner vio algo, un barco reducido por la distancia a poco más que un guion blanco en la línea que separaba el mar del cielo.

Vio el yate al sentarse y mientras se ponía las bermudas vaqueras. Ahora estaba mucho más cerca, una extensión blanca y elegante que surcaba las aguas. Aguas profundas. A juzgar por la fuerza de la marea, la playa debía de caer casi en vertical a partir de donde se encontraba. Seguro que por ese motivo la hilera de hoteles terminaba donde terminaba, bastante atrás, y las ruinas no habían sobrevivido. Las olas habían erosionado los cimientos.

—Dame la cesta.

Ella se abotonaba la blusa. Él se la había comprado en una de las tiendecitas destartaladas de la avenida. Era de color azul eléctrico, hecha de algodón mexicano y con una manufactura descuidada. La ropa que compraban en las tiendas no solía durar más de un día o dos.

—He dicho que me des la cesta.

Ella lo hizo. Él rebuscó entre los restos de la tarde anterior y encontró los binoculares debajo de una bolsa de plástico con rodajas de piña empapadas en lima y espolvoreadas con cayena. Los sacó, tenían unas lentes compactas de combate de 6 × 30. Quitó la tapa de los objetivos y las acolchadas de los oculares y examinó los ideogramas estilizados del logo de Hosaka. Un bote inflable amarillo rodeó la popa y puso rumbo hacia la playa.

—Turner, yo…

—Levanta.

Hizo un ovillo con la manta y la toalla de ella antes de meterlas en la cesta. Tomó la última lata caliente de Carta Blanca y la colocó al lado de los binoculares. Después se levantó, tiró de ella con presteza para que se pusiese en pie y soltó la cesta entre sus manos.

—Puede que me equivoque —dijo—. En tal caso, sal de aquí. Ataja por el segundo grupo de palmeras. —Señaló—. No vuelvas al hotel. Toma un autobús a Manzanillo o a Vallarta. Vuelve a casa.

Empezó a oír el rugir del motor de la fueraborda.

Vio que ella empezaba a derramar lágrimas, pero no emitió sonido alguno mientras se daba la vuelta y empezaba a correr hacia detrás de las ruinas, aferrada a la cesta. Se tropezó con una pequeña duna. No miró atrás.

Turner se giró en ese momento y miró hacia el yate. El bote inflable rebotaba entre las olas. El barco se llamaba *Tsushima*, y ya lo había visto antes en la bahía de Hiroshima. Había visto la puerta torii roja desde su cubierta en Itsukushima.

No necesitaba los binoculares para saber que el tripulante del bote inflable era Conroy, el primer ninja de prueba de Hosaka. Se sentó con las piernas cruzadas en la arena fría y abrió la última lata de cerveza mexicana.

Miró atrás, hacia la hilera de hoteles blancos, con las manos inmóviles sobre una de las barandillas de teca del *Tsushima*. Detrás de los edificios relucían los tres hologramas del pueblecito: Banamex, Aeronaves y la virgen de seis metros de la catedral.

Conroy se hallaba a su lado.

—Un trabajo rápido —dijo—. Ya sabes cómo va. —La voz sonaba neutra y sin inflexión alguna, como si la hubiese modelado con un chip de voz barato. Su rostro era amplio y blanco, lívido como el de un cadáver. Tenía los ojos algo caídos y con ojeras, debajo de una mata de pelo decolorado peinado hacia atrás que dejaba al descubierto una frente amplia. Llevaba un polo negro y unos pantalones de pinza también negros—. Dentro —añadió al tiempo que se daba la vuelta.

Turner lo siguió y se agachó para entrar en el camarote. Paredes blancas, pino blanquecino e impoluto. La moda corporativa y austera de Tokio.

Conroy se sentó en un cojín bajo y rectangular de ultragamuza gris pizarra. Turner se quedó en pie, con las manos colgando a los costados. Conroy sacó un inhalador plateado y estriado de la mesa baja y esmaltada que los separaba.

—¿Potenciador de colina?

—No.

El hombre se metió el inhalador en uno de los agujeros de la nariz y esnifó.

—¿Quieres un poco de sushi? —Volvió a meter el inhalador en la mesa —. Pescamos unos pargos rojos hace una hora.

Turner no se movió ni dejó de mirar a Conroy.

—Christopher Mitchell —dijo Conroy—. Biolaboratorios Maas. Es el cerebro que hay detrás del hibridoma. Parece que quiere pasarse a Hosaka.

—Nunca he oído hablar de él.

—No te creo. ¿Quieres una copa?

Turner negó con la cabeza.

—El silicio está en las últimas, Turner. Mitchell es el tipo que fabrica los biochips y Maas tiene las patentes más importantes. Lo sabes. Es el tipo de los monoclonales. Quiere salir de ahí. Vamos a ayudarlo, Turner. Tú y yo.

—Creo que estoy jubilado, Conroy. Me lo estaba pasando muy bien por aquí.

—Eso es lo que dice el equipo de psicólogos de Tokio. Pero bueno, no es la primera vez que intentas dejarlo, ¿verdad? Esa mujer era una psicóloga, contratada por Hosaka.

Un músculo empezó a palpitar en el muslo de Turner.

—Dicen que estás listo, Turner. Estaban un poco preocupados después de lo de Nueva Delhi y querían comprobarlo de primera mano. Un poco de terapia sin que te dieses cuenta. Esas cosas no le hacen mal a nadie, ¿verdad?

# 2
# Marly

Se había puesto sus mejores galas para la entrevista, pero llovía en Bruselas y no tenía dinero para un taxi. Tuvo que ir a pie desde la estación de Eurotrans.

Tenía la mano metida en el bolsillo de su chaqueta buena, una Sally Stanley que había comprado hacía casi un año. La mano era poco más que un bulto blanco alrededor de un telefax arrugado. Había memorizado la dirección y ya no lo necesitaba, pero al parecer no podía deshacerse de él, igual que tampoco podía romper el trance que no la dejaba moverse y la obligaba a mirar el escaparate de una tienda cara que vendía ropa para hombre. Era incapaz de apartar la mirada de unas camisas de vestir de franela y del reflejo de sus ojos oscuros.

Ojos que sin duda serán suficientes para dejarla sin trabajo. Ni siquiera hacía falta que le viesen el pelo mojado, ese que ahora lamentaba no haber dejado cortar a Andrea. Su mirada estaba cargada de dolor y de una inercia que cualquiera sería capaz de ver, cosas que sin duda *Herr* Josef Virek, el menos probable de los empleadores, no tardaría en percibir.

Cuando le había llegado el telefax había intentado convencerse de que se trataba de una broma cruel o de otra llamada fastidiosa. Ya había soportado demasiadas de esas gracias a los medios de comunicación, tantas que Andrea había tenido que contratar un servicio de telefonía especial para filtrar las llamadas y evitar todos los números que no figurasen en su listado permanente. Y Andrea insistía en que esa había sido la razón de que le enviasen un telefax. ¿De qué otra manera iban a ponerse en contacto con ella?

Pero Marly había negado con la cabeza y después se había acurrucado aún más en el viejo albornoz de Andrea. ¿Por qué iba a querer alguien tan rico como Virek, coleccionista y mecenas, contratar a una antigua gerente de una pequeña galería de París caída en desgracia?

Ese era el momento que Andrea había elegido para negar con la cabeza y demostrar así su impaciencia a la nueva Marly, la Marly Krushkhova venida a

menos, que ahora pasaba días enteros en el apartamento y que a veces ni se molestaba en vestirse. Le dijo a Marly que intentar vender una falsificación no era algo poco común en París. Y después argumentó que la prensa estaba ansiosa por demostrarle a todo el mundo que Gnass era el imbécil que a buen seguro era en realidad. De no ser por eso, seguro que ni habría tenido repercusión. Gnass era lo bastante rico y repugnante como para convertirse en la comidilla de los medios durante un fin de semana. Andrea sonrió.

—Y seguro que también habrías pasado más desapercibida de haber sido menos atractiva.

Marly negó con la cabeza.

—Y la falsificación era de Alain. Eras inocente. ¿Acaso lo has olvidado?

Marly entró en el baño, envuelta aún en la tela de toalla del albornoz, sin decir nada.

A pesar de la buena voluntad de su amiga y de las ganas que tenía de ayudar, Marly empezaba a oír en su voz la impaciencia propia de alguien que se ve obligado a compartir un espacio muy pequeño con una invitada infeliz que no paga el alquiler.

Y era Andrea quien le había prestado el dinero para el Eurotrans.

Marly hizo un esfuerzo enorme y consciente para romper ese bucle de pensamientos y se perdió por la densa pero apacible muchedumbre de serios compradores belgas.

Una joven que llevaba unas medias llamativas y una chaqueta de lana que le quedaba grande y a buen seguro pertenecía a su novio la rozó al pasar, harapienta y sonriente. En el siguiente cruce, Marly vio un outlet de una cadena de tiendas famosa que le gustaba durante su época de estudiante. La ropa le resultaba imposiblemente joven.

En su puño blanco y oculto, el telefax.

Galerie Duperey, 14 Rue au Beurre, Bruxelles.

JOSEF VIREK

La recepcionista del vestíbulo gris y frío de la Galerie Duperey bien podría haber crecido allí, como una planta tan bonita como venenosa, enraizada detrás de una losa de mármol pulido con un teclado esmaltado. Alzó unos ojos brillantes cuando Marly se acercó a ella. Marly se imaginó el chasquido y zumbido de los obturadores, su apariencia desaliñada enviada a algún lejano rincón del imperio de Josef Virek.

—Marly Krushkhova —dijo mientras reprimía las ganas de sacar el telefax arrugado y empezar a alisarlo de manera lastimosa sobre aquel mármol impoluto—. Vengo a ver a *Herr* Virek.

—Fraulein Krushkhova —dijo la recepcionista—. *Herr* Virek no se encuentra hoy en Bruselas.

Marly contempló los labios perfectos, y fue consciente al mismo tiempo del problema que suponían esas palabras y del intenso placer que habían empezado a proporcionarle las decepciones.

—Ya veo.

—No obstante, ha decidido llevar a cabo la entrevista mediante enlace sensorial. Entre por la tercera puerta a su izquierda, si es tan amable, por favor.

La estancia estaba vacía y era blanca. En dos paredes colgaban láminas sin enmarcar de lo que parecía una cartulina mojada por la lluvia, atravesada una y otra vez por todo tipo de instrumentos. Katatonenkunst. Conservador. El tipo de obra que una vendía a comités y que distribuían los consejos de administración de los bancos comerciales holandeses.

Se sentó en una silla baja forrada en cuero y al fin se permitió soltar el telefax. Estaba sola, pero daba por hecho que la observaban de alguna manera.

—Fraulein Krushkhova. —Un joven ataviado con el delantal verde oscuro de técnico se encontraba de pie en la puerta opuesta a por la que ella había entrado—. Por favor, espere un momento y luego cruce la habitación y después esta puerta. —Agarró el pomo despacio pero con firmeza, para conseguir así el mayor contacto posible con la palma de la mano—. Después cruce el umbral con cautela. Tal vez sienta un poco de desorientación espacial.

Ella parpadeó.

—¿Cómo que…?

—El enlace sensorial —respondió él, que se retiró suavemente y cerró la puerta.

Marley se levantó e intentó colocarse de la mejor manera posible las solapas empapadas de su chaqueta, se arregló el pelo, se lo pensó dos veces y se dirigió a la puerta. Las palabras de la recepcionista la habían preparado para el único enlace que conocía: una señal de simestim transmitida por Bell Europa. Había dado por hecho que tendría que colocarse un casco lleno de

dermatrodos y que Virek usaría un observador pasivo que hiciese las veces de cámara humana.

Pero la fortuna de Virek estaba un orden de magnitud por encima de todo eso.

Cuando cerró los dedos alrededor del pomo de latón, le dio la impresión de que el metal se retorcía y recorría todo un espectro de texturas y temperaturas durante tan solo el primer segundo del contacto.

Después volvió a convertirse en metal, acero pintado de verde que empezó a titilar a ojos vista, a extenderse ante ella hasta que vio, sorprendida, que aferraba una vieja barandilla.

Notó que unas pocas gotas de lluvia le azotaron el rostro.

Olor a lluvia. A tierra mojada.

Un caos de pequeños detalles. Sus recuerdos de un pícnic con alcohol de la escuela de arte entremezclándose con la perfección de esa ilusión creada por Virek.

Debajo de ella se extendía el inconfundible paisaje de Barcelona, neblina que cubría los extraños chapiteles de la Sagrada Familia. Se agarró a la barandilla con la otra mano para sobreponerse al vértigo. Conocía aquel lugar. Estaba en el Park Güell, el descuidado país de las hadas de Antonio Gaudí, ese desolado montículo que se extendía detrás del centro de la ciudad. A su izquierda, un lagarto gigante cubierto por un extraño mosaico de cerámica se alzaba inmóvil, como congelado mientras descendía por una rampa de piedra irregular. La fuente que era su boca abierta regaba un parterre de flores fatigadas.

—La veo desorientada. Le ruego me disculpe.

Josef Virek se encontraba debajo de ella, sentado en uno de los bancos serpenteantes del parque, con los hombros anchos encorvados debajo de un mullido gabán. Sus rasgos le habían resultado vagamente familiares a lo largo de toda su vida. Por alguna razón, en ese momento recordó una fotografía de Virek y del rey de Inglaterra. El hombre le sonrió. Tenía la cabeza grande y con forma atractiva, cubierta por una mata de pelo gris oscuro y rígido. Daba la impresión de tener las fosas nasales siempre dilatadas, como si no dejase de respirar la brisa invisible del arte y del comercio. En su rostro destacaban unos ojos enormes debajo de unas gafas redondas y sin montura que eran todo un distintivo de su estilo, ojos de una tonalidad azul pálido y extrañamente enternecedores.

—Por favor. —Tocó uno de los mosaicos de cerámica desmenuzada del banco—. Perdone mi dependencia de la tecnología. He pasado más de una

década confinado en una cuba. En algún espantoso barrio industrial de las afueras de Estocolmo. O puede que en el mismísimo infierno. No soy un hombre sano, Marly. Siéntese a mi lado.

Marly respiró hondo, descendió por las escaleras de piedra y echó a caminar sobre los adoquines.

—*Herr* Virek —dijo—. Vi su conferencia en Múnich hace dos años. Una crítica a Faessler y su autistiches Theater. Lo vi bastante sano entonces…

—¿Faessler? —Virek frunció el ceño bronceado—. Lo que vio era un doble. Puede que un holograma. Mi nombre se usa para demasiadas cosas, Marly. Hay partes de mi fortuna que parecen haberse independizado poco a poco, y a veces hasta se enfrentan entre ellas. La rebelión de las extremidades fiscales. No obstante, nunca he sacado a relucir mi enfermedad, por razones tan complejas que es mejor ocultar.

Se sentó junto a él y miró el pavimento lleno de tierra entre las puntas desgastadas de sus botas parisinas negras. Vio una esquirla de gravilla pálida, un sujetapapeles oxidado, el cadáver pequeño y polvoriento de una abeja o de una avispa.

—Tiene un detalle magnífico.

—Sí —convino él—. El nuevo biochip de Maas. Debería saber que la información de que dispongo sobre su vida privada es casi igual de detallada. La conozco mejor que usted misma en algunos aspectos.

—Ah, ¿sí?

Acababa de descubrir que le resultaba más fácil centrarse en la ciudad si se fijaba en varios puntos de referencia que recordaba de muchas de sus vacaciones estudiantiles. Por allí estaban las Ramblas, flores y loros, tabernas que servían cerveza negra y calamares.

—Sí, sé que fue su amante quien la convenció de que había encontrado un original perdido de Cornell…

Marly cerró los ojos.

—Fue él quien encargó la falsificación. Contrató a dos estudiantes artesanos de mucho talento y a un historiador que pasaba por ciertas dificultades personales… Les pagó con dinero que había sacado de su galería, como sin duda ya habrá descubierto. Está llorando…

Marly asintió. Un índice frío le rozó la muñeca.

—Compré a Gnass. Compré a la policía para que se olvidase del caso. A la prensa no merecía la pena comprarla, como suele ocurrir. Y es posible que ahora pueda usar a su favor esa notoriedad que ha conseguido.

—*Herr* Virek, yo…

—Un momento, por favor. ¡Paco! Ven, hijo.

Marly abrió los ojos y vio a un niño que bien podría tener seis años ataviado con una americana negra y ceñida, pantalones cortos, medias blancas y unas botas de charol negras y abotonadas. Un mechón castaño se le rizaba en la frente. Sostenía algo en las manos. Una especie de caja.

—Gaudí empezó a erigir el parque en el año 1900 —explicó Virek—. Paco lleva la ropa de la época. Ven, niño. Muéstranos ese prodigio.

—Señor —murmuró Paco en su idioma al tiempo que se inclinaba y daba un paso al frente para mostrarles lo que tenía en las manos.

Marly la miró. Una caja lisa de madera con frontal de vidrio. Objetos…

—Cornell —dijo ella, olvidándose de las lágrimas—. ¿Cornell?

Se giró hacia Virek.

—Claro que no. El objeto que hay en ese fragmento de hueso es un biomonitor Braun. Es obra de un artista que aún vive.

—¿Hay más? ¿Más cajas?

—He encontrado siete. En un lapso de tres años. Verá, la colección Virek es una especie de agujero negro. La densidad sobrenatural de mi fortuna atrae de manera irresistible las obras más extrañas creadas por el espíritu humano. Es un proceso independiente, por el que rara vez me intereso…

Pero Marly estaba embelesada con la caja, con esa evocación de distancias imposibles, de pérdida y anhelo. Era lúgubre, agradable y, en cierta manera, infantil. Dentro había siete objetos.

Un hueso estrecho y aflautado, sin duda para volar y salido del ala de un ave muy grande. Tres placas base arcaicas cubiertas por laberintos dorados. Una esfera blanca y lisa de arcilla cocida. Un trozo de encaje ennegrecido por el tiempo. Un fragmento de un dedo de largo de lo que suponía que era hueso de una muñeca humana, de un blanco grisáceo, perfectamente incrustado en el mango de silicio de un pequeño instrumento que parecía quedar a ras de la piel y que ahora estaba chamuscado y oscurecido.

La caja era un universo, un poema, congelado en los límites de la experiencia humana.

—Gracias, Paco —dijo Virek en el idioma del chico.

La caja y el joven desaparecieron.

Marly se quedó boquiabierta.

—Ah. Perdone. Olvidé que estas transiciones iban a ser demasiado abruptas para usted. Pero bueno, pasemos a hablar del encargo…

—*Herr* Virek, ¿qué es «Paco»?

—Un subprograma.

—Ya veo.

—La he contratado para encontrar al creador de la caja.

—Pero…, *Herr* Virek, con sus recursos…

—Recursos de los que ahora usted forma parte, joven. ¿No le gustaría tener trabajo? Cuando llegó a mi conocimiento ese problema con Gnass por lo del Cornell falsificado, comprendí que usted podría serme de utilidad. —Levantó los hombros—. Créame cuando le digo que se me da bien conseguir lo que quiero.

—¡Lo sé, *Herr* Virek! ¡Y sí, claro que me gustaría trabajar con usted!

—Muy bien. Le pagaré un sueldo. Tendrá acceso a varias líneas de crédito, aunque si necesita comprar… muchos bienes inmuebles…

—¿Bienes inmuebles?

—O una empresa. O una nave espacial. En ese caso, le hará falta mi autorización indirecta. Que obtendrá con casi total seguridad. Para todo lo demás, tiene vía libre. No obstante, le sugiero que trabaje a una escala en la que se sienta cómoda. De lo contrario, corre el riesgo de perder su intuición, algo que, en un caso como este, es de vital importancia.

La famosa sonrisa volvió a brillar para ella en el rostro del hombre. Marly respiró hondo.

—*Herr* Virek, ¿y si fracaso? ¿De cuánto tiempo dispongo para localizar a ese artista?

—Dispone del resto de su vida, joven —respondió él.

—Perdóneme —respondió ella al instante, y se asustó al oírse—. Me ha parecido entender que… ¿vive usted en una cuba?

—Sí, Marly. Y desde esta perspectiva terminal mía, le recomendaría que aprovechase al máximo el tiempo que le queda con ese cuerpo, que no viva en el pasado. Supongo que sabrá a qué me refiero. Y se lo dice alguien que era incapaz de tolerar ese estado tan simple, ahora que las células de mi cuerpo han optado por la búsqueda quijotesca de una vida independiente. Supongo que un hombre más afortunado, o uno más pobre, habría tenido la posibilidad de morir por fin. O de que lo codificaran en una pieza de hardware. Pero un enrevesado cúmulo de circunstancias me ha dejado en este estado, y ahora necesito gastar en ello una décima parte de mis ingresos anuales. Supongo que algo así me convierte en unos de los discapacitados más caros del mundo. Me han calado hondo sus problemas sentimentales, Marly. Envidio esa carne tan estructurada suya de la que provienen.

Marly se quedó mirando durante unos instantes a esos agradables ojos azules y supo, con una certeza instintiva propia de los mamíferos, que aquella

persona rica hasta la saciedad ya no era ni remotamente humana.

El manto nocturno cubrió el cielo de Barcelona, como si se tratase del lento parpadeo de un enorme obturador. Virek y el Park Güell desaparecieron, y Marly volvió a encontrarse sentada en la silla baja forrada en cuero, contemplando las láminas agujereadas de cartulina mojada.

# 3
# Bobby se hace un Wilson

La muerte. Morir era fácil. Ahora lo sabía. Acababa de ocurrirle. La cagas por una fracción de segundo y se acabó; algo frío, inodoro, que se abalanza hacia ti desde los cuatro insulsos rincones de la estancia, del salón de tu madre en Barrytown.

«Joder —pensó—. Dos Al Día se partirá la caja de mí. Mi primera vez y me hago un wilson».

El único sonido de la estancia era el tenue y constante zumbido de la vibración de sus dientes, una parálisis supersónica a medida que la retroalimentación se abría paso a través de su sistema nervioso. Vio cómo la mano helada le temblaba un poco, a centímetros del botón de plástico rojo que interrumpiría la conexión que acababa con su vida.

Joder.

Había llegado a casa para ponerse a ello de inmediato. Conectó el hielo que le había alquilado a Dos al Día y se enchufó, para luego empezar a teclear y dirigirse a la base que había elegido como primer objetivo real. Dio por hecho que así era como se hacía: si quieres hacer algo, pues lo haces y ya está. Solo disponía de esa pequeña consola Ono-Sendai desde hacía un mes, pero ya tenía claro que quería ser algo más que el típico salchichero de Barrytown. Bobby Newmark, alias Conde Cero. Y ya se había acabado todo. Las películas nunca terminaban así, nunca se acababan al principio. De haber estado en una, la chica del héroe vaquero, o quizá su socio, habría entrado a la carrera para arrancarle los trodos y pulsar el pequeño botón rojo de apagado. Y gracias a eso habría conseguido sobrevivir.

Pero ahora Bobby estaba solo, y sabía que su sistema nervioso autónomo se encontraba saturado por las defensas de una base de datos que se encontraba a tres mil metros de Barrytown. Había cierto atisbo de química mágica en esa oscuridad inminente, algo que le permitió columbrar el atractivo infinito de la estancia en la que se encontraba, con su moqueta color

moqueta y sus cortinas color cortinas, el sofá desgastado y el marco anguloso de cromo que sostenía los componentes de un módulo de entretenimiento Hitachi de hacía seis años.

Había cerrado las cortinas con sumo cuidado para prepararse para la conexión pero, de alguna manera, ahora le dio la impresión de ser capaz de ver el exterior, donde los edificios de apartamentos de Barrytown se alzaban como una ola de cemento a punto de romper contra las torres oscuras de los Proyectos. La ola de edificios estaba cubierta de un pelaje insectil de antenas y mallas metálicas de las que sobresalían cuerdas con ropa tendida. A su madre le gustaba burlarse de ello porque tenía secadora. Recordó los nudillos blancos de su madre aferrados a la barandilla de bronce de imitación que había en el balcón, las arrugas apergaminadas de los pliegues de su muñeca. Recordó un niño muerto al que sacaban del Gran Patio en una camilla de aleación, envuelto en un plástico que era del mismo color que el coche patrulla. Se había caído y dado un golpe en la cabeza. Caído. Cabeza. Un wilson.

Se le detuvo el corazón. Le dio la impresión de que caía de costado, como un animal de dibujos animados al que le dan una patada.

Era el decimosexto segundo de la muerte de Bobby Newmark. Eso le pasaba por salchichero.

Y luego algo se inclinó sobre él, algo de una amplitud indescriptible, mayor que cualquiera de las cosas que conocía o que podría haberse imaginado. Y lo tocó.

—¿Qué haces? ¿Por qué te hacen esto?

Vozdechica, pelocastaño, ojosnegros…

—Matarme matarme sácame de aquí sácame de aquí

Ojosnegros, estrelladeldesierto, camisamarrón, pelodechica…

—Pero ¿no ves que es una trampa? Crees que te ha pillado, pero no es así. Ahora estoy aquí y tú has roto el bucle.

El corazón le dio un vuelco, se puso bocarriba y luego en pie de un brinco con esas piernas rojas de dibujo animado, un impulsó súbito y espasmódico que lo sacó de la silla y le arrancó los trodos de la frente. Se le aflojaron los esfínteres cuando se golpeó la cabeza contra la esquina del Hitachi, y alguien decía «joder, joder, joder» y la moqueta olía a polvo. Ya no había vozdechica ni estrelladeldesierto, solo una sensación efímera de viento frío y de rocas erosionadas por el agua…

Después le explotó la cabeza. Lo vio a la perfección desde un lugar muy lejano, como si fuese una granada cegadora.

Blanco.

Luz.

# 4
# A fichar

El Honda negro flotaba a veinte metros sobre la cubierta octogonal de la plataforma petrolífera en ruinas. Estaba a punto de amanecer, y Turner distinguió en el helipuerto el contorno desgastado de esa especie de trébol que señalaba el peligro biológico.

—¿Hay algún tipo de peligro biológico ahí abajo, Conroy?

—Ninguno al que no estés acostumbrado —respondió él.

Una silueta con mono rojo hizo gestos bruscos con el brazo al piloto del Honda. La ventisca provocada por las hélices lanzó al mar restos de material de embalaje mientras aterrizaban. Conroy se desabrochó el arnés y se inclinó sobre Turner para abrir la escotilla. El rugido de los motores los sacudió mientras se abría. Después le dio unos golpecitos en el hombro a Turner mientras, con la otra mano, gesticulaba de manera apremiante con la palma hacia arriba. Señaló al piloto.

Turner salió a toda prisa y se dejó caer; las aspas eran un borrón atronador, y Conroy cayó acuclillado a su lado poco después. Atravesaron ese trébol desteñido desgastado del suelo a la carrera, de esa manera similar a la de los cangrejos tan habitual en los helipuertos, mientras las ráfagas de viento del Honda les agitaban los pantalones alrededor de los tobillos. Turner llevaba un maletín gris y sin adornos que parecía un casco balístico de ABS, era su único equipaje. Alguien se lo había preparado, en el hotel, y luego se lo había dejado en el *Tsushima*. Un cambio repentino en el sonido le indicó que el Honda volvía a ascender. El vehículo se alejó entre chirridos en dirección a la costa, sin luces. A medida que remitía el estruendo, Turner empezó a oír los graznidos de las gaviotas y el batir de las olas del Pacífico.

—Alguien intentó montar un paraíso de datos aquí en una ocasión —explico Conroy—. Estamos en aguas internacionales. Fue cuando nadie vivía en órbita, por lo que tuvo sentido durante algunos años… —Se dirigió hacia un bosque de vigas oxidadas que sostenía la superestructura de la plataforma

petrolífera—. Una de las posibilidades que me planteó Hosaka: sacamos a Mitchell de aquí, lo dejamos limpio, lo metemos en el *Tsushima* y zarpamos a toda máquina hacia el viejo Japón. Yo les dejé bien claro que se olvidasen de esa gilipollez. Si se enterasen los de Maas, podrían llegar aquí con todo lo que les venga en gana. Les dije que lo mejor eran esas instalaciones que tienen en el D. F., ¿verdad? Hay muchas cosas que Maas no podría hacer allí, en medio de Ciudad de México.

Una figura salió de las sombras, con la silueta de la cabeza deformada a causa de unas gafas enormes que pertenecían a un equipo de amplificación de imágenes. Les hizo un gesto con los cañones romos y ceñidos de una pistola de dardos Lansing para que continuasen.

—Peligro biológico —dijo Conroy mientras avanzaban despacio—. Agacha un poco la cabeza aquí. Y cuidado: las escaleras resbalan un poco.

La plataforma olía a óxido, abandono y salitre. No tenía ventanas. Las paredes eran de un color crema descolorido y estaban manchadas con costras de óxido en expansión. Unos tubos fluorescentes a pilas colgaban cada pocos metros de las vigas del techo y proyectaban una luz espantosa de tonalidad verde, intensa pero de una discontinuidad irritante. Había al menos una decena de siluetas que trabajaban en aquella estancia central. Se movían con la precisión relajada de un buen técnico. «Profesionales», pensó Turner. Casi ni se miraban entre ellos y las conversaciones eran escasas. Hacía frío, mucho frío, y Conroy le dio una parka gigantesca llena de lengüetas y cremalleras.

Un hombre con barba y una cazadora de vellón se dedicaba a afianzar fibrópticos con cinta americana en un mamparo abollado. Conroy estaba absorto en una discusión entre susurros con una mujer negra que llevaba una parka como la de Turner. El técnico barbudo alzó la vista de lo que estaba haciendo y vio a Turner.

—Jo-der —dijo, aún de rodillas—. Tenía claro que iba a ser grande, pero supongo que también será complicado. —Se puso en pie y se limpió las manos en los vaqueros con gestos mecánicos. Llevaba unos guantes quirúrgicos microporosos, al igual que el resto de técnicos—. Turner, supongo. —Sonrió, echó un vistazo rápido en dirección a Conroy y luego sacó una petaca de plástico negro de uno de los bolsillos de la cazadora—. Ayuda a mantener el frío a raya. Te acuerdas de mí. Trabajamos juntos en Marrakech. El chico de IBM que se pasó a Mitsu-G. El que cableó las cargas en ese autobús que aquel francés y tú condujisteis hacia el recibidor del hotel.

Turner agarró la petaca, le quitó la tapa y le dio un sorbo. Bourbon. Le bajó por la garganta, intenso y agrio, y el calor comenzó a extendérsele por el esternón.

—Gracias —dijo. Se la devolvió y el tipo volvió a guardársela en la cazadora.

—Oakey. Me llamo Oakey. ¿Te acuerdas?

—Claro —mintió Turner—. El de Marrakech.

—Wild Turkey —explicó Oakey—. Pasé por el duty-free cuando llegamos a Schiphol. Tu amigo de allí. —Volvió a mirar a Conroy—. No está muy relajado, ¿verdad? No como en Marrakech.

Turner asintió.

—Si necesitas algo, solo tienes que decírmelo —comentó Oakey.

—¿Algo como qué?

—Otro trago. También tengo coca peruana, de la que es muy amarilla.

Oakey volvió a sonreír.

—Gracias —dijo Turner, que vio que Conroy había dejado de hablar con la mujer negra.

Oakey también lo vio. Se volvió a arrodillar al momento y cortó un pedazo alargado de esa cinta americana.

—¿Quién era ese? —preguntó Conroy mientras guiaba a Turner a través de una puerta estrecha de juntas de goma podridas y negras en los bordes. Conroy giró la válvula que mantenía la puerta cerrada. Alguien acababa de echarle aceite.

—Se llama Oakey —respondió Turner mientras entraba en la habitación. Era más pequeña. Tenía dos de esos tubos fluorescentes. Sillas y mesas plegables, todas nuevas. En las mesas, instrumentos de alguna clase, cubiertos por forros de plástico negro.

—¿Es amigo tuyo?

—No —dijo Turner—. Trabajó para mí en una ocasión. —Se acercó a la mesa más próxima y levantó el forro de plástico—. ¿Qué es esto?

La consola tenía el aspecto vacío y a medio terminar de un prototipo de fábrica.

—Una consola de ciberespacio Maas-Neotek.

Turner arqueó las cejas.

—¿Es tuya?

—Tenemos dos. Una está allí. De Hosaka. Lo más rápido en la matriz, como era de esperar. Y en Hosaka ni siquiera son capaces de hacer ingeniería

inversa a los chips para copiarlos. Es una tecnología completamente ajena para ellos.

—¿Las consiguieron gracias a Mitchell?

—No lo han dicho. Que nos las hayan dejado para darle ventaja a nuestros vaqueros permite hacerse una idea de lo desesperados que están por hacerse con ese tipo.

—¿Quién se enchufa a la consola, Conroy?

—Jaylene Slide. Es esa con la que estaba hablando ahora mismo. —Cabeceó en dirección a la puerta—. El vaquero de la otra está fuera de Los Ángeles. Un chaval llamado Ramírez.

—¿Son buenos?

Turner volvió a colocar el forro.

—Por ese precio, más les vale. Jaylene se ha granjeado una magnífica reputación durante los últimos dos años, y Ramírez es su suplente. Joder. —Conroy levantó los hombros—. Ya sabes de qué pie cojean estos vaqueros. Están como cabras…

—¿De dónde los has sacado? Y ya que estamos, ¿de dónde has sacado a Oakey?

Conroy sonrió.

—De tu agente, Turner.

Turner miró a Conroy y luego asintió. Se dio la vuelta y levantó el otro forro. Maletines de plástico y poliestireno, apilados de manera ordenada sobre el frío metal de la mesa. Tocó un rectángulo de plástico azul que tenía un monograma grabado con letras plateadas: S&W.

—De tu agente —indicó Conroy mientras Turner abría uno de los maletines. En el interior había una pistola, rodeada por un molde a medida de gomaespuma de tonalidad azul pálido. Era un revólver enorme con una carcasa horrible que sobresalía por la parte inferior del cañón rechoncho—. Un Smith & Wesson táctico del calibre 408 con un proyector de xenón. Dijo que era lo que querrías.

Turner agarró el arma y pulsó con el pulgar el interruptor de comprobación de batería del proyector. Un led rojo titiló dos veces en la empuñadura de madera de nogal. Sacó el tambor.

—¿Munición?

—En la mesa. De carga manual y con punta explosiva.

Turner vio un cubo transparente de plástico ambarino, lo abrió con la mano izquierda y sacó uno de los proyectiles.

—¿Por qué me han elegido a mí, Conroy?

Examinó con minuciosidad la bala y luego la metió con mucho cuidado en una de las seis recámaras del tambor.

—No lo sé, Turner —admitió—. Me da la impresión de que tenían claro que querían que fueses tú quien estuviera preparado desde que Mitchell avisase…

Hizo girar el tambor muy rápido y lo volvió a colocar en su sitio.

—Te he preguntado por qué me eligieron a mí, Conroy. —Levantó la pistola con ambas manos y extendió los brazos para apuntar directo hacia el rostro de Conroy—. Con las armas de este calibre, a veces puedes mirar dentro del cañón y, si la luz es buena, hasta ver si hay una bala dentro.

Conroy negó de manera casi imperceptible con la cabeza.

—O quizá veas que se encuentra en una de las otras recámaras…

—No —dijo Conroy—. No lo harías.

—Puede que los loqueros se equivocasen, Conroy. ¿No crees?

—No —repitió Conroy, impasible el ademán—. No lo hicieron. Y tú no lo vas a hacer.

Turner apretó el gatillo. El martillo chasqueó contra una recámara vacía. Conroy parpadeó, abrió la boca, la cerró y vio como Turner bajaba la Smith & Wesson. Una única gota de sudor descendió desde el pelo de Conroy hasta perderse entre sus cejas.

—¿Y bien? —preguntó Turner, con el arma en un costado.

Conroy levantó los hombros.

—No lo hagas —dijo.

—¿Tan empeñados estaban en que fuese yo?

Conroy asintió.

—Es lo tuyo, Turner.

—¿Dónde está Mitchell?

Volvió a abrir el tambor y empezó a cargar las cinco recámaras que quedaban.

—En Arizona. A unos cincuenta kilómetros de la frontera con Sonora, en una arcología de investigación ubicada en lo alto de una meseta. Biolaboratorios Maas en Norteamérica. Son propietarios de la mayoría de la región, hasta la frontera, y la meseta se encuentra en medio de la zona de rastreo de cuatro satélites de reconocimiento. Es un lugar muy hermético.

—¿Y cómo se supone que vamos a entrar?

—No vamos a entrar. Mitchell va a salir por su propio pie. Lo esperamos, lo llevamos y se lo entregamos intacto a Hosaka. —Conroy metió uno de los dedos índice en el cuello abierto de la camisa negra y tiró de un tramo de

nailon negro del que pendía un sobre pequeño también de nailon que estaba cerrado con velcro. Lo abrió con cautela y sacó un objeto, que colocó sobre su palma abierta y ofreció a Turner—. Toma. Esto es lo que nos envió.

Turner soltó el arma en la mesa más cercana y tomó lo que le ofrecía Conroy. Era una especie de microsoft gris y abultado que en un extremo contaba con el neuroenchufe habitual y por el otro hacía gala de una extraña forma redondeada que no había visto jamás.

—¿Qué es?

—Es un biosoft. Jaylene se lo enchufó y dijo que parecía sacado de una IA. Contiene un expediente sobre Mitchell, con un mensaje para Hosaka al final. Será mejor que te lo enchufes tú también. Cuanto antes te pongas al día, mejor…

Turner alzó la vista de esa cosa gris.

—¿Cómo afectó a Jaylene?

—Dijo que es mejor estar tumbado cuando te lo enchufas. Me dio la impresión de que no le gustó demasiado.

Los sueños falsos provocan un vértigo muy particular. Turner se encontraba tumbado en un pedazo verde e inmaculado de espuma viscoelástica, en el dormitorio improvisado donde se había enchufado ese expediente sobre Mitchell. La conexión fue lenta. Le dio tiempo a cerrar los ojos.

Al cabo de diez segundos, ya los había abierto otra vez. Se aferró a la espuma verde y trató de reprimir las náuseas. Luego cerró los ojos de nuevo… Recibió los datos de manera regular pero pausada, un flujo titilante y no lineal de hechos e información sensorial, una especie de narrativa expresada con saltos en el metraje y yuxtaposiciones quiméricas. Se podía considerar como un viaje en una montaña rusa que entraba y salía de la misma existencia en intervalos fortuitos de una velocidad imposible, que cambiaba de altitud, impulso y dirección a cada latido de esa nada, cambios que no tenían nada que ver con la orientación física, sino con alteraciones casi imperceptibles en el sistema simbólico y paradigmático. Eran datos que no estaban preparados para ser recibidos por un humano.

Turner se quitó el biosoft del puerto con los ojos abiertos y lo sostuvo sobre la palma de la mano, cubierta de sudor. Fue como despertar de una pesadilla. No de una pesadilla horrible en la que los miedos adquirían formas sencillas y terroríficas, sino de uno de esos sueños que eran mucho más

inquietantes, esos en los que todo parece perfecta y terriblemente normal, pero en los que algo va muy mal al mismo tiempo…

La profundidad de esa cosa era repugnante. Se enfrentó a oleadas de transferencia en bruto, y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para reprimir un sentimiento parecido al amor, la ternura obsesiva que siente un vigilante por su objetivo después de haber pasado mucho tiempo protegiéndolo. Llegó a la conclusión de que al cabo de unos días o unas horas podrían aflorar a su mente los detalles más insignificantes de los registros académicos de Mitchell, o el nombre de una mujer o el aroma de su denso cabello pelirrojo recortado contra la luz del sol a través de…

Se incorporó con premura, y las suelas plásticas de sus zapatos golpearon la cubierta oxidada. Aún llevaba puesta la parka, y la Smith & Wesson que colgaba en uno de los bolsillos laterales se le incrustó en la cadera.

No tardaría en desaparecer. El hedor psíquico de Mitchell desaparecería, igual que siempre desaparecía del lexicón la gramática de ese otro idioma después de cada uso. Lo que acababa de experimentar era un expediente de seguridad de Maas recopilado por un ordenador con consciencia. Nada más. Volvió a colocar el biosoft en el sobre negro y pequeño de Conroy, selló el velcro con el pulgar y se colgó del cuello el cordel de nailon.

Empezó a percibir el ruido de las olas al golpear contra la estructura de la plataforma petrolífera.

—Oye, jefe —dijo alguien desde detrás de la manta marrón camuflaje que cubría la entrada del dormitorio—. Conroy dice que ha llegado la hora de que pase revista a las tropas. Y que luego se tendrán que ir a otra parte. —El rostro barbudo de Oakey apareció por detrás de la manta—. No lo he despertado, ¿verdad?

—No estaba durmiendo —respondió Turner.

Se puso en piel sin dejar de rozar con los dedos la piel que rodeaba el implante del puerto.

—Qué pena —se lamentó Oakey—. Tengo dermos que podrían hacerte dormir la mona durante una hora de reloj. Después te podrías meter un buen estimulante para quedarte fresco y ponerte manos a la obra. Te lo juro.

Turner negó con la cabeza.

—Llévame hasta Conroy.

# 5
# La operación

Marly se registró en un pequeño hotel que tenía plantas verdes en macetas de latón muy pesadas, así como pasillos decorados con baldosas que parecían pertenecer a tableros de ajedrez hechos de mármol desgastado. El ascensor era una jaula dorada y móvil adornada con tablones de palisandro que olían a aceite de limón y a cigarrillos.

Su habitación se encontraba en el quinto piso. Una única ventana alta daba a la avenida, una de esas que podían abrirse de verdad. Después de que se marchase el botones sonriente, Marly se derrumbó en un sillón cuya tela de felpa ofrecía un agradable contraste con la sencilla moqueta belga. Se desató los cordones de sus viejas botas parisinas por última vez, se las quitó con los pies y contempló la docena de bolsas relucientes que el botones había dejado sobre la cama. «Mañana me compraré unas maletas —pensó—. Y también un cepillo de dientes».

—Estoy conmocionada —les dijo a las bolsas que había sobre la cama—. Debo andarme con cuidado. Nada parece real.

Bajó la vista y vio que tenía una carrera en ambas medias, a la altura de los dedos. Negó con la cabeza. Había dejado el bolso nuevo sobre la mesa de mármol blanco que había junto a la cama. Era negro, de cuero curtido y suave como mantequilla flamenca. Le había costado más de lo que le habría tenido que pagar a Andrea por un mes de alquiler, cosa que también era aplicable al precio por pasar una noche en aquel hotel. Dentro del bolso se encontraban su pasaporte y el chip de crédito que le habían dado en la Galerie Duperey, que dependía de una cuenta a su nombre en una sucursal del Algemene Bank Nederland.

Se dirigió al baño y movió las suaves palancas de latón que había en la bañera grande y blanca. Un agua caliente y aireada empezó a brotar por el dispositivo de filtrado japonés. El hotel le regaló paquetes de sales de baño, tubos de crema y aceites perfumados. Vació uno de los tubos de aceite en la

bañera mientras se llenaba y empezó a quitarse la ropa. Sintió una punzada de remordimiento al quitarse la Sally Stanley. La chaqueta de un año de antigüedad había sido su prenda favorita y quizá lo más caro que había tenido jamás hasta prácticamente una hora antes. Ahora no era más que algo que tiraba al suelo para que se llevase el servicio de limpieza. Quizá la prenda tuviese una segunda vida en los mercadillos de la ciudad, esos lugares donde ella se dedicaba a cazar gangas cuando estudiaba en la escuela de arte…

Los espejos se empañaron y gotearon mientras la estancia se llenaba de aquel vapor aromático que emborronaba el reflejo de su desnudez. ¿De verdad iba a ser así de fácil? ¿De verdad el chip de crédito dorado de Virek acababa de sacarla de la miseria para llevarla a ese hotel donde las toallas eran blancas, gruesas y rasposas? Notó una suerte de vértigo espiritual, como si se tambalease al filo de un abismo. Se preguntó lo poderoso que podía llegar a ser el dinero en manos de alguien que tuviese el suficiente, que tuviese muchísimo. Dio por hecho que era algo que solo podían saber los Virek de este mundo, y también que llegados a ese punto serían incapaces de saberlo. Preguntarle a Virek por el dinero sería como interrogar a un pez para saber más cosas sobre el agua. Sí, guapa, el agua moja. Sí, joven, está templada, aromatizada y es rasposa como una buena toalla. Entró en la bañera y se tumbó.

Al día siguiente se iría a cortar el pelo. En París.

El teléfono de Andrea sonó dieciséis veces antes de que Marly recordase aquel servicio de telefonía especial. Seguro que aún estaba activado y que aquel caro y pequeño hotel de Bruselas no estaba en la lista de números aceptados. Se inclinó para volver a colocar el teléfono sobre la superficie de mármol de la mesa. En ese momento, sonó solo una vez.

—Un mensajero ha traído un paquete, de Galerie Duperey.

Después de que se marchase el botones, que en esta ocasión eran más joven, moreno y seguro que español, Marly acercó el paquete a la ventana y empezó a darle la vuelta para examinarlo. Estaba envuelto en una única hoja de papel artesanal, de un gris oscuro, doblado y plegado con una maestría japonesa que no requería pegamento ni cordeles, y sabía que una vez lo abriese nunca sería capaz de volver a dejarlo igual. El nombre y la dirección de la galería estaban estampados en una esquina; y su nombre y el del hotel, escritos a mano en el centro con caligrafía perfecta y cursiva.

Desdobló el papel y sacó un holoproyector Braun nuevo y un sobre de plástico transparente, que contenía siete holofichas numeradas.

Desde el balcón en miniatura se apreciaba cómo el sol empezaba a descender y a teñir de dorado el casco antiguo. Oyó los coches y los gritos de los niños. Cerró la ventana y se dirigió a un escritorio. El Braun era un rectángulo liso con batería solar. Comprobó la carga, sacó la primera holoficha del sobre y la introdujo en el aparato.

La caja que había visto en la simulación de Virek del Park Güell apareció sobre el Braun, reluciendo con esa resolución perfecta que tenían los mejores hologramas que se usaban en los museos. Hueso y circuitería dorada, encaje muerto, y una canica de un blanco opaco hecha de arcilla. Marly negó con la cabeza. ¿Cómo podía alguien haber dispuesto esos restos, esa basura, de tal manera que era capaz de sobrecogerle el corazón y atravesarle el alma como si fuese un anzuelo? Pero luego asintió. Sabía que podía hacerse, que un hombre llamado Cornell lo había hecho hacía muchos años. Un hombre que también fabricaba cajas.

Después miró hacia la izquierda, donde había dejado aquel papel gris sobre el escritorio. Había elegido el hotel al azar cuando ya estaba cansada de ir de compras. No le había dicho a nadie que se alojaba allí, y mucho menos a alguien de la Galerie Duperey.

# 6
# Barrytown

Estuvo inconsciente durante unas ocho horas, según el reloj de la Hitachi de su madre. Se quedó mirando la polvorienta superficie del aparato mientras notaba que algo se le enterraba en el muslo. La Ono-Sendai. Rodó sobre sí mismo. Olor a vómito seco.

Después estaba en la ducha. No tenía muy claro cómo había llegado hasta allí. Abrió los grifos con la ropa puesta. Se clavó los dedos en la cara, y luego los enterró, y después se tiró de la piel. Le pareció como si llevase una máscara de goma.

—Aquí ha pasado algo.

Algo malo, algo importante, aunque no estaba seguro de qué.

La ropa húmeda que llevaba puesta terminó en el suelo de baldosas de la ducha. Y, cuando salió al fin, se dirigió al lavabo y se apartó el pelo húmedo de los ojos para contemplar el rostro en el espejo. Bobby Newmark. Sin problema.

—No, Bobby. Hay un problema. Tienes problemas…

Siguió el estrecho pasillo que llevaba a su habitación con los hombros cubiertos con una toalla y sin dejar de gotear agua. El dormitorio era un pequeño espacio con forma de cuña que había en la parte trasera del bloque de apartamentos. La unidad de holoporno se encendió al entrar, y una decena de jóvenes sonrientes lo miraron con deleite manifiesto. Parecían hallarse detrás de las paredes de la habitación, visiones brumosas en un espacio azul granuloso, con sonrisas blancas y cuerpos jóvenes y fibrosos que relucían como el neón. Dos de ellas dieron un paso al frente y empezaron a tocarse.

—Parad —dijo.

La unidad de proyección se apagó sola al oírlo, y las chicas de ensueño se desvanecieron. Antaño había pertenecido al hermano mayor de Ling Warren; el pelo y la ropa de las chicas estaban pasados de moda y eran un tanto ridículos. Se podía hablar con ellas y obligarlas a hacerse cosas a sí mismas o

entre ellas. Bobby recordó cuando tenía trece años y se había enamorado de Brandi, la de los pantalones elásticos azules. Ahora valoraba las proyecciones sobre todo por la ilusión de espacio que le proporcionaban a ese dormitorio improvisado.

—Ha ocurrido algo, joder —dijo al tiempo que sacaba unos vaqueros negros y una camisa casi limpia. Negó con la cabeza—. ¿El qué? Mierda. ¿Qué ha pasado? ¿Una sobrecarga eléctrica en la red? ¿Algún suceso fortuito en la Autoridad de Fisión?

Tal vez la base que trataba de invadir hubiese sufrido alguna especie de avería o la habían atacado desde otro cuadrante… Pero tenía la sensación de haber visto a alguien, alguien que… Había acercado la mano derecha de manera inconsciente, con los dedos extendidos y suplicante.

—Joder —repitió al tiempo que cerraba el puño.

Después regresó: primero, la sensación de que algo grande, muy grande, se le acercaba a través del ciberespacio; y luego aquella personificación en forma de mujer. Alguien de piel marrón, esbelta, acuclillada en algún lugar, en una oscuridad extraña y reluciente llena de estrellas y de viento. Una sensación esquiva que no se dejaba aferrar.

Hambriento, se puso las sandalias y se dirigió a la cocina mientras se frotaba el pelo con la toalla empapada. Cuando pasó por el salón reparó en el piloto encendido de la Ono-Sendai, que brillaba en la moqueta.

—Mierda.

Se quedó allí en pie mientras se humedecía los labios. La consola seguía enchufada. ¿Seguiría enlazada a la base que había intentado allanar? ¿Serían capaces de descubrir que no había muerto? No tenía ni idea. Lo que sí sabía era que a buen seguro contaban con su número y con todo lo demás. No se había molestado en preparar los atajos ni las chorraditas que habrían evitado que le siguieran la pista.

Tenían su dirección.

Se olvidó del hambre, volvió al baño y rebuscó entre la ropa húmeda hasta dar con el chip de crédito.

Tenía doscientos diez neoyenes guardados en el mango ahuecado de un destornillador multiusos. El destornillador y el chip de crédito estaban a salvo en sus vaqueros. Se había puesto las botas más viejas y pesadas que tenía y luego rescatado algo de ropa sucia de debajo de la cama. Encontró una chaqueta de lona negra con una decena de bolsillos, uno de los cuales era un

hueco enorme que recorría por completo la parte inferior de la espalda, una especie de mochila integrada. Debajo de su almohada había un cuchillo de paracaidista japonés con empuñadura naranja; se lo metió en la manga izquierda de la chaqueta, cerca del puño.

Las chicas de ensueño reaparecieron mientras se marchaba.

—Bobby. Bo-bby. Vuelve y juguemos un poco…

Cuando llegó al salón, tiró del cable que unía la Ono-Sendai con el panel de la Hitachi, enrolló el fibróptico y se lo metió en un bolsillo. Hizo lo mismo con el equipo de trodos. Después se guardó la Ono-Sendai en ese bolsillo-mochila de la chaqueta.

Las cortinas seguían cerradas. Sintió una euforia hasta entonces desconocida en él. Se marchaba. Tenía que marcharse. Ya se había olvidado de ese afecto tan patético que le había provocado la experiencia cercana a la muerte. Abrió las cortinas con cautela, un dedo, y echó un vistazo al exterior.

Era las tantas de la tarde. Las luces tardarían unas pocas horas en empezar a iluminar las moles oscuras de los Proyectos. El Gran Patio se extendía frente a él como un mar de hormigón. Vio los Proyectos que se alzaban en la otra orilla, estructuras enormes y rectilíneas suavizadas por capas de balcones invernadero modernizados y repartidos de manera aparentemente aleatoria, acuarios con siluros, sistemas de calefacción solar y las omnipresentes antenas y mallas metálicas.

Seguro que Dos al Día estaría allí ahora, durmiendo, en un mundo que Bobby no había visto jamás, en esa arcología de renta básica. Dos al Día bajaba para hacer negocios, sobre todo con los fantasmas de Barrytown, y luego volvía a subir. A Bobby siempre le había parecido un buen sitio: pasaban muchas cosas por la noche en esos balcones, entre las manchas rojizas de carbón; niños pequeños en ropa interior que se agitaban como monos, tan pequeños que apenas alcanzabas a verlos. A veces cambiaba el viento y el olor de la comida flotaba sobre el Gran Patio, y también a veces se veía un ultraligero que planeaba desde la frontera de algún país cuya existencia permanecía en secreto, muy alto, en el cielo. Y siempre se percibían los ritmos entremezclados de un millón de altavoces, ondas de música que latían y se desvanecían arrastradas por el viento.

Dos al Día no era muy dado a hablar de su vida, del lugar donde vivía. Dos al Día hablaba de negocios y, cuando quería ser un poco más sociable, hablaba de mujeres. Lo que decía de ellas no hizo sino acrecentar las ansias de Bobby por escapar de Barrytown; era consciente de que los negocios

serían su única manera de conseguirlo. Pero ahora necesitaba a ese traficante para otra cosa, porque ahora estaba metido en un buen lío.

Puede que Dos al Día le pudiese decir qué había ocurrido. En teoría no tendría que haber nada letal alrededor de esa base. Dos al Día la había elegido por él, y luego le había alquilado el programa que necesitaba para entrar. Le dijo que estaba listo para traficar con lo que fuera que consiguiese sacar de allí. Tenía que saber algo. Algo, lo que fuese.

—Ni siquiera tengo tu número, tío —dijo a los Proyectos al tiempo que soltaba las cortinas. ¿Debería dejarle algo a su madre? ¿Una nota?—. Y una mierda —le dijo a la estancia que había detrás de él—. Me largo. —Salió por la puerta y empezó a recorrer el pasillo en dirección a las escaleras—. Para siempre —añadió al tiempo que daba una patada para abrir la puerta de salida.

El Gran Patio parecía un lugar lo bastante seguro, a excepción del drogata descamisado que al parecer mantenía una conversación muy intensa con Dios. Bobby dio un rodeo para sortearlo, mientras el tipo gritaba, saltaba y daba golpes de karate al aire. Tenía sangre seca en los pies descalzos, y también los restos de lo que parecía un corte de pelo propio de los lobe.

El Gran Patio era territorio neutral, al menos en teoría, y a grandes rasgos se podía decir que los lobe estaban aliados con los gótikos, aunque conservaban su independencia. Barrytown era un lugar peligroso para ser independiente. «Al menos, las bandas te dan algo a lo que aferrarte», pensó mientras el galimatías iracundo del drogata se perdía a lo lejos detrás de él. Si eras un gótiko, lo más probable era que los kasual tuviesen razones para pincharte. Eran razones que a buen seguro no parecían muy sensatas, pero esas eran las reglas. Pero a los independientes los podían atacar tanto drogatas como colgados depredadores que deambulaban por ahí y que procedían de lugares tan lejanos como Nueva York, como aquel coleccionista de penes que había estado por allí el verano anterior y que se dedicaba a guardarse los trofeos en los bolsillos metidos en bolsas de plástico…

Bobby trataba de encontrar la manera de huir de aquel sitio desde que tenía recuerdo, o eso creía él al menos. Lo creía en ese momento, mientras la consola de ciberespacio metida en el bolsillo-mochila le golpeaba la espalda al caminar, como si también le estuviese metiendo prisa para huir de allí.

—Venga, Dos al Día —dijo a los Proyectos que se alzaban frente a él—. Baja el culo aquí. Más te vale estar en el Leon cuando llegue.

Dos al Día no estaba en el Leon.

Allí no había nadie, a excepción de Leon, quien se dedicaba a desentrañar los misterios de un transformador de pantalla de pared con una horquilla doblada.

—¿Por qué no coges un martillo y lo revientas hasta que funcione? —preguntó Bobby—. El resultado sería el mismo.

Leon alzó la vista del transformador. Debía de tener unos cuarenta y tantos años, pero no era algo que saltase a la vista. No parecía ser de ninguna raza en particular y había momentos en los que daba la impresión de ser el único integrante de la suya. Tenía un montón de huesos faciales hipertrofiados y una melena de pelo rizado de color negro mate. Durante los últimos dos años, Bobby se había hecho asiduo de aquel sótano que hacía las veces de club pirata.

Leon miró a Bobby con gesto impasible y ojos inquietantes, con esas pupilas de un gris nacarado cubiertas por un atisbo de verde oliva translúcido. Los ojos de Leon evocaban ostras y esmalte de uñas, dos cosas que no se podía decir que le gustase asociar con unos ojos. El color era uno de los que se usaban para tapizar los taburetes.

—Lo que quiero decir es que no puedes arreglar cosas así trasteando con ellas —añadió Bobby, con tono incómodo.

Leon negó con la cabeza despacio y luego volvió a lo suyo. La gente pagaba para entrar en aquel lugar porque Leon era capaz de piratear kino y simestim de las redes cable y conseguía muchas cosas que los habitantes de Barrytown no podían permitirse de ninguna otra manera. Se cerraban tratos bajo cuerda y podías hacer «donaciones» para tomarte una copa, que en su mayor parte era un licor puro de Ohio mezclado con una bebida de naranja sintética que Leon conseguía en cantidades industriales.

—Pues… Esto… —empezó a decir Bobby—. ¿Has visto a Dos al Día por aquí últimamente?

Esos ojos volvieron a alzarse y escrutaron a Bobby de arriba abajo durante demasiado tiempo.

—No.

—¿Anoche, quizá?

—No.

—¿Anteanoche?

—No.

—Vaya. Vale. Gracias.

No había razón para hacer sentir incómodo a Leon. De hecho, había muchas razones para no hacerlo. Bobby echó un vistazo por la estancia

amplia y poco iluminada, a las unidades de simestim y las pantallas de kino apagadas. El club constaba de una serie de habitaciones casi idénticas dispuestas por el sótano de una barriada semirresidencial de viviendas unipersonales en la que empezaban a proliferar las industrias ligeras. Estaba bien insonorizado. Apenas se oía la música desde el exterior. Eran muchas las noches que había salido del Leon con la cabeza como un bombo y hasta arriba de pastillas para dar a un vacío mágico y silencioso, mientras los acúfenos le pitaban en los oídos durante todo el camino de vuelta a casa por el Gran Patio.

Le quedaba más o menos una hora antes de que empezasen a llegar los primeros gótikos. Los traficantes, que solían ser tipos negros de los Proyectos o blancos de la ciudad o de algún otro suburbio, no aparecían hasta que había por allí un buen grupo de gótikos con el que trabajar. Nada le daba peor imagen a un traficante que quedarse ahí sentado, a la espera, porque eso implicaría que los negocios no iban bien y era imposible que un traficante realmente bueno se dejase caer por el Leon solo para pasar el rato. En el Leon solo había movidas de salchicheros, domingueros con consolas baratas que veían kinos japoneses sobre picahielos…

«Pero Dos al Día no es así», se dijo mientras subía las escaleras de hormigón. Dos al Día tenía intención de largarse. De los Proyectos. De Barrytown. Del Leon. Albergaba la intención de ir a la ciudad. Puede que a París o a Chiba. La Ono-Sendai se le clavó en la espalda. Recordó que el casete picahielos de Dos al Día seguía en el interior. No le apetecía lo más mínimo darle explicaciones a nadie al respecto. Pasó frente a un quiosco de noticias. Un fax amarillo de la edición neoyorquina del Asahi Shimbun se proyectaba en una ventana de plástico con revestimiento espejado. Habían derrocado un gobierno en África. Los rusos hacían algo en Marte…

Era esa hora del día en la que todo se veía con mucha claridad, en la que se apreciaba el verde que empezaba a brotar en las ramas negras de los árboles que salían de los agujeros en el hormigón; el resplandor del acero de las botas de una niña a una manzana de distancia, como si todo se percibiese a través de un líquido especial que facilitase verlo a pesar de que empezaba a oscurecer. Se dio la vuelta y alzó la vista hacia los Proyectos. Pisos enteros que nunca se iluminaban, o bien por estar abandonados, o bien por tener cristales tintados en las ventanas. ¿Qué hacían ahí dentro? Quizá se lo preguntase a Dos al Día en otro momento.

Miró la hora en el reloj de Coca-Cola del quiosco. Su madre ya habría vuelto de Boston porque, de lo contrario, se perdería uno de sus culebrones favoritos. Se había hecho otro hueco en la cabeza. Ya estaba loca y aquello no

guardaba ninguna relación con el puerto que tenía antes incluso de que Bobby naciese, pero llevaba muchos años quejándose por la estática, la resolución y la saturación sensorial, por lo que había tenido que ahorrar para ir a Boston y ponerse un recambio barato. En uno de esos lugares en los que ni siquiera te daban cita para operarte, de esos en los que entras y te lo embuten en la cabeza… Conocía a su madre, sí, sabía que seguro que habría entrado con una botella envuelta bajo el brazo, sin quitarse el abrigo siquiera, e ido directa a enchufarse a la Hitachi, donde era capaz de zambullirse en esos culebrones durante seis horas seguidas. Se le ponían los ojos vidriosos y, si el episodio era bueno, a veces babeaba un poco. Se acordaba de darle un sorbo breve a la botella más o menos cada veinte minutos.

Siempre había sido así, que él recordarse. Se zambullía cada vez más en esa media decena de vidas sintéticas, fantasías secuenciales de simestim de las que Bobby había oído hablar durante toda su vida. Aún albergaba la inquietante esperanza de que algunos de los personajes de los que hablaba su madre fuesen parientes suyos, tías y tíos ricos y atractivos que habrían aparecido por allí en cualquier momento si él hubiera sido capaz de destacar en algo. «Quizá lo sean en cierto sentido», pensó en ese momento. Su madre le había contado que se había enchufado a los culebrones durante la mayor parte del embarazo, por lo que él, el feto Newmark, había oído el retumbar de miles de horas de Alta Alcurnia o Atlanta. Pero no le gustaba verse acurrucado dentro de las entrañas de Marsha Newmark. Le daba náuseas y lo acaloraba.

Marsha Ma. Durante el último año, Bobby había alcanzado a comprender el mundo, al menos el mundo tal y como él lo veía ahora, lo suficiente como para preguntarse cómo podía ser que su madre lograra sobrevivir en aquella realidad marginal que los rodeaba, con la única compañía de su botella y de los fantasmas del simestim. A veces, cuando estaba de humor y ya le había dado una buena cantidad de tragos a la botella, ella aún intentaba contarle historias sobre su padre. Bobby había descubierto que eran mentira cuando tenía cuatro años, porque los detalles cambiaban cada vez que las contaba, pero aun así había encontrado la forma de disfrutarlas en cierta manera.

Encontró un muelle de carga a unas cuantas manzanas del Leon en dirección oeste, apartado de la carretera por un contenedor azul recién pintado cuya pintura relucía sobre un acero picado y abollado. Un único tubo halógeno colgaba sobre la puerta. Encontró una cómoda plataforma de hormigón y se sentó, con cuidado de no golpear la Ono-Sendai. A veces bastaba con esperar. Era una de las cosas que le había enseñado Dos al Día.

El contenedor estaba hasta los topes de basura industrial de todo tipo. Barrytown también era el hogar de fabricantes que actuaban siempre al filo de la legalidad, que formaban parte de esa «economía sumergida» de la que tanto se hablaba en las noticias, pero Bobby nunca les prestaba mucha atención a las noticias. Negocios. Solo eran negocios.

Unas polillas dibujaban órbitas retorcidas y estroboscópicas alrededor del tubo de halógeno. Bobby contempló con la mirada perdida cómo tres niños, que no debían de tener ni diez años, escalaban el contenedor azul por una cuerda de nailon blanca y sucia y un garfio improvisado que parecía haber formado parte de un perchero. Recogieron el cable con prisa cuando el último de ellos llegó a la parte superior, a ese revoltijo de restos de un plástico que empezó a crujir y a rechinar.

«Como yo», pensó Bobby. Solía hacer esas cosas y llenar su habitación con la basura extraña que se encontraba. En una ocasión, la hermana de Ling Warren encontró un pedazo muy grande del brazo de alguien, envuelto en plástico de color verde y cubierto de gomas elásticas.

Marsha Ma tenía arrebatos religiosos que le duraban unas dos horas: entraba en la habitación de Bobby, tiraba su mejor basura y pegaba unos hologramas autoadhesivos terribles sobre la cama: unas veces, de Jesús; otras, de Hubbard; y en ocasiones de la Virgen María. No es que le importase demasiado cuando le daba uno de esos arrebatos. Era algo que molestaba mucho a Bobby, hasta que un día, cuando ya era lo bastante mayor, entró en el salón con un martillo de bola y lo levantó muy cerca de la Hitachi. «Como vuelvas a tocar mis cosas mataré a tus amigos, ma. A todos». Su madre nunca lo volvió a hacer, pero esos hologramas adhesivos afectaron a Bobby porque empezó a considerar la religión como algo que había llegado a tener en cuenta para rechazarlo en última instancia. Llegó a la conclusión de que algunas personas necesitaban esas cosas y supuso que siempre las había habido, pero él no era una de ellas, así que no la necesitaba.

Uno de los niños del contenedor apareció de repente arriba y examinó los alrededores con los ojos entrecerrados. Después se agachó y desapareció. Se oyeron unos arañazos sordos. Unas pequeñas manos blancas levantaron un bidón de metal abollado y después lo dejaron colgando y lo bajaron con el cable de nailon. «Un buen botín», pensó Bobby. Podrían llevarlo a un contrabandista de metal y sacarle un poco de dinero. Lo bajaron hasta la acera, a un metro de las suelas de las botas de Bobby. Se giró al rozar el suelo, y Bobby vio las seis puntas del símbolo que indicaba peligro biológico.

—Joder —dijo al tiempo que se retiraba por inercia.

Uno de ellos se deslizó por el cable para estabilizar el bidón. Los otros dos bajaron poco después. Vio que eran más jóvenes de lo que creía.

—Oye, sabéis que esto podría ser muy peligroso, ¿verdad? Que podría daros cáncer y todo eso.

—Vete a lamerle el culo a un perro hasta que le salga sangre —le respondió el primero de los niños en bajar, mientras entre todos desenganchaban el garfio, recogían el cable y arrastraban el bidón hacia la esquina del contenedor, donde se perdieron de vista.

Esperó una hora y media. Tiempo suficiente. Leon ya había empezado a cocinar.

Unos veinte gótikos se encontraban en la habitación principal, como una manada de bebés dinosaurio, crestas de pelo lleno de laca que no dejaban de mecerse y sacudirse. La mayoría mostraban el aspecto típico de los gótikos: altos, enjutos y musculados, pero con cierto atisbo de desasosiego cadavérico, jóvenes atletas en las primeras fases de la tuberculosis. La palidez macabra era obligatoria, y el pelo de los gótikos era negro por definición. Bobby sabía que era mejor evitar a los pocos que no podían adecuar sus cuerpos a esa plantilla subcultural: los gótikos bajitos eran problemáticos; los gordos, unos homicidas.

Se los encontró de cháchara en el Leon, esplendorosos todos ellos, como una criatura compuesta, un moho mucilaginoso con una superficie conformada por cuero negro y pinchos de acero inoxidable. La mayoría tenían rostros casi idénticos, facciones alteradas para parecerse a arquetipos antiguos seleccionados de los bancos de kinos. Eligió un Dean particularmente llamativo cuyo pelo se agitaba como la cresta nupcial de un lagarto nocturno.

—Hermano —empezó a decir Bobby, sin estar muy seguro de si lo conocía de antes.

—Chaval —respondió el Dean con voz lánguida, con la mejilla izquierda hinchada a causa de un bolo de resina—. El Conde, nena —le dijo a su acompañante—. El Conde Cero, por interrupción de cuenta a cero. —Tenía una mano pálida y alargada con una costra reciente en el dorso, con la que le agarraba el culo por encima de la falda de cuero de la joven—. Conde, esta es mi churri.

La gótika miró a Bobby con cierto atisbo de interés, pero como si no fuese humano, como si viese un anuncio de un producto del que había oído hablar pero que no tenía la menor intención de comprar.

Bobby analizó la multitud. Unos cuantos rostros inexpresivos, ninguno de ellos conocido. No vio a Dos al Día.

—¿Qué tal? —susurró—. Ya que vosotros sabéis qué se cuece por aquí, me gustaría preguntaros si tenéis idea de dónde está un amigo íntimo, uno de negocios. —El gótiko agitó la cresta al oírlo—. Se llama Dos al Día… —Hizo una pausa, durante la que el tipo mantuvo el gesto inexpresivo y siguió masticando la resina. La chica parecía aburrida, inquieta—. Un traficante informático. —Luego Bobby añadió, mientras alzaba las cejas—: Un traficante informático negro.

—Dos al Día —repitió el gótiko—. Claro. Dos al Día. Claro que sí, ¿verdad, nena?

La joven giró la cabeza y apartó la mirada.

—¿Lo conoces?

—Claro.

—¿Está por aquí esta noche?

—No —respondió el gótiko, que le dedicó una sonrisa vacía.

Bobby abrió la boca, la cerró y se obligó a asentir.

—Gracias, hermano.

—Por ti hago lo que sea, chaval —dijo el gótiko.

Otra hora. Más de lo mismo. Demasiado blanco, ese blanco como la tiza propio de los gótikos. Los ojos relucientes y vacíos de las chicas, con tacones que parecían agujas de ébano. Bobby intentó permanecer fuera de la habitación del simestim en la que Leon se había puesto a ejecutar la cinta de una jungla que te hacía experimentar varios animales y escenas de acción sobre los árboles, algo que Bobby encontró un tanto confuso. Tenía tanta hambre que se sentía un poco desconectado, o quizá solo era el malestar por lo que le había ocurrido antes, pero comenzaba a perder la concentración y se distraía con cualquier cosa. Pensaba, por ejemplo, en quién habría sido capaz de escalar esos árboles llenos de serpientes y ponerle las cámaras a esa especie de ratas para grabarlas para un simestim.

No obstante, a los gótikos les gustaba mucho. No dejaban de retorcerse y patalear, compenetrados al máximo con esas ratas arbóreas. Bobby llegó a la conclusión de que la cinta iba a ser otro exitazo de Leon.

A su izquierda, pero lejos del alcance del estim, vio a dos chicas de los Proyectos, cuyas prendas elegantes y barrocas contrastaban con las monocromáticas de los gótikos. Unas levitas largas y negras se abrían sobre

chalecos ceñidos y rojos de brocado de seda, y los faldones de unas blusas blancas y enormes colgaban muy por debajo de sus rodillas. La piel negra de sus rostros quedaba oculta bajo las alas de sombreros de fieltro, de las que colgaban artilugios de oro antiguo: alfileres, colgantes, dientes, relojes mecánicos. Bobby las miró a hurtadillas. Las ropas mostraban a las claras que tenían dinero, pero también que te ibas a arrepentir si intentabas robárselo. En cierta ocasión, Dos al Día había bajado de los Proyectos con una de esas prendas de terciopelo azul cerúleo y hebillas de diamante en las rodillas, como si no le hubiese dado tiempo a cambiarse. Bobby había actuado como si el traficante informático estuviese vestido con su ropa de cuero habitual, porque sabía que tener una actitud cosmopolita era fundamental para los negocios.

Trató de imaginar que se acercaba a ellas y les hablaba como si nada: «Señoritas, seguro que conocen a mi buen amigo Dos al Día». Pero las jóvenes eran mayores que él, más altas y se movían con una dignidad que Bobby encontraba intimidante. Lo más probable era que se limitasen a reírse, y lo último que quería era tener que enfrentarse a eso.

Lo que ansiaba con todas sus fuerzas en aquel momento era comida. Tocó el chip de crédito por encima de la tela vaquera de sus pantalones. Le bastaba con cruzar la calle y comprarse un bocadillo… Después recordó la razón por la que estaba allí y no le pareció muy juicioso usar el chip. Si lo habían pillado después del golpe que había intentado dar, seguro que a esas alturas debían de tener el número de su chip. Si lo usaba, llamaría la atención de cualquiera que siguiese su rastro por el ciberespacio, y revelaría su ubicación en la red de Barrytown como una bengala en la oscuridad de un estadio deportivo. Tenía dinero suelto, pero con eso no se podía pagar comida. Tenerlo no era ilegal, pero nadie lo usaba para transacciones lícitas. Necesitaba encontrar a un gótiko que tuviese un chip, comprarle neoyenes, seguro que con unos intereses escandalosos, y luego pedirle que le pagase la comida. ¿Para qué otra cosa iba a usar la calderilla si no?

«Quizá solo estás un poco asustado», dijo para sí. No tenía la certeza de que lo estuviesen siguiendo, y la base que había intentado piratear era legítima, o al menos se suponía que lo era. Por eso, Dos al Día le había dicho que no tendría que preocuparse por el hielo negro. ¿Quién iba a poner programas de protección letal en un lugar que servía para alquilar kinos eróticos? Él solo había pensado en mangar unas pocas horas de kino digitalizado, algo nuevo con lo que traficar en el mercado pirata. No le parecía algo tan grave como para asesinar por ello…

Pero alguien lo había intentado. Y había ocurrido algo más. Algo del todo inesperado. Volvió a subir las escaleras, dispuesto a salir del Leon. Tenía claro que había muchas cosas de la matriz que no conocía, pero nunca había oído una historia tan rara… Se contaban muchas historias de miedo, claro. De salchicheros que juraban haber visto cosas en el ciberespacio, pero para Bobby solo eran un par de wilsons que se habían enchufado estando colocados. En la matriz se podía alucinar tan bien como en cualquier otra parte…

«Quizá sea eso lo que ha ocurrido», pensó. La voz solo había sido parte del proceso de morir, de quedarte plano, una mierda que tu cerebro se inventaba para hacerte sentir mejor. También había ocurrido algo en los sistemas, un apagón parcial en la red, por lo que el hielo había dejado de afectar a su sistema nervioso.

Tal vez. Pero no podía saberlo. No sabía muy bien cómo iba todo aquello. Su ignorancia había empezado a afectarle de un tiempo a esa parte, porque evitaba que tomase las decisiones que tenía que tomar. Era algo a lo que nunca le había prestado demasiada atención, pero lo cierto era que no tenía demasiada idea de nada en particular. De hecho, hasta que había empezado a hacer de salchichero, había tenido la impresión de que sabía todo lo que necesitaba saber. A los gótikos les ocurría lo mismo, y por eso se quedaban allí drogándose con polvo hasta quedar destrozados o hasta que los asesinaran los kasual, un proceso abrasivo cuyo resultado sería la siguiente ola reproductiva de habitantes de Barrytown que comprarían un piso en la zona para que el ciclo volviese a empezar.

Bobby era como un niño que había crecido junto al océano, que lo daba por sentado igual que daba por sentada la existencia del cielo, pero sin saber nada de las corrientes, ni de las rutas marítimas, ni de los pormenores del clima. Había usado consolas en la escuela, juguetes que te llevaban por esa extensión infinita de espacio que no era espacio, esa alucinación compleja, impensable y consensuada, la matriz, el ciberespacio, donde los enormes núcleos ardientes de las corporaciones brillaban como novas de neón, datos tan densos que te provocaban sobrecargas sensoriales si intentabas ahondar demasiado en ellos.

Desde que había empezado a hacer de salchichero, tuvo cierta idea de lo poco que sabía acerca del funcionamiento de las cosas, y no solo en la matriz. Se filtraba fuera de ella de alguna manera, y Bobby había empezado a hacerse preguntas, a hacerse preguntas y a pensar. En cómo funcionaba Barrytown, en eso que hacía que su madre siguiese adelante, en por qué los gótikos y los

kasual invertían tanta energía en intentar matarse entre ellos. O en por qué Dos al Día era negro y vivía en los Proyectos y por qué eso era algo tan particular.

No cejó en su empeño de encontrar al traficante mientras caminaba. Rostros blancos, más rostros blancos. Las tripas habían empezado a rugirle con estrépito. Pensó en ese paquete de hamburguesas de trigo sin abrir que tenía en el frigorífico en casa, en freírlas con algo de soja y abrir también un paquete de gofres de gambas…

Volvió a pasar junto al quiosco y miró el reloj de Coca-Cola. Seguro que Marsha ya había llegado a casa y se había sumido en las laberínticas complejidades de Alta Alcurnia, que tenía una protagonista femenina con una vida que había compartido a través de un puerto durante casi veinte años. El fax del Asahi Shimbun aún se proyectaba en la pequeña ventana, y se acercó justo a tiempo para ver la primera noticia del bombardeo del bloque A, tercer piso, Covina Concourse Courts, Barrytown, Nueva Jersey…

Y luego desapareció, pasó al siguiente, una noticia sobre el funeral del jefe de la yakuza de Cleveland. Muy tradicional. Todos llevaban paraguas negros.

Bobby siempre había vivido en el 503, bloque A.

Algo enorme que se abalanzaba para aplastar a Marsha Newmark y su Hitachi. Algo cuyo objetivo sin duda era él.

—Parece que a alguien se lo está tomando muy en serio —se oyó decir a sí mismo.

—¡Oye! ¡Chaval! ¡Conde! ¿Estás colocado, hermano? ¡Oye! ¡Adónde vas!

Los ojos de dos Deans se giraron para mirar cómo el pánico lo hacía echar a correr aterrorizado.

# 7
# El centro comercial

Conroy sacó el Fokker azul de la autopista erosionada anterior a la guerra y redujo una marcha. La alargada cola de polvo pálido parecida a la de un pavo real que los seguía desde Neddles empezó a asentarse. El aerodeslizador se detuvo y se asentó sobre la colchoneta neumática.

—Es aquí, Turner.

—¿Qué le ocurrió?

Una extensión rectangular de hormigón se extendía con paredes irregulares de bloques erosionados.

—La economía —respondió Conroy—. Antes de la guerra. No llegaron a terminarlo. A diez kilómetros al oeste de aquí hay subdivisiones enteras, cuadrículas pavimentadas sin casas ni nada.

—¿De cuántos integrantes consta el equipo?

—De nueve, sin contarte a ti. Y los médicos.

—¿Qué médicos?

—Médicos de Hosaka. Maas es una empresa biológica, ¿no? A saber qué le habrán hecho al chico. Por ello, Hosaka creó una pequeña unidad de neurocirugía con tres especialistas. Dos de ellos son de la casa, y la tercera es una coreana que conoce la medicina del mercado negro como la palma de su propia mano. La cápsula médica está en ese alargado de allí. —Señaló—. Ese al que le falta parte del techo.

—¿Cómo la metisteis ahí?

—La trajimos de Tucson dentro de un camión cisterna. Fingimos una avería, la sacamos del camión y luego la metimos ahí. Entre todos. Debimos de tardar unos tres minutos.

—Maas… —dijo Turner.

—Lo sé. —Conroy apagó los motores—. Es arriesgado —añadió, para romper el repentino silencio que había sobrevenido—. Tal vez no se hayan dado cuenta. Nuestro conductor del camión cisterna se quedó allí y empezó a

quejarse al controlador de Tucson por los canales de radioaficionados. No dejaba de protestar por el intercambiador de calor, ni de preguntar cuánto tiempo iban a tardar en arreglarlo. Supongo que lo habrán oído. ¿Se te ocurre algo mejor?

—No, teniendo en cuenta que el cliente quiere que se haga en persona. Pero ahora estamos aquí, en medio del área de reconocimiento…

—Pero guapo —dijo Conroy al tiempo que soltaba un bufido—, puede que solo hayamos parado para echar un polvo. Para descansar de camino a Tucson, ¿no crees? Este lugar es de esos. La gente para por aquí para orinar, ¿sabes? —Le echó un vistazo a su reloj negro marca Porsche—. Tengo que estar allí en una hora para tomar un helicóptero a la costa.

—¿A la plataforma petrolífera?

—No, a por tu maldito avión a reacción. Decidí encargarme de conseguirlo en persona.

—Bien.

—Yo habría elegido un ekranoplano Dornier System. Lo hubiese hecho esperar en la carretera hasta que viésemos entrar a Mitchell, y entonces se habría acercado y llegado allí para cuando los médicos hubiesen terminado de limpiar a nuestro hombre. Después nos habría bastado con meterlo en el vehículo y dirigirnos hacia la frontera de Sonora…

—A velocidad subsónica —apostilló Turner—. Imposible. Será mejor que vayas a California a comprarme ese Harrier. Nuestro hombre saldrá de allí en un caza polivalente de esos que aún no están del todo obsoletos.

—¿Tienes algún piloto en mente?

—Yo —respondió Turner, que tocó el puerto que tenía detrás de la oreja. Es un sistema interactivo con integración completa. Te venderán el programa de interfaz y me enchufaré a él.

—No tenía ni idea de que supieses pilotar.

—No sé hacerlo. No hace falta mucha práctica para llegar hasta Ciudad de México.

—Veo que aún te va la marcha, Turner. ¿Conoces el rumor de que alguien te hizo saltar por los aires cuando estabas en Nueva Delhi?

Conroy se giró para encararlo, con una sonrisa impasible de dientes blancos.

Turner cogió la parka que había en el asiento trasero y sacó la pistola y la caja de munición. Después fue a volver a dejar atrás el abrigo, pero Conroy dijo:

—Quédatela. Aquí hace un frío de mil demonios por la noche.

Turner extendió la mano hacia el pestillo de la cabina, y Conroy volvió a encender los motores. El aerodeslizador se elevó unos centímetros y se agitó ligeramente mientras Turner abría la cabina y salía al exterior. Un sol cegador y una brisa parecida al terciopelo caliente. Sacó las gafas de sol mexicanas del bolsillo de la camisa de trabajo azul y luego se las puso. Llevaba unos náuticos blancos y un par de pantalones de camuflaje verdes. La caja de cartuchos explosivos cayó en uno de los bolsillos apretados de los pantalones. Sostenía el arma con la mano derecha, y la parka doblada bajo el brazo izquierdo.

—Dirígete al edificio alargado —dijo Conroy, que alzó la voz por encima del estruendo de los motores—. Te están esperando.

Saltó al tórrido resplandor del mediodía en el desierto mientras Conroy revolucionaba los motores y dirigía el vehículo hacia la autopista. Vio como aceleraba en dirección este, una silueta cada vez más pequeña distorsionada a causa de las ondulaciones de un calor que no dejaba de aumentar.

El vehículo desapareció, y no oyó sonido alguno. Tampoco vio movimiento. Se dio la vuelta para encarar las ruinas. Algo pequeño y de un gris rocoso se escabulló entre dos piedras.

Las paredes abruptas empezaban a unos ochenta metros de la autopista. Aquel lugar había sido un aparcamiento.

Dio cinco pasos al frente y se detuvo. Oyó el mar, el batir de la marea, unas suaves explosiones cada vez que rompían las olas. Tenía el arma en la mano, demasiado grande, demasiado real, el metal cada vez más caliente a causa del sol.

«No hay mar. No hay mar —pensó—. No lo estoy oyendo».

Siguió caminando, y los náuticos le resbalaron en montículos de cristales de ventanas viejas, entremezclados con los verdes o marrones de las botellas. Había discos oxidados que antes eran chapas de botellas y rectángulos aplanados de lo que antes eran latas de aluminio. Se oía el zumbido de los insectos entre unos matorrales secos.

Se acabó. Está acabado. Este lugar. No hay tiempo.

Se volvió a detener y se inclinó hacia delante, como si buscara algo que lo ayudase a ponerle nombre a lo que sentía en su interior. Ese vacío…

El centro comercial estaba muerto por partida doble. El hotel de la playa en México había vivido una vez, al menos durante una temporada…

Al otro lado del aparcamiento, los bloques de hormigón iluminados por el sol, baratos e impersonales, se hallaban a la espera.

Los encontró agachados en la estrecha franja de sombra que proyectaba una pared gris. Eran tres; olió el café antes de verlo, el esmalte ennegrecido por el fuego de la cafetera que se encontraba en equilibrio precario sobre un hornillo Primus. Querían que lo oliese, claro. Lo estaban esperando. De lo contrario, habría encontrado las ruinas vacías y luego habría muerto, de alguna forma silenciosa y casi natural.

Dos hombres, una mujer; botas polvorientas y desgastadas de Texas, unos vaqueros tan brillantes a causa de la grasa que lo más probable es que ya fuesen impermeables. Los hombres tenían barba y el cabello descuidado atado en moños descoloridos a causa del sol con tiras de cuero sin curtir; la mujer tenía la raya al medio y lo llevaba sujeto hacia atrás, lo que dejaba al descubierto un rostro arrugado y quemado por el viento. Una antigua motocicleta BMW se encontraba apoyada contra la pared, llena de cromo picado y borrones de pintura estropeada embadurnada con manchas de aerógrafo de camuflaje desértico marrón y gris.

Soltó la empuñadura de la Smith & Wesson y dejó que se balancease en el dedo índice, lo que hizo que el cañón empezase a subir y a bajar.

—Turner —dijo uno de los hombres mientras se levantaba y le enseñaba el metal barato de sus dientes—. Sutcliffe —se presentó, con un acento que probablemente fuese australiano.

—¿Sois del equipo de asalto?

Miró a los otros dos.

—El equipo de asalto —dijo Sutcliffe, que se metió un pulgar y dedo índice morenos en la boca y sacó una prótesis de metal amarillenta. Tenía los dientes blancos y perfectamente alineados—. Sacaste a Chauvet de IBM para Mitsu —comentó—. También dicen que sacaste a Semiónov de Tomsk.

—¿Eso es una pregunta?

—Yo formaba parte del equipo de seguridad de IBM Marrakech cuando hiciste saltar por los aires aquel hotel.

Turner miró al hombre a los ojos. Eran azules, sosegados y muy brillantes.

—¿Te supone un problema?

—Tranquilo —dijo Sutcliffe—. Solo lo decía para que supieses que estoy al tanto de tu trabajo. —Volvió a colocarse la prótesis en su sitio—. Lynch —dijo al tiempo que cabeceaba hacia el otro hombre—. Y Webber. —La mujer.

—Hazme un resumen —exigió Turner, que se agachó para cubrirse en la franja de sombra. Se quedó acuclillado, sin soltar la pistola.

—Llegamos hace tres días —explicó Webber—. En dos motos. Le rompimos el cigüeñal a una de ellas por si nos hacía falta una excusa para

estar acampados aquí. El lugar cuenta con una población nómada y dispersa de moteros ambulantes y sectarios. Lynch caminó seis kilómetros en dirección este con un carrete de fibrópticos y pinchó un teléfono…

—¿Privado?

—Público —apostilló Lynch.

—Enviamos una sonda —continuó la mujer—. De no haber funcionado, lo sabrías.

Turner asintió.

—¿Hay tráfico en esa línea?

—Nada. La reservan para el número principal del espectáculo. Sea lo que sea.

La mujer arqueó las cejas.

—Es una deserción.

—Sí, eso está claro —dijo Sutcliffe, que se acomodó junto a Webber con la espalda apoyada en la pared—. Aunque el tono general de la operación hasta el momento sugiere que los mercenarios como nosotros no llegaremos a saber a quién vamos a rescatar. ¿No es así, señor Turner? ¿Podremos leerlo en los faxes, al menos?

Turner hizo caso omiso del comentario.

—Continúa, Webber.

—Después de colocar la línea telefónica, el equipo empezó a infiltrarse poco a poco. El último en hacerlo nos avisó de la llegada de los japos.

—Eso fue un error —comentó Sutcliffe—. Demasiado evidente.

—¿Crees que es posible que se hayan dado cuenta? —preguntó Turner.

Sutcliffe se encogió de hombros.

—Puede que sí, puede que no. Fue muy rápido. Menos mal que teníamos ese techo para meterla debajo.

—¿Y los pasajeros?

—Solo salen de noche —explicó Webber—. Y saben que los mataremos si se alejan más de cinco metros.

Turner miró a Sutcliffe.

—Son órdenes de Conroy —dijo.

—Las órdenes de Conroy ya dan igual —comentó Turner—. Pero esa se mantiene. ¿Cómo son esas personas?

—Es personal médico —comentó Lynch—. Extraoficial.

—Muy bien —dijo Turner—. ¿Y el resto del equipo?

—Instalamos un toldo de lona mimética. Duermen debajo por turnos. No hay agua suficiente y cocinar sería demasiado arriesgado. —Sutcliffe

extendió la mano hacia la cafetera—. Tenemos centinelas que comprueban de vez en cuando la integridad de la línea telefónica. —Vertió café solo en una taza de plástico que parecía que hubiese mordido un perro—. ¿Cuándo empezará el espectáculo, señor Turner?

—Me gustaría ver a vuestro equipo de médicos domesticados. Y también el puesto de mando. No me has comentado nada del puesto de mando.

—Todo está en orden —aseguró Lynch.

—Genial. Toma. —Turner le dio el revólver a Webber—. Mira a ver si puedes encontrarme una funda para esto. Ahora quiero que Lynch me lleve con esos médicos.

—Él creyó que serías tú —dijo Lynch, que trepó sin esfuerzo por una pendiente de escombros poco inclinada. Turner lo seguía—. Tu reputación te precede.

El joven echó la vista atrás para mirarlo desde detrás de un mechón de pelo sucio y descolorido a causa del sol.

—Más de lo que me gustaría —dijo Turner—. Tener reputación me resulta desagradable de por sí. ¿Habías trabajado antes con él? ¿En Marrakech?

Lynch se agachó y empezó a meterse de lado en un hueco que había en el hormigón. Turner lo siguió de cerca. Las plantas desérticas olían a alquitrán, y también picaban y se te clavaban en la ropa si las rozabas. Turner vio unas cumbres montañosas rosadas a través de un hueco rectangular y vacío que parecía estar destinado a ser una ventana. Después Lynch empezó a descender por otra pendiente de gravilla.

—Claro que he trabajado para él antes —dijo Lynch, que se detuvo en el rellano de la pendiente. Llevaba un cinturón de cuero de apariencia antigua en la parte baja de la cadera, con una pesada hebilla de plata bruñida en forma de calavera con una cresta dorsal de pinchos desafilados y piramidales—. Lo de Marrakech… Ocurrió antes de que yo empezase.

—¿Y para Connie también, Lynch?

—¿Cómo dices?

—Conroy. ¿Has trabajado para él antes? Por ser más claro, ¿trabajas para él ahora?

Turner bajó por la pendiente despacio y con seguridad mientras hablaba. Los escombros crujieron y se deslizaron debajo de sus náuticos, un punto de

apoyo inestable. Vio la pequeña y sutil pistola de dardos enfundada debajo de la camiseta vaquera de Lynch.

Lynch se secó los labios, sin moverse.

—Es el contacto de Sut. No lo conozco en persona.

—Conroy tiene un problema, Lynch. Es incapaz de delegar responsabilidades. Le gusta tener a alguien suyo desde el principio, a alguien que vigile a los vigilantes. ¿Eres tú, Lynch?

Lynch negó con la cabeza, lo mínimo para que la negativa quedase clara. Turner estaba lo bastante cerca como para oler el sudor, pese a la peste alquitranada de las plantas del desierto.

—He visto a Conroy echar a perder dos misiones de esa manera —explicó Turner—. ¿Lagartos y cristales rotos, Lynch? ¿Te apetece morir aquí? —Turner alzó el puño delante del rostro de Lynch y extendió el dedo índice despacio para apuntar hacia arriba—. Estamos en el área de reconocimiento. Si uno de los infiltrados de Conroy emite la más mínima señal desde aquí, vendrán a por nosotros.

—Puede que estén de camino.

—Tienes razón.

—Creo que a quien buscas es a Sut —dijo Lynch—. Yo no soy, y la verdad es que no veo a Webber haciendo algo así. —Levantó la mano de uñas rotas y llenas de mugre para rascarse la barba con gesto ausente—. Me gustaría saber una cosa: ¿me has traído hasta aquí solo para tener esta charla o de verdad quieres ver a los japos?

—Vamos a verlos.

Lynch. Era Lynch.

En una ocasión, en México, hacía unos años, Turner había alquilado un módulo vacacional portátil de baterías solares y manufactura francesa. Era una estructura de siete metros parecida a una mosca sin alas esculpida en aleación pulida, cuyos ojos eran dos hemisferios idénticos de plástico polarizado y fotosensible. Se sentó detrás de ellos mientras una avioneta de carga de dos motores antigua y rusa recorría la costa con el módulo entre las mandíbulas, apenas rozando la copa de las palmeras más altas. Lo soltaron en una playa remota de arena negra, y Turner pasó tres días de agradable soledad en una estrecha cabaña de teca a base de comida congelada que calentaba en el microondas y dándose baños breves pero regulares en el agua fría. Los paneles de células fotovoltaicas rectangulares del módulo se movían con el

sol, y llegó a saber qué hora era fijándose en la posición en la que se encontraban.

El equipo de neurocirugía portátil de Hosaka se parecía a una versión sin hemisferios de ese módulo francés, puede que dos metros más largo y pintado de un marrón opaco. Habían soldado a intervalos unas barras perforadas de acero en forma de L en la parte inferior del casco, donde se alojaban unos simples amortiguadores para diez grandes y abultadas ruedas de bicicleta de neumáticos rojos.

—Están dormidos —dijo Lynch—. Se agita un poco cuando se mueven, por lo que es fácil saberlo desde el exterior. Le quitaremos las ruedas cuando llegue el momento, pero por ahora nos gusta ser capaces de saber qué hacen en el interior.

Turner rodeó despacio el módulo y se percató del conducto de aguas fecales negro y reluciente que llegaba hasta un depósito pequeño y rectangular cercano.

—Tenía que vaciarlo anoche. Dios. —Lynch negó con la cabeza—. Han conseguido comida y algo de agua.

Turner pegó la oreja al casco.

—Está insonorizado.

Después alzó la vista al techo metálico que tenían encima. La parte superior del módulo estaba cubierta por unos diez metros cuadrados de techumbre oxidada. Láminas de acero que ahora estaban tan calientes como para freír un huevo. Asintió. Ese rectángulo caliente sería una barrera permanente para evitar los escáneres infrarrojos de Maas.

—Murciélagos —dijo Webber, que le pasó la Smith & Wesson metida en una funda sobaquera de nailon negro. El anochecer emitía sonidos que parecían venir del interior, chirridos metálicos, ruidos de insectos y graznidos de aves invisibles. Turner metió el arma y la funda en uno de los bolsillos de la parka.

—Si quieres mear, tendrás que subir hasta ese mezquite. Pero cuidado con las espinas.

—¿De dónde eres?

—De Nuevo México —respondió la mujer, cuyo rostro parecía tallado en madera a la poca luz ambiental. Se giró y empezó a alejarse en dirección a los rincones de las paredes cubiertos por la lona. Distinguió a Sutcliffe y a un joven negro por allí. Comían de unos recipientes de papel de aluminio mate.

Ramírez, el vaquero de consolas local, socio de Jaylene Slide. De Los Ángeles.

Turner alzó la vista hacia la bóveda celeste, ilimitada, el mapa de las estrellas. Le resultó extraño comprobar que pareciese tan grande desde allí y que, desde la órbita, fuese poco más que un abismo informe donde la escala perdía todo significado. Y sabía que esa noche no iba a dormir, y que la Osa Mayor rodaría para él y se perdería en el horizonte, y se llevaría consigo su cola.

Sintió un acceso de náuseas, un distanciamiento, a medida que las imágenes del informe de biosofts se sacudían sin ton ni son en sus pensamientos.

# 8
# París

Andrea vivía en el Quartier des Ternes, donde su antiguo edificio esperaba, como los demás, a que los incansables renovadores de la ciudad lo puliesen con el chorro de arena. Al otro lado de la oscuridad de la entrada, uno de los tubos biofluorescentes de Fuji Electric brillaba tenue sobre la destartalada pared cubierta de pequeños casilleros de madera, algunos de ellos con las puertas con ranura aún intactas. Marly sabía que, en el pasado, los carteros se dedicaban a introducir el correo diario a través de esos huecos. Era una imagen que albergaba cierto romanticismo, aunque siempre le habían resultado deprimentes tanto los casilleros como las tarjetas de presentación amarillas que anunciaban los nombres de inquilinos desaparecidos hacía tanto tiempo. Las paredes del vestíbulo estaban cubiertas de tramos circulares de cables y fibrópticos grapados a ellas, una más que posible pesadilla para un desafortunado conserje. En el otro extremo, detrás de una puerta abierta adornada con paneles de cristal esmerilado polvorientos, se encontraba un patio en desuso cuyos adoquines relucían a causa de la humedad.

Cuando Marly entró en el edificio, el portero se encontraba sentado en dicho patio, sobre una caja de plástico blanca que había albergado botellas de agua de la marca Evian. Lubricaba con paciencia cada uno de los eslabones de una cadena de bicicleta negra y vieja. Alzó la vista cuando ella empezó a subir el primer tramo de escaleras, pero no pareció interesarle demasiado.

Las escaleras eran de mármol, desgastado y mate por el uso de generaciones de inquilinos. El apartamento de Andrea estaba en el cuarto piso. Dos habitaciones, cocina y baño. Marly se había mudado allí después de cerrar la galería por última vez, cuando le fue imposible seguir durmiendo en el dormitorio improvisado que compartía con Alain, esa pequeña habitación detrás del almacén. El edificio hizo que la sombra de la depresión volviese a cernirse sobre ella, pero la sensación de la ropa nueva y el repiqueteo regular de sus tacones en el mármol habían conseguido mantenerla a raya. Llevaba un

abrigo de cuero enorme de un color unos tonos más claros que el bolso, una falda de lana y una blusa de seda de la sucursal parisina de Isetan. Una joven birmana le había cortado el pelo esa misma mañana con un lápiz láser de la Alemania Occidental, en el Faubourg Saint-Honoré. Era un corte caro y sutil, pero sin ser demasiado conservador.

Tocó la placa redonda que estaba atornillada en el centro de la puerta de Andrea, y la oyó emitir un pitido suave mientras identificaba las espirales y las rugosidades de las yemas de sus dedos.

—Soy yo, Andrea —dijo al pequeño micrófono.

Una serie de chasquidos y ruidos metálicos mientras su amiga abría la puerta.

Andrea apareció al otro lado de la puerta, empapada y ataviada con su viejo albornoz. Le echó un vistazo al nuevo aspecto de Marly y luego le dedicó una sonrisa.

—¿Has conseguido el trabajo o has robado un banco?

Marly entró y le dio un beso a su amiga en la mejilla húmeda.

—Pues se podría decir que ambas cosas —dijo, y rio.

—Café —dijo Andrea—. Prepara un café. Grands crèmes. Yo aún tengo que enjuagarme el pelo. Y tú lo tienes maravilloso…

Regresó al baño, y Marly oyó cómo el chorro de agua caía contra la porcelana.

—Te he comprado un regalo —dijo Marly, pero Andrea no la oyó. Se dirigió a la cocina y llenó el hervidor de agua. Después prendió el fogón con un antiguo encendedor a chispa y empezó a rebuscar el café entre las estanterías abarrotadas.

—Sí. Lo veo —dijo Andrea. Contemplaba el holograma de la caja que Marly había visto por primera vez en aquel constructo del parque de Gaudí creado por Virek—. Es tu estilo. —Tocó una protuberancia y la ilusión del Braun titiló. El cielo estaba moteado por alguna que otra voluta de nube al otro lado de la única ventana de la habitación—. Es demasiado lúgubre para mí, demasiado serio. Igual que las cosas que me enseñabas en tu galería. Pero eso solo es indicativo de que *Herr* Virek ha elegido bien. Seguro que consigues resolver el misterio. Si fuese tú, y teniendo en cuenta tu salario, me tomaría mi tiempo para hacerlo. —Andrea llevaba puesto el regalo de Marly, una camisa de hombre cara, gris, con detalles muy bonitos y hecha de franela de Flandes. Era del tipo de cosas que le gustaban mucho, y estaba claro que la

disfrutaba. Le resaltaba el cabello pálido y era un color muy parecido al de sus ojos.

—Ese Virek es bastante horrible. Creo que… —Marly titubeó.

—Era de esperar —comentó Andrea antes de darle otro sorbo al café—. ¿Esperabas que alguien tan rico fuese amable y normal?

—En un momento dado, llegó a parecerme como si no fuera ni humano. Fue una sensación muy intensa.

—Y no lo es, Marly. Hablabas con una proyección, un efecto especial…

—Aun así…

Hizo un gesto de impotencia, que la hizo sentir a disgusto consigo misma de inmediato.

—No obstante, es un tipo riquísimo y te paga mucho dinero para que hagas algo que tal vez solo tú seas capaz de hacer. —Andrea sonrió y se reajustó un puño de color carbón doblado con mucho estilo—. Tampoco es que tuvieses muchas opciones, ¿no?

—Lo sé. Supongo que eso es lo que más me incomoda.

—Bueno —continuó Andrea—. Tenía intención de esperar un poco más para comentártelo, pero es posible que haya algo más que te vaya a hacer sentir incómoda. Aunque no sé si incómoda es la palabra adecuada.

—¿El qué?

—También pensé en no contarte nada, pero estoy segura de que al final te habrías enterado de todos modos. Supongo que él huele el dinero.

Marly soltó la taza vacía con cuidado en la abarrotada mesilla de ratán.

—Es un tema que no se le da nada mal —dijo Andrea.

—¿Cuándo?

—Ayer. Creo que empezó una hora antes de que tuvieses la entrevista con Virek. Me llamó al trabajo. Y le dejó un mensaje para mí al conserje. Si desconectase el servicio de filtrado de llamadas —señaló el teléfono con un gesto—, creo que llamaría en menos de media hora.

Los ojos del conserje, el chasquido de la cadena de bicicleta.

—Dijo que quería hablar —comentó Andrea—. Solo hablar. ¿Quieres hablar con él, Marly?

—No —respondió ella, con voz aguda y ridícula como la de una niña pequeña. Luego añadió—: ¿Ha dejado un número?

Andrea suspiró. Negó con la cabeza y luego dijo:

—Claro, claro que ha dejado un número.

# 9
# En los proyectos

La oscuridad estaba atestada de patrones con forma de panales del color de la sangre. Todo era cálido. Y también suave, suave en su mayor parte.

—Qué desastre —dijo uno de los ángeles, una mujer cuya voz sonaba lejana, pero grave, profunda y muy nítida.

—Tendríamos que haberlo sacado del Leon —dijo el otro ángel—. A los de los pisos superiores no les va a gustar esto.

—Parece que tenía algo en este bolsillo grande de aquí, ¿ves? Lo rasgaron para sacarlo.

—No es lo único que rasgaron, hermana. Dios. Mira aquí.

Los patrones oscilaron de un lado a otro mientras algo se movía sobre su cabeza. Una mano fría en la mejilla.

—No te manches la camisa —dijo el primer ángel.

—A Dos al Día no le va a gustar esto. ¿Por qué crees que se asustó y salió corriendo?

Le molestaba porque quería dormir. Estaba despierto, claro, pero los sueños de conexión de Marsha se entremezclaban en su mente de alguna manera, por lo que venía escenas inconexas de Alta Alcurnia. El culebrón que no había dejado de emitirse desde antes de su nacimiento, ese que tenía una trama comparable a un gusano narrativo de varias cabezas que se enroscaba para devorarse a sí mismo cada pocos meses, momento en el que brotaban de él nuevas cabezas ávidas de tensión e impulsos expositivos. Lo vio retorciéndose en su totalidad, de una manera que Marsha nunca sería capaz de verlo, una espiral alargada de ADN de Senso/Red, ectoplasma barato y quebradizo que se repartía entre una multitud incontable de soñadores hambrientos. Marsha lo recibía a través del punto de vista de Michele Morgan Magnum, la protagonista femenina, heredera de la empresa Magnum AG.

Pero el episodio de ese día no dejaba de alternar sin ton ni son entre amoríos complejos, que Bobby nunca se había preocupado por seguir, y detalladas descripciones socioarquitectónicas de arcologías de renta básica de estilo Soleri. Algunos de los detalles le resultaban sospechosos incluso a Bobby: por ejemplo, dudaba de que hubiese pisos enteros dedicados a la venta de trajes azul celeste de pana con hebillas de diamante en las rodillas, o que hubiese otros pisos en perpetua oscuridad y solo habitados por bebés hambrientos. Recordó que esa última imagen había sido un artículo de fe para Marsha, que veía los Proyectos con un pánico supersticioso, como si fuesen una especie de infierno vertical y acechante por el que algún día se vería obligada a ascender. Otras partes de aquellos sueños de conexión le recordaron al canal de Conocimiento de Senso/Red, que transmitían de manera gratuita con cada suscripción de estim. Había elaborados diagramas animados de la estructura interna de los Proyectos y charlas machaconas con una voz en off que comentaba el estilo de vida de varios tipos de residentes. Cuando se fijaba bien en esas cosas, le resultaban aún menos convincentes que las imágenes fugaces de la pana azul celeste y de los bebés famélicos que se arrastraban en silencio por la oscuridad. Vio a una madre joven y animada cortar una pizza con un gigantesco cuchillo de agua industrial en la cocina esquinera de un apartamento de una sola habitación. Una pared entera daba a un balcón estrecho y a un rectángulo de cielo azul parecido al de unos dibujos animados. La mujer era negra sin ser negra, y a Bobby le recordó a una versión joven, maternal y muy muy oscura de una de las muñecas pornográficas de la unidad que tenía en su dormitorio. Y, al parecer, también tenía los mismos pechos pequeños pero perfectos y dignos de unos dibujos animados. (En aquel momento, y para sumirlo aún más en ese embotado desconcierto, oyó una voz estruendosa que no parecía formar parte de la Red: «Yo diría que es una señal inequívoca de que está vivo, Jackie. Algo es algo, aunque el pronóstico no sea muy halagüeño»). Y luego volvió a caer en espiral a ese universo de pompa y boato de Michele Morgan Magnum, que intentaba a la desesperada evitar que el siniestro clan industrial Nakamura de Shikoku se hiciese con el control de la empresa. Clan que, en este caso, estaba representado (para complicar aún más la trama) por el interés romántico de Michele en esta temporada, el joven político neosoviético Vasili Suslov, quien también era rico (aunque necesitaba miles de millones más por alguna razón) y tenía una apariencia y unos atuendos similares a los de los gótikos del Leon.

El episodio parecía acercarse al punto culminante: un antiguo BMW modificado con celdas de combustible acababa de ser bombardeado por unos

helicópteros en miniatura de la Alemania Occidental pilotados por control remoto una calle por debajo de Covina Concourse Courts, y Michele Morgan Magnum acababa de darle un culatazo a la traidora de su secretaria personal con una Nambu niquelada. Suslov, con quien Bobby cada vez se identificaba más, se preparaba para abandonar la ciudad como si la cosa no fuese con él, con una preciosa mujer guardaespaldas japonesa que a él le recordaba a otra de sus muñecas de la unidad holopornográfica. Alguien gritó justo en ese momento.

Bobby nunca había oído a nadie gritar de esa manera, y la voz le resultó terriblemente familiar. Pero antes de empezar a preocuparse al respecto, los patrones con forma de panal del color de la sangre empezaron a agitarse de nuevo e hicieron que se perdiera el final de Alta Alcurnia. Mientras el rojo daba paso a la negrura, a una parte de él se le ocurrió que quizá podría preguntarle a Marsha cómo había terminado.

—Abre los ojos, tío. Así es. ¿La luz está muy fuerte para ti?

Lo estaba, pero no cambió. Blanco, blanco, recordó una explosión en la cabeza a años de distancia, una granada de blanco puro en la fría oscuridad del desierto. Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada. Solo blanco.

—Mira, en circunstancias normales yo te dejaría tumbado, chico, pero la gente que me paga por esto dice que tiene prisa, por lo que voy a despertarte antes de terminar. Te preguntarás por qué no ves una mierda, ¿verdad? Solo luz, eso es lo único que ves. No te preocupes. Te he hecho una desconexión neuronal. Entre tú y yo, esto parece sacado de una tienda erótica, pero no hay razón para no usarlo en medicina si es lo que se quiere, como es el caso, ya que aún sigues malherido y ayuda a que te estés quieto mientras yo sigo a lo mío.

La voz sonaba tranquila y metódica.

—El mayor problema que tenías era la espalda, pero ya me he encargado de ella con la grapadora y varios decímetros de garra. No te puedo hacer cirugía plástica, pero ya verás que a los bomboncitos les encantan esas cicatrices. Ahora te voy a limpiar la que tienes en el pecho y luego la cerraré con un poco de garra y habremos terminado, aunque te recomiendo que no te muevas mucho durante unos días o se te saltarán las grapas. Te he colocado unos dermos, y te pondré algunos más. Mientras tanto, voy a activar la imagen y el sonido completos en tu sensórium para que te vayas

acostumbrado al lugar. No le prestes mucha atención a la sangre. Es tuya, pero ya no va a salir más.

El blanco pasó a convertirse en una neblina gris, y los objetos empezaron a adquirir forma con la lenta deliberación de una alucinación provocada por la droga. Estaba en un techo acolchado y miraba hacia abajo, a un muñeco blanco manchado de sangre que no tenía cabeza, sino una lámpara quirúrgica de un azul verdoso que parecía brotarle de los hombros. Un hombre negro llevaba una bata verde llena de manchas y rociaba con algo amarillo la gasa estrecha que recorría en diagonal desde la pelvis del muñeco hasta la parte inferior del pezón izquierdo. Sabía que el tipo era negro porque tenía la cabeza al descubierto y también la llevaba rapada, húmeda a causa del sudor. Sus manos estaban cubiertas por unos guantes verdes y estrechos, y lo único que Bobby vio de él era la coronilla reluciente de su cabeza. El muñeco tenía unos dermodiscos en la piel en la parte izquierda y derecha del cuello. Los bordes de las heridas parecían pintados con algo parecido a sirope de chocolate, y el espray amarillo emitía un siseo cada vez que salía de aquel pequeño tubo plateado.

Después Bobby comprendió la imagen y el universo dio un vuelco que le revolvió las tripas. La lámpara estaba unida el techo, el techo estaba espejado y él era el muñeco. Sintió como si acabase de rebotar en un elástico muy estirado y volviese a atravesar los panales rojos y el apartamento en el que la joven negra cortaba pizza para sus hijos. El cuchillo de agua no hizo sonido alguno, estaba formado por una gravilla microscópica suspendida en un chorro de agua estrecho como una aguja que fluía a altas velocidades. Bobby sabía que, en teoría, se usaba para cortar vidrio y metal y no para cortar una pizza de microondas. Le dieron ganas de gritarle a la joven porque le aterrorizaba la posibilidad de que se cortase el pulgar sin querer.

Pero era incapaz de gritar. Tampoco podía moverse ni emitir sonido alguno. La joven cortó la última porción con gracilidad y pulsó la placa de protección que apagaba el cuchillo para luego pasar la pizza cortada a una bandeja de cerámica blanca y dirigirse hacia el rectángulo azul que había al otro lado del balcón, donde se encontraban sus hijos… No, dijo Bobby para sí. No puede ser. Porque lo que la esperaba impaciente y abalanzándose sobre ella no eran niños que planeasen a su encuentro, sino bebés, esos bebés monstruosos del sueño de Marsha, y también las alas color salmón que eran poco más que un borrón de hueso rosado, metal y membranas tensas y remendadas de residuos de plástico… Les vio los dientes…

—Vaya —dijo el negro—. Te he perdido durante un segundo. No mucho, tranquilo. Puede que durante un minuto de Nueva York…

Vio en los espejos que tenía encima que el tipo sacaba una bobina plana de plástico azul transparente de la tela ensangrentada que había junto a las costillas de Bobby. Usó el pulgar y el dedo índice para sacar con mucho cuidado un pedazo de un plástico marrón con una especie de cuentas. Unos minúsculos puntos de luz relucieron por los bordes, puntos que daban la impresión de moverse y temblar.

—Garra —dijo al tiempo que activaba con el otro pulgar una especie de cortador integrado que había en la bobina azul. Aquel pedazo moteado se quedó colgando y empezó a retorcerse—. Es muy buena —añadió, mientras la colocaba para que Bobby la viese mejor—. Es nueva. Lo que usan ahora en Chiba.

Era marrón, acéfala y cada una de las cuentas parecía la parte de un cuerpo, y de cada una de esas partes se extendían unas patas pálidas y relucientes. Después hizo un movimiento de muñeca propio de un mago con esas manos enguantadas de verde, soltó el ciempiés en la herida abierta y empezó a pellizcarlo con cuidado por un extremo, el que se encontraba más cerca del rostro de Bobby. Lo retiró y dejó al descubierto un hilo negro y reluciente que hacía las veces de sistema nervioso de esa cosa y, al rozarlo, cada una de las garras se cerró con fuerza, como si fuese la cremallera de una chaqueta de cuero nueva.

—¿Ves? —dijo el hombre negro mientras limpiaba los restos de ese jarabe marrón con una almohadilla blanca y húmeda—. No ha sido para tanto, ¿verdad?

Su llegada al apartamento de Dos al Día no se pareció para nada a la que tantas veces se había imaginado. Para empezar, nunca imaginó que entraría empujado en una silla de ruedas que alguien había robado del ala de maternidad del St. Mary; tenía el nombre y un número de serie grabado a la perfección con láser en el cromo opaco del reposabrazos izquierdo. La mujer que empujaba la silla parecía sacada de sus fantasías. Se llamaba Jackie y era una de las dos chicas de los Proyectos que había visto en el Leon, supuso que se trataba de uno de sus dos ángeles. La silla de ruedas se deslizaba en silencio por ese escabroso gris que cubría de pared a pared la estrecha entrada del apartamento, pero los adornos dorados del sombrero de fieltro de Jackie tintineaban con entusiasmo mientras empujaba la silla.

Y Bobby nunca se habría imaginado que la casa de Dos al Día iba a ser tan grande. Ni que estuviese llena de árboles.

Pye, el doctor que le había explicado con todo lujo de detalles que en realidad no era doctor sino solo alguien que «ayudaba a veces», se había retirado a un taburete desgastado en su sala de operaciones improvisada para luego quitarse los guantes verdes llenos de sangre y encenderse un cigarrillo mentolado mientras aconsejaba a Bobby con solemnidad que no hiciese muchos esfuerzos durante más o menos una semana. Unos minutos después, Jackie y Rhea, el otro ángel, le habían puesto a duras penas un pijama negro y arrugado que parecía sacado de un kino barato de ninjas y luego lo habían sentado en la silla de ruedas para empujarlo por la zona de ascensores del centro de la arcología. Bobby se quedó muy alerta y no sintió dolor gracias a los tres dermos adicionales que Pye guardaba en su botiquín, uno de los cuales estaba cargado con dos mil unidades de un análogo de endorfinas.

—¿Dónde están mis cosas? —protestó mientras lo empujaban por un pasillo que se estrechaba peligrosamente lleno de conductos y cañerías renovados durante décadas—. ¿Dónde está mi ropa, mi consola y todo lo demás?

—Cariño, tu ropa, si es que puede considerarse eso, está metida en una bolsa de plástico a la espera de que Pye la tire a la basura. Se vio obligado a cortarla cuando estabas en la camilla, y quedó hecha jirones sanguinolentos. Si tenías la consola en la chaqueta, en la parte baja de la espalda, diría que se le habrán quedado los tipos que te atacaron. Casi no lo cuentas. Y has dejado hecha unos zorros mi camisa de Sally Stanley, mierdecilla.

El ángel Rhea no parecía ser muy amistoso.

—Oh —dijo Bobby cuando doblaron una esquina—. Vale. ¿Y encontrasteis por casualidad un destornillador o un chip de crédito?

—Nada de chips, nene. Pero si el destornillador es ese que tenía doscientos diez neoyenes dentro del mango, que sepas que eso es lo que va a costar mi camisa nueva…

Dos al Día no parecía particularmente contento por ver a Bobby. De hecho, daba la impresión de que no quería ni verlo. Miró Jackie y a Rhea, que estaban detrás, como si él fuese invisible, y le enseñó los dientes con una sonrisa que era todo nervio y falta de sueño. Acercaron a Bobby lo bastante como para que viese lo amarillos que eran los globos oculares de Dos al Día,

casi anaranjados a la luz de esos tubos luminosos que parecían colgar del techo en orden aleatorio.

—¿Por qué habéis tardado tanto, zorras? —preguntó el traficante informático sin rabia alguna en una voz de la que solo manaba un cansancio descarnado y algo más, algo que Bobby fue incapaz de identificar al principio.

—Pye —dijo Jackie, que pasó entre contoneos junto a la silla de ruedas para coger una cajetilla de cigarrillos japoneses del enorme bloque de madera que Dos al Día usaba como mesilla—. Ese tipo es un perfeccionista.

—Aprendió en la escuela de veterinaria —añadió Rhea, para que a Bobby le quedase claro—. Por lo general está demasiado colocado y nadie le permite operar ni a un perro…

—Bueno —dijo Dos al Día, que miró al fin a Bobby—. Sobrevivirás.

Tenía la mirada fría, cansada e indiferente, muy distinta de la que tendría el farsante obsesivo y enérgico por el que lo había tomado Bobby. No pudo evitar ruborizarse y bajó la vista a la mesa.

Tenía unos tres metros de largo y algo más de uno de ancho, y estaba formada por maderos atados entre sí que eran más anchos que el muslo de Bobby. Le dio la impresión de que aquella madera había estado en el agua, ya que aún conservaba partes cubiertas por esa pátina argéntea y descolorida propia de la madera de deriva, como la del tronco junto al que recordaba jugar hacía mucho tiempo en Atlantic City. Pero Bobby llevaba mucho tiempo sin ver masas de agua, y la superficie de la mesa era un denso mosaico de cera de vela, manchas de vino, marcas de forma extraña de un negro mate y esmaltado y las quemaduras ennegrecidas de cientos de cigarrillos. Estaba tan llena de comida, basura y artilugios que parecía como si un vendedor callejero hubiese descargado allí su mercancía y luego se hubiera puesto a cenar encima. Había pizzas a medio comer, albóndigas de kril en salsa roja, que hicieron que a Bobby empezasen a rugirle las tripas; pilas desorganizadas de software, vasos manchados llenos de cigarrillos apagados entre posos violáceos de vino; una bandeja de poliestireno rosada con hileras de canapés bien ordenados y echados a perder; latas abiertas y cerradas de cerveza; un cuchillo de supervivencia Gerber desenfundado sobre un bloque liso de mármol pulido; al menos tres pistolas, y tal vez dos decenas de equipamientos para consolas de aspecto enigmático, el tipo de aparatos de vaquero que en otras circunstancias habrían hecho que a Bobby se le cayese la baba.

Ahora la boca se le hacía agua porque no dejaba de imaginarse una pizza de gambas fría, pero el hambre no era nada en comparación con la repentina

humillación que había sentido al ver que no le importaba nada a Dos al Día. No es que Bobby lo tuviese por un amigo exactamente, pero sí que creía que Dos al Día lo tenía en cierta estima, que creía que era alguien dotado de talento, iniciativa y la posibilidad de escapar de Barrytown. Pero los ojos del tipo confirmaban su opinión de que no era nadie en particular, poco más que un wilson…

—Mira aquí, chico —dijo alguien que no era Dos al Día, y Bobby alzó la vista.

Había otros dos hombres, ambos negros, que flanqueaban al traficante en el enorme sofá de cromo y cuero. El que había hablado llevaba una túnica gris y una especie de gafas de montura plástica antigua. Era cuadrada y enorme y no parecía tener cristales. Los hombros del otro eran el doble de anchos que los de Dos al Día, pero llevaba el traje de dos piezas liso típico de los empresarios japoneses en los kinos. Sus mangas francesas de un blanco inmaculado se cerraban en los puños con unos gemelos rectangulares y relucientes de microcircuitería dorada.

—Es una pena que no podamos permitirnos el lujo de concederte más tiempo para que te recuperes —dijo el primer hombre—, pero tenemos un problema de los gordos. —Hizo una pausa, se quitó las gafas y se masajeó el puente nasal—. Necesitamos que nos eches una mano.

—Joder —dijo Dos al Día. Se inclinó hacia delante, sacó un cigarrillo chino de la cajetilla que había sobre la mesa, lo encendió con una calavera de peltre mate del tamaño de un limón grande y extendió la mano para coger una copa de vino. El hombre de las gafas extendió un dedo índice marrón y esbelto con el que le tocó la muñeca a Dos al Día, quien soltó la copa y se reclino con gesto impertérrito. El hombre sonrió a Bobby.

—Conde Cero —dijo—. Nos dijeron que te hacías llamar así.

—Así es —consiguió pronunciar Bobby, aunque sonó a poco más que un graznido.

—Tenemos que hablar de la virgen, Conde.

Se quedó en silencio.

Bobby parpadeó.

—Vyèj Mirak. —Y volvió a ponerse las gafas—. Nuestra señora, la Virgen de los Milagros. La llamamos —hizo un ademán con la mano izquierda— Ezili Freda.

Bobby reparó en que tenía la boca abierta; así pues, la cerró. Los tres rostros negros se quedaron esperando; Jackie y Rhea se habían marchado, pero no las vio salir. Se apoderó de él algo parecido al pánico, y empezó a

mirar con desesperación a su alrededor, al extraño bosque de árboles atrofiados que los rodeaban. Los tubos fluorescentes proyectaban haces en todas direcciones y ángulos, palillos de un púrpura rosáceo suspendidos en el espacio verde de las hojas. Sin paredes. No se veía pared alguna. El sillón y la mesa maltrecha se encontraban en una especie de claro que tenía un suelo de hormigón sin pintar.

—Sabemos que se puso en contacto contigo —dijo el más corpulento al tiempo que cruzaba las piernas con parsimonia. Se alisó uno de los pliegues perfectos del pantalón; uno de los gemelos dorados cegó a Bobby por unos instantes—. Lo sabemos. ¿Entiendes?

—Dos al Día nos ha dicho que era la primera vez que te enchufabas —comentó el otro—. ¿Es cierto?

Bobby asintió.

—Entonces eres el elegido de Legba —sentenció el de las gafas sin cristales, que volvió a quitárselas en ese momento—. Has conocido a Vyèj Mirak.

Sonrió. Bobby volvía a tener la boca abierta.

—Legba —explicó el tipo—, el maestro de los caminos y de los senderos, el *loa* de la comunicación.

Dos al Día apagó el cigarrillo en la madera rayada, y Bobby vio como le temblaba la mano al hacerlo.

# 10
# Alain

Quedaron en reunirse en el bar-restaurante que había en el quinto subnivel del complejo el patio de Napoléon, la Cour Napoléon, ubicado bajo la pirámide de cristal del Louvre. Era un lugar que ambos conocían, aunque no significaba nada en concreto para ellos. Alain lo había sugerido, y ella sospechaba que había una razón. Era un terreno neutral a escala emocional. Un sitio familiar del que, al mismo tiempo, no albergaban el menor recuerdo. Estaba decorado con un estilo que databa de principios de siglo: mostradores de granito, vigas negras que iban desde el suelo hasta el techo, espejos que cubrían todas las paredes y el tipo de mobiliario que podía encontrarse en un restaurante italiano, de chapas negras y soldadas de acero, que bien podrían pertenecer a cualquier década del último siglo. Las mesas estaban cubiertas de lino gris con una estrecha franja negra, un patrón que también se repetía en la cubierta de las cartas de menú y en los delantales de los camareros.

Ella llevaba el abrigo de cuero que había comprado en Bruselas, una blusa de lino roja y unos vaqueros negros de algodón que eran nuevos. Andrea había fingido no fijarse en el extremo cuidado con el que se había vestido para la reunión, y después le había prestado un sencillo collar de perlas que resaltaba a la perfección la blusa roja.

Nada más entrar, reparó en que él había llegado antes y que la mesa ya estaba repleta de cosas suyas. Llevaba su bufanda favorita, la que habían encontrado juntos en el mercadillo del año anterior, y tenía el mismo aspecto de siempre: desaliñado pero muy tranquilo. El maletín de cuero desgastado había vomitado su contenido sobre aquel pequeño cuadrado de granito pulido: cuadernos de espiral, una copia sin leer de la novela más polémica del mes, unos Gauloises sin filtro, una caja de cerillas de madera, la agenda forrada en cuero que ella le había comprado en el Browns…

—Pensé que no vendrías —dijo al tiempo que le dedicaba una sonrisa.

—¿Por qué ibas a pensar algo así? —preguntó ella. Era una respuesta lanzada al azar, patética, que ocultaba el pavor que sentía en aquel momento. Era un pavor que al fin se permitía sentir, miedo por la pérdida de una parte de sí misma, por una pérdida de voluntad y de rumbo, miedo por el amor que aún sentía. Se acercó a la otra silla y se sentó justo cuando llegó un joven camarero, español y con un delantal a rayas, para tomarle la comanda. Pidió agua de Vichy.

—¿Nada más? —preguntó Alain.

El camarero se marchó.

—No, gracias.

—Llevo semanas tratando de ponerme en contacto contigo —dijo.

Ella sabía que era mentira; aun así, y como hacía antes, se preguntó si Alain era plenamente consciente del hecho de estar mintiendo. Andrea afirmaba que los hombres como él mentían tanto y de una manera tan entusiasta que habían perdido la capacidad de discernirlo, que eran artistas en lo suyo, en reestructurar la realidad. Y Nueva Jerusalén era un buen lugar, sin descubiertos bancarios ni propietarios contrariados ni la necesidad de encontrar a alguien para pagar la cuenta todas las noches.

—No vi que intentases ponerte en contacto conmigo cuando Gnass vino con la policía —dijo ella, con la esperanza de ver al menos un atisbo de vergüenza en su rostro, pero aquella cara de niño estaba más tranquila que nunca debajo de ese cabello castaño que siempre se peinaba hacia atrás con los dedos.

—Lo siento —se disculpó mientras apagaba el Gauloises. Ella había terminado por asociar el olor de aquel tabaco negro francés con él, y París parecía impregnado con su esencia, con su fantasma, con su rastro—. Estaba seguro de que él nunca llegaría a percibir la… la naturaleza de la obra. Tienes que entenderlo. Cuando descubrí lo mucho que necesitábamos el dinero, llegué a la conclusión de que tenía que actuar. Sabía que tú eras demasiado idealista. La galería iba a cerrar hiciésemos lo que hiciésemos. De haber salido todo bien, con Gnass, lo habríamos conseguido y tú estarías feliz. Feliz —repitió al tiempo que sacaba otro Gauloises de la cajetilla.

Ella se limitó a mirarlo, a sentir algo parecido al asombro y una aprensión malsana debido a la manera en que deseaba creerle.

—¿Sabes? —prosiguió, mientras cogía una cerilla de la caja amarilla y roja—. Ya había tenido problemas con la policía. Cuando era estudiante. Problemas políticos, claro.

Encendió la cerilla, soltó la caja y prendió el tabaco.

—Políticos —repitió ella, y de repente le dieron ganas de reír—. La verdad es que no sabía que existieran partidos para gente como tú. No me imagino qué nombre podría tener un partido así.

—Marly —dijo él al tiempo que bajaba la voz, como hacía cada vez que trataba de expresar cuán intensos eran sus sentimientos—. Sabes, o deberías saber, que todo lo que hice fue por ti. Por nosotros, si quieres. Estoy seguro de que sabes, de que sientes que nunca te haría daño ni te pondría en peligro de forma deliberada.

En la mesa no había espacio para su bolso, por lo que se lo había colocado sobre el regazo. En ese momento se dio cuenta de que tenía las uñas muy enterradas en el cuero suave pero consistente del complemento.

—Nunca me harías daño…

Era su voz, una voz que sonaba confundida y sorprendida, la voz de una niña. Y de repente sintió que quedaba libre, libre de la necesidad, del deseo del miedo y de todo lo que sentía por aquel rostro atractivo que estaba frente a ella en la mesa. En ese momento solo sentía repugnancia, y solo fue capaz de mirarlo, de contemplar al extraño junto al que había dormido durante un año en una minúscula habitación al fondo de una galería muy pequeña de la rue Mauconseil. El camarero le colocó delante el vaso de Vichy.

Debió de tomarse su silencio por aceptación y la absoluta inexpresividad de su gesto por franqueza.

—Tienes que entender —recordó que era una de sus maneras favoritas de continuar las conversaciones— que la existencia de hombres como Gnass es lo que ayuda a mantener a flote el arte. A mantenernos a flote a nosotros, Marly. —Sonrió como si se riese de sí mismo, una sonrisa desenfadada y cómplice con la que solo consiguió ponerle la piel de gallina—. Pero supongo que creí que el tipo tenía el sentido común necesario para contratar a su experto en Cornell. Aunque te aseguro que el mío era todo un erudito…

¿Cómo iba a escapar de ahí? «Ponte en pie —pensó—. Date la vuelta. Camina despacio hacia la entrada. Cruza la puerta. Sal al brillo apagado de la Cour Napoléon, donde el mármol pulido recubre la rue du Champ Fleuri, una calle del siglo xiv que, según se dice, había estado reservada únicamente para la prostitución. Cualquier cosa. Solo márchate, lárgate ahora y aléjate, aléjate de él». Caminar a ciegas, perderse en el París de las guías turísticas que vio la primera vez que estuvo en la ciudad.

—Y ahora —continuó él—, verás que las cosas han ido bien. Suele pasar, ¿verdad? —Esa sonrisa otra vez, pero en esta ocasión una juvenil, algo melancólica y mucho más íntima, de alguna manera que le resultaba

terrorífica—. Hemos perdido la galería, pero has encontrado trabajo, Marly. Tienes algo que hacer, algo interesante, y yo tengo los contactos que necesitas. Conozco a la gente con la que tienes que hablar para encontrar a tu artista.

—¿A mi artista?

Disimuló la repentina confusión con un trago de Vichy.

Él abrió el maletín arañado y sacó algo plano, un simple holograma reflectante. Ella lo tomó, agradecida por tener algo que hacer con las manos, y vio que era una fotografía cualquiera de la caja que había visto en aquel constructo de Barcelona de Virek. Alguien la sostenía, unas manos masculinas que no eran las de Alain. Y, en una de ellas, un anillo de metal oscuro. No se apreciaba el fondo, solo la caja y las manos.

—Alain —dijo—. ¿De dónde la has sacado?

Alzó la vista y vio el aire triunfal tan pueril que se reflejaba en su mirada.

—A alguien le va a costar mucho descubrirlo. —Soltó el cigarrillo y se puso en pie—. Perdona.

Se dirigió a los aseos y, cuando desapareció detrás de espejos y vigas de acero negro, ella soltó el holograma, extendió la mano por encima de la mesa y volvió a abrir la tapa del maletín. No había nada, solo una banda elástica y algunos restos de tabaco.

—¿Quiere algo más? ¿Más Vichy, quizá?

El camarero estaba en pie junto a ella.

Alzó la mirada y se quedó muy sorprendida por lo familiar que le resultaba el hombre. Ese rostro negro y enjuto…

—Lleva una unidad de transmisión —dijo el camarero—. También está armado. Yo era el botones de Bruselas. Dele lo que quiere. Recuerde que el dinero no significa nada para usted. —Agarró la copa y la colocó con cuidado en la bandeja—. Y que es muy probable que a él lo destruya.

Alain regresó con una sonrisa en el gesto.

—Cariño —dijo al tiempo que extendía la mano hacia los cigarrillos—, ¿hay trato?

Ella le devolvió la sonrisa y asintió.

# 11
# En posición

Al final se permitía dormir durante tres horas en ese búnker sin ventanas que el equipo de asalto había convertido en centro de mando. Había una reunión con los demás integrantes. Ramírez era delgado, nervioso y siempre enchufado a su consola, debido a su enorme destreza como vaquero. Todos dependían de él, y también de Jaylene Slide, quien se encontraba en la plataforma petrolífera ubicada en mar abierto. Se les había encomendado la misión de vigilar el ciberespacio que rodeaba el sector que contenía los bancos de datos de Biolaboratorios Maas. Estaban muy protegidos con hielo. Si Maas los descubría en el último momento, Ramírez tal vez pudiera avisarlos con algo de tiempo. También se encargaba de transmitir los datos médicos de la cirugía a la plataforma, un proceso que se complicaba aún más si querían que Maas no lo descubriese. La línea llegaba hasta una cabina pública que había en medio de ninguna parte. Después de la cabina, tanto él como Jaylene quedarían librados a su suerte en la matriz. Si la cagaban, se exponían a que Maas les siguiera el rastro y descubriera la ubicación del centro de mando. También vio a Nathan, el técnico cuyo trabajo consistía en proteger el equipamiento del búnker. Si se rompía cualquier componente de los sistemas, cabía la posibilidad de que él pudiese arreglarlo. Nathan pertenecía a la misma especie que Oakey y tantas y tantas personas con las que Turner había trabajado a lo largo de los años, técnicos inconformistas a quienes les gustaba ganar dinero haciendo trabajos peligrosos y manteniendo la boca cerrada. El resto, Compton, Teddy, Costa y Davis, solo eran mano de obra cara, mercenarios, el tipo de hombres a quienes se contrataba para desempeñar estos trabajos. Turner se había tomado la molestia de preguntarle a Sutcliffe todo lo relativo al plan de retirada, de modo que no le quitara tiempo al resto del equipo, y Sutcliffe le había explicado dónde se ubicarían los helicópteros, el orden de subida y cómo y cuándo les pagarían.

Después, les comentó que quería quedarse solo en el búnker y le pidió a Webber que lo despertara al cabo de tres horas.

El lugar daba la impresión de haber sido o bien una estación de bombeo, o bien una especie de nexo de cableado eléctrico. Los cabos de tuberías plásticas que sobresalían de las paredes lo mismo podrían haber servido para conducir corriente eléctrica que aguas fecales. En la estancia no se apreciaba que ninguno de esos conductos hubiese estado conectado a nada. El techo, que era poco más que una única losa de cemento, estaba demasiado bajo como para permitirle ponerse en pie. En el ambiente reinaba un olor seco y polvoriento que no le resultaba del todo desagradable. El equipo había limpiado el lugar antes de meter las mesas y el equipamiento, pero aún quedaban restos arrugados y amarillos de papel de periódico por el suelo, que crujían al pisarlos. A veces distinguía alguna que otra palabra en ellos; en ocasiones, palabras enteras.

Colocaron mesas plegables de acampada junto a una de las paredes y formando una L, y en ambos extremos había toda una variedad extraordinariamente sofisticada de equipo de comunicaciones. Supuso que era lo mejor que Hosaka había sido capaz de conseguir.

Se abrió paso de cuclillas a lo largo de cada una de las mesas; rozaba todas las consolas y las cajas negras al pasar. Había un transmisor de banda lateral y categoría militar muy modificado preparado para transmitir señales. Era lo que iban a usar en caso de que Ramírez y Jaylene metieran la pata con la transferencia de datos. Las señales estaban pregrabadas; eran ficciones técnicas muy elaboradas codificadas por los criptógrafos de Hosaka. El contenido de cada una de ellas era un sinsentido si se tomaba de manera individual, pero se podían enviar mensajes sencillos si se reproducían en una secuencia concreta. La secuencia B/A/C informaría a Hosaka de la llegada de Mitchell; la F/D indicaría que acababa de marcharse de la base, y la F/G serviría para indicar que estaba muerto y tenían que dar por finalizada la operación. Turner volvió a tocar el transmisor de banda lateral y frunció el ceño. No le gustaba el plan de Sutcliffe. Si no eran capaces de sacar de allí al objetivo, lo más probable era que ellos tampoco salieran de allí con vida o limpios aunque fuese, y Webber le había indicado con una tranquilidad pasmosa que, en caso de que hubiese problemas, tenía órdenes de usar un lanzamisiles portátil antitanques para acabar con las vidas de los médicos que se encontraban en la unidad quirúrgica.

—Lo saben —aseguró—. Y te garantizo que el dinero que van a cobrar compensa el peligro.

El resto dependía de los helicópteros, que se encontraban cerca de Tucson. Turner dio por hecho que a Maas no le costaría nada acabar con ellos en caso de que los descubrieran. Se había enfrentado a Sutcliffe para comentarle las cosas que veía mal, pero el australiano se había limitado a encogerse de hombros:

—De haber tenido oportunidad, lo habría preparado mucho mejor, amigo, pero tampoco es que dispusiéramos de mucho tiempo, ¿no crees?

Junto al transceptor había un biomonitor Sony muy elaborado, conectado directamente con la cápsula quirúrgica y que contenía los historiales médicos que también estaban en el informe que había visto en el biosoft de Mitchell. Llegado el momento, los médicos tendrían acceso al historial del desertor. Los procedimientos que llevasen a cabo en el receptáculo se enviarían al Sony y se recopilarían para que Ramírez los protegiese con un hielo y los enviase por el ciberespacio, donde Jaylene Slide iría de copiloto desde su puesto en la plataforma petrolífera. Si todo iba bien, los datos médicos lo estarían esperando en el complejo de Hosaka de Ciudad de México al que Turner iba a llevarlo en el avión a reacción. Turner nunca había visto nada parecido al Sony, pero suponía que el Holandés tenía algo muy similar en la clínica de Singapur. Al pensar en ello, se llevó una mano al pecho desnudo, donde siguió con gesto ausente el recorrido de la cicatriz ya desaparecida de uno de los injertos.

El equipo dedicado al ciberespacio se encontraba en la segunda de las mesas. La consola era idéntica a la que había visto en la plataforma petrolífera, un prototipo de Maas-Neotek. Tenía una configuración estándar, pero Conroy le había dicho que estaba fabricada con los nuevos biochips. Había una masa de plástico explosivo rosa pálido del tamaño de un puño aplastada contra la parte superior de la consola. Alguien, puede que Ramírez, había hundido los pulgares para simular dos ojos y luego dibujado debajo una curva rudimentaria que hacía las veces de sonrisa estúpida. Dos cables, uno azul y otro amarillo, sobresalían de la frente rosada de esa cosa y llegaban a uno de los tubos negros y anchos que sobresalían de la pared que había detrás de la consola. Esa era otra de las tareas que le habían encargado a Webber, que tendría que llevar a cabo si en algún momento el enemigo amenazaba con tomar la base. Turner miró los cables con el ceño fruncido. Una carga de ese tamaño y en ese lugar cerrado equivalía a una muerte segura para todos los que se encontrasen en el interior del búnker.

Le dolían los hombros y no dejaba de rozarse la nuca con el hormigón del techo, pero siguió llevando a cabo la inspección. El resto de la mesa estaba

ocupado por los periféricos de la consola: una serie de cajas negras colocadas con una precisión obsesiva. Sospechaba que cada una de esas unidades se encontraba a una distancia concreta de las demás y que tenían que estar alineadas a la perfección. Ramírez era el que se había encargado de colocarlas, y Turner estaba seguro de que el vaquero se daría cuenta si tocaba una o la movía lo más mínimo. Había visto el mismo comportamiento obsesivo en otro de los tipos de las consolas; así pues, sabía que aquella no era una conducta privativa de Ramírez. También había tratado con otros vaqueros que hacían todo lo contrario, que mezclaban todo el equipo de manera deliberada, a los que les aterrorizaba el orden y cubrían las consolas con calcomanías de dados y calaveras con la boca abierta. Lo único que tenía claro era que le resultaba imposible dilucidar si Ramírez era bueno o si, por el contrario, todos estaban condenados a morir a las primeras de cambio.

En el otro extremo de la mesa había cinco transceptores Telefunken con auriculares y micrófonos de garganta adhesivos, guardados aún en su correspondiente plástico de burbujas. Durante la fase crucial del plan, que Turner suponía que serían los veinte minutos anteriores y posteriores a la llegada de Mitchell, Ramírez, Sutcliffe, Webber, Lynch y él estarían en contacto, aunque tendrían que usar los transceptores lo mínimo posible.

Detrás de los Telefunken había una caja de plástico sin marcar que contenía veinte calentadores de manos catalíticos de manufactura sueca, rectangulares, lisos y de acero inoxidable, todos con su bolsita de cierre de cordel hecha de franela de algodón de un rojo navideño.

—Eres un cabrón muy listo —le dijo Turner a la caja—. Todo esto se me podría haber ocurrido a mí…

Durmió en una colchoneta de acampada de espuma corrugada que colocó en el suelo del centro de mando, y usó la parka a modo de manta. Conroy tenía razón sobre las noches en el desierto, pero el hormigón parecía conservar parte del calor del día. Se dejó puestos los zapatos y los pantalones. Webber le había advertido que sacudiese los zapatos y la ropa cada vez que se la fuese a poner.

—Escorpiones —había explicado la mujer—. Les gustan el sudor y todo tipo de humedad.

Sacó la Smith & Wesson de la funda de nailon antes de acostarse y la colocó con cuidado junto a la colchoneta. Dejó encendidas dos linternas a pilas y luego cerró los ojos.

Se sumergió en un mar superficial de sueños e imágenes entremezcladas, fragmentos del informe de Mitchell que se intercalaban con partes de su vida. Mitchell y él conducían un autobús a través de una cascada de cristales rotos y entraban en el recibidor de un hotel en Marrakech. Los científicos gritaban mientras él pulsaba el botón que detonaba las dos docenas de bombonas de cianógeno que había pegadas con cinta en los laterales del vehículo. Y Oakey también estaba allí y le ofrecía whisky de una botella y cocaína amarilla peruana en el espejo redondo de bordes plásticos que había visto en el bolso de Allison. Creyó que también vería a Allison por la ventana del autobús, asfixiándose con las nubes de gas, e intentó preguntarle a Oakey dónde estaba, pero las ventanillas estaban cubiertas de hologramas mexicanos de santos y postales de la virgen, y Oakey sostenía algo liso y redondo, un globo de cristal rosado, en cuyo centro Turner vio una araña agazapada, hecha con mercurio. Mitchell reía, con los dientes llenos de sangre, y extendió las manos para ofrecerle a Turner el biosoft gris. Turner vio que el informe era un cerebro, de un rosado grisáceo y vivo debajo de una membrana húmeda y transparente, que latía con suavidad en la mano de Mitchell, y luego cayó por un abismo submarino y onírico hasta aposentarse con tranquilidad en una noche sin estrellas.

Webber los despertó, con esos rasgos estoicos encuadrados en el marco de la puerta, con los hombros cubiertos por esa manta militar y pesada que cubría la entrada.

—Ya han pasado las tres horas. Los médicos están despiertos, por si quieres hablar con ellos.

Se marchó, y sus botas resonaron entre la gravilla.

Los médicos de Hosaka lo esperaban por fuera de la unidad neuroquirúrgica independiente. Bajo el sol del amanecer del desierto, parecían como recién sacados de una especie de transmisor de materia con esa vestimenta casual de Ginza arrugada pero a la moda. Uno de los hombres llevaba una prenda mexicana hecha a mano que le quedaba demasiado grande, un cárdigan con cinturón que Turner había visto llevar a los turistas en Ciudad de México. Los otros dos llevaban sendas chaquetas de esquí de aspecto caro para protegerse del frío del desierto. Los hombres eran una cabeza más bajos que la coreana, una mujer esbelta con rasgos fuertes y arcaicos y una melena despeinada de reflejos rojos que a Turner le recordaba a un ave rapaz. Conroy había dicho que los dos eran hombres de la empresa,

algo que Turner reconoció al momento. La mujer era la única que tenía la pose y la actitud propias del mundo de Turner: era una proscrita, una médica del mercado negro. Le dio la impresión de que se sentiría como en casa en presencia del Holandés.

—Me llamo Turner —se presentó él—. Estoy al mando.

—No necesitas saber nuestros nombres —dijo ella, mientras los dos hombres de Hosaka hacían una reverencia de manera automática. Intercambiaron miradas, miraron a Turner y luego se giraron hacia la coreana.

—No —convino él—. No son necesarios.

—¿Por qué nos siguen negando el acceso a los registros médicos del paciente? —preguntó la coreana.

—Por seguridad —explicó Turner, una respuesta casi automática. De hecho, él no veía razón alguna para no dejarles examinar el historial de Mitchell.

La mujer se encogió de hombros y se dio la vuelta, con el rostro oculto bajo el cuello levantado de la chaqueta de esquí.

—¿Le gustaría echarle un vistazo a la unidad quirúrgica? —preguntó el hombre que llevaba el cárdigan abultado, con gesto de alerta pero educado, una máscara corporativa perfecta.

—No —respondió Turner—. Os llevaremos al centro de mando veinte minutos antes de su llegada. Le quitaremos las ruedas y colocaremos gatos hidráulicos para nivelar la cápsula. También desconectaremos el conducto de aguas fecales. Quiero que estéis preparados cinco minutos después de que os dejemos allí.

—Sin problema —dijo el otro hombre, con una sonrisa en el gesto.

—Ahora me gustaría que me contaseis qué vais a hacer ahí dentro, qué le vais a hacer a él y cómo podría afectarle.

—¿No lo sabes? —preguntó la mujer, con brusquedad y al tiempo que se giraba hacia Turner.

—Eso he dicho, que me gustaría que me lo contarais —insistió Turner.

—Lo primero será llevar a cabo un escaneo inmediato en busca de implantes letales —explicó el hombre del cárdigan.

—¿Cambios en el córtex y ese tipo de cosas?

—Lo dudo —dijo el otro de los tipos—. Dudo que encontremos algo tan ordinario, pero sí, llevaremos a cabo un escaneo completo en busca de dispositivos letales. Al mismo tiempo, le haremos un análisis de sangre. Sabemos que los jefes actuales utilizan sistemas bioquímicos muy

sofisticados, por lo que es posible que uno de los peligros principales se encuentre ahí…

—Está muy de moda equipar a los mejores empleados con subdermos modificados de bombeo de insulina —lo interrumpió su acompañante—. Tal vez hayan sometido el cuerpo del objetivo a una dependencia artificial de ciertas enzimas sintéticas análogas. A menos que el subdermo se recargue con regularidad, si se aleja del lugar donde las consigue, en este caso el empleador, puede causar un trauma.

—También estamos preparados para eso —dijo el otro.

—Ninguno de nosotros está ni lo más remotamente preparado para lidiar con lo que sospecho que vamos a encontrarnos ahí —repuso la médica del mercado negro, con la voz igual de fría que el viento que ahora soplaba del este. Turner oyó el repiqueteo de la arena contra la plancha de acero oxidado que tenían encima.

—Tú —dijo Turner—. Ven conmigo.

Después se dio la vuelta sin mirar atrás y se marchó. Cabía la posibilidad de que la mujer no le obedeciese, lo que le haría quedar mal con los otros dos, pero en ese momento le pareció lo más adecuado. Se detuvo a diez metros de la unidad quirúrgica, y oyó los pasos de la médica en la gravilla.

—¿Qué sabes? —preguntó Turner sin darse la vuelta.

—Puede que lo mismo que tú —respondió ella—. Puede que más.

—Más que tus compañeros. Eso está claro.

—Son hombres muy capaces. Pero también… serviciales.

—Y tú no lo eres.

—Tú tampoco, mercenario. Me contrataron en la mejor clínica ilegal de Chiba. Me dieron mucho material que analizar y con el que prepararme para recibir a nuestro ilustre paciente. Las clínicas del mercado negro de Chiba tienen lo último en avances médicos. Ni siquiera Hosaka podría saber que mi puesto en esas clínicas me permitiría saber lo que ese desertor tiene en la cabeza. La calle siempre encuentra la manera de aprovecharse de las cosas, señor Turner. Me han contratado en varias ocasiones para intentar extirpar esos nuevos implantes. Algunos artilugios de biocircuitería avanzada de Maas han irrumpido en el mercado. Es lógico que haya quien intente implantárselos. Sospecho que Maas los ha filtrado de manera deliberada.

—¿Podrías explicármelos?

—No creo que pueda —respondió ella, con cierto atisbo de resignación en la voz—. Te he dicho que los había visto, no que los comprendiese. —Turner sintió que unos dedos le rozaban la piel junto al enchufe del cráneo—.

Comparar esto que tienes aquí con los implantes de biochip sería lo mismo que comparar una pata de palo con una extremidad mioeléctrica.

—Pero ¿atentará contra su vida en este caso?

—Oh, no —dijo ella al tiempo que retiraba la mano—. No contra la vida del paciente…

Y luego Turner la oyó regresar a la unidad quirúrgica.

Conroy envió un mensajero con el paquete de software que permitiría a Turner pilotar el avión a propulsión que llevaría a Mitchell al complejo que Hosaka tenía en Ciudad de México. El mensajero era un tipo de ojos desorbitados y muy moreno que Lynch llamaba Harry, un espectro de músculos fibrosos que llegó pedaleando desde Tucson en una bicicleta erosionada por la arena con neumáticos adherentes desgastados y cuero sin curtir de color amarillo hueso en los manillares. Lynch guio a Harry por el aparcamiento. Harry tarareaba para sí, un sonido extraño en el silencio obligatorio del puesto de mando, y la canción, si es que podía llamarse así, sonaba como sintonizar al azar una radio rota a medianoche a lo largo de kilómetros de banda de frecuencias, gritos de góspel y retazos de veinte años de música pop internacional. Harry llevaba la bicicleta colgada de uno de hombros menudos y bronceados.

—Harry te ha traído algo de Tucson —dijo Lynch.

—¿Os conocíais? —preguntó Turner, que miró a Lynch—. ¿Tenéis amigos comunes o algo así?

—Me ha dicho su puto nombre, Turner.

—Me llamo Harry —dijo el quemado por el sol.

Soltó la bicicleta en un arbusto. Después le dedicó una sonrisa vacía que dejó a la vista unos dientes separados y deteriorados. Tenía el pecho desnudo cubierto por una película de sudor y polvo, y colgaban de él lazos estrechos de cadenas de metal, cuero sin curtir, pedazos de cuernos y pelaje animal, cartuchos de bala usados de latón, monedas de cobre desgastadas y sin relieve alguno a causa del uso y una pequeña bolsa de cuero lisa y marrón.

Turner miró aquel surtido que le colgaba del pecho enjuto y extendió una mano para darle la vuelta a un cartílago doblado que colgaba de una cuerda trenzada.

—¿Qué narices es esto, Harry?

—Es una polla de mapache —respondió Harry—. Los mapaches tienen un hueso articulado en la polla. Poca gente sabe este detalle.

—Harry, ¿conocías de antes a mi amigo Lynch?

Harry parpadeó.

—Sabía las contraseñas —respondió Lynch—. Hay una jerarquía en caso de urgencia y este tipo sabía la de más alto nivel. Me dijo cómo se llamaba. ¿Me necesitas aquí o puedo seguir a lo mío?

—Márchate —dijo Turner.

Harry empezó a abrir la bolsa de cuero cuando Lynch ya no podía oírlos.

—No deberías ser tan duro con el chico —comentó—. Es muy bueno. Lo cierto es que no lo vi hasta que me pegó al cuello esa pistola de dardos.

Abrió la bolsa y rebuscó con cuidado en el interior.

—Dile a Conroy que ya lo tengo calado.

—Perdón —se disculpó Harry al tiempo que sacaba una hoja de cuaderno doblada y amarilla de la bolsa—. ¿A quién tienes calado?

Se la dio a Turner. Había algo en el interior.

—A Lynch. Es la putita de Conroy en el centro de mando. Díselo.

Desdobló el papel y sacó el voluminoso microsoft de categoría militar. Había una nota escrita en mayúsculas y tinta azul: ¡mucha mierda, capullo! nos vemos en cdmx.

—¿De verdad quieres que le diga eso?

—Díselo.

—Tú eres el jefe.

—Me alegro de que lo tengas claro —comentó Turner, quien arrugó la nota y la metió bajo la axila izquierda de Harry. El tipo le dedicó una sonrisa vacía y agradable, y la inteligencia que había iluminado sus facciones volvió a desaparecer, como una bestia marina que se sumerge apacible bajo la superficie calmada de un mar de necedad producto de la confusión. Turner lo miró a los ojos, un ópalo amarillo y resquebrajado, y solo vio en ellos el sol y la autopista llena de baches. Una mano que carecía de algunas articulaciones se alzó para rascar con gesto ausente la barba de una semana que le adornaba el rostro—. Hazlo ya.

Harry se dio la vuelta, alzó la bicicleta del arbusto, se la echó al hombro con un gruñido y empezó a abrirse paso por el aparcamiento en ruinas. Los pantalones cortos holgados, andrajosos y de color caqui se agitaron mientras se alejaba, y su colección de cadenas no dejaba de repiquetear.

Sutcliffe silbó desde un promontorio que se encontraba a veinte metros mientras sostenía en alto un rollo anaranjado de cinta de agrimensor. Había llegado el momento de empezar a trazar la pista de aterrizaje de Mitchell.

Tenían que hacerlo rápido, antes de que el sol estuviese demasiado alto. Aun así, sabía que iba a hacer muchísimo calor.

—Bueno —dijo Webber—, vendrá por aire.

Escupió un líquido marrón sobre un cactus amarillento. Tenía la boca llena de tabaco de Copenhague.

—Eso es —convino Turner. Estaba sentado en un saliente de lutita beis. Observaban cómo Lynch y Nathan despejaban la pista de aterrizaje que Sutcliffe y él habían trazado con la cinta anaranjada. La cinta marcaba un rectángulo de cuatro metros de ancho y veinte de largo. Lynch acercó una viga de construcción oxidada a la cinta y la soltó encima. Algo se agitó entre la maleza al escuchar el estruendo del metal contra el hormigón.

—Verán la cinta si quieren verla —dijo Webber, que se enjugó los labios con el dorso de la mano—. También leerán los encabezados de tu fax matutino si quieren hacerlo.

—Lo sé —repuso Turner—, pero si a estas alturas no saben que estamos aquí, dudo que vayan a enterarse ahora. Y no se ve desde la carretera. —Se ajustó el gorro de nailon negro que le había dado Ramírez y se bajó la visera hasta que le tocó las gafas de sol—. Sea como fuere, solo estamos moviendo cosas pesadas, de esas con las que podríamos partirnos una pierna. Seguro que desde la órbita pasamos desapercibidos.

—Sí, seguro —convino Webber, con el rostro arrugado e impasible debajo de sus gafas de sol. Turner era capaz de oler el sudor de la mujer desde donde se encontraba, ácido y animal.

—¿A qué narices te dedicas cuando no haces estas cosas, Webber?

Turner la miró.

—Es probable que a muchas más cosas que tú —respondió ella—. Dedico algo de tiempo a la crianza de perros. —Se sacó una navaja de la bota y empezó a afilarla con parsimonia contra la suela, dándole la vuelta con gracilidad después de cada pasada, como un barbero mexicano que afilase una hojilla—. Y también pesco. Truchas.

—¿Tienes a alguien en Nuevo México?

—Seguramente, a más que tú —dijo con tono neutro—. Sé cómo es la gente como Sutcliffe y como tú, los que no parecen pertenecer a ningún lugar. Vivís en sitios como estos, ¿verdad, Turner? A la espera de algo, del desertor en este caso. ¿No es así?

Probó la navaja contra la base del pulgar y luego la volvió a guardar en la funda.

—Pero ¿tienes a alguien? ¿Te espera alguien al volver?

—Una mujer, si tanto quieres saberlo —respondió ella—. ¿Sabes algo sobre crianza de perros?

—No —respondió él.

—No me lo creo. —Webber entrecerró los ojos—. También tenemos una niña. Nuestra. Ella fue la que se quedó embarazada.

—¿Empalme de ADN?

La mujer asiente.

—Eso es caro —dice él.

—Ya te digo. No estaría aquí si no tuviera que seguir pagándolo. Pero es guapa.

—¿Tu mujer?

—Nuestra hija.

# 12
# Café Blanc

Mientras se marchaba del Louvre, sintió como si la ciudad fuese una estructura articulada que se acomodase a su devenir por las calles. El camarero no sería más que otra pieza de esa estructura, una extremidad, una sonda o un palpo muy sensible. Algo que formaría parte de una entidad mayor, mucho mayor. ¿Cómo se le había ocurrido siquiera pensar en la posibilidad de moverse y vivir bajo el amparo de la riqueza antinatural de Virek sin percibir cómo se distorsionaba todo cuanto había a su alrededor? Virek la había abordado en toda su miseria y después la había hecho rotar a través de la presión monstruosa e invisible de su dinero; al final, ella había cambiado. «Claro —pensó—. Claro. No deja de acechar, alerta e imperceptible, un mecanismo de vigilancia vasto y sutil propiedad de *Herr* Virek».

Terminó en la acera que había debajo de la terraza del Blanc. Le pareció un lugar tan apropiado como cualquier otro. Un mes antes habría evitado un sitio como aquel, ya que había pasado allí demasiadas noches con Alain. Ahora que se sentía liberada, decidió embarcarse en un proceso de redescubrimiento de su París; para ello, tomó asiento en una mesa del Blanc. Eligió una cubierta por una barrera lateral. Le pidió un coñac a un camarero y se estremeció al contemplar el fluir del tráfico de la ciudad, un río perpetuo de acero y cristal, mientras que a su alrededor, en las demás mesas, los desconocidos comían, bebían, discutían, se dedicaban amargas despedidas o juraban fidelidades secretas al amparo de la tarde.

Sonrió al sentir que ella también formaba parte de todo aquello. Algo en su interior empezaba a despertar de un sueño largo y reprimido, algo que había resurgido al ser consciente de la crueldad de Alain y de su desesperada necesidad por seguir amándolo. Pero aquella necesidad empezaba a remitir, incluso mientras se encontraba allí sentada. Las mentiras a cual más mezquina habían sacudido el yugo de la depresión de Marly. Ya no le encontraba la

lógica porque, en alguna parte de su ser y mucho antes de hacer negocios con Gnass, siempre había sabido qué clase de persona era Alain en realidad y eso no había supuesto el menor impedimento para enamorarse de él. Pero dada su situación en aquel momento, la lógica era a todas luces lo de menos. Bastante tenía con encontrarse allí, estar viva y sentada en una de las mesas del Blanc e imaginarse cómo la rodeaban los intrincados mecanismos que sabía que Virek había desplegado.

Le resultó irónico ver al joven camarero que los había atendido en la terraza de la Cour Napoléon. Llevaba los pantalones negros de trabajo, pero en lugar del delantal iba ataviado con una cazadora azul. El cabello oscuro le caía liso por la frente. Se acercó a ella con una sonrisa en el gesto, seguro, como si supiese que no iba a huir de él. Algo en las entrañas de Marly le gritó que huyese, pero ella sabía que no iba a hacerlo. Era irónico, volvió a pensar, regocijarse con la idea de que en realidad no era una esponja capaz de absorber una cantidad ilimitada de aflicción, sino tan solo un animal falible encerrado en aquel laberinto de piedra que hacía las veces de ciudad, descubrir al mismo tiempo que era el centro de un dispositivo enorme alimentado por un anhelo indeterminado.

—Me llamo Paco —se presentó, al tiempo que arrastraba la silla de metal pintada de blanco que tenía frente a ella.

—Eras el niño, el del parque…

—Hace mucho tiempo, sí. —Se sentó—. El patrón ha conservado la imagen de mi juventud.

—He estado pensando en tu patrón. —No lo miró a él, sino a los coches que pasaban a su alrededor, descansaba la vista en el fluir del tráfico, en los colores del policarbonato y del acero pintado—. Un hombre como Virek es incapaz de separarse de su fortuna. Su dinero tiene vida propia. Tal vez incluso llegue a tener consciencia. Es lo que insinuó cuando nos reunimos.

—Eres toda una filósofa.

—Soy una herramienta, Paco. Soy el engranaje más reciente de una máquina muy antigua que está en manos de un hombre muy anciano que quiere conseguir un objetivo hasta ahora inalcanzable para él. Tu patrón ha rebuscado entre miles de herramientas y ha decidido elegirme a mí por alguna razón…

—¡Y también eres poeta!

Rio y apartó la mirada del tráfico; él sonreía, con una mueca surcada por unas profundas marcas verticales.

—Mientras venía de camino, me imaginé una estructura, una máquina tan grande que era incapaz de verla. Una máquina que me rodea y que prevé todas mis acciones.

—¿También eres egocéntrica?

—¿Lo soy?

—Puede que no. Te aseguro que estás siendo observada. Te vigilamos porque es lo que tenemos que hacer. ¿Tu amigo del restaurante? A ese también lo vigilamos. Por desgracia, no hemos sido capaces de determinar de dónde ha sacado el holograma que te mostró. Lo más seguro es que ya lo tuviese cuando empezó a llamar al número de tu amiga. Alguien se ha puesto en contacto con él, ¿me entiendes? Alguien lo ha puesto en tu camino. ¿No te resulta de lo más intrigante? ¿No despierta el interés de la psicóloga que hay dentro de ti?

—Sí, supongo que sí. Hice caso al consejo que me diste, en el restaurante, y acepté lo que me pedía.

—El patrón te dará el doble.

Paco sonrió.

—El dinero no significa nada para mí, como bien me indicaste antes. Ha accedido a ponerse en contacto conmigo mañana. Doy por hecho que podrás encargarte de la entrega del dinero. Lo pidió en efectivo.

—En efectivo… —Puso los ojos en blanco—. ¡Qué atrevido! Pero sí, podré hacerlo. Y también conozco los detalles. Escuchamos la conversación, lo que no resultó demasiado complicado, ya que él se encargó de transmitirla a través de un micrófono oculto. Nos gustaría mucho saber quién estaba al otro lado de esa línea, pero dudamos mucho que él lo sepa.

—No fue propio de él —respondió ella, con el ceño fruncido—. No suele excusarse. Me pareció muy extraño que se marchase así antes de exponer sus demandas. Siempre presume de lo bien que se maneja en situaciones dramáticas.

—No tuvo elección —explicó Paco—. Preparamos lo que seguro que confundió con un fallo de la batería del micrófono. Por eso fue al baño de hommes. Dijo cosas muy feas sobre ti cuando estaba a solas en ese cubículo.

Ella señaló el vaso vacío cuando uno de los camareros pasó junto a la mesa.

—Sigo sin entender qué papel desempeño en todo este asunto, por qué soy valiosa. Para Virek, me refiero.

—A mí no me preguntes. La filósofa eres tú. Yo me limito a cumplir las órdenes del patrón lo mejor que soy capaz.

—¿Te apetece un brandy, Paco? ¿Un café, quizá?

—Los franceses no tienen ni idea de café —respondió, con un tono que denotaba una gran convicción.

# 13
# Con ambas manos

—¿Podrías explicármelo otra vez? —preguntó Bobby mientras masticaba un bocado de arroz y huevos—. Creí haberte oído que no se trataba de una religión.

Beauvoir se quitó las gafas y contempló las patillas.

—No dije eso exactamente. Dije que no tenías que preocuparte por ello, tanto si era una religión como si no. Solo es una «estructura». Nos permite hablar sobre varias de las cosas que han ocurrido, de lo contrario, tal vez careceríamos de palabras para denominarlas. Son ideas que…

—Pero hablas como si esos laúdes o como se llamen fuesen…

—Loas —corrigió Beauvoir al tiempo que soltaba las gafas sobre la mesa. Suspiró, sacó uno de los cigarrillos chinos de la cajetilla de Dos al Día y lo encendió con la calavera de peltre—. Tiene plural invariable. —Le dio una buena calada y soltó dos hilillos de humo a través de las abovedadas fosas nasales—. Cuando dices «religión», ¿a qué te refieres exactamente?

—Bueno, la hermana de mi madre era ciencióloga; de las ortodoxas, ¿sabes? Y luego está esa señora que vive al fondo del pasillo, que es católica. Mi vieja… —Hizo una pausa. La comida se le quedó en la boca, perdido todo el sabor—. Mi vieja solía poner hologramas en mi habitación… Jesús, Hubbard y esas mierdas. Supongo que a eso me refiero cuando digo «religión».

—El vudú no tiene nada que ver —repuso Beauvoir—. No está relacionado con la idea de la salvación ni de la trascendencia, sino con la de obtener resultados. ¿Me entiendes? En nuestro sistema, hay muchos dioses y espíritus que forman parte de una gran familia en la que se incluyen todos los vicios y las virtudes. Cuenta con una tradición ritual de manifestación comunal, ¿sabes? El vudú afirma que hay un dios, claro, el Gran Met, pero es importante, demasiado importante y está demasiado lejos como para que le preocupe el que seas pobre o no puedas echar un polvo. Venga, tío, seguro

que sabes cómo funciona, es una religión de la calle que surgió en un lugar muy pobre hace un millón de años. El vudú es como la calle. Si un yonqui raja a tu hermana, no acampas a las puertas de la yakuza hasta que te hagan caso, ¿verdad? No. Vas a hablar con alguien que obtenga resultados. ¿A que sí?

Bobby asintió mientras masticaba con gesto reflexivo. Otro dermo y dos copas de vino tinto le habían servido de gran ayuda. El grandullón se había llevado a Dos al Día de paseo entre los árboles y los tubos fluorescentes, por lo que Bobby se había quedado a solas con Beauvoir. Después había aparecido Jackie, muy animada, y le había ofrecido un enorme cuenco de arroz con huevos, que no estaba nada mal. Lo había dejado en la mesa, frente a él, y apretado las tetas contra el hombro de Bobby al hacerlo.

—Pues eso. Nos encargamos de obtener resultados —continuó Beauvoir —. También sabemos de sistemas. Nos han dicho que tú también, o que, al menos, quieres saber más, porque de lo contrario no serías vaquero y no tendrías ese apodo, ¿verdad? —Apagó lo que le quedaba de cigarrillo en una copa llena de huellas dactilares y a medio llenar de vino tinto—. Parece que Dos al Día estaba a punto de terminar una fiesta del copón antes de que se armara la gorda.

—¿Qué gorda? —preguntó Bobby mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

—Tú —respondido Beauvoir con el ceño fruncido—. No digo que lo que ha ocurrido fuese culpa tuya, por mucho que Dos al Día quiera echarte el muerto.

—¿Eso es lo que quiere? Lo he visto muy tenso. De mala leche.

—Eso es. Te has dado cuenta. Está tenso. Se está cagando por la pata abajo, para ser más precisos.

—¿Por qué?

—Bueno, verás; con Dos al Día, las cosas no son exactamente lo que parecen. O sea sí, se dedica a las movidas que crees, a vender programas piratas a los colgados, perdona —sonrió—, de Barrytown, pero su objetivo principal, su verdadera ambición, es otra muy diferente, como bien comprenderás. —Beauvoir cogió un canapé rancio, lo miró con gesto reticente y luego lo lanzó por encima de la mesa, hacia los árboles—. En realidad es intermediario de varios houngans exitosos del Ensanche.

Bobby asintió con gesto inexpresivo.

—Tipos que sirven con ambas manos.

—No entiendo nada.

—Son sacerdotes profesionales, ¿vale? Podrían llamarse así. Imagínate que hay un par de tíos importantes, vaqueros de consola, entre otras cosas…, que se dedican a obtener resultados para otras personas. A «servir con ambas manos», que es la expresión que empleamos y que en esencia significa que hacen cosas tanto en un extremo como en el otro. Blanco y negro. ¿Lo pillas?

Bobby tragó saliva y luego negó con la cabeza.

—Hechiceros —explicó Beauvoir—. Da igual. Son tipos malos y mueven mucho dinero. Es todo lo que necesitas saber. Dos al Día actúa como esbirro para estos tipos. En ocasiones encuentra algo que cree que les puede interesar, se lo descarga y luego ellos le hacen algún que otro favor. Y cuando lleva muchos favores acumulados, llega el momento de que ellos descarguen cosas para él. Pero no están en igualdad de condiciones, ¿entiendes? Imagina que consiguen algo que creen que tiene potencial, pero les da miedo. Esos tipos tienden a ser un poco conservadores, ¿sabes? ¿No? Bueno, ya lo irás entendiendo.

Bobby asintió.

—Los programas que alguien como tú le alquilaría a Dos al Día no son nada. O sea, funcionan, pero no le interesarían a la gente importante de verdad. Has visto muchos kinos de vaqueros, ¿verdad? Bueno, pues lo que se inventan para esas cosas no es nada en comparación con las movidas a las que se tiene que enfrentar un auténtico pez gordo. Sobre todo en lo relativo a los picahielos. Los picahielos pesados son muy curiosos, incluso para los tipos más experimentados. ¿Sabes por qué? Porque el hielo, el más complicado que cubre las paredes que rodean todos los grandes almacenamientos de datos de la matriz, siempre es producto de una IA, una inteligencia artificial. No hay nada más que tenga la velocidad necesaria para entramar un buen hielo que haya que ajustar y actualizar de manera constante. Por eso, cuando aparece un picahielos muy potente en el mercado negro, entran en juego factores muy peligrosos. Por ejemplo, cuestionarse de dónde ha salido un producto así. Nueve de cada diez veces provienen de una IA, y las IA se vigilan de manera constante, sobre todo por parte de Turing, para asegurarse de que no se vuelven muy inteligentes. Y eso implica que los de Turing acaben siguiéndote el rastro solo porque una IA salida de vete tú a saber dónde quiere tener un poco más de liquidez financiera. Algunas IA han conseguido la ciudadanía, ¿sabes? Otra de las cosas con las que debes tener cuidado es el hecho de que tal vez se trate de un picahielos militar, que son de los chungos, o que sea producto del espionaje militar llevado a cabo por un zaibatsu, algo que tampoco te recomiendo. ¿Me estás entendiendo, Bobby?

Bobby asintió. Sintió que llevaba toda la vida esperando a oír la explicación de Beauvoir sobre las complejidades de un mundo cuya existencia apenas había conseguido intuir hasta entonces.

—No obstante, un picahielos que funcione de verdad vale una pasta. Una burrada. Imagina que eres un pez gordo del mercado, alguien te ofrece algo así y no quieres mandarlo a paseo. Y lo compras. Lo compras sin que nadie se entere, pero no lo ejecutas. ¿Qué haces con él? Te lo llevas y dispones que un técnico le haga unos remiendos para que se parezca a otro cualquiera. Uno que podría dar el pego por cualquiera de estas cosas de aquí. —Tocó una pila de programas que tenía delante—. Y luego se lo das a tu esbirro, que además resulta que te debe unos cuantos favores, como es costumbre que suceda…

—Un momento —lo interrumpió Bobby—. No me gusta el…

—Bien. Eso significa que eres listo, o más listo que antes, al menos. Sí, eso es lo que hicieron. Se lo dieron a tu pirata informático favorito, el señor Dos al Día, y le contaron el problema que tenían. «Máquina, necesitamos comprobar esto, hacer una prueba real, pero ni de broma vamos a hacerlos nosotros. Te encargarás tú, ¿vale, chico?». ¿Y qué hace Dos al Día? ¿Enchufarse él? Claro que no. Hace algo que le pega más, lo mismo que le hicieron a él los jefazos, con la salvedad de que él no se lo cuenta al tipo al que se la juega. Elige una base del Medio Oeste llena de programas evasores de impuestos y diagramas de blanqueado de neoyenes de algún burdel de Kansas City, y cualquiera que no haya nacido ayer sabe que esa base va a estar cubierta hasta las trancas de hielo, de hielo negro, de programas que cuentan con una retroalimentación letal. No hay ni un vaquero en todo el Ensanche o fuera de él que se atreva a enfrentarse a una base así. Primero, porque está atiborrada de defensas y, segundo, porque lo que hay dentro no vale un pimiento para nadie que no sea la Hacienda Pública, y es muy probable que el dueño ya la tenga a sueldo.

—Un momento —dice Bobby—. A ver si lo he entendido…

—¡Eso es lo que intento, que lo entiendas, blanquito! Dos al Día eligió esa base, le echó un vistazo a la lista de salchicheros, punkis ambiciosos de Barrytown, wilsons lo bastante imbéciles como para ejecutar un programa que no habían visto antes en una base que un idiota como Dos al Día había elegido para ellos, a quienes diría que era un objetivo fácil. ¿Y a quién elige? A un novato, claro, alguien que ni siquiera sabe dónde vive, que no tiene su número, y le dice: «Toma esto; si entras, te llevarás una buena tajada. ¡Consígueme algo decente y lo venderé para ti!». —Beauvoir no podía tener

los ojos más abiertos. No sonreía—. ¿Te suena de alguien que conozcas, chaval, o no sueles codearte con perdedores?

—¿Quieres decir que sabía que iban a matarme si me enchufaba a esa base?

—No, Bobby, aunque desde luego que era una posibilidad si el paquete no funcionaba bien. Lo único que quería era ver cómo lo intentabas, ya que prefería que lo hiciese algún otro vaquero antes que arriesgarse él en persona. Podrían haber ocurrido muchas cosas. ¿Y si el picahielos hubiese roto el hielo negro y hubieses entrado para encontrarte con números que para ti no significan una mierda y luego salido de allí, quizá sin dejar ni rastro? Pues habrías vuelto al Leon para decirle a Dos al Día que se había equivocado de datos. Él se habría mostrado muy arrepentido y luego te habría dado otro objetivo y un nuevo picahielos, pero después habría llevado el primero al Ensanche para decirles a sus compinches que todo había salido bien. Mientras tanto, no te habría quitado el ojo de encima para vigilar tus constantes vitales y asegurarse de que nadie te siguiera para hacerse con el picahielos que puede que hubiese oído que habías usado. Otra posibilidad, que estuvo a punto de producirse, habría sido que el picahielos tuviese algo raro y el hielo te hubiese frito y dejado para el arrastre, en cuyo caso uno de esos vaqueros habría tenido que entrar en casa de tu mamaíta para buscar el programa antes de que alguien encontrase tu cadáver.

—No sé, Beauvoir, es difícil de cojones que…

—Y una mierda es difícil. Para difícil, la vida. Esto son negocios, ¿sabes? —Beauvoir lo miró con gesto serio, con esas gafas de plástico muy por debajo de una nariz estrecha. Tenía un tono de piel más claro que el de Dos al Día o el del grandullón, del color del café con solo un poco de crema, la frente amplia y lisa debajo de un pelo corto, negro y encrespado. Parecía flaco debajo de esa bata de rayón gris, y Bobby no lo encontró particularmente amenazante—. Pero nuestro problema, la razón por la que estamos aquí, por la que tú estás aquí, es descubrir qué sucedió en realidad. Y eso no es nada fácil.

—Pero acabas de decir que me la jugó, que Dos al Día me la jugó y que yo podría haber muerto, ¿no? —Bobby no se había levantado de la silla de ruedas del ala de maternidad del St. Mary, aunque ya no creía necesitarla más —. Y está hasta el cuello de mierda con esos tipos, ¿no? Con los peces gordos del Ensanche.

—Parece que lo has entendido.

—Y que por eso actúa así, como si todo le importase una mierda o como si me odiase. ¿No? ¿Está muy asustado?

Beauvoir asintió.

Bobby entendió de repente por qué Dos al Día estaba tan preocupado y asustado.

—¡Es porque me dieron una buena tunda en el Gran Patio y esos cabrones lobe me robaron la consola! ¡El programa seguía dentro! —Se inclinó hacia delante, emocionado por haberlo entendido—. Y seguro que esos tipos matarán a Dos al Día o algo así a menos que lo recupere. Es eso, ¿verdad?

—Está claro que ves muchos kinos —dijo Beauvoir—, pero lo has captado muy bien. Eso es, sí.

—Muy bien —afirmó Bobby al tiempo que volvía a reclinarse en la silla de ruedas y apoyaba los pies descalzos en el borde de la mesa—. Dime, Beauvoir, ¿quiénes son esos tipos? ¿Cómo narices los llamaste? ¿Hooligans? Hechiceros, ¿verdad? ¿Qué coño se supone que significa eso?

—Verás, Bobby —dijo Beauvoir—. Yo soy uno de ellos. Y ese grandullón de allí, que se llama Lucas, es el otro.

—Es probable que hayas visto uno de estos antes —dijo Beauvoir mientras el hombre llamado Lucas colocaba el equipo de proyección sobre la mesa después de haber hecho espacio de una manera metódica.

—En el colegio —aclaró Bobby.

—¿Fuiste al colegio, tío? —espetó Dos al Día—. ¿Y por qué cojones no te quedaste allí?

No había dejado de fumar desde que había vuelto con Lucas, y tenía mucho peor aspecto que antes.

—Cállate, Dos al Día —dijo Beauvoir—. Un poco de educación no te vendría nada mal.

—Usaban uno para enseñarnos la matriz…, cómo acceder al catálogo de ejemplares impresos de la biblioteca…, cosas así…

—Vale —lo cortó Lucas, que se enderezó y se sacudió un polvo inexistente de sus enormes manazas rosadas—. ¿Lo has usado alguna vez para eso, para acceder a libros impresos?

Se quitó la inmaculada chaqueta negra del traje. La camisa blanca e impecable estaba cruzada por unos tirantes de color bermellón, y se había soltado el nudo de la corbata negra y lisa.

—No se me da muy bien leer —admitió Bobby—. Sé hacerlo, pero lo considero como un trabajo. Aun así, sí que lo he usado para eso. He buscado libros muy viejos en la matriz y esas cosas.

—Lo sabía —dijo Lucas, que conectó una especie de consola pequeña a la consola que se encontraba en la base del proyector—. Conde Cero. De interrupción de cuenta a cero. Es un término antiguo usado por programadores.

Le pasó la consola a Beauvoir, quien comenzó a introducir algunos comandos.

Unas formas geométricas complejas empezaron a aparecer de improviso en el proyector, alineadas con los planos casi invisibles de una cuadrícula tridimensional. Bobby reparó en que Beauvoir había introducido las coordenadas de Barrytown en el ciberespacio.

—Imagina que eres esta pirámide azul, Bobby. Ahí estás. —Una pirámide azul empezó a latir con suavidad justo en el centro de la proyección—. Ahora te enseñaremos lo que vieron los vaqueros de Dos al Día, los que te vigilaban. Lo que verás a partir de ahora será una grabación.

Una línea irregular de luz azul brotó de la pirámide y siguió una de las líneas de la cuadrícula. Bobby se vio solo en el salón de su madre, con la Ono-Sendai sobre el regazo, las cortinas cerradas y los dedos deslizándose por la consola

—El picahielos va de camino —dijo Beauvoir. La línea de puntos azules llegó a los límites de la proyección. Beauvoir tocó la consola, y las coordenadas cambiaron. Unas figuras geométricas sustituyeron a las que había. Bobby reconoció la agrupación de rectángulos anaranjados que se encontraban en el centro de la cuadrícula—. Ahí está —dijo.

La línea azul se extendió por el borde de la proyección en dirección a la base de rectángulos. Unos planos atenuados de un naranja fantasmal parpadearon alrededor de los rectángulos, que se agitaron e iluminaron con un efecto estroboscópico a medida que se acercaba la línea.

—Algo ha salido mal, como habrás podido comprobar —dijo Lucas—. Ese es el hielo, y ya te tenía localizado. Te pilló antes siquiera de que fijases tu objetivo.

La hilera de puntos azules tocó el plano naranja cambiante, y en ese momento quedó rodeada por un tubo anaranjado y translúcido de un diámetro un poco mayor. El tubo empezó a expandirse, a extenderse hacia atrás por la línea hasta que alcanzó los límites de la proyección…

—Mientras —continuó Beauvoir—, en tu casa de Barrytown…

Volvió a tocar la consola, y la pirámide azul de Bobby apareció de nuevo en el centro. Bobby vio cómo el tubo anaranjado emergía por los límites de la proyección, sin dejar de seguir a la línea azul, y se acercaba poco a poco a la pirámide.

—Este fue el momento en el que estabas a punto de diñarla, vaquero.

El tubo alcanzó la pirámide, y unos planos triangulares y anaranjados se extendieron para cubrirla. Beauvoir detuvo la proyección.

—Bien —continuó Lucas—. Cuando los contratados por Dos al Día, que sin duda eran unos vaqueros de consola duros y muy experimentados, vieron lo que estás a punto de ver, hombrecito, llegaron a la conclusión de que la consola en la que se habían enchufado estaba para el arrastre. Pero, como eran profesionales, tenían una de repuesto. Se enchufaron de nuevo y vieron lo mismo. En ese momento decidieron llamar a su jefe, el señor Dos al Día, quien, como habrás comprobado al ver todo esto, estaba a punto de empezar una buena fiesta…

—Tío —dijo Dos al Día, con la voz constreñida a causa del nerviosismo —. Ya os lo he dicho. Tenía algunos clientes que necesitaban un poco de entretenimiento. Pagué a esos tipos para vigilar y me llamaron. Y luego os llamé. ¿Qué más queréis, joder?

—Lo que nos pertenece —dijo Beauvoir con voz calmada—. Ahora fíjate en esto. Fíjate bien. Esta movida es lo que llamamos un fenómeno anómalo. De cagarse…

Volvió a tocar la consola y reinició la grabación.

Unas flores de un blanco lechoso brotaron de la parte inferior de la proyección. Bobby se inclinó hacia delante y vio que parecían estar conformadas por miles de esferas pequeñas o burbujas, y que estaban alineadas a la perfección con la cuadrícula cúbica para fusionarse y formar una estructura asimétrica más pesada por la parte superior, una especie de champiñón rectilíneo. Las superficies facetadas eran blancas y estaban del todo vacías. La imagen de la proyección no era mayor que la mano abierta de Bobby, pero para alguien que estuviese enchufado a una consola habría sido gigantesca. Un par de cuernos brotaron de esa cosa, curvados y alargados, y después se convirtieron en unas tenazas que trazaron un arco hasta atrapar la pirámide. Vio que las puntas atravesaban sin problema ese naranja titilante de los planos del hielo enemigo.

—Ella dijo: «¿Qué haces?» —se oyó decir—. Después me preguntó que por qué me hacían eso, a mí, matarme…

—Ah —dijo Beauvoir con voz calmada—. Parece que al fin estamos progresando.

No sabía adónde lo llevaban, pero se alegraba de haber salido de esa silla. Beauvoir se agachó para evitar uno de los tubos luminosos que colgaban de dos tramos de cable enroscado. Bobby lo seguía, casi deslizándose por un charco de agua con la superficie verdosa. Estaban lejos de aquel claro parecido a una sala de estar de Dos al Día, y el aire estaba más cargado. Olía como a invernadero, a humedad y a vegetación.

—Eso fue lo que ocurrió entonces —dijo Beauvoir—. Dos al Día envió a unos amigos a Covina Concourse Courts, pero ya te habías largado. Y te habías llevado la consola.

—Bueno, tampoco creo que sea culpa suya —repuso Bobby—. Me habría encontrado allí, pero fui yo quien se largó al Leon, a buscarlo a él para intentar subir hasta aquí.

Beauvoir hizo una pausa para admirar una planta de marihuana exuberante y floreciente, y luego extendió un dedo marrón para rozar las flores pálidas e incoloras.

—Cierto —convino—, pero esto es muy serio. Debería de haberle pedido a alguien que vigilase tu casa mientras estuvieses enchufado, para asegurarse de que ni tú ni el programa abandonaban el lugar.

—Bueno, envió a Rhea y a Jackie al Leon. Yo las vi allí.

Bobby metió la mano por el cuello del pijama negro que llevaba puesto y se rasco la herida cerrada que le cruzaba el pecho y el estómago. Después recordó aquel ciempiés que Pye había usado para cerrársela, y la retiró al instante. Le picaba, un picor en línea recta, pero no quería tocarla.

—No, Jackie y Rhea son de las nuestras. Jackie es una mambo, una sacerdotisa, el caballo de Danbala.

Beauvoir siguió avanzando, por lo que Bobby suponía que era un sendero o camino que atravesaba aquella frondosa selva hidropónica. Aunque le daba la impresión de no ir a ninguna parte. Algunos de los matorrales más grandes estaban enraizados en unas bolsas de basura protuberantes de plástico verde llenas de humus negro. Muchas de ellas se habían roto y dejado al descubierto unas raíces pálidas que se extendían en busca de nutrientes frescos por las sombras que proyectaban los tubos fluorescentes, donde el tiempo y la caída gradual de las hojas se confabulaban para crear un abono natural. Bobby

llevaba un par de sandalias de nailon negras que Jackie le había encontrado, pero la tierra húmeda ya le había manchado los dedos de los pies.

—¿Un caballo? —preguntó a Beauvoir al tiempo que evitaba algo de aspecto espinoso que parecía una palmera invertida.

—Danbala es su jinete. Danbala Wedo, la serpiente. En otras ocasiones, Jackie también es la montura de Aida Wedo, su esposa.

Bobby decidió no hacer más preguntas al respecto. Trató de cambiar de tema:

—¿Cómo es que Dos al Día tiene una casa tan enorme, joder? ¿Para qué son todos estos árboles y cosas?

Sabía que Jackie y Rhea lo habían llevado a través de una puerta cuando estaba sentado en la silla del St. Mary, pero después no había vuelto a ver ninguna pared. También sabía que la arcología cubría un número x de hectáreas, por lo que cabía la posibilidad de que el lugar donde vivía Dos al Día fuese muy grande, pero no parecía realista pensar que un traficante informático, por muy bueno que fuese, pudiera permitirse un lugar así. Nadie podía permitirse un lugar así. ¿Y por qué iba a querer alguien vivir en un bosque hidropónico lleno de humedad?

Empezaba a pasársele el efecto del último dermo, y le empezaban a doler y a quemarle la espalda y el pecho.

—Ficus, ceibas… Todo este piso de los Proyectos es un lieu saint, un lugar sagrado. —Beauvoir tocó a Bobby en el hombro y señaló unos cables retorcidos y bicolores que colgaban de las ramas de un árbol cercano—. Las plantas están consagradas a varios *loa* s. Esa, por ejemplo, lo está a Ogou, Ogou Feray, el dios de la guerra. Por aquí crecen muchas otras cosas, hierbas que necesitan los curanderos y otras que solo se usan como divertimento. Pero el sitio no es de Dos al Día: es una comuna.

—¿Quieres decir que todo el mundo en los Proyectos cree en esto? ¿En el vudú y esas cosas?

Era peor que las fantasías más oscuras de Marsha.

—No, tío —rio Beauvoir—. También hay una mezquita en los pisos superiores, y unos diez mil fanáticos baptistas por todas partes. También algunos de la Iglesia de la Ciencio… Lo típico. —Sonrió—. Pero nosotros somos los únicos que tenemos como tradición obtener resultados… El origen de todo esto, de este piso, se remonta a mucho antes. Las personas que diseñaron estos lugares, puede que hace unos ochenta o cien años, tenían la idea de convertirlos en zonas lo más autosuficientes posible. Sitios en los que se pudiese cultivar comida. Que se calentaran de manera independiente y

hasta generasen su propia energía. En este en concreto, si excavas a bastante profundidad, acabarás sobre un cúmulo de agua geotérmica. Ahí abajo está muy caliente, pero no lo suficiente como para alimentar un motor y no servía para generar energía. Dicha energía la generaron en la azotea, con cientos de esos rotores Darrieus, de esos que llaman batidores de huevos. Levantaron un parque eólico, ¿sabes? Hoy en día, consiguen alimentar la estructura gracias al Centro de Fisión, como todo el mundo, pero bombean el agua geotérmica a un intercambiador de calor. Está demasiado salada como para ser potable, por lo que el intercambiador se usa para calentar el agua corriente de Jersey, que mucha gente tampoco considera potable de todos modos…

Al final se acercaron a una especie de pared. Bobby volvió la vista atrás. Unas charcas superficiales en el suelo de hormigón lleno de barro reflejaban las ramas de los árboles enanos, y las raíces pálidas se retorcían hasta los tanques improvisados de fluido hidropónico.

—Después bombean el agua geotérmica a las cubas de gambas y crían muchas gambas, que crecen muy rápido en agua caliente. Luego la vuelven a bombear a través de las cañerías que recorren el hormigón y la traen aquí, donde se usa como calefacción. Por ello, este piso se usa para lo que usa: para cultivar amaranto, lechugas hidropónicas y cosas de ese estilo. Después vierten el agua en los tanques de siluros y las algas se comen los excrementos de las gambas. Los siluros se comen las algas, y el ciclo vuelve a empezar. Esa era la idea, al menos. No contaban con que alguien subiese a la azotea y tirase abajo los rotores Darrieus para hacer hueco a una mezquita, ni con cambios similares. Y de ese modo acabamos aquí. Pero aún se pueden conseguir unas gambas muy buenas en los Proyectos… Y también siluros.

Llegaron a la pared. Estaba hecha de un cristal, cubierto por una gran cantidad de gotas de condensación. Al otro lado y a unos pocos centímetros de distancia había otra pared, hecha de lo que parecían planchas de acero oxidado. Beauvoir sacó una llave de alguno de los bolsillos de la bata de rayón y la introdujo en un hueco que había en una viga de aleación que dividía en dos una de las ventanas. Un motor empezó a rechinar al encenderse, cerca del sitio en el que estaban ellos; la amplia viga de acero se giró hacia arriba y hacia fuera a trompicones y dejó al descubierto un paisaje que Bobby se había imaginado muchas veces.

Tenían que encontrarse cerca de la azotea, en la parte más alta de los Proyectos, porque podía cubrir el Gran Patio entero extendiendo las manos. Los edificios de viviendas de Barrytown parecían hongos de un blanco

grisáceo que se desperdigaban por el horizonte. Era casi de noche, y distinguió un brillo rosado detrás del último bloque de apartamentos.

—Eso de allí es el Ensanche, ¿verdad? Eso rosado.

—Así es, pero, cuanto más te acercas, menos bonito es. ¿Te gustaría ir a ese lugar, Bobby? ¿El Conde Cero está preparado para ir al Ensanche?

—Claro que sí —respondió Bobby, que tenía las manos apoyadas en el cristal sudado—. Ya te digo…

Los efectos del dermo habían desaparecido por completo, y le dolían muchísimo la espalda y el pecho.

# 14
# Vuelo nocturno

Turner recuperó la perspicacia al llegar la noche.

Le dio la impresión de que llevaba mucho tiempo sin ella, pero cuando la recuperó fue como si nunca lo hubiese abandonado. Era una corriente sincrorreticular superhumana que los estimulantes apenas podían imitar de una manera aproximada. Solo la experimentaba cuando se encontraba en una misión de deserción de suma importancia y era él quien estaba al mando, y únicamente durante las horas previas al comienzo de la operación.

Pero ya hacía demasiado tiempo de la última ocasión. En Nueva Delhi se había limitado a comprobar las posibles rutas de escape para un ejecutivo que no estaba del todo seguro de querer que lo reubicasen. De haberla experimentado entonces, tal vez podría haber evitado aquella cosa durante esa noche en Chandni Chawk. O tal vez no, pero, como mínimo, la perspicacia le habría permitido intentarlo.

Ahora, gracias a ella, había conseguido recopilar todas las eventualidades que podían tener lugar en el centro de mando, valorar en su justa medida los posibles problemas pequeños y fáciles de manejar para compensar así los de mayores dimensiones. Por el momento había muchos problemas pequeños, pero ninguno tan grande como para echarlo todo a perder. Lynch y Webber habían empezado a desesperarse el uno con el otro, de modo que los mantuvo separados. Cada vez le cabían menos dudas de que Lynch era el topo de Conroy, tal como el instinto le había asegurado desde el primer momento. El instinto siempre lo mejoraba gracias a la perspicacia. Todo se volvía un poco más insólito. Nathan tenía problemas con los calentadores de manos suecos poco sofisticados. Todo lo que no tuviese un circuito electrónico le resultaba incomprensible. Turner puso a Lynch a trabajar con los calentadores de manos, a cargarlos y prepararlos, y dejó que Nathan los sacase de dos en dos y los enterrase a poca profundidad en intervalos de un metro, a lo largo de las dos líneas de cinta naranja.

El microsoft que había enviado Conroy le llenó la cabeza con su propio universo de coyunturas cambiantes: velocidad aerodinámica, altitud, inclinación, ángulo de ataque, fuerza gravitatoria y rumbo. La información que enviaba la aeronave era una letanía constante y subliminal de indicadores de objetivo, trayectorias de caída de proyectiles, círculos de búsqueda, señales de alcance y de disparo e información relativa a municiones. Conroy había marcado el microsoft con un mensaje sencillo que indicaba la hora de llegada de la aeronave y confirmaba la disposición de espacio para un solo pasajero.

Se preguntó qué estaría haciendo, y sintiendo, Mitchell. Las instalaciones de la filial norteamericana de Biolaboratorios Maas se hallaban en el centro de una meseta escarpada, una mesa de roca que brotaba del suelo del desierto. El informe del biosoft le había mostrado a Turner una imagen frontal de la meseta, donde se apreciaban unas luminosas ventanas nocturnas excavadas en la roca. Se extendía por un mar de brazos de cactus saguaros alzados como si de la sala de máquinas de un navío gigantesco se tratase. Para Mitchell, había sido una prisión y una fortaleza, su hogar durante nueve años. Cerca del centro de aquel lugar había perfeccionado las técnicas de hibridoma que otros investigadores llevaban casi un siglo intentando descubrir. Gracias a células cancerígenas humanas y a un modelo abandonado y casi olvidado de síntesis de ADN, había conseguido crear células híbridas inmortales que conformaban las herramientas básicas de la nueva tecnología; diminutas fábricas bioquímicas que reproducían una y otra vez las moléculas de diseño que luego se enlazaban para crear los biochips. En aquel momento, Mitchell debía de estar pasando sus últimas horas como investigador estrella de la arcología de Maas.

Turner trató de imaginarse a Mitchell llevando una vida muy diferente después de que Hosaka lo contratara, pero aquello era mucho pedir. ¿Una arcología de investigación enclavada en Arizona sería muy diferente de otra situada en Honshu?

En ciertos momentos, durante ese día tan largo, los recuerdos crípticos de Mitchell habían acudido a su mente para hacerle sentir un pavor desconcertante que no parecía guardar relación alguna con la inminente operación.

Lo más inquietante de todo era lo interiorizados que tenía esos recuerdos, y tal vez el miedo que le provocaban. La energía emocional que desprendían algunos fragmentos se le antojaba del todo desproporcionada si se comparaba

con su contenido. ¿Por qué el recuerdo de un pasillo vacío de una sucia residencia de estudiantes de posgrado en Cambridge lo hacía sentir tan culpable y que se odiase tanto a sí mismo? No obstante, le extrañó la carencia de sensaciones que le inspiraban otras imágenes que tendrían que haber conllevado una reacción así; por ejemplo, una que mostraba a Mitchell jugando con su hija recién nacida en una alfombra de lana de tonos pálidos en una casa alquilada de Ginebra: La niña reía y le tiraba de la mano. Nada. A Turner le pareció que la vida de aquel hombre corría el riesgo de ser más que previsible. Era un tipo brillante, cuya genialidad le detectaron de una manera precoz; también estaba muy motivado y poseía el don de saber emplear ese tipo de manipulación corporativa anodina pero implacable que cabe exigirle a todo aspirante a contarse entre los mejores investigadores científicos. Turner tenía claro que, si alguien estaba destinado a ascender en la jerarquía de los laboratorios empresariales, sin duda ese era Mitchell.

Por su parte, Turner era incapaz de encajar en el mundo tan tribal de los zaibatsu, aquel en el que sus integrantes tenían que comprometerse de por vida. Él era poco más que un forastero crónico, un elemento solitario que navegaba a la deriva en el mar de los secretos de la política corporativa. Ningún empleado fiel habría sido capaz de tomar las decisiones que Turner tenía que tomar durante la extracción. Ningún empleado fiel habría sido capaz de adquirir esa capacidad natural que tenía Turner para realinear sus lealtades y adecuarse a un cambio de empleador. Y tal vez tampoco habría sido capaz de hacer gala de un compromiso tan inflexible como el suyo una vez firmado un contrato. Había pasado los últimos años de su adolescencia trabajando para empresas de seguridad, cuando el aciago estancamiento de la economía de posguerra empezaba a dar paso al ímpetu de las nuevas tecnologías. Le había ido bien en aquel mercado, habida cuenta de su falta de ambición en general. Su aspecto musculado y fibroso impresionaba siempre a los clientes, y además era astuto. Mucho. Tenía buena percha. Y la tecnología no se le daba nada mal.

Conroy había dado con él en México, donde la empresa para la que trabajaba Turner tenía un contrato de seguridad para un equipo de simestim de Senso/Red que se dedicaba a grabar varios segmentos de treinta minutos para una serie de aventuras en la selva. El contrato de Turner estaba a punto de expirar cuando Conroy llegó allí. Acababa de establecer la comunicación entre Senso/Red y el gobierno local, sobornado al agente de policía de mayor rango, analizado el sistema de seguridad del hotel, hablado con guías y conductores locales cuyo pasado había investigado en profundidad, colocado

un sistema de protección por voz digital en los transmisores del equipo de simestim, formado un equipo de gestión de crisis e instalado sensores sísmicos alrededor de las suites de Senso/Red.

Entró en el bar del hotel, un jardín de extensión selvática en el recibidor, y encontró un asiento en solitario en una de las mesas de superficie de cristal. Un hombre pálido con un mechón de pelo blanco decolorado cruzó el bar con una copa en cada mano. Parecía como si la piel pálida estuviera tirante contra sus facciones angulosas, y tenía la frente amplia. Llevaba una camiseta militar bien ceñida sobre unos vaqueros y unas sandalias de cuero.

—Tú eres el encargado de la seguridad de esos chicos del simestim —dijo el hombre pálido al tiempo que soltaba una de las copas en la mesa de Turner —. Me lo ha dicho Alfredo.

Alfredo era uno de los camareros del hotel.

Turner alzó la vista hacia el recién llegado, quien sin duda estaba sobrio y aparentaba tener toda la confianza del mundo.

—Creo que no nos han presentado —respondió Turner, quien no hizo ni el menor amago de aceptar la bebida que le ofrecía.

—No importa —repuso Conroy al tiempo que se sentaba—. Estamos en el mismo equipo.

Turner se lo quedó mirando. Tenía la presencia de un guardaespaldas; parecía exudar tales inquietud y cautela que casi ningún desconocido se atrevía a profanar su espacio privado.

—Una cosa —dijo al tiempo, de la misma manera que alguien haría un comentario a un equipo que llevase toda la temporada rindiendo por debajo de sus posibilidades—. Esos sensores símicos no van a funcionar. He conocido a gente que podría entrar ahí, desayunarse a tus chicos, apilar los huesos en la ducha y salir tranquilos por la puerta silbando alegres tonadas sin que se activasen. —Le dio un sorbo a la bebida—. Eso sí, te mereces un sobresaliente por la manera en que te has esforzado. Sabes cómo hacer las cosas bien.

La frase «apilar los huesos en la ducha» fue la gota que colmó el vaso. Turner decidió pasar al contraataque.

—Mira, Turner, te presento a tu protagonista femenina.

El hombre alzó la vista y sonrió a Jane Hamilton, quien le devolvió el gesto. Tenía unos ojos grandes y perfectos de color azul claro, con cada uno de los iris rodeados por la tipografía dorada y minúscula del ojo de Zeiss Ikon. Turner se quedó de piedra, indeciso de repente. La estrella estaba cerca, demasiado cerca, y aquel hombre pálido empezaba a incorporarse…

—Encantado de conocerte, Turner —dijo él—. Tarde o temprano nos volveremos a encontrar. Te recomiendo que sigas mi consejo sobre los sensores sísmicos. Será mejor que los apoyes con un perímetro de alarmas.

Luego se dio la vuelta y se marchó; sus músculos se movían, gráciles, bajo la tela impecable de su camisa marrón.

—Demasiado educado has sido, Turner —dijo Hamilton mientras ocupaba el asiento del desconocido que se acababa de marchar.

—Ah, ¿sí? —repuso él, mientras miraba cómo Conroy se perdía entre la confusión de aquel recibidor abarrotado, entre turistas de piel rosada.

—No te gusta hablar con la gente. Siempre da la impresión de que estás controlándolos, escribiendo un informe. Me alegra ver que por fin comienzas a hacer amigos.

Turner la miró. Tenía veinte años, cuatro menos que él, y en una semana ganaba nueve veces su salario anual. Era rubia y de pelo corto, para interpretar su papel en la serie, muy bronceada y parecía como si unas lámparas solares iluminaran su cuerpo desde el interior. Los ojos azules eran unas herramientas ópticas de una perfección inhumana que se cultivaban en cubas en Japón. Era, al mismo tiempo, actriz y cámara, y sus globos oculares valían varios millones de neoyenes. Y eso que casi era una más en la jerarquía de estrellas de Senso/Red.

Turner se quedó con ella en el bar hasta que la joven terminó dos copas, y luego la acompañó a las suites.

—¿No te gustaría entrar para tomarte otra, Turner?

—No —respondió él. Era la segunda noche que le hacía la oferta, y algo le decía que no iba a ser la última—. Tengo que revisar los sensores sísmicos.

Más tarde, esa misma noche, llamó por teléfono a Nueva York para preguntar el número de una empresa mexicana que pudiese venderle las alarmas que colocaría en el perímetro de las suites.

Pero una semana después, Jane y otros tres, la mitad del reparto de la serie, habían muerto.

—Estamos listos para trasladar a los médicos —dijo Webber. Turner vio que llevaba unos mitones de cuero marrones. En lugar de gafas de sol, ahora llevaba unas de tiro con cristales transparentes, y también una pistola en la cadera—. Sutcliffe ha empezado a monitorear el perímetro en remoto. Necesitaremos a todos los demás para arrastrar esa mierda por los matorrales.

—¿A mí también?

—Ramírez dice que no puede hacer nada que comporte cierto esfuerzo cuando está a punto de enchufarse, pero en mi opinión no es más que un puto vago de Los Ángeles.

—No —repuso Turner al tiempo que se levantaba de su asiento en el saliente—. Tiene razón. Si se tuerce la muñeca, estaremos jodidos. Incluso algo tan leve que ni siquiera llegue a sentirlo podría afectar a su velocidad…

Webber se encogió de hombros.

—Sí. Ha regresado al búnker. Ha metido las manos en la última agua que nos quedaba y no deja de murmurar para sí, por lo que no creo que le vaya a pasar nada.

Cuando llegaron a la unidad quirúrgica, Turner empezó a contar los efectivos de forma automática. Siete. Ramírez estaba en el búnker. Sutcliffe, en algún lugar de ese laberinto de hormigón monitorizando el equipo de vigilancia en remoto. Lynch tenía una carabina láser Steiner-Optic colgada del hombro derecho. Se trataba de un modelo con culata plegable de aleación y baterías integradas que creaban una empuñadura abultada debajo del armazón metálico de titanio gris que hacía las veces de cañón. Nathan llevaba un mono negro, botas de paracaidista asimismo negras y cubiertas por una película blanquecina de polvo, y además unas gafas aparatosas de piloto que pertenecían a un equipo de amplificación de imágenes y que le colgaban debajo de la barbilla de un cordel. Turner se quitó las gafas de sol mexicanas, se las metió en el bolsillo de la camisa de trabajo azul y abotonó la solapa.

—¿Cómo va, Teddy? —le preguntó a un tipo corpulento que debía de medir, más o menos, un metro ochenta y que tenía el pelo castaño y rapado.

—Pues bien —respondió Teddy con una sonrisa de oreja a oreja.

Turner examinó a los otros tres miembros del equipo, Compton, Costa y Davis, y los saludó con sendos cabeceos.

—La fiesta va a comenzar de un momento a otro, ¿verdad? —preguntó Costa. Tenía un rostro redondo y húmedo, y una barba estrecha afeitada con mucho cuidado. Iba vestido de negro, como Nathan y los demás.

—Está a punto de empezar, sí —convino Turner—. Por ahora, todo va bien.

Costa asintió.

—Calculamos que quedan unos treinta minutos para la llegada —explicó Turner.

—Nathan, Davis —dijo Weber—, desconectad el conducto de aguas residuales.

Le pasó a Turner uno de los auriculares Telefunken. Ya lo había sacado del plástico de burbujas. Se puso uno, retiró el plástico protector del micrófono de garganta autoadhesivo y se lo colocó en el cuello bronceado.

Nathan y Davis se movían en las sombras detrás del módulo. Turner oyó que Davis soltaba un taco en voz baja.

—Joder —dijo Nathan—. No tenemos tapa para el extremo del tubo.

Los otros se rieron.

—Déjalo —indicó Webber—. Poneos con las ruedas. Lynch y Compton, encargaos de los gatos hidráulicos.

Lynch sacó un destornillador eléctrico del cinturón y se agachó debajo de la unidad quirúrgica. Se agitaba, y los amortiguadores habían empezado a crujir un poco; los médicos habían empezado a moverse en el interior. Turner oyó un chirrido agudo y breve que venía de alguna pieza de la maquinaria interna, y luego el estruendo del destornillador de Lynch mientras preparaba los gatos hidráulicos.

Se puso el auricular se colocó el micrófono junto a la laringe.

—¿Sutcliffe? Probando.

—Recibido —respondió el australiano, con una vocecilla que parecía venir de la base del cráneo.

—¿Ramírez?

—Alto y claro…

Ocho minutos. Habían empezado a hacer rodar la unidad sobre diez voluminosas ruedas. Turner y Nathan se encontraban en el par delantero y la dirigían; Nathan con las gafas puestas. Mitchell había decidido escapar una noche de luna nueva. El módulo era pesado, increíblemente pesado, y resultaba casi imposible hacerlo virar.

—Es como equilibrar un camión sobre un par de carritos de supermercado —observó Nathan para sí.

A Turner empezaban a dolerle las lumbares. Le fastidiaban desde lo de Nueva Delhi.

—Parad —dijo Webber desde la tercera rueda a la izquierda—. Se ha atascado en una puta roca…

Turner dejó su rueda y se enderezó. Los murciélagos no dejaban de agitarse durante la noche, criaturas que titilaban recortadas contra la cúpula cubierta de estrellas del desierto. Había murciélagos en México, en la selva, murciélagos frugívoros que dormían bocabajo en los árboles que se alzaban

junto a las suites donde dormía el reparto de Senso/Red. Turner había escalado por esos árboles, había envuelto esas ramas con monofilamentos moleculares que había dejado muy tensos, metros de cuchillas afiladas a la espera de un intruso incauto. Pero Jane y los demás había muerto a pesar de todo, en una explosión que había tenido lugar en una colina de las montañas de Acapulco. Alguien comentó que tendrían problemas con el sindicato, pero lo cierto es que no pudieron probar nada, solo que había sido una mina antipersona primitiva y el lugar exacto donde había detonado. Turner había ascendido por la colina, con la ropa cubierta de sangre, y visto el cúmulo de vegetación aplastada donde habían esperado los asesinos, el interruptor de cuchillas y la batería de automóvil oxidada. También encontró las colillas de unos cigarrillos liados a mano y la chapa de un botellín de cerveza Bohemia, nueva y reluciente.

Habían tenido que cancelar la serie, y el equipo de gestión de crisis se vio obligado a retirar los cuerpos y a repatriar a los supervivientes del reparto y del equipo de rodaje. Turner se marchó en el último avión y, después de tomarse ocho whiskies escoceses en la cafetería del aeropuerto de Acapulco, deambuló sin rumbo por los mostradores de facturación y se topó a un hombre llamado Buschel, un técnico ejecutivo de las instalaciones de Senso/Red en Los Ángeles. Buschel estaba muy pálido para ser de Los Ángeles, y tenía el traje de milrayas demasiado flexible a causa del sudor. Llevaba un maletín de aluminio liso como los que se usan para el equipo fotográfico, con los costados opacos a causa de la condensación. Turner se quedó mirando al tipo y luego al maletín sudoroso, cubierto de adhesivos rojos y blancos de advertencia y etiquetas alargadas en las que se explicaban las precauciones necesarias para transportar materiales en almacenamientos criogénicos.

—Dios —dijo Buschel al verlo—. Turner. Lo siento, tío. Llegué esta mañana. Qué turbio ha sido todo, ¿verdad? —Sacó un pañuelo empapado del bolsillo de la chaqueta para secarse la cara—. Muy turbio. Nunca había tenido que hacer algo así…

—¿Qué hay en el maletín, Buschel?

Estaba mucho más cerca, aunque no recordaba haber dado un paso al frente. Veía hasta los poros del rostro bronceado de Buschel.

—¿Estás bien, tío? —preguntó Buschel al tiempo que retrocedía un paso —. Tienes mal aspecto.

—¿Qué hay en el maletín, Buschel?

La tela milrayas del traje del hombre aferrada dentro de su puño; los nudillos blancos en una mano que no dejaba de temblar.

—Joder, Turner —dijo Buschel mientras se zafaba y pasaba a agarrar el maletín con ambas manos—. No estaban estropeados. Solo unas pocas quemaduras en una de las córneas. Pertenecen a Red. Estaba escrito en su contrato, Turner.

Y luego se dio la vuelta, con el corazón en un puño y con ocho copas de whisky escocés entre pecho y espalda, resuelto a hacer frente a las náuseas. Se enfrentó a esa misma sensación durante los nueve años siguientes, hasta que el Holandés terminó con él, cuando todos esos recuerdos lo atosigaron de nuevo, le cayeron encima en Londres, en Heathrow, y siguió adelante antes de inclinarse y vomitar en un bote de plástico azul. No se detuvo en ningún momento.

—Venga, Turner —dijo Webber—. Empuja un poco. Muéstranos cómo se hace.

El módulo volvió a avanzar poco a poco, a través del denso aire alquitranado de las plantas del desierto.

—Todo listo —dijo Ramírez, con voz distante y tranquila.

Turner se tocó el micrófono de garganta.

—Te envío algo de compañía. —Apartó el dedo del micrófono—. Nathan, ha llegado la hora. Davis y tú, volved al búnker.

Davis estaba a cargo del equipo de señales, y era el único enlace con Hosaka fuera de la matriz. Nathan era todo un manitas. Lynch se encargaba de llevarse rodando las últimas ruedas para dejarlas en la maleza que había detrás del aparcamiento. Webber y Compton estaban arrodillados junto a la unidad y se dedicaban a conectar el cable que enlazaba a los cirujanos de Hosaka con el biomonitor Sony en el centro de mando. Ahora que le habían quitado las ruedas, bajado y apoyado en los cuatro gatos hidráulicos, la unidad de cirugía portátil le volvió a recordar a Turner al módulo vacacional francés. Había sido un viaje posterior, cuatro años después de que Conroy lo reclutase en Los Ángeles.

—¿Cómo va? —preguntó Sutcliffe por el intercomunicador.

—Bien —respondió Turner mientras tocaba el micrófono.

—Estoy muy solo por aquí —hizo constar Sutcliffe.

—Compton —llamó Turner—, Sutcliffe necesita que lo ayudes a cubrir el perímetro. Tú también, Lynch.

—Qué mal —dijo Lynch desde la oscuridad—. Esperaba ver un poco de acción.

Turner tenía la mano apoyada en la Smith & Wesson enfundada, debajo de la parka.

—Ahora, Lynch.

Si Lynch era el topo de Connie, seguro que prefería quedarse allí o en el búnker en lugar de patrullar.

—Paso —dijo Lynch—. No hay nadie ahí fuera y lo sabes. Lo que pasa es que no quieres que esté aquí. Entraré ahí y vigilaré a Ramírez…

—Muy bien —convino Turner, que desenfundó el arma y pulsó el interruptor que activaba el proyector de xenón. El primer destello del haz de luz de xenón, reluciente como el mediodía, iluminó un cactus saguaro retorcido con espinas que parecían mechones de pelo gris con aquella terrible iluminación. El segundo iluminó la calavera con pinchos del cinturón de Lynch, que quedó enmarcada en un círculo de bordes afilados. Fue imposible distinguir el sonido del disparo del sonido del impacto de la bala: ondículas invisibles que se extendieron en anillos concéntricos como un relámpago por ese terreno llano y oscuro.

Durante los segundos inmediatamente posteriores no oyó ruido alguno, hasta los murciélagos y los bichos guardaban silencio, como a la espera. Webber se había tumbado entre los matorrales, y Turner la sentía de alguna manera. Sabía que la mujer había desenfundado el arma y que la sostenía inmóvil con esas manos marrones y hábiles. No tenía ni la menor idea de cuál era el paradero de Compton. Luego oyó la voz de Sutcliffe por el auricular, rechinándole en lo más profundo del cráneo.

—Turner, ¿qué ha sido eso?

Las estrellas iluminaban lo suficiente como para ver a Webber. Se había incorporado y estaba sentada, con la pistola en las manos, lista y con los codos apoyados en las rodillas.

—Era el topo de Conroy —explicó Turner al tiempo que bajaba la Smith & Wesson.

—Por Dios —dijo ella—. Yo soy el topo de Conroy.

—Tenía contacto con el exterior. Lo he visto antes.

Webber tuvo que repetirlo.

La voz de Sutcliffe volvió a resonar en su cabeza, y luego la de Ramírez.

—Tenemos tu transporte. A ochenta clics y acercándose… Todo lo demás parece despejado. Jaylene dice que hay un dirigible a unos veinte clics al sursuroeste, no tripulado, y está donde debería estar. Nada más. ¿Por qué

narices ha gritado Sut? Nathan asegura haber oído un disparo. —Ramírez estaba enchufado, y la mayor parte de su sensórium se centraba en el chorro de datos que recibía de la consola Maas-Neotek—. Nathan está listo con la primera señal…

Turner oyó el avión a reacción, que empezaba a frenar para aterrizar en la autopista. Webber se había puesto en pie y caminaba hacia él con el arma en la mano. Sutcliffe no dejaba de repetir la misma pregunta una y otra vez.

Turner se llevó la mano al micrófono de garganta.

—Lynch. Está muerto. Ha llegado el avión. Se acabó.

Y luego el avión a reacción se encontraba sobre ellos, una sombra negra a tan poca altura que parecía casi imposible y que se acercaba sin iluminación alguna. Vio un destello de los retropropulsores a medida que la silueta llevaba a cabo un aterrizaje que habría acabado con la vida de un piloto humano, y luego oyó un chirrido mientras se reajustaba el armazón de fibra de carbono. Turner distinguió el brillo verdoso de los paneles de control en la curva de la cúpula de plástico de la cabina.

—Lo has echado todo a perder —dijo Webber.

La escotilla que había en el lateral de la unidad quirúrgica se abrió detrás de ella, y una figura enmascarada con un traje de protección de papel verde quedó recortada contra la luz del interior. La iluminación de la unidad era de un blanco azulado, reluciente, y proyectaba la sombra distorsionada del médico a través de la fina capa de polvo que se había levantado en el aparcamiento a causa del aterrizaje del avión.

—¡Ciérrala! —gritó Webber—. ¡Aún no!

A medida que la puerta volvía a cerrarse y a bloquear la luz, ambos oyeron el motor del ultraligero. Después del rugido inicial, el estruendo se convirtió en apenas el zumbido de una libélula, entrecortado y cada vez más tenue.

—Se ha quedado sin combustible —dijo Webber—, pero está cerca.

—Está aquí —anunció Turner al tiempo que se apretaba el micro contra el cuello—. Primera señal.

El pequeño planeador silbó sobre ellos, un ala delta oscuro recortado contra las estrellas. Oyeron algo que aleteaba en la brisa que levantó al pasar, acaso una de las perneras del pantalón de Mitchell. «Estás ahí arriba —pensó Turner—, con unas gafas de infrarrojos y buscando un par de líneas de puntos que han señalado para ti con calentadores de manos».

—Puto zumbado —lo increpó, mientras sentía por él una extraña admiración—. Pues sí que tenías ganas de escapar.

Después se iluminó la primera de las bengalas con un estallido festivo, y el resplandor del magnesio empezó a descender suave y blanco en paracaídas hasta la superficie del desierto. Aparecieron otros dos casi de inmediato, y también se oyó el dilatado traqueteo de unas armas automáticas en el sector oeste del centro comercial. Turner vigilaba a Webber con el rabillo del ojo, y vio que tropezaba a través de la maleza en dirección al búnker, pero tenía la vista fija en el movimiento circular del ultraligero, en esas alas de tela naranja y azul vistosos, y en la figura con gafas de piloto que se acurrucaba en el interior del armazón de metal sobre el delicado trípode del tren de aterrizaje.

Mitchell.

El aparcamiento quedó iluminado como un campo de fútbol americano a causa de las bengalas que no dejaban de caer. El ultraligero se inclinó para luego virar con una elegancia perezosa que a Turner le dio ganas de poner el grito en el cielo. Una hilera de proyectiles trazó un arco blanco en dirección al ultraligero desde fuera del perímetro. No lo alcanzó.

Desciende. Desciende. Había empezado a correr y saltaba sobre cúmulos de arbustos que se le clavaban en los tobillos y en el dobladillo de la parka.

Las bengalas. La luz. Mitchell no iba a poder usar las gafas infrarrojas y no iba a ver el resplandor de los calentadores de manos. Aterrizaría lejos de la pista. La rueda delantera se chocó con algo, y el ultraligero volcó, cayó en redondo como una mariposa de alas rotas y, por último, quedó envuelto en el suelo en una nube de polvo blanco.

Le dio la impresión de que veía el resplandor de la explosión un instante antes que el sonido. La explosión proyectó su sombra detrás de él, sobre los arbustos blanquecinos. La onda expansiva lo alcanzó y lo lanzó al suelo. Mientras caía, vio la maltrecha unidad quirúrgica convertida en una bola de fuego amarillenta. En ese momento supo que Webber acababa de usar el misil antitanque. Después se incorporó de nuevo y empezó a moverse, a correr, con la pistola en la mano.

Llegó adonde se hallaban los restos del ultraligero de Mitchell mientras se extinguía la primera de las bengalas. Otra salió de la nada y se iluminó en el cielo. El sonido de los disparos era incesante. Se cubrió con una plancha retorcida de hojalata oxidada y encontró el cuerpo extendido del piloto, con la cabeza y el rostro ocultos tras un casco improvisado y un equipo de visión nocturna un tanto chapucero. Tenía las gafas atadas al casco con pedazos plateados de cinta americana. Las extremidades retorcidas estaban cubiertas por varias capas de ropa oscura. Turner vio que aferraba la cinta con las manos, como si tratara de arrancarse las gafas de infrarrojos; las manos eran

como criaturas distantes, seres pálidos de las profundidades marinas que llevaban una vida propia en el fondo de una inconcebible fosa oceánica del Pacífico. Las vio tirar con desesperación, de las gafas, del casco, hasta que consiguió quitárselo todo. Un cabello castaño y largo, lánguido a causa del sudor, cayó por el rostro blanco de la joven y se embadurnó con la sangre oscura que le caía por una de las fosas nasales. Abrió los ojos, un blanco vacío, y Turner empezó a arrastrarla como pudo, como si la llevase en una camilla de bomberos, en la dirección en que esperaba se hallase el avión a reacción.

Sintió una segunda explosión que retumbaba en las suelas de los náuticos, y vio la sonrisa estúpida dibujada en el explosivo plástico que había sobre la consola de ciberespacio de Ramírez. No vio resplandor alguno, tan solo notó el sonido y la sacudida brusca a través del hormigón del aparcamiento.

Y luego se vio en la cabina, respirando el olor a coche nuevo de los monómeros de cadena larga, el aroma familiar a tecnología impecable, y la joven se encontraba detrás de él, una muñeca desmañada sostenida por la red-g que Conroy le había comprado a un traficante de armas de San Diego para instalarla detrás de la del piloto. El avión había empezado a temblar, como si estuviese vivo. Turner se ciñó en su red mientras intentaba encontrar el cable de interfaz. Lo hizo, sacó el microsoft del puerto de su cabeza y luego metió allí el cable.

El conocimiento se iluminó en su interior como si de los resplandores de un salón recreativo se tratase, y la aerodinámica del avión lo impulsó hacia delante. Notó que el armazón flexible volvía a cambiar de forma para el despegue mientras los servos de la cúpula de la cabina no dejaban de chirriar con suavidad. La red-g se infló a su alrededor y le atenazó las extremidades. Aún tenía la pistola en la mano.

—Vamos, cabronazo.

Pero el avión sabía lo que tenía que hacer, y la gravedad lo aplastó hacia la oscuridad.

—Ha perdido la conciencia —dijo el avión. La voz informatizada tenía cierto parecido a la de Conroy.

—¿Cuánto tiempo?

—Treinta y ocho segundos.

—¿Dónde estamos?

—Sobre Nagos.

Se iluminó la pantalla de control de vuelo y una docena de figuras se agitaron por un mapa de la frontera de Arizona y Sonora.

El cielo se volvió blanco.

—¿Qué ha sido eso?

Silencio.

—¿Qué ha sido eso?

—Los sensores indican que es una explosión —respondió el avión—. La magnitud sugiere que podría tratarse de una cabeza nuclear táctica, pero sin pulso electromagnético. El epicentro se halla en el punto del que acabamos de despegar.

El resplandor blanco se atenuó hasta desaparecer.

—Cancela el rumbo —ordenó Turner.

—Cancelado. Indique nuevo rumbo, por favor.

—Buena pregunta.

No era capaz de mirar a la joven. Se preguntó si habría muerto.

# 15
# Caja

Marly soñó con Alain, un atardecer en un campo de flores silvestres, y él le acunaba la cabeza y después la acariciaba y le partía el cuello. Se quedaba allí, inmóvil, consciente de lo que él se disponía a hacer después. La besaba por todas partes. Le quitaba el dinero y las llaves de su habitación. Las estrellas estaban enormes, fijas sobre los campos resplandecientes, y aún sentía las manos de Alain en el cuello…

Despertó. La mañana estaba envuelta en el aroma del café, y vio cuadrados de luz del sol proyectados sobre los libros que había encima de la mesa de Andrea. Oyó la reconfortante tos matutina de su amiga mientras encendía el primer cigarrillo en el fogón delantero de la cocinilla. Se deshizo de los tintes sombríos del sueño y luego se incorporó en el sillón de Andrea, con la colcha rojo oscuro entre las rodillas. No soñaba con él desde lo de Gnass, desde lo de la policía y los reporteros. O, si lo había hecho, habría censurado esos sueños de alguna manera, los habría borrado de la memoria antes de recobrar la consciencia. Se estremeció a pesar de que hacía una mañana cálida y luego se dirigió al baño. No quería volver a soñar con Alain.

—Paco me comentó que Alain estaba armado cuando nos vimos —le dijo a Andrea mientras su amiga le pasaba una taza de café de esmaltado azul.

—¿Alain armado? —Andrea partió la tortilla francesa en dos y colocó una de las mitades en el plato de Marly—. Qué imagen tan extraña. Sería como…, como darle una pistola a un pequeño pingüino. —Ambas rieron—. Alain no es de ese tipo de personas. Se pegaría un tiro en el pie en mitad de un discurso apasionado sobre el estado actual del arte y el importe de la cuenta de la cena. Alain es un mierda, pero eso no es ninguna novedad. Yo en tu lugar, me preocuparía más de ese tal Paco. ¿Qué razones tienes para pensar que trabaja para Virek?

Le dio un mordisco a la tortilla y extendió la mano para coger la sal.

—Lo vi. Estaba allí en aquel constructo de Virek.

—Viste algo, una imagen que era la de un niño. Alguien que se parecía a ese hombre.

Marly contempló cómo Andrea se comía la mitad de la tortilla mientras la suya se enfriaba en el plato. ¿Cómo iba a explicarle lo que había sentido mientras regresaba del Louvre? La convicción de que algo la rodeaba, la vigilaba con una serenidad implacable, que se había convertido en el foco de al menos una parte del imperio de Virek.

—Es un hombre muy rico —empezó a decir.

—¿Virek? —Andrea soltó el cuchillo y el tenedor sobre el plato y dio un sobro al café—. Supongo que sí. Si te crees lo que dicen los periódicos, es el hombre más rico del mundo. Tiene una fortuna digna de un zaibatsu. Pero ahí está el quid de la cuestión: ¿es un hombre en realidad? ¿Se lo puede considerar persona en el mismo sentido en que lo somos tú o yo? No. ¿Vas a comerte eso?

Marly empezó a cortar porciones de tortilla fría con gesto mecánico mientras Andrea continuaba:

—Deberías echarle un vistazo al manuscrito con el que hemos trabajado este mes.

Marly masticó y arqueó las cejas con gesto inquisitivo.

—Es una historia de los clanes industriales de la órbita alta. Lo escribió un hombre de la Universidad de Niza. Ahora que lo pienso, ese Virek tuyo aparece en el manuscrito, como contraejemplo o, más bien, como una especie de evolución paralela. A ese tipo de Niza le interesa la paradoja que entraña amasar una riqueza individual en la era de las grandes corporaciones, en si algo así debiera existir siquiera. Las grandes fortunas, quiero decir. Considera que los clanes de órbita alta, como los Tessier-Ashpool, son una variante muy tardía de los patrones de la aristocracia. La considera tardía porque el modelo corporativo no contempla la existencia de la aristocracia de por sí. —Soltó la taza en el plato y lo llevó todo al fregadero—. Ahora que he empezado a describirlo, lo cierto es que no me resulta tan interesante. Hay muchas páginas anodinas dedicadas a la naturaleza del Hombre Masificado. Así, con mayúsculas: Hombre Masificado. Le gustan mucho las mayúsculas. Y lo de escribir no se le da muy bien.

Abrió el grifo y el agua siseó a través de la unidad de filtrado.

—Pero ¿qué dice sobre Virek?

—Si no recuerdo mal, y no estoy muy segura de hacerlo, dice que Virek es una anomalía aún mayor que los clanes industriales que hay en órbita. Los clanes son transgeneracionales y suele haber muchos elementos médicos de

por medio: criogenia, manipulación genética y otras maneras de hacer frente al envejecimiento. La muerte de un miembro concreto de uno de esos clanes, aunque se trate de uno de los fundadores, no suele conllevar que dicho clan, que es más bien una empresa, entre en crisis. Siempre hay alguien que ocupa el lugar, alguien a la espera. La diferencia entre un clan y una corporación es que para entrar a formar parte de una corporación no es necesario casarse…

—Pero también se firma un contrato…

Andrea se encogió de hombros.

—Es como un alquiler. No es lo mismo. Seguridad laboral, en realidad. Pero cuando tu *Herr* Virek muera al fin, cuando no tengan espacio para agrandar esa cuba en la que se encuentra, sus intereses empresariales se quedarán huérfanos de un enfoque lógico. Nuestro hombre de Niza dice que, llegados a ese punto, Virek y Compañía se fragmentará o mutará para convertirse en Cualquier Otra empresa, una verdadera multinacional, otro hogar para ese Hombre Masificado con M mayúscula. —Fregó el plato, lo aclaró, lo secó y luego lo colocó en el estante de madera de pino que había junto al fregadero—. Dice que es terrible en cierto sentido, porque queda poca gente capaz de ver los bordes.

—¿Los bordes?

—Los bordes de la multitud. Tú y yo estamos perdidas en el centro. O yo, por lo menos. —Cruzó la cocina y apoyó las manos sobre los hombros de Marly—. Debes andarte con cuidado. Una parte de ti ya está mucho más feliz, pero ahora sé que yo misma podría habérmelas arreglado para que lo estuvieses; me habría bastado un almuerzo con ese cerdo que tienes por expareja. Del resto no estoy tan segura… Creo que la teoría de nuestro académico queda invalidada por el hecho, más que evidente, de que a estas alturas no se puede considerar humanos a Virek y los suyos. Quiero que te andes con cuidado…

Después le dio un beso a Marly en la mejilla y salió hacia su trabajo como asistente editorial en esa industria arcaica, pero de moda, que eran los libros impresos.

Se pasó la mañana en el apartamento de Andrea, con el Braun y viendo los hologramas de las siete obras. Todas eran extraordinarias, cada una a su manera, pero siempre volvía a mirar la caja que Virek le había enseñado primero. «Si tuviese la original aquí —pensó—, si quitase el cristal y sacase

uno a uno los objetos del interior, ¿en qué se convertiría? En cosas inservibles, un espacio enmarcado, tal vez olor a polvo».

Se estiró en el sillón con el Braun sobre el vientre mientras miraba la caja. Le dolía. Le pareció que la construcción evocaba algo perfecto, aunque se trataba de una emoción que carecía de nombre. Pasó las manos por esa ilusión brillante, por el hueso de pájaro aflautado. Estaba segura de que Virek ya había asignado a un ornitólogo la tarea de identificar a qué especie de ave pertenecía ese hueso de ala. Y Marly suponía que podría llegar a datar con gran precisión cada uno de los objetos. Cada etiqueta de la holoficha contenía también un informe extenso del origen conocido de cada obra, pero, por algún motivo, se había resistido a abrirlos. A veces era mejor enfrentarse a ese misterio llamado arte con la ingenuidad de un niño. Los niños veían cosas que eran demasiado evidentes, demasiado obvias para los ojos bien entrenados.

Soltó el Braun en la mesilla junto al sofá y se dirigió hacia el teléfono de Andrea para comprobar la hora. Tenía una reunión con Paco a la una, para abordar el asunto de los honorarios de Alain. Este le había dicho que la llamaría al apartamento de Andrea a las tres. Cuando marcó el número necesario para comprobar la hora, un recopilatorio automático de noticias satelitales apareció en la pantalla: una lanzadera de JAL se había desintegrado durante la reentrada sobre el océano Índico. Habían llamado a los investigadores del Eje Metropolitano Boston-Atlanta para que analizasen un bombardeo brutal y en apariencia carente de sentido en un anodino barrio residencial en las afueras de Nueva Jersey, unos paramilitares supervisaban la evacuación en el cuadrante meridional de Nueva Bonn después de que unos obreros hubiesen descubierto dos misiles sin detonar de la época de la guerra que se creían cargados de armas biológicas, y fuentes oficiales de Arizona negaban la acusación de México de la detonación de un dispositivo atómico o termonuclear de pequeña escala cerca de la frontera de Sonora… El recopilatorio empezó a repetirse sin que ella dejase de mirarlo, y la lanzadera volvió a estallar en el cielo. Marly agitó la cabeza y tocó el botón. Era mediodía.

Había llegado el verano, el cielo estaba cálido y azul sobre París, y ella sonreía a causa del olor del buen pan y del tabaco negro. Mientras caminaba desde el metro hasta la dirección que le había dado Paco, reparó en que ya apenas notaba que la vigilaban. Faubourg Saint-Honoré. La dirección le resultaba vagamente familiar. «Una galería», pensó.

Sí. La Roberts. El propietario era un estadounidense que dirigía otras tres galerías en Nueva York. Caras, pero ya no tan de moda. Paco la esperaba junto a un enorme panel que estaba cubierto, bajo una capa de barniz densa e irregular, por miles de fotografías pequeñas y cuadradas de las que se sacaban en esas máquinas viejas y anticuadas que había en las estaciones de tren y de autobús. Todas parecían mostrar a chicas jóvenes. Marly vio el nombre del artista y el título de la obra de manera automática: Leednos el libro de los nombres de los muertos.

—Supongo que usted entenderá estas cosas —dijo el español con aire sombrío. Llevaba un traje azul de aspecto caro y corte de hombre de negocios parisino, una camisa blanca de velarte y una corbata muy inglesa, seguro que de Charvet. Ya no se parecía en nada a un camarero. Llevaba un bolso italiano de caucho negro acanalado colgado del hombro.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella.

—A lo de los nombres de los muertos. —Cabeceó en dirección al panel —. Usted vendía estas cosas, ¿verdad?

—¿Qué entiende usted al verlo?

—A veces me da la impresión de que todo esto, esta cultura, no es más que una trampa. He servido al patrón de una forma u otra durante toda mi vida, ¿entiende? Y mi trabajo ha tenido sus triunfos y sus momentos de satisfacción. Pero nunca he sentido satisfacción alguna cuando me he visto implicado en el negocio del arte. Él es la riqueza en persona. El mundo está lleno de objetos de gran belleza. Y, aun así, el patrón intenta…

Se encogió de hombros.

—Entonces sabe lo que le gusta. —Marly le sonrió—. ¿Por qué eligió esta galería para la reunión?

—Los agentes del patrón compraron aquí una de las cajas. ¿Ha leído los informes que le dimos en Bruselas?

—No —respondió ella—. Podría interferir con mi intuición. *Herr* Virek me paga por mi intuición.

Él arqueó las cejas.

—Le presentaré a Picard, el gerente. Tal vez pueda hacer algo con esa intuición suya.

—La guio por la estancia y a través de una puerta. Un francés fornido y de pelo canoso con un traje de pana arrugado hablaba por el auricular de un teléfono. En la pantalla, vio columnas de letras y cifras. Las cotizaciones de la bolsa de Nueva York.

—Vaya —dijo el hombre—. Estévez. Perdón. Solo será un momento.

Sonrió para disculparse y luego siguió con la conversación. Marly examinó las cotizaciones. Pollock había vuelto a bajar. Tenía claro que aquello era lo que más le costaba entender del arte. Picard, suponiendo que el tipo se llamara así, hablaba con un corredor de bolsa en Nueva York y preparaba la compra de varios «puntos» de la obra de un artista en particular. Un «punto» podía definirse de muchas maneras diferentes, dependiendo del contexto, pero estaba casi seguro de que Picard nunca llegaría a ver las obras que se disponía a comprar. Si el artista tenía la fama necesaria, los originales estarían a buen recaudo en una caja fuerte, donde nadie los llegase a ver nunca. Cabía la posibilidad de que días o años después, Picard usase ese mismo teléfono para indicarle al corredor de bolsa que las vendiese.

La galería de Marly había vendido originales. No valían mucho dinero, pero la acción en sí tenía cierto atractivo visceral. Y también podía tener suerte, claro. Ella estaba convencida de que había tenido mucha cuando Alain fingió el descubrimiento accidental de aquel maravilloso Cornell. Cornell tenía su espacio en la bolsa y sus «puntos» eran muy caros.

—Picard —dijo Paco, como si hablase con un sirviente—, te presento a Marly Krushkhova. El patrón le ha encargado el asunto de las cajas anónimas. A la señora le gustaría hacerte unas preguntas.

—Encantado —saludó Picard, que luego le dedicó una sonrisa agradable.

A Marly le dio la impresión de ver algo extraño en sus ojos marrones, como si tratara de relacionar el nombre con un escándalo relativamente reciente.

—Según tengo entendido, fue su galería la que gestionó la transacción. ¿No es así?

—Sí —respondió Picard—. Teníamos la obra expuesta en nuestras salas de Nueva York y atrajo todo tipo de ofertas. No obstante, decidimos subastarla en París. —Le dedicó una gran sonrisa—. Y su jefe hizo que nuestra decisión valiese la pena. ¿Cómo está *Herr* Virek, Estévez? Llevamos semanas sin vernos…

Marly miró a Paco de soslayo, pero su rostro oscuro lucía un gesto apacible, todo un prodigio de contención.

—Estoy seguro de que el patrón está muy bien.

—Excelente —comentó Picard, con más entusiasmo del que debería. Se giró hacia Marly—. Un hombre maravilloso. Una leyenda. Un gran patrón. Un grandioso académico.

A Marly le dio la impresión de oír un suspiro de Paco.

—Por favor, ¿podría decirme de dónde sacó la obra en cuestión su filial de Nueva York?

El rostro de Picard se agrió. Miró a Paco, y luego otra vez a Marly.

—¿No lo sabe? ¿No se lo han dicho?

—¿Podría decírmelo, por favor?

—No —respondió Picard—. Lo siento, pero no puedo hacerlo. Debe saber que lo desconocemos.

Marly se lo quedó mirando.

—Perdone, pero no creo que algo así sea posible…

—No ha leído el informe, Picard. Díselo tú. Oírlo de tus labios será beneficioso para su intuición.

Picard dedicó a Paco una mirada extraña y luego recuperó la compostura.

—Claro —dijo—. Será un placer…

—¿De verdad crees que es cierto? —le preguntó a Paco mientras abandonaban el Faubourg Saint-Honoré a la luz del verano. Había turbas de turistas japoneses.

—Yo mismo fui al Ensanche —explicó Paco—. Allí hablé con todos los implicados. Roberts no dejó registro alguno de la compra, aunque no se puede decir que fuese un tío más precavido que sus colegas de profesión.

—¿Y su muerte fue accidental?

Se puso un par de gafas Porsche espejadas.

—Tan accidental como cualquier otra muerte como esa —respondió—. No hay manera de saber cuándo ni cómo consiguió la obra. La localizamos aquí hace ocho meses, y todos nuestros esfuerzos por rastrear su procedencia terminaban en Roberts, un Roberts que lleva un año muerto. Picard no te dijo que estuvieron a punto de perderla. Roberts la tenía en su casa de campo junto a otras muchas cosas que sus familiares consideraban poco más que objetos curiosos. Estuvieron a punto de venderlo todo en una subasta pública. A veces creo que habría sido lo mejor.

—¿Qué eran esas otras cosas? —preguntó Marly, que empezó a caminar a su paso y se colocó a su lado.

Paco sonrió.

—¿Crees que no hemos rastreado su procedencia? Pues sí que lo hemos hecho. Eran… —En ese momento, frunció el ceño, como si exagerase la acción de recordar—, varios ejemplos normales y corrientes de arte folclórico contemporáneo…

—¿Y se sabe si Robert estaba interesado en ese tipo de arte?

—No —respondió Paco—, pero sabemos que, más o menos un año antes de su muerte, postuló para convertirse en miembro del Institut de l'Art Brut, aquí en París y se preparaba para ser patrocinador de la colección Aeschmann en Hamburgo.

Marly asintió. La colección Aeschmann estaba limitada a obras de psicóticos.

—Estamos casi seguros —continuó Paco, mientras la agarraba por el hombro y la guiaba para luego doblar una esquina y entrar en una calle secundaria— de que no trató de valerse de los recursos de ninguna de esas organizaciones, a menos que usase un intermediario, algo que vemos poco probable. Como cabía suponer, el patrón ha contratado a unas cuantas decenas de académicos para revisar los registros de dichas instituciones. Y no han encontrado nada…

—Dime —repuso ella—, ¿por qué Picard dio por hecho que él había visto a *Herr* Virek recientemente? ¿Cómo es posible?

—El patrón es muy rico. El patrón tiene muchas maneras de manifestarse.

Entonces la guio hacia un almacén cromado que brillaba a causa de los espejos, de las botellas y de las máquinas recreativas. Los espejos hacían que la estancia pareciese mayor. Al fondo, Marly vio la acera reflejada, las piernas de los peatones, el brillo de la luz del sol en un tapacubos. Paco cabeceó en dirección a un hombre de aspecto aletargado que había detrás de la barra, la cogió de la mano y la llevó por las muchas mesas de plástico redondas que abarrotaban el lugar.

—Puedes responder a la llamada de Alain desde aquí —dijo—. Hemos conseguido redirigirla desde el apartamento de tu amiga.

Le acercó una silla, un gesto involuntario de cortesía profesional que le hizo a Marly preguntarse si de verdad había sido camarero en algún momento.

—Pero se dará cuenta de que no estoy allí —replicó ella—. Y sospechará si no conecto el vídeo.

—Pero no será eso lo que verá. Hemos generado una imagen digital de tu rostro con el fondo adecuado. La enviaremos a la pantalla de su teléfono.

Sacó una unidad elegante y modular del bolso y la colocó frente a ella. Una pantalla de policarbonato estrecha como un folio se desplegó en silencio desde la parte alta de la unidad y se volvió rígida al instante. En una ocasión, había visto el nacimiento de una mariposa y la transformación de sus alas al secarse.

—¿De qué está hecha? —preguntó mientras tocaba la pantalla con cautela. Le dio la impresión de que estaba fabricada con un acero muy fino.

—Es una de las nuevas variantes de policarbonato —respondió—. Uno de los productos de Maas…

El teléfono sonó, discreto. Paco lo colocó mejor frente a ella y se alejó al otro extremo de la mesa. Luego dijo:

—Te llaman. ¡Recuerda que estás en casa!

Extendió el brazo y rozó una protuberancia cubierta de titanio.

El rostro y los hombros de Alain llenaron la pequeña pantalla. La imagen tenía esa iluminación pobre y borrosa propia de una cabina pública.

—Buenas tardes, querida —dijo.

—Hola, Alain.

—¿Cómo estás, Marly? Doy por hecho que tendrás el dinero del que hablamos, ¿verdad? —Vio que llevaba una especie de chaqueta, oscura, pero no distinguía ninguno de los detalles de la prenda—. Tu compañera de piso podría ser un poco más ordenada —comentó al tiempo que parecía mirar por encima del hombro de Marly.

—Tú no has limpiado una habitación en tu vida —dijo ella.

Él se encogió de hombros, con una sonrisa.

—Todos tenemos nuestros talentos —repuso—. ¿Tienes mi dinero, Marly?

Ella alzó la vista para mirar a Paco, quien asintió.

—Sí —respondió—. Claro.

—Maravilloso, Marly. Maravilloso. Solo tenemos un pequeño problema.

La sonrisa no se le había borrado de la cara.

—¿Cuál?

—Mis informantes han doblado el precio, por lo que yo me he visto obligado a doblar el mío.

Paco asintió. Él también sonreía.

—Muy bien. Tendré que preguntar, claro…

Ver a Alain la ponía enferma. Le dieron ganas de colgar.

—Seguro que están de acuerdo.

—¿Dónde nos reuniremos cuando lo sepa?

—Te volveré a llamar. A las cinco —respondió.

La imagen se encogió a un parpadeo verde azulado que terminó por desaparecer.

—Pareces cansada —dijo Paco mientras plegaba la pantalla y volvía a guardar el teléfono en el bolso—. Es como si envejecieras cuando hablas con

él.

—Ah, ¿sí?

Por alguna razón, en ese momento recordó el panel de la Roberts, todas esas caras. Leednos el libro de los nombres de los muertos. Todas las Marly, pensó en todas las jóvenes que había sido a lo largo de la larga época de su juventud.

# 16
# Legba

—Oye, comemierda. —Rhea le dio un golpe poco delicado en las costillas—. Levanta el culo.

Se incorporó afanándose contra el peso del edredón de ganchillo, contra esas siluetas desconocidas de enemigos a medio formar. Con los asesinos de su madre. No sabía nada acerca de aquella estancia; bien podría estar en cualquier parte. Unos marcos de plástico dorado encuadraban una gran cantidad de espejos. La pared estaba empapelada de un escarlata oscuro. Algunos gótikos conocidos suyos decoraban sus habitaciones de esa manera, cuando podían permitírselo, pero también sabía que sus padres construían bloques de apartamentos enteros con ese estilo. Rhea lanzó una montaña de ropa en la espuma viscoelástica y metió las manos en los bolsillos de una chaqueta de cuero negra.

Los cuadrados rosados y negros del edredón se confundían en la cintura de Bobby. Bajó la vista y vio el cuerpo segmentado del ciempiés hundido en una marca de un dedo de ancho de tejido cicatrizado color rosa. Beauvoir le había dicho que esa cosa aceleraba la cicatrización. Tocó la piel reciente con la punta de un dedo tembloroso y la notó blanda, pero le resultó soportable. Alzó la vista hacia Rhea.

—Si quieres, puedes poner el tuyo aquí —dijo al tiempo que le hacía un corte de mangas.

Se fulminaron con la mirada durante unos segundos. Bobby no bajó el dedo corazón en ningún momento. Acto seguido, la mujer rio.

—Vale —concedió—. Tienes razón. Te dejaré en paz. Pero coge esa ropa y póntela. Algo habrá por ahí que te sirva. Lucas vendrá pronto a recogerte, y a Lucas no le gusta que lo hagan esperar.

—Ah, ¿sí? Pues a mí me parece un tío muy tranquilo. —Empezó a rebuscar entre la montaña de ropa y descartó una camisa negra estampada con un patrón dorado raído a causa de los lavados, una prenda de satén rojo con

flecos de cuero blanco de imitación por las mangas, una especie de leotardos negros con partes de un material translúcido…—. Oye, ¿de dónde has sacado estas cosas? No puedo ponerme esta basura.

—Son de mi hermano pequeño —respondió Rhea—. De la última temporada, y será mejor que te tapes ese culo blanquito tuyo antes de que llegue Lucas. Oye, eso es mío —dijo al tiempo que agarraba los leotardos como si Bobby estuviese a punto de robárselos.

Se puso la camisa negra y dorada y cerró con torpeza unos broches de punta redonda hechos de perla negra de imitación. Encontró unos vaqueros negros, pero le venían enormes, estaban demasiado plisados y no vio que tuviesen bolsillos.

—¿No has traído más pantalones?

—Dios —dijo ella—. Tío, vi la ropa que Pye tuvo que quitarte. Tampoco es que seas un ejemplo de pasarela para nadie, ¿eh? Ponte lo que sea y ya está. No quiero buscarme problemas con Lucas. Que sí, que seguro que te ha tratado bien, pero eso solo significa que tienes algo que le interesa mucho. Conmigo no se corta lo más mínimo, o al menos eso es lo que me ha demostrado.

Bobby se puso en pie, vacilante, junto a la cama, e intentó subirse la cremallera de los vaqueros negros.

—No tienen cremallera —dijo, sin dejar de mirar a Rhea.

—Botones. Están por ahí, en alguna parte. Para que sean más estilosos, ya sabes.

Bobby encontró los botones. Tenían una disposición un tanto particular, y se preguntó qué ocurriría si le entraban unas ganas irrefrenables de mear. Vio las sandalias de nailon negras junto a la cama y metió los pies en ellas.

—¿Y Jackie? —preguntó mientras caminaba despacio hacia uno de esos espejos de marcos dorados donde podía verse reflejado—. ¿Lucas se corta con ella?

Bobby miró el reflejo de Rhea en el espejo y vio que torcía el gesto unos instantes.

—¿A qué te refieres?

—Beauvoir, me dijo que era no sé qué de un caballo…

—Calla —le susurró con brusquedad—. Si Beauvoir te mencionó algo al respecto, eso es asunto suyo. Pero no lo vayas aireando por ahí, ¿entendido? Hay cosas horribles, cosas te harían desear estar de nuevo ahí fuera y que te volviesen a rajar el culo.

La miró a los ojos en el reflejo, oscuros y ensombrecidos a causa del ala ancha del sombrero de fieltro. Le dio la impresión de ver un poco más de blanco que antes.

—Bien —respondió Bobby después de hacer una pausa. Luego añadió—: Gracias.

Jugueteó con el cuello de la camisa. Se lo subió por detrás y lo bajó, probando diferentes opciones.

—¿Sabes qué? —dijo Rhea al tiempo que ladeaba un poco la cabeza—. Cuando te pones algo de ropa no estás nada mal. Lo único malo es que tus ojos parecen dos agujeros de esos que se hacen al mear en la nieve…

—Lucas —dijo Bobby cuando estaban en el ascensor—, ¿sabes quién se cargó a mi vieja?

No había planeado hacerle esa pregunta, pero había brotado de una manera espontánea, como una burbuja de gases en un pantano.

Lucas le lanzó una mirada benévola, con un rostro alargado, liso y negro. Vestía un traje también negro, de corte elegante, y parecía estar recién planchado. Llevaba un bastón robusto de madera pulida y barnizada, con vetas en espiral de color negro y rojo, coronado por un pomo enorme de bronce pulido. Unas tiras también de bronce brotaban del pomo y descendían hasta mezclarse con la madera del bastón.

—No, no lo sabemos. —Sus grandes labios formaron una línea recta y muy seria—. Es algo que nos encantaría saber…

Bobby se agitó, incómodo. El ascensor lo cohibía un poco. Era del tamaño de un microbús y, aunque no estaba abarrotado, él era el único blanco. Miró a uno y otro lado y reparó en que los negros no parecían estar medio muertos cuando les daba la luz fluorescente, cosa que sí les ocurría a los blancos.

El ascensor se detuvo tres veces mientras descendían. Paraba en un piso y permanecía allí, durante casi quince minutos en una ocasión. La primera vez que ocurrió, Bobby había mirado a Lucas con gesto inquisitivo.

—Hay algo en el hueco —había respondido él.

—¿El qué?

—Otro ascensor.

Los ascensores se encontraban en el centro de la arcología, y los huecos estaban llenos de redes de abastecimiento de agua, cañerías de aguas residuales, cables eléctricos enormes y tuberías con aislamiento. Bobby dio por hecho que todos aquellos elementos formaban parte del sistema

geotérmico que Beauvoir le había descrito. Quedaban a la vista cada vez que se abrían las puertas: todo expuesto, en carne viva, como si las personas que habían construido el lugar quisiesen que se apreciara cuánto habían trabajado y dónde iba cada cosa. Y todo, cada una de las superficies visibles, estaba cubierto por una maraña de grafitis, tan densa y superpuesta que era casi imposible distinguir palabras o símbolos.

—Nunca habías estado aquí arriba, ¿verdad, Bobby? —preguntó Lucas mientras las puertas se volvían a cerrar otra vez antes de continuar con el descenso. Bobby negó con la cabeza—. Qué mal. Es comprensible, claro, pero también una pena. Dos al Día me ha dicho que no habías planeado quedarte en Barrytown. ¿Es cierto?

—Claro que lo es —convino Bobby.

—Supongo que es también es comprensible. Tienes todo el aspecto de un jovencito con imaginación e iniciativa, ¿verdad?

Lucas retorció la punta de bronce pulido del pomo contra la palma rosada de la mano y miró a Bobby con parsimonia.

—Supongo que sí. No soporto este lugar. Hace tiempo llegué a la conclusión de que aquí nunca pasa nada, ¿sabes? Bueno, sí que pasan cosas, pero siempre es lo mismo. Una y otra y otra vez, joder, como si se tratara de la reposición de una serie. Todos los veranos son iguales…

Se quedó en silencio, sin tener muy claro qué opinión tendría Lucas de él.

—Sí —convino el hombre—. Sé cómo te sientes. Puede que en Barrytown sea incluso peor que en otros lugares, pero pasa lo mismo con Tokio o con Nueva York.

«Es imposible», pensó Bobby. Pero asintió de todos modos. No había olvidado la advertencia de Rhea. Lucas no parecía más amenazador que Beauvoir, pero aquel cuerpo contundente bastaba y sobraba como advertencia. Y Bobby trabajaba en una nueva teoría de comportamiento. Aún no la había desarrollado por completo, pero estaba relacionada con la idea de que la gente que era peligrosa de verdad no tenía por qué darlo a entender, y la capacidad para ocultar una amenaza los volvía más peligrosos aún. Aquella idea entraba en contradicción con lo que se veía en el Gran Patio, donde unos niños que no tenían ni media hostia se esforzaban sobremanera por enseñar el cromo que los cubría y dejar bien claro lo salvajes que eran. Seguro que aquello les servía para enfrentarse al día a día en el barrio. Pero estaba claro que Lucas no tenía nada que ver con barrio alguno.

—Veo que dudas —comentó Lucas—. Bueno, tal vez lo descubras pronto. Aunque, por el momento, vas a tener que esperar. La deriva que ha tomado tu

vida hará que todo te parezca nuevo y emocionante durante bastante tiempo.

Las puertas del ascensor se abrieron a trompicones, y Lucas empezó a moverse y a indicarle a Bobby que saliera como si fuese poco más que un niño. Entraron en un vestíbulo cubierto de baldosas que parecía extenderse hasta el infinito, con quioscos, puestos cubiertos con toldos y personas acuclilladas junto a mantas sobre las que exponían todo tipo de mercancías.

—No te distraigas —le dijo Lucas a Bobby. Le propinó un manotazo al comprobar que se había quedado quieto frente a varias pilas entremezcladas de programas—. Vas camino del Ensanche, chaval. Y llegarás allí por todo lo alto.

—¿Cómo?

—En una limusina.

El coche de Lucas era una extensión increíble de carrocería negra con motivos dorados y bronce pulido, tachonado por toda una variedad de artilugios barrocos cuyo propósito se le escapaba a Bobby casi por completo. Uno de ellos era un plato de antena, o eso creía, pero se parecía más a una de esas ruedas calendáricas de los aztecas. Después entró, y Lucas dejó que la enorme puerta se cerrase detrás de ellos con suavidad. Los cristales estaban tintados, tanto que parecía que el exterior se había hecho de noche de repente, una noche ajetreada en la que los habitantes de los Proyectos se dedicaban a sus asuntos diurnos. El interior del vehículo constaba de un solo compartimento grande cubierto de alfombras radiantes y sillones de cuero pálido, aunque no parecía haber ningún lugar en el que sentarse. Tampoco había volante. El salpicadero era una extensión de cuero sin ningún tipo de controles. Miró a Lucas, que había empezado a desanudarse la corbata negra.

—¿Cómo se conduce esto?

—Siéntate donde puedas. Se conduce así: Ahmed, llévanos a Nueva York. Al Lower East Side.

El coche se separó con suavidad del bordillo, y Bobby se dejó caer de rodillas en una gran pila de alfombras.

—El almuerzo se servirá dentro de treinta minutos, señor. A menos que quiera comer algo antes —dijo una voz. Sonó suave y melodiosa, y no le dio la impresión de que viniese de ningún lugar en particular.

Lucas rio.

—Se les da bien hacer estas cosas en Damasco —dijo.

—¿Dónde?

—Damasco —repitió Lucas al tiempo que se desabotonaba la chaqueta del traje y se sentaba sobre unos cojines pálidos—. Es un Rolls. Uno de los antiguos. Esos árabes fabricaban buenos coches cuando aún les quedaba dinero.

—Lucas —llamó Bobby, con la boca medio llena de pollo frito frío—, ¿cómo es que vamos a tardar una hora y media en llegar a Nueva York? ¿Es que vamos pisando huevos?

—Porque —explicó Lucas, que hizo una pausa para darle otro sorbo a la copa de vino blanco frío— eso es lo que vamos a tardar. Ahmed tiene todo el equipamiento posible, que incluye un sistema de contravigilancia de primer nivel. Mientras estamos de camino, en la carretera, Ahmed nos ofrece una intimidad extraordinaria, mucha más de la que estoy dispuesto a pagar por tener en Nueva York. Ahmed, ¿te ha dado la impresión de que alguien intenta seguirnos o escuchar lo que decimos o cualquier otra cosa?

—No, señor —respondió la voz—. Hace ocho minutos, nuestro sistema de identificación sufrió un escaneo de infrarrojos por parte de un helicóptero táctico. La matrícula del vehículo era MH guion tres guion ocho cuatro ocho. El piloto era el cabo Roberto…

—Bien, bien —interrumpió Lucas—. Genial. Da igual. ¿Ves? Ahmed ha conseguido más información de ese helicóptero de la que ellos habrán sacado de nosotros.

Se limpió las manos en una servilleta gruesa de lino blanco y sacó un mondadientes dorado del bolsillo de la chaqueta.

—Lucas —dijo Bobby mientras el hombre rebuscaba con delicadeza entre los huecos de sus dientes grandes y cuadrados—, ¿qué pasaría si, digamos, te pido que me lleves a Times Square y me dejes allí?

—Ah —respondió Lucas, que bajó el mondadientes—. Uno de los lugares más importantes de la ciudad. ¿Qué pasa, Bobby? ¿Estás enganchado a las drogas?

—No, solo era una pregunta.

—¿Una pregunta? ¿Quieres ir a Times Square o no?

—No, solo es el primer sitio que se me ocurrió. Supongo que lo que quiero saber es si me dejarías libre.

—No —respondió Lucas—. Si te soy sincero, no voy a dejarte libre. Pero tampoco quiero que te consideres un prisionero. Un invitado, mejor. Un invitado de honor.

—Oh. Vale. Como si estuviese en uno de esos programas de protección de testigos, supongo. —dijo Bobby sonriendo.

—Algo así —repuso Lucas, que volvió a meterse el mondadientes dorado en la boca—. Y ahora que estamos aquí, protegidos por el buen Ahmed, tenemos que hablar. Creo que el hermano Beauvoir ya te ha contado algunas cosas sobre nosotros. ¿Qué opinas, Bobby? ¿Qué opinas sobre lo que te ha contado?

—Bueno, la verdad es que es muy interesante —respondió él—, pero no estoy seguro de entenderlo bien.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Es que no sé nada del vudú ese…

Lucas arqueó las cejas.

—A ver, lo que cada uno se trague… o crea, quiero decir, es asunto suyo, ¿vale? Pero Beauvoir pasó de hablar de negocios y jerga tecnológica callejera que no había oído nunca a ponerse a decir cosas de mambos y fantasmas y serpientes y…

—¿Y qué?

—Y caballos —respondió Bobby, con un nudo en la garganta.

—Bobby, ¿sabes lo que es una metáfora?

—¿Un componente informático? ¿Un condensador o algo así?

—No, olvídate de las metáforas. Cuando Beauvoir o yo te hablamos de los *loa* s y de sus caballos, que es como denominamos a aquellos a los que los *loa* s deciden montar, deberías tener en cuenta que estamos hablando dos idiomas al mismo tiempo. Uno es el que tú conoces: la jerga tecnológica callejera, como la acabas de llamar. Puede que usemos palabras diferentes, pero de lo que hablamos es de tecnología. Es posible que llamemos Ogou Feray a lo que tú llamas un picahielos, ¿entiendes? Pero, al mismo tiempo, con las mismas palabras también denominamos otras cosas, y son esas las que no entiendes. Y tampoco tienes por qué hacerlo.

Guardó el mondadientes.

Bobby respiró hondo.

—Beauvoir dijo que Jackie era el caballo de una serpiente, una serpiente llamada Danbala. ¿Podrías traducirme eso a jerga tecnológica callejera?

—Claro. Imagina que Jackie es una consola; Bobby, una consola del ciberespacio, preciosa y con unos tobillos de infarto. —Lucas le dedicó una sonrisa, y Bobby se ruborizó—. Ahora imagina que Danbala, a quien algunos llaman serpiente, es un programa. Un picahielos, por ejemplo. Danbala se conecta en el puerto de Jackie, y Jackie pica hielo. Ahí lo tienes.

—Vale —repuso Bobby, que empezaba a comprenderlo—. Entonces, ¿qué es la matriz? Si ella es una consola y Danbala es un programa, ¿qué es el ciberespacio?

—El mundo —respondió Lucas.

—Será mejor que sigamos a pie a partir de aquí —dijo Lucas.

El Rolls se detuvo en silencio y suave como la seda, y Lucas se puso en pie mientras se abotonaba la chaqueta del traje.

—Ahmed llama demasiado la atención.

Agarró el bastón, y la puerta emitió un chasquido suave al abrirse sola.

Bobby salió detrás de él y percibió el inconfundible y característico olor del Ensanche: una mezcla intensa de gases estancados de metro, hollín muy antiguo y el hedor cancerígeno de plásticos nuevos, todo mezclado con ese toque a carbono de los combustibles fósiles ilegales. En las alturas, donde brillaban las luces de las farolas en arco, una de las cúpulas Fuller sin terminar ocupaba dos tercios de aquel cielo crepuscular color salmón, con bordes aserrados que parecían un panal, gris e irregular. La extensión llena de cúpulas del Ensanche tendía a generar una serie de microclimas involuntarios: había zonas, conformadas por unas pocas manzanas, donde una llovizna fruto de la condensación no dejaba de caer sobre las geodésicas manchadas de hollín; y también secciones de las cúpulas más altas que eran famosas por las descargas de electricidad estática que emitían, una variedad de relámpagos urbanos muy particular. Soplaba un viento intenso mientras Bobby seguía a Lucas por la calle, una brisa cálida y arenosa que tal vez fuese producto de los cambios de presión del sistema de trenes subterráneos que recorría todo el Ensanche.

—Recuerda lo que te he dicho —comentó Lucas, con los ojos entrecerrados a causa de la arenilla—. Ese tipo es mucho más de lo que parece. Y, aunque no lo fuese, le debes un respeto. Si quieres ser vaquero, que sepas que estás a punto de conocer a toda una leyenda del oficio.

—Ya, sí. —Bobby dio un salto para esquivar una tira gris de papel de impresión que intentaba enganchársele en el tobillo—. Fue a él a quien Beauvoir y tú le comprasteis el…

—¡Eh! ¡No! Recuerda lo que te he dicho. Hablar de ciertos asuntos en la calle es lo mismo que publicarlos en un tablón de anuncios…

Bobby hizo un mohín y luego asintió. Joder. No hacía más que cagarla. Estaba con uno de los mejores operadores y metido hasta el cuello en una

trama increíble, pero no dejaba de actuar como un wilson. Operador. Eso era Lucas, y también Beauvoir. Llegó a la conclusión de que ese vocabulario vudú no era más que una manera de burlarse de la gente. Mientras iban en el Rolls, Lucas había seguido con ese extraño cuento de Legba, que decía que era el *loa* de la comunicación, «el maestro de las carreteras y de los caminos», todo para indicarle que el hombre con quien se iban a reunir era uno de los favoritos de Legba. Cuando Bobby le preguntó si el tipo era otro houngan, Lucas le había respondido que no, que había caminado con Legba durante toda su vida, tan cerca que en realidad nunca había llegado a saber que estaba ahí, como si formase parte de él, como si fuese su sombra. Y Lucas le había contado que era el hombre que les había vendido el programa que Dos al Día le había alquilado a Bobby…

Lucas dobló la esquina y se detuvo. Bobby le pisaba los talones. Se detuvieron delante de un edificio de piedra rojiza ennegrecida cuyas ventanas habían sido tapiadas desde hacía décadas con planchas de acero corrugado. Parte del primer piso parecía haber sido una tienda de alguna clase, y sus escaparates resquebrajados ahora estaban opacos a causa de la suciedad. La puerta, que se encontraba entre dos de esas ventanas tapiadas, se había reforzado con el mismo acero que sellaba las ventanas de los pisos superiores, y a Bobby le pareció ver una especie de cartel detrás de la ventana de su izquierda, letras de neón desechadas y en diagonal que destacaban en la penumbra. Lucas estaba inmóvil, de frente a la puerta, con el rostro inexpresivo y la punta del bastón clavada con precisión en la acera, con sus manazas una sobre la otra encima del pomo de bronce.

—Lo primero que debes aprender —dijo, con el tono de alguien que recitase un refrán— es a esperar…

A Bobby le dio la impresión de oír arañazos detrás de la puerta, y luego el repiqueteo de unas cadenas.

—Increíble —dijo Lucas—. Es como si nos estuviesen esperando.

La puerta se abrió unos diez centímetros en unas bisagras engrasadas y se detuvo como si algo la hubiese frenado. Un ojo los contemplaba al otro lado, sin parpadear, suspendido en esa grieta de polvo y oscuridad. Al principio, Bobby creyó que se trataba del ojo de un animal enorme, con el iris de un extraño tono marrón amarillento, la esclerótica moteada e inyectada del rojo de la sangre y el párpado inferior abierto y más rojo aún.

—Hombre vudú —dijo el rostro invisible al que pertenecía aquel ojo. Se oyó un ruido borboteante y desagradable, como si una flema arcaica ascendiese desde recovecos olvidados, y luego el hombre escupió—. Venga,

date prisa, Lucas. —Se oyó otro arañazo y la puerta se abrió hacia la oscuridad—. Soy un hombre ocupado…

Esa última frase se oyó como a un metro de distancia, alejándose, como si el propietario del ojo se escabullese de la luz que ahora se filtraba por la puerta abierta.

Lucas la atravesó, seguido por Bobby, que sintió cómo la puerta se cerraba con suavidad detrás de él. La oscuridad repentina hizo que se le erizase el vello de los antebrazos. Le dio la impresión de que la oscuridad estaba viva, densa y vasta, consciente de alguna manera.

Después se encendió una cerilla, y algo parecido a una lámpara de queroseno siseó y chisporroteó hasta que prendió el gas. Bobby apenas acertó a abrir la boca sorprendido al ver el rostro que había detrás de la lámpara, donde aquel ojo amarillento e inyectado en sangre aguardaba junto a su hermano en lo que a Bobby le habría gustado que fuese alguna clase de máscara.

—Supongo que nos estabas esperando, ¿no es así, Finlandés? —preguntó Lucas.

—Si tanto te interesa saberlo —dijo el rostro, en el que aparecieron unos dientes lisos, grandes y amarillos—, estaba a punto de salir para comprar algo de comer. —A Bobby le dio la impresión de que aquel tipo podía sobrevivir con una dieta a base de alfombras podridas, o alimentándose poco a poco de la pulpa de madera marrón de los libros llenos de humedad que se alzaban hasta la altura del hombro en sendas pilas a cada lado del túnel en el que se encontraban—. ¿Quién es este mierdecilla, Lucas?

—Ya sabes, Finlandés. Beauvoir y yo hemos tenido algunas complicaciones con algo que te compramos de buena fe.

Lucas alzó el bastón y tocó con sumo cuidado una de las pilas de libros en rústica que parecía estar a punto de caerse.

—No tenía ni idea. —El Finlandés frunció los labios grises en un mohín de preocupación—. No toques esas primeras ediciones, Lucas. Como las tires, las pagas.

Lucas retiró el bastón. La luz de la lámpara se reflejó en el pomo de bronce pulido.

—Vale —prosiguió el Finlandés—. Entonces, tenéis problemas. Qué raro me parece, Lucas. Raro de cojones. —Tenía las mejillas grisáceas y surcadas con unos pliegues en diagonal—. Yo también tengo problemas. Tres, para ser más exactos. No los tenía esta mañana, pero así es la vida a veces. —Dejó la lámpara siseante encima de un archivador de metal destrozado y sacó un

cigarrillo doblado y sin filtro de un bolsillo lateral de lo que en el pasado bien podría haber sido una chaqueta de tweed—. Mis tres problemas están en el piso de arriba. Quizá quieras echarles un vistazo…

Encendió una cerilla de madera contra la base de la linterna y prendió la punta del cigarrillo. El olor intenso a tabaco negro de Cuba se arremolinó en el ambiente.

—¿Sabes? —dijo el Finlandés al tiempo que pasaba por encima del primero de los cuerpos—. Llevo mucho tiempo por aquí. Todo el mundo me conoce. Sabe que estoy aquí. Cuando le compras al Finlandés, sabes con quién estás haciendo negocios. Y yo siempre respondo por mis productos…

Bobby se había quedado mirando el rostro descubierto del cadáver, los ojos vidriosos. Había algo extraño en la forma del torso, en la manera en la que yacía allí tumbado entre telas negras. Una cara de rasgos japoneses, inexpresivos, ojos muertos…

—Y en todo este tiempo —continuó el Finlandés—, ¿sabes cuántas personas han sido lo bastante imbéciles como para intentar entrar aquí y acabar conmigo? ¡Ninguna! Nadie. Hasta esta mañana. Y ya van tres putas veces. Bueno —le dedicó a Bobby una mirada hostil—, eso sin contar al extraño montón de mierda, supongo, pero…

Se encogió de hombros.

—Parece un poco desproporcionado —dijo Bobby, que no había dejado de mirar al primer cadáver.

—Eso es porque ha quedado hecho papilla, por dentro. —El Finlandés le dedicó una mirada maliciosa—. Como comida para perros.

—El Finlandés colecciona armas exóticas —dijo Lucas al tiempo que tocaba la muñeca de un segundo cadáver con la punta del bastón—. ¿Has revisado si tienen implantes, Finlandés?

—Sí. Menudo grano en el culo. He tenido que bajarlos por las escaleras a la trastienda. Nada, solo lo que cabría esperar. No eran más que un equipo de asalto. —Hizo mucho ruido al lamerse los dientes—. ¿Por qué iba a querer alguien acabar conmigo?

—Quizá les vendieses un producto muy caro que estaba inservible —aventuró Lucas.

—Espero que no insinúes que los has enviado tú, Lucas —dijo el Finlandés, con voz cautelosa—. A menos que también quieras que haga contigo ese truquito para convertir tus entrañas en comida para perros.

—¿Acaso te he dicho que nos vendieses algo inservible?

—Dijiste que habíais tenido «algunas complicaciones». Y no recuerdo que me hayáis comprado nada más de un tiempo a esta parte.

—Lo siento, Finlandés, pero no los enviamos nosotros. Ya lo sabes.

—Sí, supongo que lo sabía. ¿Entonces a qué coño has venido, Lucas? Ya sabes que lo que comprasteis no tenía las garantías habituales…

—La verdad es que es raro de cojones —dijo el Finlandés después de oír la historia del golpe frustrado de Bobby en el ciberespacio. Agitó la cabeza estrecha y demasiado alargada—. Antes no era así. —Miró a Lucas—. Lo sabes, ¿verdad?

Se encontraban sentados en torno a una mesa cuadrada y blanca en una estancia también blanca del primer piso, detrás del escaparate lleno de basura. El suelo era de baldosas de hospital rayadas, surcadas por un patrón antideslizante, y las paredes eran de unas losas anchas de plástico y de un blanco deslucido que ocultaba capas y capas de circuitería antiespionaje. La estancia blanca parecía estar limpia como un quirófano, al menos si se comparaba con el escaparate. La mesa estaba rodeada por varios trípodes de aleación cubiertos con sensores y equipo de vigilancia, como si de una escultura abstracta se tratase.

—¿Que si sé el qué? —preguntó Bobby.

Cada vez que contaba la historia se sentía un poco menos wilson. Importante. Se sentía un poco más importante.

—Tú no, comemierda —dijo el Finlandés con voz cansada—. Él. El gran hombre vudú. Él lo sabe. Sabe que no es lo mismo… Que no lo es desde hace mucho. Llevo en el negocio mucho tiempo. Toda la vida. Desde antes de la guerra, antes de que hubiese matriz o, al menos, desde antes de que la gente supiese que la había. —Después miró a Bobby—. Tengo un par de zapatos más viejos que tú, así que la verdad es que no espero que sepas una mierda de nada. Los vaqueros existen desde que hay ordenadores. Crearon los primeros para picar el hielo alemán, ¿no es así? Los criptógrafos. Podría decirse incluso que había hielo antes de que hubiese ordenadores.

Encendió el decimoquinto cigarrillo de la noche, y el humo volvió a inundar la estancia blanca.

—Lucas lo sabe, claro que sí. Han pasado cosas muy interesantes en el circuito de vaqueros de consola durante los últimos siete u ocho años. Nuevos vaqueros, los que se encargan de «obtener resultados». ¿No es así, Lucas? Sí,

claro que lo sé. Peor aún: necesitan el hard y el soft, y también ser más rápidos que serpientes cuando se enfrentan al hielo. Y todos, todos los que saben de verdad cómo picarlo, tienen aliados. ¿Verdad, Lucas?

Lucas sacó el mondadientes de oro del bolsillo y empezó a hurgarse en uno de los molares traseros, con gesto funesto y serio.

—Tronos y reinos —dijo el Finlandés con tono sombrío—. Sí, hay cosas ahí fuera. Fantasmas. Voces. ¿Por qué no? En los océanos había sirenas y todas esas cosas, y ahora nosotros tenemos un mar de silicio, ¿no? Claro, el ciberespacio no es más que una alucinación colectiva que todos hemos llegado a aceptar, pero el que se enchufa lo sabe, joder, sabe que en realidad es un universo al completo. Y cada año que pasa está más abarrotado, como si…

—El mundo siempre ha funcionado así para nosotros —resumió Lucas.

—Lo sé —convino el Finlandés—. Por eso encajasteis tan bien, porque le dijisteis a todo el mundo que esas cosas con las que empezabais a firmar tratos eran vuestros antiguos dioses…

—Jinetes divinos…

—Lo que sea. Puede que tú te tragues esas cosas, pero yo soy lo bastante viejo como para recordar el mundo cuando no era así. Si hace diez años hubieses entrado en el Caballero Perdedor e intentado convencer a los mejores vaqueros de que hablabas con fantasmas en la matriz, te habrían tomado por un zumbado.

—Un wilson —interrumpió Bobby, que se sentía desplazado e irrelevante.

El Finlandés lo miró con gesto inexpresivo.

—¿Un qué?

—Un wilson. Uno que siempre la caga. Es jerga de los salchicheros, creo…

La había cagado otra vez. Joder.

El Finlandés le dedicó una mirada muy extraña.

—Dios. ¿Así es como lo llamáis? Madre mía. Yo lo conocí.

—¿A quién?

—A Bodine Wilson —respondió—. La primera persona que conozco que termina convertido en una expresión.

—¿Y era estúpido? —preguntó Bobby, que se arrepintió nada más decirlo.

—¿Estúpido? Qué va. Era listo de cojones. —El Finlandés apagó el cigarrillo en un cenicero de cerámica Campari resquebrajado—. Fue una cagada monumental, eso sí. Trabajó con Dixie el Plano en una ocasión…

Puso la mirada perdida, con esos ojos amarillentos e inyectados en sangre.

—Finlandés —continuó Lucas—, ¿de dónde sacaste ese picahielos que nos vendiste?

El Finlandés volvió a mirarlo, con gesto sombrío.

—Llevo cuarenta años en el oficio, Lucas. ¿Sabes cuántas veces me han hecho la misma pregunta? ¿Sabes cuántas veces me habrían matado de haberla respondido?

Lucas asintió.

—Te entiendo, pero me gustaría decir algo. —Dirigió el mondadientes hacia el Finlandés, como si fuese una daga de juguete—. La verdadera razón por la que estás dispuesto a sentarte aquí con nosotros y perder el tiempo es que crees que esos tres fiambres del piso de arriba están relacionados de alguna manera con el picahielos que nos vendiste. Te llevaste una sorpresa cuando Bobby te dijo que habían hecho saltar por los aires el apartamento de su madre, ¿verdad?

El Finlandés le enseñó los dientes.

—Podría ser.

—Alguien te tiene en su lista, Finlandés. Y esos tres ninjas muertos de ahí arriba le costaron mucho dinero. Cuando vea que no regresan, va a ir todavía más a saco contigo.

Los ojos amarillentos y enrojecidos parpadearon.

—Estaban muy equipados —observó—. Listos para dar un golpe. Pero uno de ellos tenía otras cosas. Cosas para hacer preguntas. —Se acarició el estrecho labio superior con unos dedos manchados de nicotina que casi eran del color de las alas de una cucaracha—. Me lo dio Wigan Ludgate —añadió —. El Wig.

—No había oído hablar de él —dijo Lucas.

—Es un cabrón muy loco —explicó el Finlandés—. Antes era vaquero.

El Finlandés empezó a contar una historia que atrapó por completo a Bobby, a quien aquello le pareció mejor incluso que escuchar a Beauvoir o a Lucas.

Wigan Ludgate llevaba cinco años en la cima del oficio de vaquero, que es un tiempo más que decente para alguien que se dedique al ciberespacio. En cinco años, un vaquero suele hacerse rico, quedarse plano o conseguir financiar una cuadrilla de vaqueros jóvenes y centrarse en la gestión del negocio. En su primera etapa, al amparo del ímpetu y las ansias de gloria propios de la juventud, el Wig se había dedicado a recorrer de manera

exhaustiva los sectores prácticamente desocupados de la matriz que representaban las zonas geográficas que antaño recibieran el nombre de Tercer Mundo.

El silicio no se desgasta; los microchips eran prácticamente inmortales, como quien dice. El Wig lo sabía. No obstante, y al igual que cualquier otro niño de su edad, también sabía que el silicio quedaría obsoleto en cuestión de tiempo, lo que en realidad era mucho peor que desgastarse. El Wig había terminado por aceptar aquella idea, tan funesta como la muerte o los impuestos, y estaba más preocupado por que su equipo quedase obsoleto que por la muerte (tenía veintidós años) o los impuestos (no registraba sus ganancias, aunque le pagaba a una empresa de blanqueo de dinero en Singapur un porcentaje anual equivalente a lo que habría tenido que pagarle al Estado en caso de declararlas). El Wig llegó a la conclusión de que todo ese silicio obsoleto tendría que acabar en algún lado. Descubrió que ese lugar eran zonas muy pobres que empezaban a ser invadidas por bases industriales. Naciones tan atrasadas que aún se tomaban en serio el concepto mismo de nación. El Wig tecleó por varias zonas rurales de África, como un tiburón que recorre una piscina rezumante de caviar. No es que esas pequeñas y deliciosas huevas fuesen gran cosa para él, pero no costaba nada hacerse con ellas, saciaban y sumaban poco a poco. El Wig se trabajó a los africanos durante una semana y, sin querer, derrocó al menos tres gobiernos y causó una cantidad incalculable de sufrimiento humano. Al final de esa semana, atiborrado de las mieles de varios millones de cuentas bancarias con saldos irrisorios, se retiró. Y mientras él se marchaba llegaron las langostas, otros a los que también se les había ocurrido la idea de trabajar en África.

El Wig se pasó dos años tumbado en una playa de Cannes, metiéndose las drogas de diseño más caras y echándole un vistazo de vez en cuando a una pequeña televisión Hosaka, para ver los cuerpos hinchados de africanos con una intensidad inocente, extraña y muy particular. Llegó un momento en el que nadie fue capaz de averiguar cuándo, ni cómo, ni por qué el Wig se había vuelto loco. El Finlandés aseguró que, sin el menor asomo de duda, el tipo llegó a la conclusión de que Dios vivía en el ciberespacio, o quizá que el ciberespacio era Dios o alguna manifestación similar. Las opiniones del Wig sobre la teología estaban marcadas por grandes cambios paradigmáticos, auténticos saltos de fe. El Finlandés tenía una ligera idea de qué se traía el Wig entre manos en aquella época. Poco después de su conversión a esa fe nueva y singular, Wigan Ludgate volvió al Ensanche y se embarcó en una epopeya que bien podría haberse considerado un viaje fortuito de

descubrimiento cibernético. Al tratarse de un antiguo vaquero de consolas, sabía dónde encontrar lo mejor de eso que el Finlandés denominaba el hard y el soft. El Finlandés le proporcionó al Wig ambas cosas en abundancia, ya que aún era un hombre rico. El Wig le explicó que su técnica de investigación mística consistía en proyectar su consciencia en los sectores vacíos y desestructurados de la matriz y esperar. El Finlandés aseguró que, al menos, nunca afirmó haber visto a Dios, aunque sí que le dijo en varias ocasiones que había sentido Su presencia por la superficie de la red. Al final, al Wig se le acabó el dinero. Su aventura espiritual lo había dejado sin los pocos contactos de negocios que le quedaban de la época anterior a su periplo por África, y desapareció sin dejar rastro.

—Pero un día reapareció —comentó el Finlandés—, y estaba loco como una cabra. Ya era un cabrón muy pálido de antes, pero ahora llevaba encima un montón de objetos africanos, cuentas y huesos y cosas de esas.

Bobby hizo caso omiso de la historia del Finlandés para preguntarse cómo era posible que a un tipo así se le ocurriera describir a alguien como «un cabrón muy pálido», y luego miró a Lucas, cuyo gesto era sombrío y triste. Después, a Bobby se le ocurrió que Lucas podía tomarse todo lo ocurrido en África como algo personal. El Finlandés no había dejado de contar la historia.

—Quería vender muchas de sus cosas. Consolas, periféricos, programas… Todo tenía unos cuantos años de antigüedad, pero era equipo de primera, por lo que le di un precio. Me fijé en que tenía un puerto implantado y se había enchufado un microsoft detrás de la oreja. «¿Qué hay en el soft?», pregunté. «Está vacío», me respondió. Estaba sentado justo donde estás tú ahora, chaval, y va y me dice: «Está vacío y es la palabra de Dios, y yo viviré para siempre en Su ruido blanco». O una locura parecida. Joder, en ese momento llegué a la conclusión de que el Wig estaba loco, y el tipo se puso a contar por quinta vez el dinero que le había dado por sus cosas. «Wig, sé que el tiempo es oro, pero ¿sabes a qué te vas a dedicar ahora?», le pregunté. Tenía curiosidad. Conocía a ese tipo desde hacía muchos años, por negocios. «Finlandés, tengo que salir del pozo de gravedad. Dios está ahí arriba. Bueno, él dice que está en todas partes, pero aquí abajo hay mucha estática y no me deja ver bien Su rostro», me respondió. «Vale», zanjé. Lo acompañé a la puerta y ya. No lo he vuelto a ver.

Bobby parpadeó, esperó y se agitó un poco en el duro asiento de la silla plegable.

—Pero luego, al cabo de un año, aparece un tipo, un mecánico de órbita alta que está de paso por el pozo de gravedad y a punto de irse, y tiene buenos

programas a la venta. No son obras maestras, pero sí interesantes. Dice que lo envía el Wig. Y bueno, el Wig podía estar loco y llevar mucho tiempo fuera del negocio, pero seguro que aún sabía distinguir la calidad. Así que lo compré. De eso hará unos diez años, ¿vale? Y todos los años, el tipo volvía a aparecer con algo nuevo. «El Wig me dijo que te ofreciese esto». Y, por lo general, yo lo compraba. Nunca era nada especial, pero siempre estaba bastante bien. Y siempre me lo vendía una persona diferente.

—¿Qué eran, Finlandés? ¿Solo programas? —preguntó Lucas.

—Sí, a grandes rasgos, sí. Con la única excepción de esas esculturas tan raras. Me había olvidado de eso. Yo daba por hecho que era el Wig quien las hacía. La primera vez que un tipo vino a venderme una, le compré los programas y luego le pregunté qué narices era la cosa esa. «El Wig me dijo que podría interesarte», me respondió. «Pues dile que está loco si eso es lo que cree», repliqué. El tipo se rio. «Bueno, pero quédatela. No pienso llevármela otra vez», dijo. Joder, esa cosa era más o menos del tamaño de una consola, pero no era más que un puñado de basura y porquería metida dentro de una caja… Así que la dejé detrás de una caja de Coca-Cola llena de chatarra y me olvidé de ella, ¿qué otra cosa iba a hacer? Hasta que el viejo Smith, un compañero de esa época que se dedicaba a traficar con arte y artículos de coleccionista, la vio y me dijo que quería quedársela. Y por eso hicimos un trato. «Si trae más de estas, cógelas, Finlandés. En la parte alta de la ciudad hay pardillos a los que les gusta esta mierda», me dijo. Y por eso, a la siguiente ocasión en que apareció uno de esos vendedores del Wig, también le compré las esculturas. Y luego hice negocios con Smith. Pero nunca saqué mucho dinero por ellas… —El Finlandés se encogió de hombros—. No hasta el mes pasado, al menos. Llegó un chaval con lo que comprasteis vosotros. Era del Wig. «Mira, esto es un biosoft, algo que cambiará las reglas del juego. El Wig dice que es muy valioso». Le pasé un escáner y parecía estar en buenas condiciones. Me resultó muy interesante. Lo compré, y luego Beauvoir me lo compró a mí. Fin de la historia. —El Finlandés sacó un cigarrillo, doblado y roto por la mitad—. Joder.

Después sacó un paquete desgastado de papelillos del mismo sitio, extrajo una de esas hojas rosadas y finas y la enrolló con fuerza alrededor del cigarrillo roto, como si le acabase de poner una férula. Lo lamió para cerrarlo, y en ese momento Bobby consiguió distinguir un atisbo de una lengua puntiaguda de un gris rosáceo.

—¿Y dónde reside el señor Wig, Finlandés? —preguntó Lucas, que había apoyado la barbilla en los pulgares de ambas manos y formaba un triángulo

con los dedos índice cerrados frente a la nariz.

—Lucas, no tengo ni la más remota idea. En órbita, ahí arriba. Y no creo que tenga mucho dinero si solo vive de lo que le pago yo. También he oído que hay lugares ahí arriba en los que no necesitas mucho dinero si te adaptas a la forma de vida, así que cabe la posibilidad de que viva bien, aunque gane menos. Pero no tengo ni idea. Yo soy agorafóbico. —Le dedicó una sonrisa horrible a Bobby, quien aún intentaba borrar de su mente la imagen de esa lengua. Luego se dirigió a Lucas con ojos entrecerrados—: ¿Sabes? Ese fue el momento en el que empecé a oír que estaban pasando cosas raras en la matriz.

—¿Qué cosas raras? —preguntó Bobby.

—No te metas en la conversación, niñato —dijo el Finlandés sin dejar de mirar a Lucas—. Fue antes de que aparecieseis vosotros, el nuevo equipo vudú. Conocí a una samurái callejera que había trabajado para un equipo de fuerzas especiales que habría hecho que lo del Wig pareciese de lo más normal en comparación. Ella y un vaquero que habían sacado de Chiba estaban investigando algo. Quizá consiguiesen descubrir lo que buscaban. La última vez que los vi fue en Estambul. Oí que vivía en Londres, hace unos años. Siete u ocho, vete a saber.

El Finlandés lució muy cansado y viejo de repente. Muy viejo. Miró a Bobby como si fuese una rata enorme y momificada animada por unos resortes y cables ocultos. Sacó del bolsillo un reloj de pulsera con la esfera resquebrajada y una única y grasienta correa de cuero. Miró la hora.

—Dios. Bueno, no puedo contarte más, Lucas. Unos amigos de un banco de órganos van a venir dentro de veinte minutos para hablar de negocios.

Bobby pensó en los cuerpos que había en el piso de arriba. Llevaban allí todo el día.

—Oye —dijo el Finlandés al ver la expresión del rostro de Bobby—, los bancos de órganos van muy bien para deshacerse de ciertas cosas. Les pago. Además, no es que a esos cabrones sin madre de ahí arriba les queden muchos órganos en buen estado…

El Finlandés soltó una carcajada.

—Dijiste que era cercano a… Legba. Y Legba es ese que Beauvoir y tú dijisteis que me había dado suerte cuando me enfrenté a ese hielo negro, ¿no es así?

El cielo empezaba a iluminarse detrás de las geodésicas aserradas que parecían panales.

—Sí —respondió Lucas. Parecía estar sumido en sus pensamientos.

—Pero me da la impresión de que no cree en esas cosas.

—Da igual —dijo Lucas mientras llegaba el Rolls—. Lo importante es que siempre ha estado en contacto con ese tipo de cosas.

# 17
# El bosque de las ardillas

El avión empezó a descender cerca de una corriente de agua. Turner la oía mientras se agitaba, febril o dormido, en la red-g, agua contra roca, una de las melodías más antiguas de la naturaleza. El avión era inteligente, al nivel de un sabueso, y tenía integrado un instinto de ocultación en los sistemas. Lo sintió balancearse sobre el tren de aterrizaje en medio de la noche enfermiza, avanzar poco a poco, mientras las ramas acariciaban y rasguñaban la cabina. La aeronave se arrastró por las sombras verdes y oscuras hasta quedar de rodillas sobre el tren de aterrizaje, mientras el armazón chirriaba y rechinaba al caer contra el lecho de sarga y granito, como una mantarraya que se arrastra por la arena de una playa. El policarbonato mimético que le cubría las alas y el fuselaje había adquirido una tonalidad moteada y oscura, un patrón parecido al de la superficie de la luna y el lecho del bosque. Todo quedó en silencio al fin, y el único sonido fue el del agua al discurrir por el cauce de un arroyo.

Despertó como una máquina: abrió los ojos, visión conectada, vacía, y recordó el resplandor rojizo de la muerte de Lynch detrás de la mirilla fija de la Smith & Wesson. El arco de la cúpula de la cabina que tenía encima estaba estampado con imitaciones miméticas de hojas y ramas. El pálido amanecer y el sonido de una corriente de agua. Aún llevaba la camisa de trabajo azul marca Oakey. Olía a sudor rancio, y el día anterior le había arrancado las mangas. Tenía el arma entre los muslos, y apuntaba hacia la negra palanca de control izquierda del avión a reacción. La red-g era una maraña flácida alrededor de sus caderas y hombros. Se giró y vio a la joven: rostro ovalado y una gota seca de sangre marrón que le había resbalado por una de las fosas nasales. Aún no había recobrado el sentido; sudaba y tenía los labios un poco separados, como los de una muñeca.

—¿Dónde estamos?

—Unos quince metros en dirección sursureste de las coordenadas de aterrizaje que introdujo —respondió el avión—. Volvió a perder el conocimiento, así que me decanté por pasar desapercibidos.

Turner extendió la mano y sacó el interfaz de su puerto, lo que interrumpió la conexión con el avión. Echó un somero vistazo por la cabina hasta que encontró los controles manuales de la cúpula. Los servos resoplaron, y el entramado de hojas de policarbonato cambió mientras se movía. Dejó colgando las piernas por uno de los costados del avión y bajó la vista para mirarse la mano apoyada en el fuselaje al borde de la cabina, que era de la tonalidad grisácea de una roca cercana. Mientras la miraba, el enchapado que la rodeaba empezó a adquirir el color de su piel. Sacó la otra pierna, el arma olvidada en el asiento, y luego se dejó caer a la tierra y a la hierba suave y alargada. Después se durmió de nuevo, con la frente apoyada en la hierba, y soñó con el rumor del agua.

Al despertar, empezó a arrastrarse a cuatro patas a través de ramas bajas cubiertas de rocío. Terminó por llegar a un claro y se lanzó hacia delante para empezar a rodar, como si se hubiese rendido. Algo pequeño y gris que se encontraba sobre él saltó de una rama, se posó en otra y se quedó allí un instante para luego desaparecer y perderse de vista.

Quédate tumbado, oyó que le decía una voz, a años de distancia. Quédate tumbado, relájate y se olvidarán de ti, te olvidarán en el gris, en el alba y en el rocío. Han salido a alimentarse, a alimentarse y jugar, y sus cerebros son incapaces de retener dos mensajes durante mucho tiempo. Se quedó tumbado bocarriba, junto a su hermano, con la Winchester sobre el pecho y respirando el olor a metal nuevo y grasa para armas, con el aroma a la hoguera del campamento aún adherido a sus cabellos. Y su hermano siempre tenía razón en lo relativo a las ardillas. Acudieron. Olvidaron la evidente marca mortal que se extendía bajo ellos, con vaqueros remendados y metal azulado. Llegaron a la carrera entre las ramas, hicieron una pausa para oler el aroma matutino y la calibre 22 de Turner estalló; un cuerpo gris e inerte cayó al suelo. Las otras se dispersaron y desaparecieron, y Turner le dio el arma a su hermano. Volvieron a esperar; esperaron a que las ardillas se olvidasen de ellos.

—Sois como yo —les dijo Turner a las ardillas mientras despertaba de la ensoñación. Una de ellas se enderezó de repente en una rama espaciosa y lo miró directamente—. Yo siempre vuelvo. —La ardilla se alejó de un salto—.

Estaba volviendo cuando escapé del Holandés. Estaba volviendo cuando volé a México. Estaba volviendo cuando maté a Lynch.

Se quedó tumbado durante un rato mientras contemplaba las ardillas, el bosque despertaba al alba y empezaba a calentarse a su alrededor. Un cuervo descendió en picado y frenó con las alas extendidas, alas que parecían dedos negros y mecánicos. Se había acercado a él para comprobar si estaba muerto.

Turner sonrió mientras el cuervo aleteaba para alejarse.

Aún no.

Volvió a arrastrarse al interior del bosque por debajo de las ramas y la encontró sentada en la cabina. Llevaba una camiseta blanca y holgada, cruzada en diagonal por el logo de Maas-Neotek. Unos rectángulos cuadrados de sangre fresca adornaban la parte delantera de la prenda. La nariz había vuelto a sangrarle. Ojos azules claros, aturdidos y desorientados, en cuencas cubiertas por moratones negros y amarillentos como si de un maquillaje exótico se tratara.

Vio que era joven. Muy joven.

—Eres la hija de Mitchell —dijo, mientras se esforzaba por recordar el nombre que había visto en el informe del biosoft—. Angela.

—Angie —respondió ella de inmediato—. ¿Tú cómo te llamas? Estoy sangrando.

Sacó un pañuelo que parecía un clavel sanguinolento.

—Turner. Esperaba que viniese tu padre. —En ese momento, recordó el arma. La otra mano de la joven no estaba a la vista, oculta dentro de la cabina —. ¿Sabes dónde está?

—En la meseta. Creyó que podría hablar con ellos y explicarles lo que quería hacer. Porque lo necesitan.

—¿Con quién?

Dio un paso al frente.

—Con Maas. Con la junta. No se pueden permitir hacerle daño, ¿verdad?

—¿Por qué iban a hacerle daño?

Otro paso.

Ella se enjugó la nariz con el pañuelo enrojecido.

—Por sacarme de allí. Porque mi padre sabía que ellos querían e intentarían hacerme daño, y puede que incluso a matarme. Por los sueños.

—¿Los sueños?

—¿Crees que le harán daño?

—No, no le harán daño. Voy a subir al avión. ¿De acuerdo?

Ella asintió. Tuvo que deslizar las manos por el fuselaje para encontrar las diminutas cavidades de los asideros, donde el camuflaje mimético solo le mostraba hojas, liquen y pequeñas ramas… Y luego estaba arriba, junto a ella, y vio el arma junto a las zapatillas que la joven llevaba en los pies.

—Pero ¿él no iba a venir? Esperaba encontrarme con tu padre.

—No. Nunca formó parte de sus planes. Solo teníamos un avión. ¿No te lo dijo? —Empezó a temblar—. ¿No te contó nada?

—Lo suficiente —respondió Turner mientras le ponía una mano en el hombro—. Nos contó lo suficiente. Todo irá bien…

Dejó las piernas colgando, se inclinó, apartó la Smith & Wesson de los pies de la joven y encontró el cable del interfaz. Lo cogió con una mano (la otra seguía en el hombro de la chica) y se lo enchufó detrás de la oreja.

—Indícame el procedimiento para borrar todo lo que has almacenado durante las últimas cuarenta y ocho horas —dijo—. Quiero eliminar el viaje a Ciudad de México. El vuelo desde la costa. Todo…

—No hay ningún plan de vuelo registrado a Ciudad de México —contestó la voz, impulsos neuronales directos que se traducían en sonidos.

Turner miró a la joven y se frotó la barbilla.

—¿Cuál era el destino anterior?

—Bogot —dijo el avión a reacción, que luego indicó las coordenadas del aterrizaje que no habían llevado a cabo.

Ella parpadeó, con los párpados amoratados y oscuros como la piel que le rodeaba los ojos.

—¿Con quién hablas?

—Con el avión. ¿Te dijo Mitchell cuál creía que era el destino del vuelo?

—Japón…

—¿Conoces a alguien de Bogot? ¿Dónde está tu madre?

—No. Creo que está en Berlín. La verdad es que no la conozco.

Borró la memoria del avión. Eliminó toda la programación de Conroy, o al menos lo que quedaba de ella: el vuelo desde California, los datos identificativos del lugar donde había tenido lugar la operación, un plan de vuelo que los habría llevado a una pista de aterrizaje que se encontraba a unos trescientos kilómetros del núcleo urbano de Bogot…

Sabía que alguien terminaría por encontrarlo. Pensó en el sistema de reconocimiento orbital de Maas y se preguntó si los programas de camuflaje y

evasión que había ordenado ejecutar al avión le habían servido de algo. Podía dárselo a Rudy para que lo desmontase, pero dudaba que Rudy quisiese involucrarse en algo así. De hecho, aparecer en la granja de Rudy con la hija de Mitchell ya era motivo más que suficiente para que fuesen a por él. Pero no tenía otro lugar al que ir. No había otro sitio donde pudiese obtener lo que necesitaba en ese momento.

Era una caminata de cuatro horas por senderos medio olvidados y por una carretera serpenteante de dos carriles de asfalto cubierto por la vegetación. Le dio la impresión de que los árboles eran diferentes, y luego recordó que seguramente se debiese al tiempo transcurrido desde la última vez que había estado allí. De vez en cuando pasaban junto a tocones de postes de madera que en el pasado habían sostenido cables telefónicos, pero que ahora estaban cubiertos de zarzas y enredaderas. Habían arrancado los cables para usarlos como combustible. Las abejas revoloteaban por las flores de la hierba que crecía en la cuneta…

—¿Hay comida en el lugar al que vamos? —preguntó la chica mientras las suelas de sus zapatillas blancas dejaban huellas en el asfalto desgastado.

—Claro —respondió Turner—. Toda la que quieras.

—Lo que más quiero ahora es agua.

Se apartó un mechón de pelo castaño de la mejilla bronceada. Turner se dio cuenta de que empezaba a cojear y constreñía el gesto cada vez que apoyaba el pie derecho.

—¿Qué le pasa a tu pierna?

—El tobillo. Me di un golpe cuando aterrizó el microligero.

Hizo un mohín y siguió caminando.

—Descansaremos.

—No, quiero llegar. Adonde sea.

—Descansa —dijo él mientras le cogía la mano y la llevaba a la cuneta.

Ella hizo una mueca, pero terminó por sentarse junto a él, con la pierna derecha estirada con mucho cuidado.

—Es un arma muy grande. —Hacía calor, demasiado como para llevar puesta la parka. Se había puesto la funda sobaquera sobre el torso desnudo para luego cubrirla con la camisa sin mangas que no tenía remetida en el pantalón y se agitaba con la brisa—. ¿Por qué tiene ese aspecto el cañón por debajo? Parece la cabeza de una cobra.

—Es una mirilla para enfrentamientos nocturnos. —Se inclinó hacia delante para examinarle el tobillo. Se le había hinchado muy rápido—. No sé cuánto tiempo aguantarás caminando así.

—¿Sueles participar en muchos enfrentamientos nocturnos con armas?

—No.

—Creo que no entiendo a qué te dedicas.

Turner alzó la cabeza para mirarla.

—Hay momentos en los que no me entiendo ni yo, sobre todo de un tiempo a esta parte. Esperaba reunirme con tu padre. Quería cambiar de empresa y trabajar para otra. La empresa para la que quería trabajar nos contrató a mí y a otros para asegurarnos de que conseguía escapar de su contrato anterior.

—Pero era imposible escapar de ese contrato —observó—. Al menos, de manera legal.

—Tienes razón. —Deshizo el nudo. Empezó a quitar la zapatilla—. Al menos, de manera legal.

—Ah. Entonces, a eso es a lo que te dedicas.

—Sí. —Le había quitado la zapatilla. No tenía calcetines, y el tobillo estaba muy hinchado—. Tienes un esguince.

—¿Y qué ha pasado con los demás? ¿Tenías compañeros en esas ruinas? Oí disparos, y las bengalas…

—La verdad es que no sé quiénes disparaban —respondió—, pero las bengalas no eran nuestras. Puede que fuesen de un equipo de seguridad de Maas que consiguió seguirte la pista. ¿Estás segura de que escapaste sin que te viesen?

—Hice todo lo que me dijo Chris —respondió—. Chris, mi padre.

—Lo sé. Creo que voy a tener que llevarte en brazos durante el resto del viaje

—Pero ¿qué pasará con tus amigos?

—¿Qué amigos?

—Los que dejamos atrás. Los de Arizona.

—Vale, sí. —Se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano—. No tengo ni idea. La verdad es que no lo sé.

El cielo pálido, descolorido, un resplandor de energía más luminoso que el sol. Pero sin pulso electromagnético, o eso había dicho el avión…

El primero de los perros aumentados de Rudy los encontró quince minutos después de que reanudasen la marcha. Angie iba a la espalda de Turner, con los brazos alrededor de los hombros y los muslos delgados debajo de las axilas, mientras él entrelazaba ambas manos delante del esternón en lo que parecía un puño doble. La joven olía a una niña de barrio rico, a un barrunto

de champú o jabón de hierbas. Mientras pensaba en ello, se preguntó cómo le olería él a ella. Rudy tenía una ducha…

—Joder, ¿qué es eso? —preguntó ella, que se enderezó y señaló hacia delante.

Un perro esbelto y gris los miraba desde una ladera de tierra que había en una de las curvas del camino, con la cabeza estrecha cubierta y los ojos cegados por una capucha negra tachonada con sensores. Jadeaba, tenía la lengua por fuera y agitaba la cabeza de un lado a otro.

—Tranquila —dijo Turner—. Es un perro guardián. De mi amigo.

La casa había crecido. Ahora tenía más habitaciones y talleres, pero Rudy nunca había pintado los listones descascarillados de la estructura original. Había montado una cerca cuadrada de cadenas muy tensas que Turner no recordaba para proteger su colección de vehículos, pero la puerta estaba abierta cuando llegaron, con las bisagras cubiertas de óxido y maleza. Turner sabía que las verdaderas defensas eran otras. Cuatro de los perros aumentados de Rudy trotaban detrás de Turner mientras se acercaba por el camino de gravilla; y Angie tenía la cabeza apoyada en su hombro y los brazos aun cerrados a su alrededor.

Rudy los esperaba en el porche delantero, con unos pantalones cortos viejos y blancos y una camiseta azul marino, de cuyo único bolsillo colgaban nueve bolígrafos de todo tipo. Los miró y levantó una lata verde de cerveza holandesa a modo de saludo. Detrás de él, una rubia con una camisa caqui desteñida salió de la cocina con una espátula de cromo en la mano. Llevaba el pelo corto y peinado hacia atrás, lo que le hizo recordar a la médica coreana de la unidad quirúrgica de Hosaka, le hizo recordar cómo ardía, recordar a Webber, el cielo iluminado… Se tambaleó frente a la casa de Rudy, con las piernas abiertas para sostener a la chica y el pecho desnudo cubierto de sudor, lleno de tierra de aquel centro comercial de Arizona, y miró a Rudy y a la rubia.

—Os hemos preparado el desayuno —dijo Rudy—. Supusimos que tendríais hambre cuando os vimos por las cámaras de los perros.

Hablaba con un tono discreto y cauteloso.

La joven gruñó.

—Bien —dijo Turner—. Se ha torcido el tobillo, Rudy. Será mejor que le echemos un vistazo. Y también me gustaría hablar contigo de otras cosas.

—Diría que es un poco joven para ti —sentenció Rudy. Luego le dio otro sorbo a la cerveza.

—Que te den, Rudy —dijo la mujer que lo acompañaba—. ¿Acaso no ves que está herida? Tráela, por favor —le rogó a Turner antes de desaparecer por la puerta de la cocina.

—Te veo diferente —comentó Rudy, que se lo quedó mirando. Turner se dio cuenta de que estaba borracho—. Igual, pero diferente.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Turner, que empezó a dirigirse a los escalones de madera.

—¿Te has hecho algo en la cara?

—Una reconstrucción. Tuvieron que recrearla a partir de los registros.

Subió los escalones. Cada movimiento era una punzada en las lumbares.

—Pues no está nada mal. Casi me engaña —comentó Rudy. Después eructó. Era más bajo que Turner y empezaba a engordar, pero tenían el mismo pelo castaño y rasgos muy similares.

Turner hizo una pausa en la escalera cuando los ojos de ambos quedaron a la misma altura.

—Aún haces un poco de todo, ¿verdad, Rudy? Necesito que le eches un vistazo a esta niña. Y alguna cosa más.

—Bueno, veremos qué puedo hacer —respondió su hermano—. Anoche oímos algo. Puede que una bomba sónica. ¿Ha sido cosa tuya?

—Sí. Hay un avión a reacción en el bosque de las ardillas, pero está muy bien escondido.

Rudy suspiró.

—Dios… Venga, métela en casa…

Los años en que la casa había pertenecido a Rudy habían bastado y sobrado para eliminar todo el rastro de las cosas que Turner recordaba, y había algo en él que lo agradecía en el fondo. Vio cómo la rubia cascaba unos huevos en un cuenco de metal, yemas oscuras de gallinas camperas. Rudy criaba pollos.

—Me llamo Sally —se presentó ella al tiempo que empezaba a batirlos con un tenedor.

—Turner.

—Es lo único que sé de ti —dijo ella—. Rudy nunca habla mucho al respecto.

—No se puede decir que mantengamos el contacto. Debería subir para ayudarlo.

—Siéntate. La chica está a salvo con Rudy. Se le da bien.

—¿Aunque esté enfadado?

—Está un poco molesto. Tampoco es que vaya a operar. Aplicará unos dermos y le vendará el tobillo. —Pulverizó unos nachos en una sartén negra sobre mantequilla derretida y luego vertió los huevos encima—. ¿Qué les pasa a tus ojos, Turner? Ella y tú… —Removió la mezcla con una espátula cromada al tiempo que derramaba un poco de salsa de un envase de plástico.

—La fuerza g. Tuvimos que despegar muy rápido.

—¿Por eso se hizo daño en el tobillo?

—Puede ser. No lo sé.

—¿Te persigue alguien? ¿Y a ella?

La mujer sacaba unos platos del armario que había sobre el fregadero, y aquellas puertas de madera laminada barata y marrón provocaron en Turner un repentino acceso de nostalgia. Le pareció ver las muñecas bronceadas de su madre…

—Es posible —respondió—. No me ha dado tiempo a valorar la situación. Aún.

—Come un poco —dijo al tiempo que pasaba la mezcla a un plato blanco y buscaba un tenedor—. A Rudy le da miedo la gente que podría venir en tu busca.

Cogió el plato y el tenedor. El vapor ondulaba sobre los huevos.

—A mí también.

—He conseguido algo de ropa —dijo Sally, que se hizo oír por encima del estruendo de la ducha—. La dejó aquí un amigo de Rudy. Espero que te sirva…

La ducha funcionaba con gravedad: era agua de lluvia almacenada en un tanque en la azotea, con una unidad de filtrado enorme y blanca unida a la tubería sobre la cabeza de la ducha. Turner se asomó por las empañadas cortinas de plástico y parpadeó al ver a Sally.

—Gracias.

—La niña está inconsciente —informó ella—. Rudy cree que puede ser o bien una conmoción, o bien agotamiento. Dice que sus constantes vitales están estables, por lo que tal vez sea un buen momento para hacerle un reconocimiento.

Después se marchó y se llevó los pantalones y la camisa Oakey de Turner.

—¿Quién es? —preguntó Rudy mientras extendía una tira de documento impreso plateado.

—No sé leer eso —reconoció Turner, que echó un vistazo por la estancia blanca en busca de Angie—. ¿Dónde está?

—Durmiendo. Sally la vigila. —Rudy se dio la vuelta y empezó a recorrer la habitación, momento en el que Turner recordó que antes aquel lugar era el salón. Después se puso a apagar las consolas, y las pequeñas luces de los pilotos se apagaron una a una—. No sé, tío. No sé. ¿Qué tiene, una especie de cáncer o algo así?

Turner lo siguió a medida que recorría la habitación y pasaba junto a una mesa de trabajo donde había un micromanipulador cubierto por un forro, junto a los ojos polvorientos que eran unos monitores antiguos, uno de ellos con una pantalla resquebrajada incluso.

—Está por toda su cabeza —explicó Rudy—. Unas cadenas largas que lo cubren todo. No se parece a nada que haya visto antes. A nada.

—¿Cuánto sabes de biochips, Rudy?

Rudy gruñó. Ahora parecía estar muy sobrio pero tenso, inquieto. No dejaba de pasarse las manos por el pelo.

—Eso es lo que pensaba. Es una especie de… No es un implante. Un injerto.

—¿Para qué sirve?

—¿Para qué? Dios. Yo qué coño sé. ¿Quién se lo hizo? ¿Alguien para el que trabajas?

—Creo que es cosa de su padre.

—Madre mía. —Rudy se pasó la mano por la boca—. Proyecta una sombra parecida a la de un tumor en los escáneres, pero sus constantes vitales están estables, dentro de la normalidad. ¿Cómo suele ser en condiciones normales?

—No lo sé. Una niña.

Turner se encogió de hombros.

—Joder, es que hasta me sorprende que sea capaz de caminar —declaró Rudy. Después abrió un frigorífico pequeño de laboratorio y sacó una botella muy fría de Moskovskaya—. ¿Quieres darle un trago a la botella?

—Puede que luego.

Rudy suspiró, miró la botella y luego la volvió a meter en el frigorífico.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? Con algo tan raro dentro de la cabeza de esa chica, no me extrañaría que le estuvieran siguiendo la pista. Si es que no lo están ya.

—Claro que lo están —dijo Turner—. Pero no sé si saben que está aquí.

—Aún. —Rudy se limpió las palmas en los mugrientos pantalones blancos—. Pero estoy seguro de que lo sabrán, ¿no crees?

Turner asintió.

—¿Adónde vais a ir, entonces?

—Al Ensanche.

—¿Por qué?

—Porque allí tengo dinero. Tengo líneas de crédito a nombre de cuatro identidades diferentes, y ninguna de ellas se puede rastrear hasta mí. Porque allí también tengo muchos contactos que puedo usar. Y porque el Ensanche siempre es buen lugar en el que ocultarse. Es enorme, ¿sabes?

—Vale —concedió Rudy—. ¿Cuándo irás?

—¿Tan preocupado estás? ¿Quieres que nos larguemos ya?

—No. Bueno, no lo sé. Me parece muy interesante lo que hay dentro de la cabeza de tu amiga. Tengo un amigo en Atlanta que podría alquilar un analizador de funciones, sirve para mapear el cerebro, a escala. Con algo así podría empezar a averiguar qué es esa cosa… Puede que sea valiosa.

—Seguro. Si supieses dónde venderla.

—¿No tienes curiosidad? ¿Qué narices es? ¿La sacaste de una especie de laboratorio militar?

Rudy volvió a abrir la puerta del frigorífico blanco, sacó la botella de vodka y le dio un sorbo breve.

Turner agarró la botella y la viró para dejar que el líquido helado se le derramase contra los dientes. Lo tragó y se estremeció.

—Son asuntos corporativos. De los gordos. Se suponía que yo tenía que sacar de allí a su padre, pero él prefirió salvarla a ella. Después, alguien hizo saltar por los aires el lugar con lo que me dio la impresión de ser una bomba atómica en miniatura. Escapamos por los pelos. Y llegamos aquí. —Le devolvió la botella a Rudy—. No bebas mucho, Rudy. Hazlo por mí. Te pones muy nervioso cuando bebes.

Rudy se lo quedó mirando e hizo caso omiso de la botella.

—Arizona —dijo—. Salió en las noticias. Los mexicanos están que se suben por las paredes. Pero no fue una bomba nuclear. Tenían efectivos ahí cerca, por todas partes. No puede haber sido nuclear.

—¿Entonces?

—Creen que fue un cañón de riel, que alguien armó un arma de proyectiles hiperveloces en un dirigible de carga e hizo saltar por los aires un centro comercial en ruinas en el quinto pino. Saben que había un dirigible

cerca, y aún no lo han encontrado. Los cañones de riel se pueden programar para explotar y quedar reducidos a plasma cuando se descargan. A esa velocidad, el proyectil podría haber sido cualquier cosa, incluso ciento cincuenta kilos de hielo servirían. —Cogió la botella, la cerró y la dejó en una mesa que tenía al lado—. Y toda esa zona de los alrededores pertenece a Maas, Biolaboratorios Maas, ¿verdad? Maas ha salido en las noticias. Han colaborado con las autoridades, lo que supongo que confirma de dónde salió tu amorcito.

—Claro, pero no sirve para saber quién usó el cañón de riel. Ni por qué razón.

Rudy se encogió de hombros.

—Será mejor que vengáis a ver esto —anunció Sally desde la puerta.

Turner se encontraba sentado con Sally en el porche delantero mucho después. La joven había caído en algo que el electroencefalograma de Rudy denominaba sueño. Rudy volvía a estar encerrado en uno de sus talleres, seguro que con una botella de vodka. Las moscas revoloteaban alrededor de las enredaderas de la cerca de cadenas. Turner descubrió que si entrecerraba los ojos, sentado en el columpio de madera del porche, casi alcanzaba a ver un manzano que ya no estaba allí, un árbol del que en el pasado colgaba una cuerda de cáñamo de un plateado grisáceo de la que pendía el viejo neumático de un automóvil. En aquella época también había luciérnagas, y los talones de Rudy patinaban por un tramo de tierra dura cada vez que se impulsaba con el columpio, mientras Turner estaba tumbado bocarriba sobre la hierba y contemplaba las estrellas…

—Lenguas —dijo Sally, la mujer de Rudy, desde la rechinante silla de mimbre y con un cigarrillo iluminado como un ojo rojo en la oscuridad—. Don de lenguas.

—¿A qué te refieres?

—A lo que hacía esa niña tuya ahí arriba. ¿Sabes francés?

—No, no mucho. Me haría falta un diccionario.

—Pues me sonaba un poco a francés. —El punto rojo ambarino se convirtió en un tajo diagonal durante unos instantes cuando la mujer lo movió para quitarle la ceniza—. Cuando era pequeña, mi viejo me llevó a un estadio y vi a gente dando una charla y hablando en otros idiomas. Me asusté. Creo que hoy me asusté aún más cuando vi que esa niña empezaba a hacerlo.

—Rudy grabó el final, ¿verdad?

—Sí. ¿Sabes? Rudy no está muy bien. Es la razón principal por la que me mudé aquí. Le dije que no iba a quedarme con él, a no ser que se empezase a comportar, pero hace unas dos semanas se puso peor y tuve que volver. Estaba a punto de irme cuando apareciste tú.

Las cenizas del cigarrillo flotaron por encima de la barandilla y cayeron a la gravilla que cubría el patio.

—¿Por la bebida?

—Por eso y por lo que cocina en el laboratorio. Ese hombre sabe un poco de todo, joder. Aún le quedan muchos amigos por el condado. Les he oído contar historias de cuando él y tú erais niños, antes de que te marchases.

—Él también debería haberse marchado —dijo.

—Odia la ciudad —aseguró ella—. Dice que si la línea llega a todas partes, ¿qué necesidad hay de ir a ese lugar?

—Yo fui porque aquí no pasaba nada. Rudy siempre encontraba algo que hacer. Y, al parecer, sigue encontrándolo.

—Deberías haberte mantenido en contacto. Le habría gustado que vinieras cuando tu madre estaba moribunda.

—Estaba en Berlín. No podría haber venido en ningún caso.

—Supongo que no. Yo tampoco estaba aquí. Vine después. Fue un buen verano. Rudy me sacó de ese club sórdido y horrible de Memphis. Llegó una noche con un grupo de amigos rurales y, al día siguiente, yo ya volvía a estar aquí, sin saber muy por qué. Lo que sí sabía es que en aquella época era amable conmigo, y divertido, y me dio la oportunidad de tomarme las cosas con más calma. Me enseñó a cocinar. —Rio—. Me gustaba, pero me daban miedo esos malditos pollos que tenía ahí detrás.

Se levantó y se estiró mientras rechinaba el asiento, y Turner se percató de lo largas y bronceadas que tenía las piernas, del olor y el calor del estío que emanaba de ella cuando se le acercó a la cara.

Sally le puso las manos sobre los hombros. Los ojos de Turner quedaron a la altura de un vientre marrón que unos pantalones de tiro bajo dejaban al descubierto, de un ombligo que era poco más que una sombra tenue; y recordó a Allison en la estancia blanca y vacía y le dieron ganas de apoyar la cabeza en él, de saborearlo todo… Le dio la impresión de que la mujer se inclinaba un poco, pero no estaba seguro.

—Turner —dijo ella—, hay ocasiones en las que estar con él es lo mismo que estar sola…

Se puso en pie, el traqueteo de la vieja cadena del balancín, donde las armellas estaban bien atornilladas en las muescas del canalón del techo del

porche, armellas que su padre había atornillado hacía cuarenta años; y la besó en la boca mientras la abría, a la deriva en el tiempo a causa de la charla, de las luciérnagas y de los recuerdos subliminales, tan suspendido que mientras deslizaba las manos hacia arriba por la calidez de la espalda desnuda de ella, por debajo de la camiseta, le dio la impresión de que las personas que había en su vida no eran más que cuentas hilvanadas en un hilo secuencial pero agrupadas como cuantos, lo que hacía que la conociese tan bien como a Rudy, a Allison, a Conroy o a la joven que era la hija de Mitchell.

—Oye —dijo al tiempo que se zafaba del beso—, ¿qué te parece si vamos arriba?

# 18
# Nombres de los muertos

Alain llamó a las cinco y verificó si tenían disponible el dinero que había solicitado. Marly anotó con cuidado la dirección en el reverso de una tarjeta que había cogido del escritorio de Picard en la galería Roberts; mientras tanto, trataba de reprimir las náuseas que le provocaba la avaricia de Alain. Andrea volvió del trabajo diez minutos después. A Marly le alegró que su amiga no hubiese estado allí cuando llamó Alain.

Vio que Andrea abría la ventana de la cocina y la apoyaba en un ejemplar desgastado de cubiertas azules de la sexta edición del Shorter Oxford English Dictionary. Andrea había calzado una especie de balda de madera contrachapada en el saliente de piedra, lo bastante amplia como para que aguantase el peso del pequeño hibachi que tenía junto al fregadero. Había empezado a colocar con esmero los cubos negros de carbón sobre la parrilla.

—Hoy he hablado sobre tu jefe —dijo al tiempo que colocaba el hibachi sobre la madera y encendía la pasta inflamable con el encendedor de chispa de la cocina—. Nuestro académico ha regresado de Niza. Le desconcierta que ahora me interese Josef Virek, pero es un viciosillo por el trabajo y no le costó mucho hablar del tema.

Marly contemplaba cómo las llamas lamían el carbón.

—No hacía más que hablar de los Tessier-Ashpool —continuó Andrea—. Y de Hughes. Hughes vivió en la segunda mitad del siglo xx y era estadounidense. También está en el libro. Era una especie de proto-Virek. No sabía que los Tessier-Ashpool hubieran empezado a desaparecer…

Volvió a la encimera y desenvolvió seis enormes langostinos tigre.

—¿Son francoaustralianos? Recuerdo un documental, creo. ¿Eran los propietarios de uno de esos grandes balnearios?

—Freeside. Mi profesor dice que lo han vendido. Parece que, de alguna manera, una de las hijas del viejo Ashpool consiguió hacerse con el control

personal de toda la empresa, se volvió cada vez más excéntrica y los intereses del clan se fueron al traste. Todo esto ha ocurrido de siete años para acá.

—No entiendo por qué está relacionado con Virek —dijo Marly, que miraba cómo Andrea atravesaba los langostinos con una enorme brocheta de bambú.

—Yo tampoco lo entiendo. El profesor asegura que tanto Virek como los Tessier-Ashpool son anacronismos fascinantes y que se pueden aprender muchas cosas sobre evolución corporativa si se analizan. Sea como fuere, ha convencido a muchos de nuestros editores con más experiencia…

—Pero ¿qué dijo sobre Virek?

—Que la locura de Virek se manifestaría de una forma diferente.

—¿La locura?

—Bueno, evitó llamarla así. Pero, al parecer, Hughes estaba loco de remate y también el viejo Ashpool, y su hija es una de esas estrambóticas. El profesor dijo que Virek se vería forzado, por presiones evolutivas, a hacer una especie de «salto». Sí, la palabra que usó fue salto.

—¿Presiones evolutivas?

—Sí —aseguró Andrea, que colocó los langostinos ensartados sobre el hibachi—. Habla de las corporaciones como si fuesen especies animales.

Terminada la cena, salieron a caminar. A Marly le costaba percibir en ocasiones el mecanismo figurado de vigilancia de Virek, pero Andrea ocupó la noche con su calidez y su sentido común habituales, y Marly se alegró de andar por una ciudad en la que las cosas eran, simplemente, lo que eran en realidad. ¿Qué clase de cosas podían ser sencillas en el mundo de Virek? Recordó el pomo de metal de la Galerie Duperey y cómo se había retorcido de manera inexplicable entre sus dedos antes de arrastrarla a esa representación del Park Güell. ¿Estaría siempre presente allí, en una tarde interminable en el parque de Gaudí? «El patrón es muy rico. El patrón tiene muchas maneras de manifestarse». Se estremeció en el cálido aire nocturno y se acercó a Andrea.

En realidad, lo más siniestro del constructo de simestim era que conllevaba la insinuación de que cualquier entorno era potencialmente irreal, que los cristales de los escaparates de las tiendas junto a los que pasaba en ese momento con Andrea solo eran una fantasía. En una ocasión, alguien había dicho que los espejos eran nocivos en cierto modo; llegó a la conclusión de que los constructos lo eran aún más.

Andrea hizo una pausa en un quiosco para comprar sus cigarrillos ingleses y la nueva Elle. Marly esperó en la acera, mientras el tráfico de peatones se dividía a su alrededor para evitarla de manera automática: rostros que pasaban junto a ella, estudiantes y hombres de negocios y turistas. Dio por hecho que algunos de ellos formaban parte de esa máquina de Virek, que estaban conectados con Paco, quien había trabajado toda la vida para su patrón.

—¿Qué pasa? Ni que hubieras visto un fantasma.

Andrea empezó a retirar el celofán que envolvía la cajetilla de cigarrillos Silk Cut.

—No —respondió Marly, que se estremeció—, pero me da la impresión de que he estado a punto…

Y, a pesar de la conversación y de la amabilidad de Andrea, al volver a casa a pie los escaparates de las tiendas se habían convertido en cajas, todos y cada uno de ellos, estructuras, como las obras de Joseph Cornell o del misterioso hacedor de cajas que buscaba Virek, libros, pieles y algodones italianos dispuestos de una forma que insinuaba geometrías de una nostalgia anónima.

Y despertar, una vez más, con el rostro enterrado en el sillón de Andrea, con la colcha roja alrededor de los hombros, con el olor del café y mientras su amiga tarareaba para sí una canción pop de Tokio en la habitación contigua, en una mañana gris cargada de lluvia parisina.

—No —le dijo a Paco—. Iré sola. Lo prefiero.

—Es mucho dinero. —Paco bajó la vista al bolso italiano que había sobre la mesilla de café que los separaba—. Es peligroso. Lo sabes, ¿verdad?

—Nadie sabe lo que llevo ahí dentro, ¿no? Solo Alain. Alain y tus amigos. Y no he dicho que vaya sola, solo que no me apetece que me acompañen.

—¿Te pasa algo? —Arrugas profundas en las comisuras de los labios—. ¿Estás enfadada?

—Solo he dicho que me apetece estar sola. Tú y los otros, sean ellos quienes sean, podéis seguirme, seguirme y observar. Si me perdéis la pista, cosa que dudo, ya sabéis adónde me dirijo.

—Eso es cierto —convino él—, pero llevar varios millones de neoyenes sola por París…

Se encogió de hombros.

—¿Y si los pierdo? ¿Afectaría mucho a tu patrón o no tardaría en conseguir otro bolso con otros cuatro millones?

Extendió la mano para coger el asa y se puso en pie.

—Claro que conseguiría otro bolso, aunque reunir esa cantidad de dinero en efectivo requiere cierto esfuerzo por nuestra parte. Y no, al señor no le «afectaría» la pérdida en el sentido en el que te refieres, pero a mí me han castigado por la pérdida insignificante de una cantidad incluso menor. Como bien comprobarás, las personas que son muy ricas comparten la particularidad de preocuparse por su dinero.

—Sea como fuere, iré por mi cuenta. No sola, pero déjame con mis pensamientos.

—Con tu intuición.

—Sí.

Fueron más invisibles que nunca al seguirla, porque Marly estaba segura de que la habían seguido. De hecho, era muy probable que no vigilasen a Alain. La dirección que él les había dado ya se habría convertido en uno de sus centros de atención, estuviese él allí o no.

Marly sintió fuerzas renovadas. Había conseguido imponerse a Paco. Lo había hecho, en parte, por la repentina sospecha de que Paco pudiese acompañarla, con su humor, su virilidad y su adorable ignorancia del arte. Recordó que Virek había dicho que sabían más de su vida que ella misma. ¿Qué harían entonces para rellenar con facilidad los huecos del tablero que era Marly Krushkhova? Paco Estévez. Un perfecto desconocido. Demasiado perfecto. Le sonrió a su reflejo al verse en una pared azulada y reflectante mientras la escalera mecánica la bajaba al metro, satisfecha con el corte de su cabello negro y la solemne pero estilosa montura de unas gafas negras marca Porsche que había comprado esa mañana. «Buenos labios —pensó—. Están muy bien». Y un joven esbelto ataviado con una camisa blanca y chaqueta de cuero negra le sonrió desde la escalera mecánica que subía en dirección contraria; llevaba una carpeta negra y enorme bajo el brazo.

«Estoy en París —pensó—. Razón más que suficiente en mucho tiempo para sonreír. Y hoy le daré al imbécil desagradable de mi expareja cuatro millones de neoyenes, y él me dará algo a cambio. Un nombre, una dirección o puede que un número de teléfono». Compró un billete de primera clase; seguro que el vagón estaría más vacío y podría pasar el rato intentado

averiguar cuál de las personas del interior era aquella a la que había enviado Virek.

La dirección que le había proporcionado Alain, que pertenecía a un lúgubre barrio septentrional, se correspondía con uno de los veinte rascacielos de hormigón erigidos en una planicie del mismo material. Todas aquellas propiedades eran hijas de la especulación inmobiliaria de mediados del siglo anterior. La lluvia caía sin cesar, pero Marly sintió de alguna manera que estaba conchabada con ella; le daba al día un ambiente conspiratorio, y las gotas perlaban el bolso de goma elegante donde guardaba la fortuna de Alain. Le resultaba insólito pasearse por aquel paisaje espantoso con millones bajo el brazo, de camino a recompensar a una expareja absolutamente desleal con esos fardos de neoyenes.

Nadie respondió cuando tocó el timbre del apartamento en el portero automático numerado. Detrás del vidrio laminado y sucio, un recibidor oscuro y desamueblado por completo. El tipo de lugar donde enciendes las luces al entrar y se apagan sin remedio antes de que hayas llegado el ascensor, lo que te deja a la espera en la oscuridad entre el olor a desinfectante y aire viciado. Marly volvió a tocar.

—¿Alain?

Nada.

Probó con la puerta. No estaba cerrada. No había nadie en el recibidor. El objetivo inmóvil de una videocámara abandonada la contempló a través de una capa de polvo. La luz acuosa de la tarde se filtraba desde la superficie de hormigón que acababa de dejar atrás. Atravesó la estancia hasta los ascensores y pulsó el botón 22, mientras los tacones de sus botas zapateaban en baldosas marrones. Se oyó un ruido sordo y grave, un gruñido metálico y unos de los ascensores empezó a descender. Los indicadores de plástico que había sobre las puertas no se iluminaron. La cabina llegó con un siseo y un chirrido agudo y tenue.

—Cher Alain, hay que ver lo bajo que has caído. Este lugar es lo peor.

Mientras las puertas se abrían a la penumbra de la cabina, Marly rebuscó a tientas debajo del bolso italiano la solapa de su cartera de Bruselas. Sacó la linterna verde, plana y pequeña que llevaba desde su primer paseo por París, la del logo en forma de cabeza de león de Pile Wonder grabado en la parte delantera. Una no sabía con qué podía toparse en los ascensores de París: un atracador, una montaña humeante de mierda de perro reciente…

El haz de luz débil iluminó los cables plateados, engrasados y brillantes, y se agitó despacio en el hueco vacío. La punta de su bota derecha estaba a unos centímetros del borde de metal rayado de la baldosa sobre la que se encontraba. Bajó el haz de luz con mano temblorosa y ademán automático hacia el techo polvoriento y lleno de basura de la cabina, que se encontraba dos pisos por debajo. Percibió una cantidad extraordinaria de detalles durante los segundos que la luz cruzó por encima del ascensor. Se imaginó un pequeño submarino surcando los acantilados abisales de montañas sumergidas, el tenue haz vacilante al reflejarse sobre un cieno intacto desde hacía siglos: un lecho suave de hollín lleno de pelillos, algo gris y reseco que en realidad era un condón usado, el reflejo brillante de trozos arrugados de papel de aluminio, el émbolo blanco y el cilindro gris de una jeringuilla para diabéticos… Se agarró al borde de la puerta con tanta fuerza que empezaron a dolerle los nudillos. Después empezó a echar todo el peso del cuerpo hacia atrás, lejos del hueco. Otro paso y apagó la luz.

—Qué cabrón —dijo—. Dios.

Encontró la puerta a la escalera. Volvió a encender la linterna pequeña y comenzó a subir por ella. Al cabo de ocho pisos, dejó de sentirse entumecida y empezó a temblar mientras las lágrimas abrían surcos limpios en su maquillaje.

Volvió a llamar a la puerta. Era de cartón prensado, laminado con una espantosa imitación de palisandro, las vetas litografiadas solo quedaban visibles a la luz del único tubo biofluorescente del largo pasillo.

—Cabrón. ¿Alain? ¡Alain!

El ojo de pez miope de la pequeña mirilla de la puerta la miraba, ciego y vacío. El pasillo hedía: olores a comida preservados en la moqueta sintética.

Probar a girar el pomo de la puerta, uno barato, grasiento, frío y de metal, y sentir de repente el peso del bolso con el dinero, la correa enterrársele en el hombro. Ver cómo la puerta se abría con facilidad. Un pequeño tramo de moqueta naranja con rectángulos irregulares de un rosado salmón, décadas de suciedad del exterior que formaban un rastro definido por miles de inquilinos y sus visitantes.

—¿Alain?

El olor a tabaco negro francés, casi reconfortante…

Y encontrarlo allí, a la misma luz acuosa y plateada, con el resto de rascacielos anodinos visibles a través del rectángulo de la ventana, recortados

contra un cielo pálido y lluvioso; y él tumbado echo un ovillo, como un niño, sobre la espantosa moqueta naranja, con la espalda retorcida en un signo de interrogación debajo de la tirante chaqueta de pana color verde botella, la mano izquierda abierta sobre la oreja, dedos blancos y un atisbo de azul en la base de las uñas.

Arrodillarse y tocarle el cuello. Saberlo de antemano. Al otro lado de la ventana, una cortina interminable de lluvia. Acunarle la cabeza entre las piernas abiertas, sostenerlo, mecerse y balancearse, una tristeza animal e intensa que cubría aquel rectángulo vacío que era la estancia… Y, un tiempo después, percatarse del objeto afilado que tiene debajo de la palma, el extremo prolijo de acero inoxidable de un cable muy fino y rígido que le sobresale del oído y descansa entre unos dedos abiertos y fríos.

Horrible. Horrible. Aquella no era una manera decente de morir. Ponerse en pie, rabiosa y con las manos como garras, para examinar la habitación silenciosa en la que había muerto. No quedaba nada de él en aquel lugar, solo un maletín ajado. Abrirlo y encontrar dos cuadernos de espiral, con páginas vacías y limpias, una novela de moda que no había llegado a leer, una caja de cerillas de madera y una cajetilla medio vacía de Gauloises. Ni rastro de la agenda forrada en cuero de Browns. Le palpó la chaqueta y le metió los dedos en los bolsillos, pero ni rastro.

«No —pensó—, no lo habrías escrito ahí, ¿verdad? Pero sí que podías recordar un número o una dirección». Volvió a echar un vistazo por la estancia mientras una extraña calma se apoderaba de ella. Tenías que escribir las cosas, pero eras reservado y no confiabas en mi pequeña agenda Browns, no. Conociste a una joven en alguna cafetería y escribiste su número en una caja de cerillas o en el reverso de algún papel, y lo olvidaste, para que yo lo encontrase semanas después mientras ordenaba tus cosas.

Se dirigió al pequeño dormitorio. Había una silla plegable de un rojo brillante y una plancha de espuma barata y amarilla que hacía las veces de cama. La espuma tenía una mancha marrón en forma de mariposa que seguramente fuera sangre menstrual. La levantó, pero no había nada debajo.

—Seguro que estabas asustado —dijo, con voz temblorosa a causa de una rabia que no pretendía comprender, con las manos frías, más que las de Alain, mientras las deslizaba por el empapelado rojo con rayas doradas en busca de alguna unión suelta, un escondite—. Eres un mierda. Eres un mierda, imbécil y muerto…

Nada. De vuelta al salón, sorprendida por alguna razón de que Alain no se haya movido, de que no se ponga en pie de un salto, la salude y agite unos

pocos centímetros de cable saboteado. Le quitó los zapatos. Tenían las suelas desgastadas. Miró en el interior y palpó el forro. Nada.

—No me hagas esto.

Volvió al dormitorio. Al armario estrecho. Apartó unas perchas blancas y repiqueteantes de plástico barato, una funda de tintorería que colgaba lánguida. Arrastró la cama de espuma y se colocó encima, con los talones hundidos en ella, y después pasó las manos por una estantería de cartón prensado y encontró, en la esquina más alejada, un pedazo de papel muy bien doblado, azul y rectangular. Abrirlo y ver que tenía astilladas las uñas que se había arreglado con tanto esmero, y encontrar el número que él había escrito con rotulador verde. En una cajetilla de Gauloises.

Alguien llamó a la puerta.

Y luego oyó la voz de Paco.

—¿Marly? ¿Hola? ¿Qué ha pasado?

Se metió el número en la pretina de los vaqueros y se dio la vuelta para encontrarse con la mirada seria y tranquila de Paco.

—Alain —respondió—. Ha muerto.

# 19
# Hipermart

Vio a Lucas por última vez frente a una tienda grande y antigua de la avenida Madison. Así era como lo recordaba, un hombre negro y grande con traje también negro y elegante que estaba a punto de subir a un coche alargado y negro, con un zapato negro y lustroso sobre la lujosa alfombra del interior de Ahmed y el otro aún en el hormigón mal conservado del bordillo.

Jackie estaba junto a Bobby, con el rostro ensombrecido por el ala ancha de su sombrero de fieltro lleno de adornos dorados y un pañuelo de seda naranja anudado en la nuca.

—Ahora serás tú quien cuide de nuestro joven amigo —dijo Lucas, que la señaló con el pomo del bastón—. Nuestro Conde tiene enemigos.

—¿Quién no los tiene? —preguntó Jackie.

—Sé cuidar de mí mismo —dijo Bobby, a quien no le gustaba la idea de que Jackie fuese más capaz que él, aunque en el fondo supiese que, en efecto, lo era.

—Y tendrás que hacerlo —replicó Lucas, que ahora había colocado el pomo del bastón a la altura de los ojos de Bobby—. Ciudad Ensanche es un lugar retorcido, tío. Las cosas no suelen ser lo que parecen.

Acompañó sus palabras con un movimiento del bastón que hizo que las alargadas tiras de metal situadas debajo del pomo se abriesen con suavidad, y que después se extendieran en silencio como si de las varillas de un paraguas se tratasen, afiladas como una cuchilla y puntiagudas como agujas. Luego desaparecieron, y la enorme puerta de Ahmed se cerró con un golpe seco propio del metal blindado.

Jackie rio.

—Maaadre mía. Lucas aún lleva ese palo asesino. Puede que sea un abogado de renombre, pero la calle te marca para siempre. Supongo que eso es bueno…

—¿Abogado?

Jackie lo miró.

—Da igual, guapo. Limítate a venir conmigo, haz todo lo que te diga y todo saldrá bien.

Ahmed se perdió entre el tráfico disperso, el conductor de un peditaxi hizo sonar para nada la bocina portátil cuando el parachoques de metal que se perdía a lo lejos le pasó demasiado cerca.

Después, Jackie le puso en el hombro una mano llena de anillos de oro y con la manicura hecha y lo guio por la acera, abriéndose paso entre un grupo de peatones adormecidos y harapientos, hacia el mundo de Hipermart, ese que despertaba poco a poco.

Jackie le había dicho que eran catorce pisos, y Bobby había silbado.

—¿Y todos iguales?

Ella asintió y echó una cucharada de cristales de azúcar moreno sobre la espuma marrón de la taza de café. Se encontraban sentados en unos taburetes de hierro fundido de aspecto retorcido, en una barra de mármol que había en un local, donde una joven de la edad de Bobby, con un pelo teñido y laqueado que parecía una aleta dorsal, se afanaba con los botones y las palancas de una máquina grande y antigua que tenía tanques de latón y cúpulas y quemadores y águilas con alas extendidas y cromadas. La superficie de la barra había servido para otra cosa en tiempos. Bobby vio que habían machacado uno de los extremos para formar una punta retorcida y alargada que luego habían metido entre dos columnas de metal pintadas de verde.

—Te gusta, ¿verdad? —Espolvoreó sobre la espuma un poco de canela almacenada en un salero de cristal grande y pesado—. En muchos aspectos, esto es lo más lejos que habrás estado de Barrytown.

Bobby asintió. Lo confundían los miles de colores y texturas que veía en todas las cosas que había en los locales, y los locales en sí. Nada parecía tener uniformidad, como si no se hubiese creado con un propósito en mente. Unos pasillos retorcidos se extendían sinuosos desde la cafetería. Tampoco daba la impresión de que hubiese una fuente de iluminación central. El rojo y azul del neón brillaban tras el siseo blanco de las lámparas de gas, y un puesto que acababa de abrir un hombre barbudo con pantalones de cuero parecía estar iluminado por velas, una luz suave que se reflejaba en cientos de hebillas de latón pulido que colgaban del rojo y negro de alfombras antiguas. El lugar atestiguaba el trajinar propio de la mañana, lleno de toses y carraspeos. Una unidad de vigilancia Toshiba de color azul chirrió por un pasillo mientras

arrastraba un carrito de plástico maltrecho con pilas de cajas también de plástico y verdes llenas de basura. Alguien había pegado una cabeza grande de muñeco de plástico al segmento superior del Toshiba, sobre las lentes de las cámaras y los sensores, un objeto sonriente de ojos azules cuyos rasgos semejaban los de una estrella de los simestim pero sin infringir los derechos de autor de Senso/Red. La cabeza rosada, con pelo color platino recogido en una cola de perlas hilvanadas color azul pálido, se mecía de un lado a otro mientras el robot pasaba junto a ellos. Bobby rio.

—Pues este sitio no está mal —dijo al tiempo que hacía un gesto para que la joven le rellenase la taza.

—Espera un momento, capullo —repuso la camarera sin sonar demasiado hostil. Pesaba café molido que vertía a través de una tolva de metal en uno de los platos de una pesa antigua—. Jackie, ¿pudiste dormir anoche después del espectáculo?

—Claro —respondió Jackie, que le dio un sorbo al café—. Bailé en la segunda actuación y después me fui a dormir al Jammer. Caí rendida, ¿sabes?

—Ojalá pudiese decir lo mismo. Cada vez que Henry te ve bailar, me hace la vida imposible… —Rio y volvió llenar la taza de Bobby con el líquido de un termo de plástico negro.

—Bueno —dijo Bobby al ver que la joven volvía a estar ocupada con la cafetera—. ¿Y ahora qué?

—Eres un hombre ocupado, ¿no? —Jackie le lanzó una mirada gélida desde debajo del ala del sombrero con adornos dorados—. ¿Tienes lugares a los que ir? ¿Personas con las que tratar?

—Bueno, tampoco es eso. Joder. Solo me refería a si… ¿Es aquí?

—¿Aquí qué?

—Este lugar. ¿Nos vamos a quedar aquí?

—En el último piso. Un amigo mío llamado Jammer tiene un club allí arriba. Es poco probable que te encuentren allí y, aunque lo hagan, estamos en un lugar en el que cuesta pasar desapercibido. Hay catorce pisos de locales y la mayoría de estas personas venden cosas que nos ponen a vista de todos, ¿sabes? Por ello son muy precavidos cuando aparece un desconocido, alguien que se pone a hacer preguntas. Y la mayoría de ellos son amigos nuestros, de una forma u otra. Sea como fuere, te gustará el sitio. Es un buen lugar para ti. Tienes mucho que aprender, si te acuerdas de mantener la boca cerrada.

—¿Cómo voy a aprender si no puedo hacer preguntas?

—Bueno, puedes ser todo oídos. Y también ser educado. Hay gente muy complicada por aquí, pero si te metes en tus asuntos, todos te dejarán en paz.

Puede que Beauvoir venga esta tarde. Lucas ha ido a los Proyectos para contarle lo que quiera que os haya dicho el Finlandés. ¿Qué os dijo en Finlandés, guapo?

—Que tiene tres cadáveres en el suelo de ese lugar. Dice que son ninjas. —Bobby la miró—. Es muy raro…

—Los muertos no forman parte de su mercancía habitual. Pero sí, es un tipo raro. ¿Por qué no me cuentas la conversación? Con voz tranquila, apacible y comedida. ¿Crees que puedes hacerlo?

Bobby le contó todo lo que fue capaz de recordar de su visita al Finlandés. Ella lo detuvo varias veces para hacerle preguntas que él casi nunca era capaz de responder. Después asintió cuando mencionó por primera vez a Wigan Ludgate.

—Sí —dijo ella—. Jammer siempre habla de él cuando se pone a recordar los viejos tiempos. Tengo que preguntarle…

Al final de la frase, tenía la espalda apoyada contra una de las columnas verdes, y el sombrero muy hundido sobre sus ojos oscuros.

—¿El qué? —dijo Bobby.

—Interesante —repuso ella, pero ahí quedó la conversación.

—Quiero ropa nueva —declaró Bobby cuando subieron al segundo piso por la escalera mecánica apagada.

—¿Tienes dinero? —preguntó ella.

—Joder —repuso él, que tenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones vaqueros anchos y plisados—. No, no tengo puto dinero, pero quiero ropa. Lucas, Beauvoir y tú me tenéis controlado por algún motivo, ¿no? Bueno, pues estoy cansado de esta camisa horrible que me endosó Rhea, y siempre me da la impresión de que estos pantalones se me van a caer. Y estoy aquí porque a Dos al Día, que es un puto don nadie, le apeteció ponerme en peligro para que Lucas y Beauvoir probasen ese programa de mierda. Así que no estaría mal que me comprases ropa, joder. ¿Vale?

—Vale —respondió ella después de hacer una pausa—. Te voy a decir una cosa. —Señaló el lugar en el que una china joven con vaqueros desteñidos enrollaba las láminas de plástico con las que protegía una decena de tubos de acero de los que colgaban varias prendas—. ¿Ves a Lin allí? Es mi amiga. Llévate lo que quieras. Ya arreglaré cuentas entre Lucas y ella.

Media hora después, Bobby salió de detrás de la manta que cubría la entrada de un probador y se puso un par de gafas de aviador espejadas

indojavanesas. Sonrió a Jackie.

—Me queda bien, ¿verdad?

—Ya te digo. —Ella hizo un gesto con la mano, como si se abanicara o hubiese algo muy caliente demasiado cerca—. ¿No te gustaba la camisa que te prestó Rhea?

Miró la camiseta negra que había elegido, a la holocalcomanía cuadrada del ciberespacio que tenía en el pecho. Su hechura fomentaba la impresión de que uno estaba tecleando a toda velocidad a través de la matriz, con líneas de cuadrícula emborronadas en los extremos de la imagen.

—No, era demasiado hortera…

—Bien —dijo Jackie al tiempo que miraba los vaqueros ceñidos y negros, las pesadas botas de cuero que tenían en los tobillos dobleces como las de un acordeón y parecían sacadas de un traje espacial y el cinturón militar de cuero negro adornado con dos hileras de tachuelas cromadas con forma piramidal —. Supongo que ahora sí que te pareces al Conde. Pues venga, Conde. Tengo un sofá en el que puedes dormir. Arriba, en el Jammer.

Bobby le dedicó una mirada lasciva, con los pulgares encajados en los bolsillos delanteros de los Levi’s negros.

—Solo —añadió Jackie—. Tranquilo.

# 20
# Vuelo a Orly

Paco llevó el Citroën-Dornier por los Champs, a través de la Rive Droite del Sena, y luego por Les Halles. Marly estaba hundida en la asombrosa comodidad del asiento de cuero, que estaba mejor cosido que su chaqueta de Bruselas, y se centró en poner la mente en blanco, en que nada le afectase. Céntrate en tu vista, se dijo a sí misma, solo en tu vista, en que tu cuerpo no es más que una masa presionada de manera equitativa a causa de la velocidad de este coche caro a más no poder. Pasaron junto a la fuente de los Inocentes, donde las prostitutas regateaban con los conductores de los camiones de carga flotantes en bleu de travail, y Paco conducía sin esfuerzo por las callejuelas estrechas.

—¿Por qué dijiste: «No me hagas esto»?

Separó la mano de la consola de control y se colocó mejor el auricular en la oreja.

—¿Por qué estabas escuchando?

—Porque es mi trabajo. Hice que una mujer subiese al rascacielos que se encontraba justo frente al de Alain, hasta el piso veintidós y con un micrófono parabólico. El teléfono del apartamento estaba inservible; de lo contrario, lo habríamos usado. Subió, se coló en una unidad vacía que se encontraba en la cara oeste del edificio y dirigió el micrófono justo a tiempo para oírte decir: «No me hagas esto». ¿Estabas sola?

—Sí.

—¿Alain estaba muerto?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué lo dijiste?

—No lo sé.

—¿Quién creíste que te estaba haciendo algo?

—No lo sé. Puede que Alain.

—¿Y qué te estaba haciendo?

—¿Estar muerto? ¿Complicándolo todo? Algo así.

—Eres una mujer complicada.

—Déjame salir.

—Te llevaré al apartamento de tu amiga.

—Detén el coche.

—Te llevaré al…

—Iré andando.

El coche plateado y bajo se deslizó hasta el bordillo.

—Te llamaré. Dentro de…

—Buenas noches.

—¿Seguro que no prefiere uno de los balnearios? —preguntó el señor Paleologos, delgado y elegante como una mantis, ataviado con una chaqueta de arpillera blanca y con el pelo también blanco, peinado hacia atrás desde la frente con un cuidado extremo—. Será menos caro y mucho más divertido. Es usted una joven muy guapa…

—¿Pardon? —Dejó de fijarse en la calle que había detrás de la ventana cubierta de lluvia—. ¿Que soy qué?

Su francés era bastante tosco y entusiasta, y sonaba con un acento extraño.

—Una joven muy guapa. —Le dedicó una sonrisa considerada—. ¿Preferiría unas vacaciones en un clúster del Mediterráneo? ¿Con gente de su edad? ¿Es usted judía?

—¿Cómo ha dicho?

—Judía. ¿Lo es?

—No.

—Qué pena —dijo—. Tiene los pómulos de una mujer judía joven y elegante… Tengo un descuento muy bueno para pasar quince días en Jerusalén Original, un lugar maravilloso por ese precio. Incluye el alquiler de un traje, tres comidas al día y una lanzadera directa desde el toro de JAL.

—¿Alquiler del traje?

—La atmósfera no está establecida aún en Jerusalén Original —dijo el señor Paleologos al tiempo que pasaba un fardo de documentos rosados de un extremo de su escritorio al otro.

Su despacho era un pequeño cubículo en cuyas paredes se apreciaban vistas holográficas de Poros y Macao. Marly había elegido la agencia por su evidente secretismo y porque había sido capaz de entrar sin moverse del

pequeño complejo comercial de la estación de metro más cercana a la casa de Andrea.

—No —replicó ella—. No me interesan los balnearios. Quiero ir aquí.

Señaló la dirección escrita en la cajetilla azul y arrugada de Gauloises.

—Bueno —dijo él—, claro que es posible, pero no tengo ninguna estancia que ofrecerle. ¿Va a visitar a algunos amigos?

—Es un viaje de negocios —repuso ella, con impaciencia—. Tengo que salir cuanto antes.

—Muy bien. Muy bien —dijo el señor Paleologos al tiempo que cogía un terminal portátil de aspecto barato de una estantería ubicada detrás de su escritorio—. ¿Podría darme su código de crédito, por favor?

Marly extendió la mano hacia su bolso de cuero negro y sacó el grueso fardo de neoyenes que había sacado de la bolsa de Paco mientras él estaba ocupado examinando el apartamento donde había muerto Alain. El dinero estaba atado con una banda elástica roja y translúcida.

—Me gustaría pagar en efectivo.

—Claro, perdone —dijo el señor Paleologos, que luego extendió un dedo rosado para tocar el billete superior, como si esperase que el fardo completo fuese a desaparecer al rozarlo—. Ya veo. Bueno, como comprenderá, no suelo hacer negocios así… Pero supongo que podría hacer una excepción…

—Rápido —lo urgió ella—. Tengo mucha prisa.

Él la miró.

—Entiendo. Por favor, ¿podría decirme el nombre con el que le gustaría viajar? —preguntó mientras empezaba a mover los dedos sobre las teclas del terminal portátil.

# 21
# La carretera

Turner se despertó en una casa en silencio, con el trinar de los pájaros posados sobre los manzanos que había en el jardín descuidado. Había dormido en el sillón roto que Rudy tenía en la cocina. Abrió el grifo para prepararse un café, y las cañerías de plástico que bajaban desde el tanque de agua de la azotea rechinaron mientras se llenaba la cafetera, que luego puso en el fogón de propano. Después se dirigió al porche.

Los ocho vehículos de Rudy estaban cubiertos por una capa de rocío y colocados en una fila perfecta en la gravilla. Uno de los sabuesos aumentados trotó a través de la puerta abierta mientras Turner bajaba los escalones, con la capucha negra tintineando con suavidad en el silencio matutino. Hizo una pausa, sin dejar de babear, meció la cabeza retorcida de un lado a otro y salió en desbandada por la gravilla para luego perderse de vista tras la esquina del porche.

Turner se quedó quieto junto a la capota de un jeep Suzuki marrón oscuro que usaba celdas de hidrógeno. Seguro que Rudy en persona había llevado a cabo la conversión. Tracción a las cuatro ruedas, neumáticos enormes y todoterreno cubiertos por una costra de barro seco y pálido de río. Pequeño, lento y fiable. No serviría de mucho en la carretera.

Después se detuvo frente a dos sedanes Honda con manchas de óxido, idénticos, de los mismos año y modelo. Seguro que Rudy estaba desmontando partes de uno para el otro, y que ninguno de los dos funcionaba. Esbozó una sonrisa ausente al ver la pintura marrón e inmaculada de la camioneta Chevrolet de 1949, al recordar la carrocería oxidada que Rudy había llevado desde Arkansas sobre un remolque alquilado. Era un vehículo de gasolina, y las superficies interiores del motor sin duda estarían tan impolutas como el lacado pulido a mano de los guardabarros.

También tenía por allí la mitad de un ekranoplano Dornier que ocultaba debajo de unos toldos grises, y una motocicleta de carreras negra y parecida a

una avispa de marca Suzuki, colocada sobre un remolque casero. Se preguntó cuánto tiempo había pasado desde la última ocasión en que Rudy participó en una carrera de verdad. Debajo de otro de los toldos, también había una motonieve vieja junto al remolque de la motocicleta. Y luego el aerodeslizador gris y sucio, vestigio de la guerra, una cuña achaparrada de acero blindado que olía al queroseno que quemaba su turbina, con la colchoneta neumática desinflada sobre la gravilla. Las ventanas eran hendiduras estrechas cubiertas de plástico de alto impacto. También había matrículas de Ohio atornilladas a los parachoques parecidos a arietes que tenía esa cosa. Las matrículas eran actuales.

—Sé en qué estás pensando —dijo Sally, y Turner se giró para mirarla junto a la barandilla del porche con una cafetera de café humeante en las manos—. Rudy dice que, si no puede pasar por encima de algo, seguro que puede atravesarlo.

—¿Es rápido?

Tocó el lateral blindado del aerodeslizador.

—Claro, pero necesitarás una espalda nueva si pasas más de una hora en él.

—¿Y las autoridades?

—No les gusta mucho su aspecto, pero tiene permiso de circulación. No hay ninguna ley que prohíba el blindaje; al menos, que yo sepa.

—Angie se siente mejor —dijo Sally mientras él la seguía por la puerta de la cocina—. ¿Y tú, guapo?

La hija de Mitchell alzó la vista de la mesa de la cocina. Tanto sus moretones como los de Turner eran ahora apenas un par de comas gruesas, como lágrimas negroazuladas.

—Mi amigo es médico —explicó Turner—. Te hizo un reconocimiento cuando estabas inconsciente. Dice que estarás bien.

—Tu hermano. No es médico.

—Lo siento, Turner —dijo Sally, que se encontraba junto a los fogones—. Soy muy sincera.

—Vale, no es médico —aceptó—, pero es listo. Nos preocupaba que Maas te hubiese hecho algo y que fueses a empeorar al salir de Arizona…

—¿Una bomba en la corteza cerebral?

Cogió una cucharada de cereales de un cuenco roto estampado con flores de manzano alrededor del borde. Había formado parte de una vajilla que

Turner aún recordaba.

—Dios —dijo Sally—. Turner, ¿en qué andas metido?

—Buena pregunta.

Tomó asiento junto a la mesa. Angie masticó cereales sin dejar de mirarlo.

—Angie —comenzó él—, Rudy encontró algo en tu cabeza cuando te escaneó.

La joven dejó de masticar.

—No sabía lo que era, pero sí que se trataba de algo que alguien puso allí. Quizá cuando eras mucho más joven. ¿Sabes de qué hablo?

Ella asintió.

—¿Sabes lo que es?

Tragó cereales.

—No.

—Pero ¿sabes quién te lo implantó?

—Sí.

—¿Tu padre?

—Sí.

—¿Sabes la razón?

—Porque estaba enferma.

—¿Enferma de qué?

—No era lo bastante lista.

A mediodía lo tenía todo preparado, el aerodeslizador lleno de combustible y a la espera junto a la cerca de cadenas. Rudy le había dado una bolsa hermética negra llena de neoyenes, y algunos de los billetes estaban tan usados que incluso se veían translúcidos.

—Intenté traducir la grabación con un diccionario de francés —dijo Rudy mientras uno de los sabuesos se frotaba las polvorientas costillas contra sus piernas—. Imposible. Creo que es una especie de criollo. Puede que africano. ¿Quieres una copia?

—No —respondió Turner—. Quédatelo tú.

—Gracias —dijo Rudy—, pero no. Si alguien me pregunta al respecto, negaré que estuvieras aquí. Sally y yo iremos a Memphis esta tarde para quedarnos con unos amigos. Los perros vigilarán la casa. —Rascó al animal detrás de la capucha de plástico—. ¿Verdad, chico? —El perro gimió y se estremeció—. Los entrené para cazar mapaches cuando les puse los

infrarrojos. Estoy seguro de que no queda ninguna de esas criaturas en todo el condado…

Sally y la joven bajaron por las escaleras del porche, Sally con una bolsa de viaje de lona algo ajada que había llenado con bocadillos y un termo de café. Turner la recordó en la cama del piso de arriba y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Parecía mayor aquel día, más cansada. Angie se había cambiado la camiseta de Maas-Neotek manchada de sangre por una sudadera negra que Sally había encontrado para ella. Le venía grande, pero la hacía parecer más joven, si cabe. Sally también consiguió disimular los moretones que aún tenía en la cara con un maquillaje barroco que generaba un enorme contraste con su rostro infantil y la sudadera.

Rudy le dio a Turner la llave del aerodeslizador.

—Esta mañana hice que mi viejo Cray me preparase un resumen de noticias empresariales recientes. Una de las que deberías conocer es que Biolaboratorios Maas ha anunciado la muerte accidental del doctor Christopher Mitchell.

—Es impresionante con qué vaguedad pueden llegar a expresarse.

—Y apriétate bien el cinturón —decía Sally—, o tendrás el culo lleno de moretones cuando lleguéis a la circunvalación de Statesboro.

Rudy miró a la chica y luego de nuevo a Turner. Este vio las venas rotas en la base de la nariz de su hermano. También tenía los ojos inyectados en sangre y un tic muy marcado en el párpado izquierdo.

—Bueno, supongo que hasta aquí hemos llegado. Es curioso, pero había llegado a pensar que ya no volvería a verte. Ha sido un poco raro hacerlo precisamente aquí…

—Bueno —dijo Turner—, habéis hecho por mí mucho más de lo que esperaba.

Sally apartó la mirada.

—Muchas gracias. Supongo que será mejor que nos vayamos.

Subió a la cabina del aerodeslizador. Tenía muchas ganas de irse. Sally le estrechó la muñeca a la joven, le dio la bolsa y se quedó junto a ella mientras la chica subía por los dos reposapiés. Turner se colocó en el asiento del conductor.

—Ella no dejaba de preguntar por ti —dijo Rudy—. La cosa se puso tan fea que ni los análogos de endorfinas alcanzaban a disimular el dolor, y más o menos cada dos horas preguntaba dónde estabas y cuándo ibas a venir.

—Te envié dinero —explicó Turner—. El suficiente como para llevarla a Chiba. Las clínicas de allí podrían haber intentado un nuevo tratamiento.

Rudy resopló.

—¿Chiba? Dios. Era una anciana. ¿De qué narices habría servido mantenerla viva unos meses más en Chiba? Lo único que quería era verte.

—Era imposible —dijo Turner mientras la chica se colocaba en el asiento junto a él y dejada la bolsa de lona en el suelo, junto a sus pies—. Nos vemos, Rudy. —Cabeceó—. Sally.

—Hasta siempre —dijo ella, y luego rodeó a Rudy con un brazo.

—¿De quién habláis? —preguntó Angie mientras bajaba la cúpula de la cabina.

Turner metió la llave en el arranque y encendió la turbina, momento en el que la colchoneta neumática empezó a inflarse. Vio a Rudy y a Sally a través de la estrecha ventana que tenía a un lado, apartándose con rapidez del vehículo, mientras el perro se acobardaba y daba dentelladas al aire a causa del ruido de la turbina. Los pedales y los controles manuales tenían un tamaño exagerado, diseñados para facilitar la conducción a alguien que llevase puesto un traje de radiación. Turner guio el aerodeslizador a través de las puertas y giró en un amplio terreno de gravilla. Angie se afanaba por amarrarse el arnés.

—Mi madre —respondió él.

Revolucionó la turbina, y el vehículo se sacudió.

—No llegué a conocer a la mía —comentó ella, y en ese momento Turner recordó que el padre de la chica había muerto y que ella aún no lo sabía.

Pisó el acelerador y salieron despedidos por el camino de gravilla. Estuvieron a punto de atropellar a uno de los perros de Rudy.

Sally estaba en lo cierto con respecto a la comodidad del aerodeslizador: la turbina no dejaba de vibrar. Los dientes le castañeteaban sin parar mientras avanzaban a noventa kilómetros por hora en aquel asfalto irregular de la antigua autopista estatal. La colchoneta neumática blindada recorría las superficies destrozadas; el efecto rasante de un modelo deportivo civil solo es posible en una superficie plana y perfecta.

Pero a Turner le gustaba. Girabas el vehículo, tirabas de la palanca y avanzaba. Alguien había colgado un par de dados de espuma rosada desgastados sobre la hendidura delantera, y el chirriar de la turbina no cesaba detrás de ellos. La joven pareció relajarse mientras contemplaba el paisaje de carretera con un gesto ausente y casi de satisfacción. Turner agradeció que no hiciese falta darle conversación. «Todos estarán detrás de ti —pensó mientras

la miraba de reojo—. Es posible que, en la actualidad, seas una de las cositas más buscadas de toda la superficie del planeta, y aquí estoy yo, llevándote de camino al Ensanche en este carro de guerra de juguete de Rudy, sin tener ni puta idea de qué voy a hacer contigo… ni de quién hizo saltar por los aires ese centro comercial abandonado…».

«Repasa los hechos —pensó mientras penetraban en el valle. Repásalos otra vez. Terminarás por encajar las piezas». Mitchell se había puesto en contacto con Hosaka y les había dicho que iba a salir. Hosaka contrató a Conroy y a un equipo médico para que revisasen si le habían hecho algo a Mitchell. Conroy había reunido ambos grupos y trabajado con el agente de Turner. El agente de Turner era una voz en Ginebra, un número de teléfono. Hosaka había enviado a Allison a México para examinarlo y luego Conroy lo había sacado de allí. Justo antes de que se armase la gorda, Webber había dicho que era el topo de Conroy en el lugar… Entonces, justo cuando la chica venía de camino, apareció alguien que empezó a encender bengalas y a disparar armas automáticas. Le daba la impresión de que se trataba de Maas, ya que era el tipo de acción esperable y para lo que habían contratado a los mercenarios. Luego, el cielo blanco… Pensó en lo que le había contado Rudy sobre un cañón de riel… ¿Quién? Y después recordó lo que la chica tenía en la cabeza, las cosas que Rudy había descubierto en la tomografía y con la resonancia magnética. Ella había dicho que su padre nunca había tenido intención de escapar de aquel lugar.

—Ninguna empresa —dijo ella, a la ventana.

—¿Qué has dicho?

—Que no perteneces a ninguna empresa, ¿verdad? Vamos, que trabajas para quienquiera que te contrate.

—Así es.

—¿No te da miedo?

—Claro, pero eso no es óbice para que…

—Nosotros siempre hemos tenido a la empresa. Mi padre decía que yo iba a estar bien, que solo iba a quedarme con otra empresa…

—Y estarás bien. Tenía razón. Solo necesito saber qué está ocurriendo. Después te llevaré adonde haga falta.

—¿A Japón?

—Adonde sea.

—¿Has estado allí?

—Claro.

—¿Me gustará?

—¿Por qué no?

Después volvieron a sumirse en el silencio, y Turner se centró en la carretera.

—Me hace soñar —dijo ella mientras se inclinaba hacia delante para encender los faros, con un tono de voz apenas audible a causa de la turbina.

—¿El qué?

Fingió estar absorto en la conducción y se aseguró de no mirarla.

—Lo que tengo en la cabeza. Por regla general, solo ocurre cuando estoy dormida.

—¿Sí?

Recordó el blanco de sus ojos en el dormitorio de Rudy, los temblores, la avalancha de palabras en un idioma que él desconocía.

—A veces también sucede cuando estoy despierta. Es como si me enchufase a una consola, pero libre de la red, volando y acompañada. Hace unas noches soñé con un chico. Él extendía la mano para tocar algo, y yo le hacía daño, y él no era capaz de darse cuenta de que estaba libre, que solo tenía que dejarse llevar. Y se lo dije. Y, solo durante un segundo, vi dónde se encontraba, y no parecía un sueño: era una habitación fea y pequeña con la moqueta manchada, y vi que él necesitaba una ducha y sentí que tenía los zapatos pegajosos por dentro, porque no llevaba calcetines puestos… Los sueños no son así…

—¿No?

—No. Los sueños son grandes, hay cosas enormes, y yo también lo soy. Me muevo, con los demás…

Turner soltó el aire mientras el aerodeslizador ascendía a la interestatal por una rampa de hormigón, consciente de improviso de que había estado conteniendo la respiración.

—¿Qué otros?

—Los brillantes. —Otro silencio—. No son personas…

—¿Pasas mucho tiempo en el ciberespacio, Angie? Enchufada a una consola, quiero decir.

—No. Solo para las cosas de la escuela. Mi padre me decía que no era bueno para mí.

—¿Te comentó algo sobre esos sueños?

—Solo que cada vez se volvían más reales. Pero yo nunca le conté nada de los otros…

—¿Quieres contármelo a mí? Puede que me ayude a comprender y a descubrir cuál debería ser nuestro próximo paso.

—Algunos me contaban cosas. Historias. En el pasado no había nada. Nada que se moviese por su propia voluntad, solo datos y personas entremezclados. Después ocurrió algo y… adquirió conciencia. Hay toda una historia al respecto: una joven con espejos en lugar de ojos y un hombre demasiado temeroso como para que nada le importase. Aquel hombre hizo algo que contribuyó a que todo adquiriese conciencia… Y después de eso, se podría decir que se dividió en varias partes de sí mismo, y creo que esas partes son los otros, los brillantes. Pero no podría asegurarlo a ciencia cierta, porque no me lo dicen con palabras, exactamente…

Turner sintió que le erizaba el vello de la nuca. Recordó algo que ahora emergía de la corriente de recuerdos del informe de Mitchell. Una vergüenza incontrolable en un pasillo sucio de pintura color crema descascarillada, en Cambridge, residencia de estudiantes…

—¿Dónde naciste, Angie?

—En Inglaterra. Después Maas contrató a mi padre y nos mudamos. A Ginebra.

En algún lugar de Virginia, giró el aerodeslizador a la izquierda hacia un recodo de un camino de gravilla rodeado por pastos descuidados, donde el polvo del verano árido se arremolinaba detrás de ellos, y lo llevó a una arboleda de pinos. La turbina se apagó mientras el vehículo caía sobre la colchoneta neumática.

—Será mejor que comamos algo —dijo Turner mientras extendía la mano hacia la bolsa de lona de Sally.

Angie se desamarró el arnés y abrió la cremallera de la sudadera. Debajo de ella llevaba algo blanco y ceñido, y la piel suave y bronceada de una niña se asomaba por el nacimiento del cuello sobre unos pechos jóvenes. Le quitó la bolsa a Turner y empezó a desenvolver los bocadillos que les había preparado Sally.

—¿Qué le pasa a tu hermano? —preguntó al tiempo que le daba medio bocadillo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, está claro que le pasa algo… Sally dijo que no deja de beber. ¿No es feliz?

—No lo sé —respondió Turner, quien giró el cuello y levantó los hombros para aliviar el dolor—. Supongo que no, pero desconozco la razón. A veces las personas se quedan estancadas.

—¿Cuánto no tienen empresas que cuiden de ellos?

Le dio un mordisco al bocadillo. Él la miró.

—¿Te estás burlando de mí?

Ella asintió con la boca llena. Tragó.

—Un poco. Sé que hay mucha gente que no trabaja para Maas. Que nunca lo ha hecho y que nunca lo hará. Tú eres uno de ellos, y tu hermano es otro. Pero te lo estaba preguntando de verdad. Me gusta Rudy, ¿sabes? Pero parecía tan…

—Jodido —terminó la frase por ella, sin soltar el bocadillo—. Estancado. En mi opinión, hay un momento en el que la gente tiene que cambiar y, cuando no lo hacen, se quedan estancados para siempre… Y Rudy no llegó a hacerlo.

—¿Como mi padre al quererme sacar de Maas? ¿Ese fue su cambio?

—No. Hay cambios que uno tiene que decidir por sí mismo. Imaginarse que algo mejor le espera en alguna parte…

Hizo una pausa, ya que de pronto se sintió ridículo. Luego le dio un mordisco al bocadillo.

—¿Eso es lo que pensabas?

Él asintió y se preguntó si aquello era cierto.

—Por eso te marchaste. Y Rudy se quedó aquí.

—Era listo. Y todavía lo es. Acumuló un buen puñado de títulos, y lo hizo todo en línea. Consiguió sacarse un doctorado en Biotecnología en Tulane cuando tenía veinte años. Y más cosas. Nunca envió el currículo a ninguna parte. Nada. Había cazatalentos por todas partes, pero él los engañaba y luego se peleaba con ellos… Supongo que, en su opinión, podía hacer algo por su cuenta. Como esas capuchas de los perros. Ha conseguido crear alguna que otra patente original, pero… Sea como fuere, se quedó. Empezó a traficar y a preparar hardware para ciertos individuos. Se hizo famoso en el condado. Y nuestra madre enfermó, durante mucho tiempo, y yo estaba lejos…

—¿Dónde estabas?

La joven abrió el termo, y el olor a café inundó la cabina.

—Lo más lejos que pude —respondió, sorprendido por la rabia que emanaba de su voz.

Ella le pasó la taza de plástico y la llenó hasta el borde de café solo muy caliente.

—¿Y tú? Me dijiste que no llegaste a conocer a tu madre.

—No la conocí. Se separaron cuando yo era pequeña. No podía volver a verme. Llegaron a ese trato a cambio de que él no le quitase de una especie de plan de acciones financieras. O eso me dijo él.

—¿Y cómo es él?

Turner le dio un sorbo al café. Después se lo pasó a ella, que lo miró por encima del borde de la taza de plástico rojo, con los ojos llenos del maquillaje de Sally.

—Tú dirás. O pregúntamelo dentro de veinte años. Tengo diecisiete. ¿Cómo narices voy a saberlo?

Él rio.

—Empiezas a sentirte un poco mejor, ¿verdad?

—Supongo que sí, dadas las circunstancias.

Y, justo en ese momento, Turner fue consciente de la presencia de ella de una manera nueva para él, y sus manos retorcieron los controles, nerviosas.

—Bien. Aún nos queda un largo camino por delante.

Esa noche, durmieron en el aerodeslizador, aparcado detrás de un entramado de metal oxidado que en el pasado había sostenido la pantalla de un autocine del sur de Pensilvania, con la parka de Turner extendida sobre el suelo de metal blindado debajo de la protuberancia alargada de la turbina. La joven le dio un sorbo a lo que quedaba de café, frío, mientras se sentaba en la escotilla cuadrada que se abría sobre el asiento del copiloto y veía los insectos luminosos que zumbaban por un campo lleno de hierba amarillenta.

En algún momento, mientras soñaba, sueños aún influidos por destellos fortuitos del informe del padre de la chica, ella rodó hacia él, con sus pechos suaves y cálidos contra su espalda desnuda a través de la tela fina de la camiseta; y luego Turner sintió cómo ella lo rodeaba con el brazo y empezaba a acariciarle los músculos lisos del vientre, pero se quedó tumbado y fingió estar muy dormido. Y solo entonces encontró los pasadizos más oscuros del biosoft de Mitchell, donde unas cosas extrañas empezaron a mezclarse con sus miedos y con su dolor. Y se despertó al alba para oírla cantar entre susurros, sentada en la escotilla del techo.

*Mi papá es todo un seductor*
*y tiene una cadena de unos quince kilómetros de largo.*
*Y de cada eslabón*
*cuelga un corazón*
*de las muchachas*

*a las que amó y luego abandonó.*

# 22
# El Jammer

Llegaron al Jammer después de recorrer doce tramos más de escaleras mecánicas rotas. El lugar ocupaba un tercio de la parte trasera del ático. El único club nocturno que Bobby había visto en su vida era el Leon, y el Jammer le resultó impresionante y escalofriante al mismo tiempo. Impresionante por su tamaño y por la calidad del equipamiento, y escalofriante porque un club nocturno es irreal de por sí durante el día. Embrujado. Echó un vistazo alrededor, con los pulgares clavados en los bolsillos de los vaqueros nuevos, mientras Jackie conversaba entre susurros con un hombre blanco de cara alargada que llevaba un mono de trabajo azul y arrugado. El lugar estaba equipado con asientos de ultragamuza, mesas redondas y negras y decenas de mamparas ornamentadas de madera troquelada. El techo estaba pintado de negro, y cada mesa se encontraba iluminada por un pequeño foco empotrado cuya luz brotaba directamente desde la penumbra. Había un escenario central sobre el que colgaban unas luces de trabajo de unos cables amarillos, luces que alumbraban el lugar, en cuyo centro había una batería acústica color rojo cereza. No sabía muy bien por qué, pero aquello le puso los pelos de punta, como si fuese irreal, como si algo estuviese a punto de cambiar en el límite de su campo visual…

—Bobby —dijo Jackie—, ven. Quiero presentarte a Jammer.

Cruzó la moqueta lisa y oscura con toda la tranquilidad de la que fue capaz y miró a ese hombre de cara alargada, que tenía el cabello oscuro y ralo y llevaba una camisa blanca de vestir debajo del mono. Tenía los ojos estrechos, y los recovecos de los pómulos estaban ensombrecidos a causa de la barba de un día que empezaba a crecerle.

—¿Qué tal? —preguntó el tipo—. Entonces, ¿quieres ser un vaquero?

Miraba la camiseta de Bobby, que tenía la incómoda sensación de que el tipo estaba a punto de reírse de él.

—Jammer era jinete —explicó Jackie—. De los mejores. ¿No es así, Jammer?

—Eso dicen —comentó Jammer, que no había dejado de mirar a Bobby —. Fue hace mucho tiempo, Jackie. ¿Cuántas horas has pasado tecleando? —le preguntó a Bobby.

Él se ruborizó.

—Bueno. Supongo que solo una.

Jammer arqueó las pobladas cejas.

—Por algo se empieza.

Sonrió, con dientes pequeños, antinaturales incluso. A Bobby le dio la impresión de que tenía más de lo normal.

—Bobby —dijo Jackie—, ¿por qué no le preguntas a Jammer sobre ese tal Wig del que te habló el Finlandés?

Jammer la miró, y luego volvió a girarse hacia Bobby.

—¿Conoces al Finlandés? Para ser un salchichero, estás metido hasta el fondo, ¿no? —Sacó un inhalador de plástico azul del bolsillo de la cadera y se lo metió en el agujero de la nariz de la izquierda, esnifó y luego lo volvió a guardar—. Ludgate. El Wig. ¿El Finlandés ha dicho algo del Wig? Tiene que estar senil.

Bobby no sabía por qué decía algo así, pero no le pareció el momento adecuado para preguntar.

—Ese tal Wig está en órbita en alguna parte —empezó a decir—. Y a veces le vende cosas al Finlandés…

—¡No jodas! Tienes que estar de coña. Yo creía que el tipo estaba muerto o vegetal. Estaba más loco que el típico vaquero, ¿sabes? De remate. Ido del todo. No sé nada de él desde hace años.

—Jammer —interrumpió Jackie—, creo que es mejor que dejes que Bobby te cuente la historia. Beauvoir llegará por la tarde y te hará unas preguntas, por lo que será mejor que sepas cómo están las cosas…

Jammer la miró.

—Ya veo. El señor Beauvoir va a pedirme que le devuelva aquel favor, ¿verdad?

—No sé cuáles son sus intenciones —respondió ella—, pero yo diría que sí. Necesitamos un lugar seguro donde el Conde pueda refugiarse.

—¿Qué conde?

—Yo —dijo Bobby—. Se refiere a mí.

—Maravilloso —dijo Jammer con una total falta de entusiasmo—. Venga, vayamos al despacho.

Bobby fue incapaz de quitarle ojo de encima a la consola de ciberespacio que ocupaba una tercera parte de la superficie del escritorio de roble antiguo de Jammer. Era de un negro mate, personalizada y sin marca comercial de ningún tipo. No dejaba de inclinarse hacia delante mientras le contaba a Jammer la historia de Dos al Día y su aventura en el ciberespacio, sobre aquella representación de una joven y cómo habían hecho saltar por los aires el apartamento de su madre con ella dentro. Era la consola más impresionante que había visto jamás, y recordó que Jackie le había dicho que Jammer había sido uno de los mejores putos vaqueros de su época.

Jammer se reclinó en el asiento al ver que Bobby había terminado.

—¿Quieres probarla? —preguntó. Sonaba agotado.

—¿Probarla?

—La consola. Me da la impresión de que quieres probarla. Lo sé por la manera en la que no dejas de mover el culo en la silla. O quieres probarla o te estás meando desde hace rato.

—Joder, claro que sí. Sí, gracias, sí. Me encantaría…

—Claro, ¿por qué no? Nadie se enterará de que eres tú ocupando mi lugar, ¿no? ¿Por qué no te enchufas con él, Jackie? Para seguirle la pista. —Abrió un cajón del escritorio y sacó un equipo de trodos—. Pero no hagas nada, ¿vale? Ya sabes, limítate a darte un garbeo por ahí. No montes un numerito. Les debo un favor a Beauvoir y a Lucas, y me da la impresión de que la manera de devolverlo será mantenerte con vida. —Le pasó unos trodos a Jackie y otros a Bobby. Se puso en pie, agarró unos asideros que había a ambos lados de la consola negra y empezó a girarla hasta que la parte delantera quedó frente a Bobby—. Venga. Te vas a correr todo, ya verás. Esto tiene diez años y sigue meándose encima de la mayoría de equipos. Un tipo llamado Jack Automático la montó de cero. Fue el diseñador de hardware de Bobby Quine. Los dos quemaron juntos las Luces Azules, algo que diría que ocurrió antes de que nacieras.

Bobby ya se había puesto los trodos. Miró a Jackie.

—¿Te has enchufado en pareja en alguna ocasión?

Él negó con la cabeza.

—Vale. Nos enchufaremos, pero me quedaré a tu izquierda. Si digo que salimos, salimos. Si ves algo raro, será porque estamos juntos, ¿entendido?

Él asintió.

Ella cogió un par de horquillas alargadas de la parte de atrás de su sombrero de fieltro y las dejó sobre el escritorio, junto a la consola de

Jammer. Se colocó los trodos sobre el pañuelo de seda naranja y se aplastó los contactos contra la frente.

—Vamos allá —dijo.

Ahora y siempre, a toda velocidad, con la consola de Jammer enchufada a mucha altura, por encima de importantes núcleos de neón, una topografía de datos que Bobby desconocía. Cosas grandes, del tamaño de montañas, nítidas y corporativas en ese no lugar que era el ciberespacio.

—Más despacio, Bobby.

La voz de Jackie sonaba suave y agradable junto a él en el vacío.

—Dios mío, este cacharro es una pasada.

—Sí, pero baja una marcha. No nos conviene ir tan rápido. Será mejor que nos mantengamos a flote. Quédate por aquí arriba, pero frena un poco.

Redujo la velocidad hasta que empezaron a avanzar como en punto muerto. Se giró a la izquierda con la esperanza de verla allí, pero no había nada.

—Estoy aquí —dijo ella—. No te preocupes…

—¿Quién era Quine?

—¿Quine? Un vaquero a quien conocía Jammer. Los conocía a todos en su época.

Dio un giro fortuito de noventa grados a la izquierda y pivotó en una intersección de la cuadrícula para poner a prueba la consola. Era impresionante y no se parecía a nada que hubiera sentido antes en el ciberespacio.

—La puta hostia. Esto hace que la Ono-Sendai parezca un juguete…

—Es muy probable que tenga la circuitería de una O-S. Jammer dice que es lo que solían usar. Asciende un poco…

Subieron sin esfuerzo a través de la cuadrícula, mientras los datos se alejaban debajo de ellos.

—No hay mucho que ver por aquí arriba —se quejó Bobby.

—Te equivocas. Si quieres ver cosas interesantes, lo que hay que hacer es quedarse quieto en las partes vacías…

El tejido de la matriz pareció estremecerse, justo delante de ellos…

—Eh, Jackie…

—Detente aquí. No pasa nada. Confía en mí.

En algún lugar, lejos, las manos de Bobby se movían sobre la configuración extraña de un teclado. Las dejó quietas mientras una sección

del ciberespacio se emborronaba, se volvía blanquecina.

—¿Qué está…?

—Danbala ap monte l —dijo la voz, con brusquedad en su cabeza, y notó el sabor de la sangre en la boca—. Danbala la está montando.

En cierto modo, sabía qué significaba aquello, pero la voz era como metal en su mente. El tejido blanquecino se dividió, pareció burbujear y se convirtió en dos zonas de un gris cambiante.

—Legba —dijo ella—. Legba y Ogou Feray, dios de la guerra. ¡Papa Ogou! ¡Saint Jacques Majeur! ¡Viv la vyèj!

Una risa metálica se extendió por la matriz y atravesó la cabeza de Bobby.

—Map kite tout mizè ak tout giyon —dijo otra voz, fluida, voluble y fría —. Mira, papa. ¡Ella ha venido para deshacerse de su mala suerte!

Y luego esa rio también, y Bobby se enfrentó a una oleada de pura histeria mientras la risa plateada se elevaba a través de él como si de burbujas se tratase.

—¿Ha tenido mala suerte, el caballo de Danbala? —bramó la voz metálica de Ogou Feray, y por un instante a Bobby le pareció ver una figura titilante en esa neblina gris. La voz ululó con sus horribles risotadas—. ¡Claro! ¡Claro! ¡Pero no lo sabe! No es mi caballo, no, ¡pero pondré remedio a su suerte! —A Bobby le dieron ganas de llorar, de morir, de cualquier cosa con tal de escapar de las voces, de ese viento del todo imposible que había empezado a soplar de esos borrones grises, una brisa húmeda y caliente que olía a cosas que era incapaz de identificar—. ¡Y canta alabanzas a la virgen! ¡Óyeme, hermanita! ¡La vyèj se acerca!

—Sí —dijo la otra voz—, ha empezado a desplazarse por mi territorio. Yo, que domino las carreteras, las autopistas.

—¡Pero yo, Ogou Feray, te aseguro que tus enemigos también andan cerca! ¡A las puertas, hermana, y ten mucho cuidado!

Y luego, las zonas grises mermaron, se encogieron…

—Desenchúfanos —dijo ella, en voz baja y distante. Y luego añadió—: Lucas ha muerto.

Jammer sacó una botella de whisky escocés de un cajón de su escritorio y sirvió con cuidado seis centímetros de líquido en un vaso de tubo de plástico.

—Te veo mal —le dijo él a Jackie, y Bobby se sorprendió por la amabilidad de la voz.

Llevaban desenchufados al menos diez minutos, y nadie había dicho nada. Jackie parecía destrozada y no dejaba de morderse el labio inferior. Jammer daba la impresión de estar triste o enfadado, Bobby no lo tenía muy claro.

—¿Por qué dijiste que Lucas había muerto? —inquirió Bobby, a quien le dio la impresión de que el silencio había empezado a cubrir la oficina abarrotada de Jammer y terminaría por asfixiarlos.

Jackie se giró hacia él, pero tenía la mirada perdida.

—No me hablarían así si Lucas siguiese vivo —respondió ella—. Hay pactos. Acuerdos. Legba es el primero en invocarse, pero tendría que haber aparecido con Danbala. Su personalidad depende del *loa* con el que se manifieste. Lucas tiene que haber muerto.

Jammer deslizó el vaso de whisky por el escritorio, pero Jackie negó con la cabeza mientras los trodos tintineaban en su frente, cromo y nailon negro. Él puso un gesto de indignación, recuperó el vaso y se lo bebió de un trago.

—Menuda mierda. Las cosas tenían mucho más sentido antes de que empezarais a hacer de las vuestras.

—No los hemos traído a este lugar, Jammer —aseguró ella—. Estaba aquí… ¡y nos encontraron porque los comprendimos!

—Sigue siendo la misma mierda —dijo Jammer con pesadumbre—. Sean lo que sean, vengan de donde vengan, solo han adquirido la forma que un atajo de negratas quería ver. ¿Me sigues? ¡Ni de broma iba a haber algo ahí fuera que se comunicase en ese maldito haitiano rural! Tu secta del vudú y tú, esas cosas os vieron y os tendieron una trampa. Lucas, Beauvoir y los demás son empresarios antes que nada. ¡Y esas malditas cosas saben cómo llegar a acuerdos! ¡Es normal! —Cerró la botella y la volvió a guardar en el cajón—. ¿Sabes, guapa? Podría ser alguien muy importante, alguien con mucho poder en la matriz que os esté dando gato por liebre. Que se dedique a proyectar esas cosas… Sabes que es posible, ¿verdad? ¿Verdad, Jackie?

—Ni de broma —repuso Jackie, con voz fría y calmada—. Pero no te puedo explicar por qué estoy tan segura…

Jammer sacó un pedazo de plástico del bolsillo y empezó a afeitarse.

—Claro. —La cuchilla zumbó mientras se la pasaba por la mandíbula—. Viví en el ciberespacio durante ocho años, ¿sabes? Sé que ahí no había nada. No lo había antes… Sea como fuere, ¿quieres que llame a Lucas si así te vas a quedar más tranquila? ¿Tienes el número de teléfono de ese Rolls que tiene?

—No —respondió Jackie—. No importa. Será mejor que pasemos desapercibidos hasta que Beauvoir aparezca por aquí. —Se puso en pie, se

quitó los trodos y cogió el sombrero—. Voy a echarme e intentar dormir un poco. Vigila a Bobby…

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta del despacho. Caminaba como si fuese una sonámbula, como si no quedase rastro alguno de energía en su cuerpo.

—Maravilloso —dijo Jammer, que se pasó la hojilla por encima del labio superior—. ¿Quieres una copa? —le preguntó a Bobby.

—Bueno —respondió él—, todavía es un poco temprano…

—Puede que para ti. —Volvió a guardarse la afeitadora en el bolsillo. La puerta se cerró cuando Jackie salió de la habitación. Jammer se inclinó un poco hacia delante—. ¿Qué aspecto tienen, chico? ¿Conseguiste ver algo?

—Son como una cosa gris. Borrosa…

Jammer pareció decepcionado. Volvió a hundirse en la silla.

—Creo que no se pueden ver bien si no formas parte de todo eso. —Tamborileó con los dedos en el reposabrazos de la silla—. ¿Crees que son reales?

—La verdad es que yo no intentaría meterme con uno de ellos…

Jammer lo miró.

—¿No? Bueno, tal vez allí seas más listo de lo que pareces. Yo tampoco me metería con uno de ellos. Ya había dejado todo eso antes de que empezaran a aparecer…

—¿Y tú que crees que son?

—Sí, cada vez más listo… Pues no lo sé. Como he dicho, no me trago que sean unos dioses vudú haitianos, pero ¿quién sabe? —Entrecerró los ojos—. Podrían ser programas víricos que han quedado sueltos en la matriz y empezado a replicarse, que se han vuelto muy inteligentes… Eso ya da mucho miedo de por sí. Quizá los de Turing no quieran que nadie lo sepa. O quizá las IA hayan encontrado la manera de dividirse y repartir sus partes por la matriz, lo que volvería locos a los de Turing. Sé que un tibetano hacía modificaciones de hardware para jinetes y decía que eran tulpas.

Bobby parpadeó.

—Podría decirse que una tulpa es un pensamiento con presencia física. La gente poderosa es capaz de crear una especie de fantasma formado por energía negativa. —Se encogió de hombros—. Otra mentira más. Como la de esos tipos vudú de Jackie.

—Yo creo que Lucas, Beauvoir y los demás están muy seguros de que todo es real. No me parece que finjan…

Jammer asintió.

—Y así es. Y también les ha ido muy bien gracias a ello, así que por algo será. —Levantó los hombros y bostezó—. Yo también necesito dormir. Tú puedes hacer lo que quieras, mientras no le pongas las manos encima a mi consola. Y no intentes salir, o de lo contrario empezarán a sonar diez alarmas diferentes. Hay zumo y queso y más cosas en el frigorífico de detrás de la barra…

Una vez se hubo quedado solo, Bobby llegó a la conclusión de que el lugar seguía dando miedo, pero que era lo bastante interesante como para que pasarlo un poco mal mereciese la pena. Deambuló de un lado a otro por detrás de la barra mientras tocaba las palancas y las boquillas cromadas de los grifos de cerveza. Había una máquina que hacía hielo y otra que servía agua hirviendo. Se preparó una taza de café instantáneo japonés y empezó a revisar las cintas de audio de Jammer. Nunca había oído ninguna de esas bandas o artistas. Se preguntó si eso significaba que a Jammer, que era un anciano, le gustaban las cosas viejas o si quizá todo aquello eran cosas nuevas que no llegarían a Barrytown, seguro que a través de Leon, hasta dos semanas después… Encontró un arma debajo de la consola de crédito universal negra y plateada. Era una especie de ametralladora pequeña con un cargador que sobresalía directamente por debajo de la empuñadura. Estaba enganchada en la parte baja de la barra con una tira de velcro de color verde lima, y no creyó que fuese buena idea tocarla. Al cabo de un rato, el miedo dio paso al aburrimiento y a cierta inquietud. Tomó el café frío y se dirigió a la zona de las mesas. Se sentó en una y se imaginó que era el Conde Cero, un artista de las consolas famoso en el Ensanche, y que esperaba a unos tipos para hablar de negocios, una incursión en la matriz que necesitaban hacer y que solo el Conde era capaz de llevar a buen puerto.

—Claro —dijo en el club vacío, con ojos soñolientos—. Yo me encargo… Si tenéis el dinero.

Palidecieron cuando les dijo su precio.

El lugar estaba insonorizado. No se oía el ajetreo de los catorce pisos de locales, solo el zumbido de una especie de aire acondicionado y el borboteo ocasional del hervidor de agua. Bobby se cansó de los politiqueos del Conde, dejó la taza de café sobre la mesa y se dirigió a la entrada, donde pasó la mano por una antigua cortina de terciopelo acolchado que colgaba de unos postes de bronce pulido. Con cuidado de no tocar las puertas de cristal, se sentó en un taburete de metal barato con asiento de cuero sintético remendado

con cinta que se encontraba junto a la ventanilla del guardarropa. Una bombilla tenue refulgía en su interior, donde se apreciaban un puñado de viejas perchas de madera que colgaban de barras de acero, todas numeradas con una etiqueta amarilla escrita a mano. Dio por hecho que Jammer se sentaba a veces ahí dentro para despedir a la clientela. No tenía ni idea de por qué alguien que había sido un vaquero de la hostia durante ocho años querría gestionar un club, pero quizá fuese una especie de afición. Supuso que sería un lugar en el que conocer muchas chicas, pero también sabía que, con dinero, podías conseguirlas igual. Y Bobby se imaginó que si Jammer había sido un jinete famoso durante tanto tiempo, también sería rico…

Pensó en la escena de la matriz, en las manchas grises y en las voces. Se estremeció. Aún no tenía claro por qué algo así pudiera implicar que Lucas hubiese muerto. ¿Cómo iba a estar muerto? Después recordó que su madre lo estaba y, en cierto modo, tampoco le pareció real. Dios. Se puso de los nervios. Le dieron ganas de salir, de estar al otro lado de las puertas, de comprobar los locales, de ver a los compradores y a la gente que trabajaba allí.

Extendió la mano para apartar la cortina de pana, lo suficiente como para echar un vistazo a través de esos cristales gruesos y antiguos, para observar el borrón arcoíris de locales y los andares abatidos de los compradores. Y justo en medio de todo, como si estuviese encuadrado para él, junto a una mesa abarrotada de excedentes de VOM análogos, de sondas lógicas y acondicionadores de voltaje, se encontraba el rostro huesudo y sin raza de Leon, y esos ojos hundidos y espantosos miraron a Bobby con una expresión de reconocimiento fugaz y casi audible. Y, acto seguido, Leon hizo algo que Bobby no recordaba haberle visto hacer jamás. Sonrió.

# 23
# Cerca

El sobrecargo de JAL le ofreció todo un surtido de cintas de simestim: una visita guiada a la exposición retrospectiva de Foxton que se había celebrado en la galería Tate el agosto anterior, una aventura de época grabada en Ghana (¡Ashanti!), los fragmentos más memorables de Carmen de Bizet vistos desde una tribuna privada en la ópera de Tokio o treinta minutos del programa de entrevistas Personas importantes de Tally Isham.

—¿Es su primer vuelo en lanzadera, señorita Ovski?

Marly asintió. Le había dado a Paleologos el apellido de soltera de su madre, cosa que es probable que fuese una estupidez.

El sobrecargo sonrió con gesto comprensivo.

—Una de estas cintas puede hacerle más llevadero el despegue. La de Carmen es la más popular esta semana. Me han dicho que salen unos trajes maravillosos.

Ella negó con la cabeza. No estaba de humor para la ópera. Odiaba a Foxton, y prefería de largo sufrir todos y cada uno de los efectos de la aceleración a experimentar ¡Ashanti! Agarró la cinta de Isham porque no le quedaba otra opción: era el menor de cuatro males.

El sobrecargo comprobó que tenía bien puesto el arnés, le dio la cinta y también una pequeña tiara desechable de plástico gris. Después se marchó. Marly se puso los trodos, los enchufó al reposabrazos del asiento, suspiró y metió la cinta en la abertura que había junto al hueco para la clavija. El interior de la lanzadera de JAL desapareció en una explosión de azul del Egeo, y vio cómo las palabras PERSONAS IMPORTANTES DE TALLY ISHAM se extendían por un cielo despejado en mayúsculas con caracteres de palo seco.

Tally Isham había sido una constante en la industria de los estim durante toda la vida de Marly, una chica de oro atemporal que había surgido durante la primera oleada de un nuevo medio. Ahora Marly estaba encerrada dentro

del sensórium bronceado, flexible y tremendamente cómodo de Tally, que relucía y respiraba hondo mientras sus huesos elegantes se mecían bajo el abrazo de una musculatura que no parecía conocer el significado de la palabra tensión. Acceder a sus grabaciones de estim era como caer en un baño de salud perfecta mientras notabas la elasticidad de sus piernas largas y la curva de sus pechos contra el blanco sedoso de una sencilla blusa de algodón egipcio. Se apoyaba en una balaustrada blanca y llena de agujeros sobre el pequeño puerto de una ciudad costera de Grecia, y una cascada de árboles en flor se perdía a lo lejos bajo ella, siguiendo una ladera de piedra encalada en la que destacaban unas escaleras estrechas y sinuosas. Un barco surcaba el puerto.

—Los turistas regresan al crucero en estos momentos —dijo Tally, y sonrió. Cuando sonreía, Marly era capaz de percibir la suavidad de los dientes blancos de la estrella, de saborear la frescura de su boca y de notar la agradable rugosidad de la piedra de la balaustrada en sus antebrazos desnudos —. Pero uno de los visitantes de nuestra isla se quedará con nosotros esta tarde, alguien a quien quiero conocer desde hace tiempo, y estoy segura de que les encantará y sorprenderá, ya que es alguien que rehúye los grandes medios de comunicación…

Se enderezó, se dio la vuelta y sonrió al rostro alegre y bronceado de Josef Virek…

Marly se arrancó los trodos de la frente, el plástico blanco de la lanzadera de JAL pareció afianzarse con brusquedad a su alrededor. Unos mensajes de advertencia parpadeaban en la consola que tenía encima y sintió una vibración que parecía volverse más aguda muy poco a poco…

¿Virek? Miró los trodos.

—Bueno —dijo—. Supongo que eres alguien importante…

—¿Perdone? —El estudiante japonés que se sentaba junto a ella osciló en el arnés en lo que le dio la impresión de ser algo parecido a una reverencia—. ¿Tiene algún problema con el estim?

—No, no —respondió—. Perdone.

Se puso los trodos de nuevo, y el interior de la lanzadera se disolvió en un zumbido de estática sensorial, una mezcolanza estremecedora de sensaciones que dieron paso de repente a la gracilidad apacible de Tally Isham, quien había agarrado la mano firme y gélida de Virek y le sonreía a sus ojos azules y cordiales. Virek le devolvió una sonrisa con sus blanquísimos dientes.

—Encantado de estar aquí, Tally —dijo él, y Marly se rindió a la realidad de la grabación, aceptó los datos sensoriales de Tally como si fuesen los

suyos. Evitaba los estim por norma general, ya que había algo en su personalidad que discrepaba con el grado de pasividad que requerían.

Virek llevaba una camisa blanca y suave, pantalones de lino doblados hasta justo debajo de la rodilla y unas sandalias de cuero muy sencillas. Tally regresó a la balaustrada sin que él le soltase la mano.

—Estoy segura de que hay muchas cosas que a nuestro público…

El mar desapareció. Una llanura irregular cubierta por una vegetación verde oscura y parecida al liquen se diseminaba por el horizonte, interrumpida por las siluetas de los chapiteles neogóticos de la Sagrada Familia de Gaudí. La frontera de aquel mundo estaba cubierta por una niebla brillante y baja, y un sonido ahogado parecido al repicar de una campana se extendía por la llanura…

—Hoy solo tiene una persona entre el público —dijo Virek, que miró a Tally Isham a través de sus gafas redondas sin montura.

—Hola, Marly.

Marly se afanó por agarrar los trodos, pero parecía como si sus brazos fuesen de piedra. La fuerza g, la lanzadera al despegar de la pista de hormigón… Aquel hombre la había atrapado allí…

—Entiendo —dijo Tally, y se apoyó en la balaustrada, con los codos sobre piedra caliente y rugosa.

—Es una idea maravillosa. Esa tal Marly suya debe de ser una chica con suerte, señor Virek…

Y Marly comprendió que aquella no era la Tally Isham de Senso/Red, sino una parte del constructo de Virek, un punto de vista programado gracias a los años de emisiones de Personas importantes, y también reparó en que no tenía elección ni escapatoria, en que tenía que limitarse a aceptarlo, escuchar y atender a Virek. El hecho de haberla pillado allí y contenerla en aquel lugar de esa manera era indicativo de que su intuición había dado en el clavo: la maquinaria, la estructura estaba a su alrededor y era real. El dinero de Virek era una especie de disolvente universal, capaz de descomponer cualquier barrera a voluntad…

—Me apena que se haya enfadado —dijo—. Paco me ha dicho que ha huido de nosotros, pero yo prefiero verla como una artista impulsiva que se dirige hacia su objetivo. Creo que ha sentido algo de la naturaleza de mi Gestalt y se ha asustado, como es natural. Esta grabación se preparó una hora antes de que su lanzadera despegase de Orly. Sabemos adónde se dirige, por supuesto, pero no tengo intención de seguirla. Está haciendo su trabajo, Marly. Lo único de lo que me arrepiento es de no haber sido capaz de evitar la

muerte de su amigo Alain, pero conocemos la identidad de sus asesinos y también la de quien lo había contratado…

Los ojos de Tally Isham eran los ojos de Marly, y estaban fijos en los de Virek, en esa intensidad azul que bullía en su interior.

—A Alain lo asesinaron unos mercenarios contratados por Biolaboratorios Maas —continuó—, y fue Maas quien le proporcionó las coordenadas del lugar al que se dirige ahora. También le dieron el holograma que vio usted. Mi relación con Biolaboratorios Maas ha sido, cuando menos, ambivalente. Hace dos años, una de mis filiales intentó comprar la empresa. La suma que ofrecieron habría afectado al conjunto de la economía mundial. Pero rechazaron la oferta. Paco ha llegado a la conclusión de que Alain murió porque la empresa descubrió que había empezado a vender a terceros la información que le proporcionaron… —Virek frunció el ceño—. Una estupidez supina, ya que no tenía ni la menor idea de cuál era la naturaleza de lo que ofrecía en realidad…

«Típico de Alain», pensó Marly. Y sintió una oleada de compasión. Verlo hecho un ovillo sobre esa moqueta espantosa, con la espina dorsal marcada bajo la tela verde de la chaqueta…

—En mi opinión, debería saber que mi búsqueda de nuestro hacedor de cajas no se circunscribe al arte, Marly. —Se quitó las gafas para limpiarlas con un doblez de la camisa blanca. A ella le resultó hasta obscena la humanidad tan calculada que irradiaba aquel gesto—. Tengo razones para creer que el creador de esos artefactos sería capaz de ofrecerme la libertad, Marly. No soy un hombre sano. —Se volvió a poner las gafas y se colocó con cuidado las estrechas patillas de oro—. La última vez que solicité una imagen remota de la cuba que ocupo en Estocolmo, vi algo parecido a tres remolques unidos a una red de cables… Si fuese capaz de abandonar ese lugar o, más bien, de abandonar el caos de células que contiene… —Le volvió a dedicar esa famosa sonrisa suya—. Pagaría lo que fuese.

Los ojos de Tally-Marly se viraron hacia la extensión de liquen negro y las torres distantes de esa catedral perdida.

—Se ha desmayado —decía el sobrecargo mientras le pasaba los dedos por el cuello—. Es habitual, y nuestros ordenadores médicos de a bordo afirman que goza usted de una salud de hierro. No obstante, le hemos puesto un dermadisco para contrarrestar el síndrome de adaptación que tal vez sufra antes de atracar.

Le quitó la mano del cuello.

—Europa después de la lluvia —dijo—. Max Ernst. El liquen…

El hombre la miró, con gesto alerta y una expresión de preocupación profesional.

—¿Perdone? ¿Podría repetirlo?

—Lo siento —dijo ella—. Ha sido un sueño… ¿Hemos llegado ya? ¿A la terminal?

—Queda una hora.

La terminal orbital de Japan Air era un toroide blanco tachonado de cúpulas y los anillos ovalados de borde negro que eran las aberturas de los muelles de atraque. La terminal que se encontraba encima de la red g de Marly, aunque «encima» era una palabra que había perdido por el momento su significado habitual, exhibía una animación del toroide en rotación bosquejada de manera exquisita, mientras un cúmulo de voces (en siete idiomas) anunciaban que los pasajeros a bordo de la lanzadera 580 de JAL, proveniente de la terminal 1 de Orly, llegarían lo antes posible. JAL se disculpó por el retraso, que achacó a unas reparaciones rutinarias que se llevaban a cabo en siete de los doce embarcaderos…

Marly sintió un escalofrío en la red g ahora que veía la mano invisible de Virek en todo cuanto la rodeaba. «No —pensó—, tiene que haber una manera. Quiero ser libre —se dijo—, quiero unas pocas horas de libertad y luego me olvidaré de él… Adiós, señor Virek, vuelvo a la tierra de los vivos, algo que el pobre Alain no podrá hacer jamás; Alain, que murió porque yo acepté el trabajo que usted me ofrecía». Parpadeó cuando notó la primera lágrima, y luego se quedó mirando con los ojos muy abiertos, como una niña, la esfera minúscula y flotante en la que se había convertido…

Se preguntó dónde estaba Maas. Virek le había asegurado que fueron los que asesinaron a Alain, que Alain trabajaba para ellos. Tenía recuerdos vagos de las noticias en los medios, algo relacionado con una nueva generación de ordenadores, un proceso que sonaba muy ominoso con el que unos cánceres híbridos e inmortales expulsaban unas moléculas a medida que se convertían en unidades de circuitería. Recordó en ese momento que Paco le había dicho que la pantalla de su teléfono modular era un producto de Maas…

El interior del toroide de JAL era tan insulso, tan ordinario y tan parecido a cualquier aeropuerto abarrotado de gente que a Marly le entraron ganas de reír. Tenía el mismo olor a perfume, tensión humana y aire acondicionado, y también el mismo bisbiseo de fondo de las conversaciones. La gravedad de 0,8 g tendría que haber facilitado la tarea de llevar una maleta, pero ella solo tenía su bolso negro. Sacó los billetes de uno de los bolsillos interiores con cremallera y comprobó el número de la lanzadera que tenía que tomar para hacer la conexión en la columna de números que destacaba en la pantalla de pared más cercana.

Le quedaban dos horas para salir. Dijera lo que dijese Virek, Marly sabía que su maquinaria ya debía de estar en marcha, infiltrada en la tripulación de la lanzadera o entre los pasajeros, cambios lubricados sin duda con una pátina de dinero… Una enfermedad de última hora, cambios de planes, accidentes…

Se colgó el bolso al hombro y atravesó el suelo cóncavo de cerámica blanca como si supiese adónde se dirigía o tuviese un plan, aunque lo cierto era que a cada paso que daba tenía más claro que no lo tenía ni por asomo.

Los ojos azules y cordiales la tenían obsesionada.

—Maldito seas —imprecó, y un empresario ruso de pómulos caídos con un traje oscuro de Ginza soltó un resoplido y levantó el boletín de noticias que leía para eliminarla de su mundo.

—Eso le dije a la muy zorra, ¿sabes? Hay que llevar esos optoaislantes y las cajas de fuga a la Sweet Jane o te pegaré el culo al mamparo con pasta para juntas…

Se oyó una risa áspera de mujer, y Marly alzó la vista de su bandeja de sushi. Las tres mujeres se sentaban a dos mesas vacías de distancia, y la suya estaba llena de latas de cerveza y bandejas de poliestireno manchadas de salsa de soja marrón. Una de ellas eructó con fuerza y le dio un buen trago a la cerveza.

—¿Y cómo se lo tomó, Rez?

Por alguna extraña razón, aquello dio pie a otro estallido más largo de carcajadas, y la que había llamado la atención de Marly al principio metió la cabeza entre los brazos y rio hasta que empezaron a agitársele los hombros. Marly miró al trío con gesto impasible y se preguntó qué serían. La risa cesó al fin, y la primera se enderezó en el asiento y se enjugó las lágrimas de los

ojos. Marly llegó a la conclusión de que todas estaban muy borrachas, eran jóvenes y tenían aspecto hostil. La primera era delgada y tenía el rostro afilado, como ojos grises sobre una nariz recta y estrecha. El cabello era de un tono plateado imposible, corto como un colegial, y llevaba un traje de lona demasiado grande o una chaqueta sin mangas, cubierta por completo de bolsillos prominentes, tachuelas y tiras rectangulares de velcro. La prenda estaba abierta y, desde donde se encontraba Marly, revelaba un pecho pequeño y redondo cubierto por lo que parecía ser un sujetador refinado de encaje negro y rosado. Las otras dos eran mayores y más corpulentas, tenían los músculos de los brazos desnudos muy definidos a la luz de la cafetería de la terminal, que al parecer no provenía de ningún lado.

La primera se encogió de hombros, que se le agitaron dentro de aquel traje enorme.

—No creo que le importe.

La segunda volvió a reír, pero con menos ganas, y miró un cronómetro unido a una gran muñequera de cuero.

—Me abro —dijo—. Tengo un viaje a Sion, y luego ocho cápsulas de algas para los suecos.

Apartó la silla de la mesa, se puso en pie, y Marly consiguió leer el parche bordado que tenía centrado entre los hombros de su traje de cuero negro.

O’GRADY – WAJIMA
DE LA EDITH S.
TRANSPORTE INTERORBITAL

La que se encontraba junto a ella también se puso en pie, mientras se levantaba la cintura de sus vaqueros holgados.

—Déjame que te diga una cosa, Rez. Si permites que esa zorra te dé problemas con las fugas, eso será terrible para tu reputación.

—Perdonad —dijo Marly, que quiso intentar que no se le quebrara la voz.

—¿Sí?

La mujer la miró de arriba abajo, sin sonrisa alguna en el gesto.

—Vi que tu traje pone «Edith S.». ¿Se trata de una aeronave? ¿Una nave espacial?

—¿Una nave espacial? —La mujer que estaba junto a ella arqueó unas cejas muy pobladas—. Sí, guapa, claro. ¡Una potente nave espacial!

—Es un remolcador —explicó la del traje negro antes de darse la vuelta para marcharse.

—Me gustaría contratarte —dijo Marly.

—¿Contratarme? —Todas se la quedaron mirando, con rostros impasibles y serios—. ¿A qué te refieres?

Marly metió la mano hasta el fondo en el monedero negro de Bruselas y sacó la mitad del fajo de neoyenes que Paleologos, el agente de viajes, le había devuelto después de cobrar su tarifa.

—Te puedo dar esto…

La del pelo corto y plateado silbó por lo bajo. Las mujeres se miraron la una a la otra. La del traje negro se encogió de hombros.

—Dios —dijo—. ¿Adónde quieres ir? ¿A Marte?

Marly volvió a meter la mano en el bolso y sacó el cartón doblado de la cajetilla de Gauloises. Se lo dio a la mujer del traje negro, quien lo desdobló y leyó las coordenadas orbitales que Alain había escrito con rotulador verde.

—Bueno, en un pequeño desvío y merece la pena por ese dinero, pero O’Grady y yo tenemos que estar en Sion a las 23.00 GMT. Un contrato. ¿Tú, Rez?

Le dio el cartón a la que estaba sentada, que lo leyó, alzó la vista para mirar a Marly y luego preguntó:

—¿Cuándo?

—Ahora —respondió ella—. Ya.

La joven se impulsó con las manos sobre la mesa para levantarse mientras las patas de la silla repiqueteaban en la cerámica, y se le abrió aún más el traje. En ese preciso momento, Marly reparó en que lo que había confundido con un sujetador rosado y negro de encaje era en realidad una rosa tatuada que le cubría el pecho izquierdo por completo.

—Acepto, hermana. La pasta.

—Eso significa que le des el dinero ya —dijo O’Grady.

—No quiero que nadie sepa adónde vamos —advirtió Marly.

Las tres rieron.

—Pues entonces has venido al lugar adecuado —dijo O’Grady, y Rez sonrió.

# 24
# Huida

La lluvia empeoró cuando el viento hizo que las nubes avanzaran hacia al este, en dirección a los suburbios que bordeaban el Ensanche y al cinturón de ruinas de las zonas industriales. Jarreaba con tanta fuerza que le bloqueó la visión, hasta que encontró el interruptor que activaba los limpiaparabrisas. Rudy no los cuidaba, por lo que Turner se vio obligado a reducir la velocidad, momento en el que el rugido de la turbina pasó a convertirse en un murmullo, y se dirigió al arcén, donde la colchoneta neumática pasó sobre unas ruedas de camión destrozadas.

—¿Qué ocurre?

—No veo. Los limpiaparabrisas están podridos.

Tocó el botón de los faros, y cuatro haces estrechos se proyectaron desde los extremos de la capota del aerodeslizador y luego se perdieron en esa pared gris que era la lluvia. Negó con la cabeza.

—¿Por qué no paramos?

—Estamos demasiado cerca del Ensanche. Hay patrullas. De helicópteros. Escanearán el panel identificativo del techo y verán que tenemos matrícula de Ohio y una configuración de chasis extraña. Tal vez vengan a echar un vistazo. No nos interesa.

—¿Y qué vas a hacer?

—Seguir por el arcén hasta que pueda salir de la carretera y luego ocultarnos, si podemos…

Mantuvo el aerodeslizador estable y lo hizo girar. En ese momento los faros proyectaron un naranja reluciente como el día sobre un poste vertical que indicaba un desvío a una carretera secundaria. Llegó hasta el poste, y el borde de la colchoneta neumática pasó por encima de un muro de seguridad de hormigón.

—Puede que esto sirva —dijo mientras pasaban junto al poste.

La carretera secundaria casi no era lo bastante ancha para el vehículo. Las ramas y la maleza rascaron las estrechas ventanas laterales y arañaron los costados de acero del aerodeslizador.

—Hay luces por allí —dijo Angie, que se inclinó hacia delante a pesar del arnés para ver a través de la lluvia.

Turner distinguió un resplandor amarillo acuoso y dos estructuras altas y gemelas. Rio.

—Es una gasolinera —aclaró—. Abandonada desde el cambio de paradigma, antes de que construyesen la gran carretera. Seguro que alguien vive en ella. Pero esto no usa gasolina…

Acercó el aerodeslizador a un montículo de gravilla y, mientras se acercaba, vio que el resplandor amarillo surgía de un par de ventanas rectangulares. Le dio la impresión de ver una figura que se movía en una de ellas.

—Estamos en el campo. Puede que esa gente no se alegre precisamente de vernos.

Metió la mano en la parka y sacó la Smith & Wesson de la funda de nailon y la colocó sobre el asiento, en medio de sus muslos. Cuando se encontraban a cinco metros de los surtidores oxidados, bajó el vehículo en un charco enorme y apagó las turbinas. La lluvia no había dejado de jarrear en rachas levantadas por el viento, y vio una silueta agachada en la puerta de la gasolinera, ataviada con un poncho color caqui que no dejaba de agitarse. Turner abrió la ventana lateral unos diez centímetros y alzó la voz por encima del estruendo del agua.

—Perdona si te molestamos. Teníamos que salir de la carretera. Tenemos los limpiaparabrisas rotos. No sabíamos que hubiera nadie.

Las manos de la figura recortada contra la luz de las ventanas estaban ocultas debajo del poncho de plástico, pero resultaba obvio que sostenían algo.

—Esto es una propiedad privada —dijo el hombre, cuyo rostro enjuto estaba empapado a causa de la lluvia.

—No podíamos quedarnos en la carretera —gritó Turner—. Perdón por las molestias…

El hombre abrió la boca y empezó a hacer gestos con lo que quiera que ocultase debajo del poncho, momento en el que le explotó la cabeza. A Turner le dio la impresión de que había ocurrido incluso antes de que la línea de luz roja le tocase el rostro de repente, un haz del grosor de un lápiz que se le cruzó con naturalidad, como si alguien jugase con una linterna. Un estallido

rojo, entremezclado con la lluvia, mientras la figura caía de rodillas y un Savage 410 con culata de alambre caía de debajo del poncho.

Turner no lo hizo de manera consciente, pero no tardó en darse cuenta de que había vuelto a encender las turbinas y pasado los controles a Angie antes de quitarse el arnés.

—Cuando te avise, empótralo contra la gasolinera…

Después se levantó y tiró de la palanca que abría la cúpula de la cabina, con el revólver pesado en la mano. Oyó el rugido de un Honda negro nada más abrirse la cabina, y notó una sombra que descendía desde las alturas, apenas visible a causa de la lluvia inclemente.

—¡Ya!

Apretó el gatillo antes de que ella pudiera pisar a fondo y atravesar la pared de la vieja gasolinera. El retroceso hizo que se golpease el codo contra el techo del vehículo. La bala estalló en algún lugar sobre su cabeza con un crujido gratificante. Angie arremetió con el vehículo hacia la estructura de madera justo después de que Turner consiguiese meter la cabeza y los hombros en la cabina. Algo explotó dentro de la casa, puede que una bombona de propano, y el aerodeslizador viró hacia la izquierda.

Angie consiguió dar la vuelta y salieron por la pared de atrás.

—¿Adónde vamos? —gritó por encima del ruido de la turbina.

Como respuesta, el Honda negro descendió haciendo tirabuzones justo a veinte metros del lugar donde se encontraban, dejando tras de sí un reguero de lluvia plateada. Turner cogió los controles y avanzó; el aerodeslizador levantó una estela de diez metros de agua que había en el suelo y arremetió contra la cabina de policarbonato del pequeño helicóptero de combate, momento en el que el fuselaje de aleación se arrugó como el papel a causa del impacto. Turner retiró el vehículo para embestir de nuevo, más rápido. En esa ocasión, el helicóptero destrozado se golpeó contra los troncos de dos pinos húmedos y grises, y quedó inmóvil como si de una especie de mosca de alas grandes se tratase.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Angie, que se cubría el rostro con las manos—. ¿Qué ha ocurrido?

Turner apartó los documentos de registro y unas gafas de sol polvorientas de un compartimento que había en la puerta que tenía junto a él. Sacó una linterna y comprobó si tenía pilas.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió Angie, como si fuese una grabación—. ¿Qué ha ocurrido?

Turner salió a duras penas de la cabina, con el arma en una mano y la linterna en la otra. La lluvia había amainado. Saltó a la capota del aerodeslizador, luego al parachoques y después se dejó caer en charcos que le cubrían los pies hasta la altura del tobillo, que salpicaron el rotor negro y retorcido del Honda.

Aspiró un hedor penetrante a combustible de aeronave. La cabina de policarbonato se había resquebrajado como un huevo. Apuntó con la Smith & Wesson y activó el haz de luz de xenón dos veces, dos chasquidos de luz despiadados que le permitieron ver sangre y extremidades retorcidas a través del plástico destrozado. Esperó y luego usó la linterna. Eran dos. Se acercó con la linterna bien separada del cuerpo, una vieja costumbre. No se movió nada. El olor del combustible iba cada vez a más. Después empezó a tirar de la cúpula de la cabina. Se abrió. Ambos llevaban gafas de amplificación de imágenes. La lente ciega y redonda del láser apuntaba directa hacia el cielo nocturno, y Turner extendió el brazo para tocar el cuello de piel de carnero apelmazada de la chaqueta de aviador de uno de los cadáveres. La sangre que le cubría la barba era muy oscura, casi negra a la luz de la linterna. Era Oakey. Desvió la luz hacia la izquierda y vio al otro, el piloto, que era japonés. Volvió a mover la linterna y encontró una petaca negra y lisa junto al pie de Oakey. La agarró, se la guardó en uno de los bolsillos de la parka y se dirigió a toda prisa hacia el aerodeslizador. Unas llamas anaranjadas empezaban a agitarse entre las ruinas de la gasolinera a pesar de la lluvia. Subió el parachoques del vehículo, llegó a la cabina y se metió por la escotilla abierta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntaba Angie, como si él nunca se hubiese marchado—. ¿Qué ha ocurrido?

Se dejó caer en el asiento, sin molestarse siquiera en ponerse el arnés, y revolucionó la turbina.

—Es un helicóptero de Hosaka —explicó mientras empezaba a dar la vuelta con el aerodeslizador—. Debían de estar siguiéndonos. Tenían un láser y esperaron a que saliésemos de la autopista. No querían atacarnos allí para que no nos encontrase la policía, y seguro que pensaron que ese pobre diablo era de los nuestros. O quizá solo se limitasen a despachar un posible testigo…

—Su cabeza —dijo la joven con voz temblorosa—. Su cabeza…

—Con el láser —explicó Turner, que volvió a internarse en la carretera secundaria. La lluvia casi había cesado—. Vapor. El cerebro se evapora y hace estallar el cráneo…

Angie se inclinó hacia delante y vomitó. Turner giró con una mano mientras sacaba la petaca de Oakey con la otra. Abrió la tapa con los dientes y le dio un trago al Wild Turkey.

En el momento en el que llegaron al arcén de la autopista, el combustible del Honda alcanzó las llamas de la gasolinera en ruinas, y la bola de fuego retorcida le recordó a Turner el centro comercial, la luz de las bengalas de los paracaídas, el cielo blanco mientras el avión a reacción salía disparado hacia la frontera de Sonora.

Angie se enderezó, se enjugó la boca con el dorso de la mano y empezó a temblar.

—Tenemos que salir de aquí —dijo él, que volvió a girar en dirección este. Ella no dijo nada, y él miró a un lado y la vio recta y rígida en el asiento, con las pupilas dilatadas en el tenue resplandor de los controles y el rostro impasible. La había visto igual en el dormitorio de Rudy, cuando Sally los había hecho entrar, y ahora el mismo torrente de palabras en ese idioma, un agitar rápido y ligero de algo que bien podría haber sido patois. No tenía grabadora, ni tiempo. Debía conducir.

—Aguanta —le rogó mientras aceleraba—. Todo irá bien…

Estaba seguro de que no lo escuchaba. Los dientes no dejaban de castañetearle, y Turner los oía a pesar de la turbina. «Para —pensó—, el tiempo suficiente para meterle algo entre los dientes, como su cartera o una doblez de tela». Las manos se agitaban entre espasmos en las correas del arnés.

—Hay un niño enfermo en mi casa. —El aerodeslizador casi se le salió de la carretera cuando se dio cuenta de que la voz había salido de su boca, grave, lenta y extrañamente glutinosa—. Oí cómo tiraban los dados para ver quién se quedaba su vestido sangriento. Son muchas las manos que cavan en su tumba esta noche, también las tuyas. Los enemigos rezan para que mueras, hombre contratado. Rezarán hasta sudar. Sus oraciones son un río febril.

Y luego emitió una especie de croar que bien podría haber sido una risotada.

Turner se arriesgó a mirar y vio un hilo plateado de baba que le caía desde unos labios rígidos. Los músculos absortos de su rostro se habían contorsionado en una máscara que Turner desconocía.

—¿Quién eres?

—Soy el señor de las carreteras.

—¿Qué quieres?

—Que la niña sea mi montura, que se mueva entre las ciudades de los hombres. Me parece bien que conduzcas hacia el este. Llévala a tu ciudad. Volveré a montarla. Y Samedi viaja contigo, pistolero. Es el viento que sostienes en las manos, pero es voluble, el señor de los cementerios. Es indiferente que le hayas servido bien…

Turner se giró a tiempo para ver cómo la joven caía a un lado en el arnés, la cabeza balanceándose y la boca abierta.

# 25
# Kasual/Gótiko

—Este es el programa telefónico del Finlandés —aclaró el altavoz por debajo de la pantalla—. Y el Finlandés no está aquí. Si quieres descargarlo, ya sabes el código de acceso. Si quieres dejar un mensaje, hazlo ahora.

Bobby contempló la imagen en la pantalla y negó despacio con la cabeza. La mayoría de los programas telefónicos estaban equipados con subprogramas cosméticos en vídeo escritos para que la imagen del propietario se correspondiese con los paradigmas de belleza personal más estandarizados, por lo que eliminaba imperfecciones y moldeaba con sutileza los rasgos faciales para satisfacer patrones idealizados desde el punto de vista estadístico. El efecto de un programa cosmético en los rasgos grotescos del Finlandés era sin duda lo más raro que Bobby había visto jamás, como si alguien hubiese retocado la cara de una taltuza muerta con maquillaje funerario e inyecciones de parafina.

—Esto es raro —dijo Jammer, que le dio un sorbo al whisky.

Bobby asintió.

—El Finlandés es agorafóbico —explicó Jammer—. Le pone los pelos de punta salir de ese antro que hace las veces de tienda. Y también es un enfermo del teléfono. Tiene que responder a todas las llamadas. Empiezo a pensar que la zorra tenía razón. Lucas está muerto y ha pasado algo gordo…

—La zorra ya lo sabía —dijo Jackie desde detrás de la barra.

—Lo sabía —convino Jammer, que dejó el vaso de plástico y se tocó la corbata de bolo—. Lo sabía. Habló con un vudú en la matriz y por eso lo sabía…

—Bueno, Lucas no responde y Beauvoir tampoco, así que tal vez tenga razón.

Bobby extendió la mano para apagar el teléfono cuando empezó a sonar el tono del contestador.

Jammer se había puesto en pie. Llevaba una camisa plisada, una chaqueta de esmoquin blanca y unos pantalones negros con rayas de satén que le bajaban por la pierna, atuendo que Bobby dio por hecho que era con el que trabajaba en el club.

—Aquí no hay nadie —dijo al tiempo que miraba tanto a Bobby como a Jackie—. ¿Dónde están Bogue y Sharkey?

—¿Quiénes son Bogue y Sharkey? —preguntó Bobby.

—Las camareras. Esto no me gusta. —Se levantó de la silla, se dirigió a la puerta y apartó con suavidad una de las cortinas—. ¿Quiénes narices son esos mierdas que hay ahí fuera? Oye, Conde. Esto parece tu rollo. Acércate…

Bobby se levantó, muy reticente. No le había dado por decirle a Jackie o a Jammer que había dejado que Leon lo viese, porque no quería parecer un wilson. Luego se acercó al dueño del club.

—Venga. Echa un vistazo. No dejes que te vean. Disimulan tanto que no nos vigilan que casi se huele.

Bobby apartó la cortina, con cuidado de que el hueco no fuese mayor de un centímetro, y echó un vistazo. La multitud de las tiendas parecía haber quedado reemplazada casi por completo por gótikos de cresta negra con ropa de cuero y tachuelas, y también por la misma proporción de kasual rubios, ataviados estos con la última moda de prendas de algodón de Shinjuku y unos mocasines blancos de hebillas doradas.

—No sé —dijo Bobby, que alzó la vista para mirar a Jammer—. Algo me dice que los gótikos y los kasual no deberían estar juntos, ¿sabes? Son como enemigos naturales, como si estuviese escrito en su ADN… —Volvió a mirar —. Dios, debe de haber centenares.

Jammer hundió más las manos en los pantalones plisados.

—¿Conoces a alguno de ellos en persona?

—He hablado con algunos gótikos, pero es complicado diferenciarlos. Los kasual no le prestan atención a nada que no sea como ellos. Es uno de sus rasgos característicos. Pero a mí me rajaron los lobe, y se suponía que estaban conchabados con los gótikos, así que a saber.

Jammer suspiró.

—Supongo que no te apetecerá salir ahí y preguntarles qué pretenden, ¿no?

—No, no me apetece nada —respondió Bobby, muy serio.

—Hummm.

Jammer miró a Bobby con un gesto calculador que a Bobby no le gustaba nada de nada.

Algo pequeño y duro cayó del techo negro y alto y repiqueteó con fuerza en una de las mesas negras y redondas. Rebotó y se precipitó hacia la moqueta, y después rodó hasta quedarse junto a la punta de las nuevas botas de Bobby. Este se inclinó de inmediato y lo levantó. Era un tornillo anticuado de maquinaria, con la rosca marrón a causa del óxido y la cabeza manchada de pintura de látex negra y opaca. Alzó la vista cuando un segundo tornillo cayó sobre la mesa, y vio a un Jammer sorprendentemente ágil que saltaba por encima de la barra junto a la consola de crédito universal. Jammer desapareció, y luego se oyó un rasguñar, del velcro, y Bobby supo que el dueño del local había sacado el arma automática pequeña y compacta que había visto antes. Echó un vistazo alrededor, pero no vio a Jackie.

Un tercer tornillo repiqueteó con fuerza contra la fórmica de la superficie de la mesa.

Bobby titubeó, confuso, pero luego siguió el ejemplo de Jackie y desapareció de vista, moviéndose con tanto sigilo como fue capaz. Se agachó detrás de una mampara de madera del club y vio caer el cuarto tornillo, seguido de una cascada de polvo fino y oscuro. Se oyó un rasguido, y luego una rejilla cuadrada de acero desapareció de repente, arrastrada al interior de una especie de conducto. Miró rápido hacia la barra, a tiempo para ver cómo se alzaba el voluminoso compensador de retroceso del cañón del arma de Jammer…

Un par de piernas marrones colgaban ahora de la abertura, y un dobladillo gris de rayón lleno de polvo.

—Quieto. ¡Es Beauvoir! —gritó Bobby.

—Pues claro que es Beauvoir —dijo la voz desde las alturas, amplificada y con eco a causa del conducto—. Aparta esa puta mesa.

Bobby salió a toda prisa de detrás de la mampara y apartó la mesa y las sillas a un lado.

—Toma esto —dijo Beauvoir, que agarró una de las correas de su hombro para luego empezar a bajar una mochila abultada color verde oliva. La soltó, y el peso estuvo a punto de hacer que Bobby cayese al suelo—. Ahora, aparta…

Beauvoir se descolgó del conducto, se quedó colgando de la abertura con ambas manos y luego se dejó caer.

—¿Qué le ha pasado a la alarma que tenía ahí arriba? —preguntó Jammer, quien se puso en pie detrás de la barra con la pequeña ametralladora en las manos.

—Está aquí —respondió Beauvoir al tiempo que tiraba a la moqueta una barra gris mate de resina fenólica. Estaba envuelta en un cable fino y negro—.

Esta era la única manera que tenía de entrar sin que este ejército de comemierdas se enterase. Alguien les dio los planos de este sitio, pero se olvidaron del conducto.

—¿Cómo subiste a la azotea? —preguntó Jackie, que salió de detrás de una mampara.

—No lo hice —respondió Beauvoir mientras se colocaba bien las gafas de enorme montura plástica—. Disparé un cable de monomol desde el edificio de al lado y luego me deslicé por un huso de cerámica… —Tenía el pelo corto, rizado y lleno de hollín de chimenea. La miró con gesto funesto—. Ya sabes.

—Sí. Legba y papa Ogou en la matriz. Me enchufé con Bobby, en la consola de Jammer…

—Hicieron explotar a Ahmed en la autovía de Jersey. Con la misma arma con la que seguro que mataron a la vieja de Bobby…

—¿Quién?

—Aún no lo sé —respondió Beauvoir, que se arrodilló junto a la mochila y abrió con un chasquido los cierres plásticos de apertura rápida—, pero las cosas empiezan a tener sentido… Cuando me enteré de lo de Lucas, me encontraba investigando a los lobe que atacaron a Bobby para hacerse con la consola. Tal vez se tratase de un accidente, nada más que los negocios habituales, pero en alguna parte hay unos lobe con nuestro picahielos… Tienen potencial, claro, ya que algunos lobe son salchicheros y hacen algún que otro trato con Dos al Día. Así pues, Dos al Día y yo empezamos a montar guardia con intención de descubrir lo que fuera. Y eso nos resultó ser inútil. Hasta que, cuando estábamos con un drogata llamado Alix, que es segundo ayudante de caudillo o algo así, recibió una llamada de su homólogo, alguien a quien Dos al Día identificó como un gótiko de Barrytown llamado Raymond. —Había empezado a sacar cosas de la mochila mientras hablaba, y desperdigaba por el suelo armas, herramientas, munición, rollos de cable—. Raymond tenía unas ganas locas de hablar, pero Alix era reacio a hacerlo delante de nosotros. «Lo siento, caballeros, pero esto son asuntos oficiales de caudillos», dijo el imbécil, por lo que nos disculpamos, con una reverencia y todo, y nos dirigimos a la esquina más cercana. Después usamos un teléfono modular de Dos al Día para llamar a nuestros vaqueros del Ensanche y conectarlos al teléfono de Alix, a toda prisa. Los tíos se metieron en la conversación con la misma facilidad con la que un cuchillo caliente corta mantequilla. —Sacó del paquete una escopeta deformada del calibre 12, que era un poco más larga que su antebrazo, cogió un cargador voluminoso de los

que había colocado sobre la moqueta y lo encajó en el arma—. ¿Habíais visto alguna vez una de estas maravillas? Sudafricana, de antes de la guerra… —Algo en su voz y en la posición de su mandíbula hizo que Bobby reparase en la furia contenida que emanaba de él—. Parece que Raymond había estado en contacto con un tipo, un tipo que tenía mucho dinero y quería contratar a los gótikos de cabo a rabo, a todos, para que fuesen al Ensanche y montasen un numerito, un escándalo. El tipo estaba tan decidido que también iba a contratar a los kasual. Bueno, pues en ese momento se armó la gorda, porque Alix es un conservador. El único kasual bueno es el kasual muerto, y después de un número equis de horas de tortura y eso… «A la mierda», dice Raymond, que siempre fue muy diplomático. «Hay mucho dinero metido aquí. También empresas». —Abrió una caja de cartuchos grandes de plástico y empezó a cargar el arma, metiendo uno detrás de otro en el cargador—. Puede que me equivoque, pero de un tiempo a esta parte he visto a muchos relaciones públicas de Biolaboratorios Maas en vídeos. Ha ocurrido algo muy extraño en alguna de las propiedades que tienen en Arizona. Algunos dicen que fue una bomba, pero hay quien afirma que es otra cosa. Y ahora aseguran que el encargado principal de los biochips ha muerto en lo que dicen que ha sido un accidente que no guarda relación alguna con lo anterior. Ese es Mitchell, el tipo que se podría decir que inventó el asunto. Por ahora, nadie más ha sido capaz de fingir siquiera que puede fabricar un biochip, por lo que Lucas y yo dimos por hecho desde el principio que Maas era la empresa que había creado el picahielos. Suponiendo que fuera un picahielos… Pero no tenemos ni idea de quién se lo dio al Finlandés, ni de dónde lo sacó. Si unimos todas las piezas, da la impresión de que Biolaboratorios Maas quiere matarnos a todos. Y este es el lugar en el que planean hacerlo, porque han conseguido atraparnos aquí.

—No sé —dijo Jammer—, tengo muchos amigos en este edificio…

—Tenías. —Beauvoir soltó la escopeta y empezó a cargar una Nambu automática—. Compraron a la mayoría de los de este piso y el de debajo esta tarde. En efectivo. Bolsas llenas de dinero. Unos pocos se resistieron, pero no los suficientes.

—Eso no tiene sentido —comentó Jackie, que cogió el vaso de whisky que sostenía Jammer y se lo bebió de un trago—. ¿Qué podemos tener que alguien quiera con tantas ganas?

—Oye, no te olvides de que probablemente no sepan que esos lobe me rajaron para quitarme el picahielos —dijo Bobby—. Puede que eso sea lo único que quieren.

—No —aseguró Beauvoir mientras metía el cargador en la Nambu—, porque entonces no sabrían que no lo tenías en casa de tu madre, ¿no?

—Pero quizá fueron allí y lo comprobaron antes de…

—Entonces, ¿cómo sabían que Lucas no lo llevaba en Ahmed? —preguntó Jammer, que se dirigía hacia la barra.

—El Finlandés creía que alguien había enviado a esos tres ninjas para matarlo —dijo Bobby—. Pero también dijo que tenían cosas para obligarlo a responder preguntas…

—También es cosa de Maas —dijo Beauvoir—. Sea como fuere, eso es lo que ha ocurrido con los kasual y los gótikos. Sabríamos más, pero Alix el lobe no se bajaba del burro y pasaba de hablar con Raymond. No quería trabajar junto a los odiados kasual. Nuestros vaqueros llegaron a la conclusión de que ese ejército está ahí fuera para manteneros aquí dentro. Y para evitar que entre gente como yo, gente con armas y esas cosas. —Le dio la Nambu cargada a Jackie—. ¿Sabes cómo usar un arma? —le preguntó a Bobby.

—Claro —mintió.

—No —dijo Jammer—, ya tenemos suficientes problemas sin darle una. Dios…

—Lo que me sugiere todo esto es que tal vez venga a por nosotros alguien más —terció Beauvoir—. Alguien un poco más profesional…

—A menos que se limiten a volar por los aires Hipermart —replicó Jammer—. Y a todos esos zombis con el lugar…

—No, ya lo habrían hecho —aseguró Bobby.

Todos se lo quedaron mirando.

—Haced caso al chaval —dijo Jackie—. Tiene razón.

Treinta minutos después, Jammer miraba con gesto sombrío a Beauvoir.

—He de reconocer que es el plan con más lagunas que he oído en mucho tiempo.

—Sí, Beauvoir —interrumpió Bobby—. ¿Por qué no nos metemos por ese conducto, nos arrastramos hacia la azotea y pasamos al edificio de al lado? Podríamos usar el cable por el que viniste tú.

—Hay más kasual en la azotea que moscas en la mierda —respondió Beauvoir—. Es posible que algunos incluso hayan tenido el cerebro suficiente como para encontrar el conducto por el que bajé aquí. Dejé un par de minas de fragmentación en miniatura mientras bajaba. —Sonrió sin gracia alguna—. Aparte, el edificio de al lado es más alto. Tuve que subir a esa azotea y

disparar el monomol hacia este, que estaba más bajo. No se puede subir a mano por el filamento monomolecular: te cortarías los dedos.

—Entonces, ¿cómo narices esperabas salir de aquí? —preguntó Bobby.

—Déjalo, Bobby —respondió Jackie en voz baja—. Beauvoir ha hecho lo que tenía que hacer. Ahora está aquí con nosotros y estamos armados.

—Bobby —continuó Beauvoir—, ¿por qué no nos explicas otra vez el plan? Para asegurarte de que lo hemos entendido…

Bobby tenía la incómoda sensación de que Beauvoir quería asegurarse de que él lo había entendido; aun así se apoyó en la barra y empezó a repasarlo.

—Nos armamos y esperamos, ¿vale? Jammer y yo nos enchufamos a su consola y echamos un vistazo por la matriz por si conseguimos hacernos una idea de lo que ocurre…

—Creo que eso podría hacerlo solo —dijo Jammer.

—¡Joder! —Bobby perdió los papeles—. ¡Lo ha dicho Beauvoir! ¡Y yo quiero ir! ¡Quiero enchufarme! ¿Cómo se supone que voy a aprender si no lo hago?

—Tranquilo, Bobby —trató de calmarlo Jackie—. Continúa.

—Vale —dijo él, malhumorado—. Entonces, tarde o temprano, los tipos que contrataron a los gótikos y a los kasual para encerrarnos aquí vendrán a por nosotros. Cuando lo hagan, acabaremos con ellos. Atraparemos vivo al menos a uno. Mientras, iremos de camino a la salida, y los gótikos y todos esos no se esperarán que tengamos tanta potencia de fuego, por lo que llegaremos a la calle y partiremos hacia los Proyectos…

—Creo que ese es más o menos el plan —dijo Jammer, que atravesó la moqueta en dirección a la puerta cerrada cubierta por la cortina—. Un buen resumen. —Pasó el pulgar contra el pestillo codificado y abrió un poco la puerta—. ¡Eh, tú! ¡Tú no, el del sombrero! Ven aquí. Quiero hablar…

El haz de luz rojo con el grosor de un lápiz atravesó la puerta, la cortina y dos de los dedos de Jammer y titiló sobre la barra. Una botella estalló, y el contenido se derramó convertido en vapor y ésteres gaseosos. Jammer volvió a dejar que la puerta se cerrase, se miró la mano destrozada y luego se sentó en la moqueta. El club se llenó poco a poco con el olor navideño de la ginebra hervida. Beauvoir cogió una botella de presión plateada de la barra y roció la cortina en llamas con agua de Seltz hasta que agotó el cartucho de dióxido de carbono y el chorro perdió presión.

—Estás de suerte, Bobby —dijo Beauvoir mientras tiraba la botella hacia atrás—, porque parece que el hermano Jammer no va a poder teclear en ninguna consola…

Jackie se había arrodillado y empezado a atender la mano de Jammer. Bobby vio un atisbo de la carne cauterizada y apartó la mirada al momento.

# 26
# El Wig

—Sabes que no es asunto mío —dijo Rez, que colgaba bocabajo delante de Marly—, pero ¿podría haber alguien esperándote cuando lleguemos? Te llevaré allí, eso tenlo por seguro, y si no puedes entrar te traeré de vuelta a la terminal de JAL. Pero si nadie quiere dejarte pasar, no sé durante cuánto tiempo podré esperarte por allí. El lugar es un desastre y siempre hay gente rara que deambula en el exterior, por los cascos.

Rez, o Therèse, como ponía en la licencia de piloto que tenía conectada a la consola de la Sweet Jane, se había quitado el traje de lona para el viaje.

Marly, que estaba aturdida a causa del arcoíris de dermos que Rez le había puesto por la muñeca para contrarrestar las náuseas del síndrome de adaptación espacial, se quedó mirando el tatuaje de la rosa. Lo habían dibujado con un estilo japonés de cientos de años de antigüedad, y Marly, atontada, llegó a la conclusión de que le gustaba. De hecho, también llegó a la conclusión de que le gustaba Rez, quien era a la vez dura y femenina, y además se preocupaba por su extraña pasajera. Rez había admirado su chaqueta y su bolso de cuero, antes de meterlo en una especie de red de nailon estrecha que ya estaba llena de cintas de casete, libros impresos y ropa sucia.

—No sé —respondió Marly, no sin esfuerzo—. Solo tengo que intentar entrar…

—¿Sabes qué clase de lugar es ese, hermana?

Rez había empezado a ajustar la red g alrededor de los hombros y las axilas de Marly.

—¿El qué? —preguntó, sorprendida.

—El sitio al que vamos. Forma parte de los antiguos núcleos de Tessier-Ashpool. Es el lugar donde estaban los servidores de sus datos corporativos…

—He oído a hablar de ellos —respondió Marly al tiempo que cerraba los ojos—. Andrea los nombró…

—Claro, todo el mundo ha oído hablar de ellos. Eran los propietarios de Freeside. Se podría decir que hasta fueron los que construyeron el lugar. Después, todo se fue al garete y lo vendieron. Desacoplaron sus aposentos del huso y los arrastraron a otra órbita, pero borraron los núcleos antes de hacerlo, los quemaron y luego se los vendieron a un chatarrero. Pero este no hizo nada con ellos. Nunca oí decir que hubiese okupas, pero aquí fuera uno vive donde buenamente puede… Supongo que eso es algo aplicable para cualquiera. Como la dama Jane, la hija del viejo Ashpool, que sigue viviendo en ese lugar antiguo, loca como una cabra… —Le dio un tirón definitivo y profesional a la red g—. Vale. Relájate. Voy a acelerar a Jane a toda máquina durante veinte minutos, pero llegaremos rápido, que supongo que será lo que quieres y el motivo por el que pagas tan bien…

Y Marly volvió a perderse en un paisaje lleno de cajas, construcciones enormes hechas por Cornell, donde los residuos sólidos del amor y los recuerdos se exhibían detrás de unos cristales polvorientos empapados por la lluvia, y la figura del misterioso hacedor de cajas se perdió entre avenidas pavimentadas con mosaicos de dientes humanos; las botas de París de Marly repiqueteando a ciegas sobre símbolos bosquejados con coronas de oro mate. El hacedor de cajas era un hombre y llevaba la chaqueta verde de Alain, y lo más importante era que ella le daba miedo.

—Lo siento —gritó mientras corría detrás de él—. Lo siento…

—Sí. Therèse Lorenz, la Sweet Jane. ¿Quieres los números? ¿Qué? Claro, somos piratas, sí. En realidad soy la puta capitana Garfio… Mira, Jack. Deja que te dé los números y lo compruebas por ti mismo… Ya te lo he dicho. Tengo una pasajera. Quiero solicitar permisos y todo ese rollo… Marly Nosequé. Habla en francés mientras duerme.

Los párpados de Marly se agitaron antes de abrirse. Rez estaba amarrada frente a ella, y apreció la perfecta definición de todos los músculos de su espalda.

—Oye —dijo Rez, que se giró en la red—. Lo siento. Creo que los he enfadado, pero son un poco excéntricos. ¿Eres religiosa?

—No —respondió Marly, perpleja.

Rez hizo una mueca.

—Bueno, pues espero que tú seas capaz de encontrarle algún sentido a esto.

Salió de la red y dio una voltereta hacia atrás muy ajustada que la dejó a pocos centímetros del rostro de Marly. Una cinta óptica iba desde su mano a la consola y, por primera vez, Marly vio el sofisticado puerto azul celeste que se abría en la piel de la muñeca de la joven. Colocó un altavoz auricular en la oreja derecha de Marly y ajustó el tubo del micrófono transparente que sobresalía de él.

—No tienes derecho a molestarnos aquí arriba —dijo un hombre—. Nuestra obra es la obra de Dios, ¡y nosotros somos los únicos que hemos visto Su verdadero rostro!

—¿Hola? Hola, ¿me oye? Me llamo Marly Krushkhova y tengo asuntos muy urgentes que atender con ustedes. O con alguien que se encuentra en estas coordenadas. Está relacionado con una serie de cajas o collages. ¡Puede que el creador de esas cajas esté en peligro! ¡Tengo que encontrarlo!

—¿En peligro? —espetó el hombre—. ¡Dios es el único que decide el destino de la humanidad! Nosotros no tenemos miedo. Pero tampoco somos imbéciles…

—Escúcheme, por favor. Josef Virek me contrató para localizar al creador de esas cajas. Pero he venido para advertirle: Virek sabe que está aquí, y estoy segura de que sus agentes me han seguido…

Rez no le quitaba ojo de encima a Marly.

—¡Tiene que dejarme entrar! Podría contarle más cosas…

—¿Virek? —Se hizo una pausa cargada de estática—. ¿Josef Virek?

—Sí —aseguró Marly—. El mismo. Seguro que ha visto su foto, esa en la que aparece con el rey de Inglaterra… Por favor. Por favor…

—Ponme a la piloto —rogó la voz, ahora sin aires de bravata ni de histerismo, pero cargada de algo que a Marly le gustaba incluso menos.

—Lo tenía de repuesto —dijo Rez al tiempo que sacaba el casco espejado del traje rojo—. Me lo puedo permitir. Me has pagado más que suficiente…

—No —protestó Marly—. De verdad que no tienes por qué hacerlo… Yo…

Negó con la cabeza. Mientras, Rez había empezado a desabrochar los cierres de la cintura del traje espacial.

—No vas a entrar en algo así sin un traje —dijo—. No sabes qué atmósfera hay. ¡Ni siquiera sabes si tienen atmósfera! O bacterias, esporas… ¿Qué pasa? —preguntó mientras bajaba el casco plateado.

—¡Soy claustrofóbica!

—Ah… —Rez la miró—. Eso me suena… Significa que te da miedo estar dentro de cosas, ¿no?

La miraba con curiosidad genuina.

—De cosas pequeñas, sí.

—¿Cómo la Sweet Jane?

—Sí, pero… —Miró el compartimento estrecho mientras contenía el pánico—. Esto lo puedo soportar, pero el casco es demasiado.

Se estremeció.

—Bueno, vamos a hacer una cosa —explicó—. Te ponemos el traje, pero te dejamos sin casco. Te enseñaré cómo abrocharlo. ¿Trato hecho? Si no, no te dejaré salir de mi nave…

Tenía los labios apretados en una línea recta.

—Sí —respondió Marly—. Sí…

—Te explico —dijo Rez—. Hemos unido las esclusas. Esta escotilla se abrirá, tú pasarás al otro lado y yo la cerraré. Después abriré la exterior, y quedarás a merced de la atmósfera que haya ahí dentro. ¿Estás segura de que no quieres ponerte el casco?

—No —respondió Marly, y miró el casco que sostenía entre los guantes rojos del traje, su pálido reflejo en el visor espejado.

Rez chasqueó un poco la lengua.

—Tú misma. Si quieres volver, haz que envíen un mensaje a la Sweet Jane a través de la terminal de JAL.

Marly se impulsó con torpeza y se internó en la esclusa, que era poco más amplia que un ataúd en vertical. La pechera del traje rojo golpeó con fuerza la escotilla exterior. En ese momento oyó cómo la interior siseaba al cerrarse detrás de ella. Junto a su cabeza se encendió una luz que le recordó a las de los frigoríficos.

—Adiós, Therèse.

No pasó nada. Se quedó sola con el latir de su corazón.

Luego se abrió la escotilla exterior de la Sweet Jane. Una pequeña diferencia de presión bastó para hacerla salir disparada hacia una oscuridad que olía a viejo y a tristeza humana, un olor parecido al que tendría una taquilla olvidada hace mucho tiempo. Había una humedad densa y contaminada en el aire y, mientras avanzaba, vio como la escotilla de la Sweet Jane se cerraba detrás de ella. La atravesó un haz de luz que vaciló y se meció mientras ella giraba.

—Luces —gritó alguien con voz ronca—. ¡Luces para nuestra invitada! ¡Jones!

Era la voz que había oído por los auriculares. Sonaba extraña en la amplitud metálica de aquel lugar, en aquel vacío por el que caía; y luego se oyó un rechinar y el chasquido distante de un anillo azul intenso gracias al que distinguió la curva lejana de una pared o del casco de acero y piedra lunar. La superficie estaba surcada y ahuecada por todo tipo de canales y depresiones tallados con precisión, lugares antaño ocupados por alguna clase de equipamiento. Unas escabrosas aglomeraciones de espuma expansiva marrón seguían adheridas en el fondo de algunos de los huecos más profundos, y otras se perdían en esas sombras oscuras e inertes.

—Será mejor que intentes detenerla antes de que se abra la cabeza, Jones.

Algo húmedo le golpeó el hombro del traje, y Marly giró la cabeza en ese momento para ver una figura de plástico rosado y brillante que arrastraba un cable también rosado y estrecho que se quedó tenso mientras ella giraba y la hizo dar la vuelta. El espacio catedralicio abandonado se llenó con el chirrido de un motor en funcionamiento, y la arrastraron con el cable poco a poco.

—Sí que has tardado —dijo la voz—. Me preguntaba quién sería primero, y ha resultado ser Virek… Mammon…

Luego la hicieron girar sobre sí misma. Estuvo a punto de soltar el casco; se le cayó de las manos y empezó a flotar, pero uno de ellos se lo acercó de nuevo. El bolso que llevaba, con las botas y la chaqueta doblados en su interior, dibujó un arco sin dejar de colgarle del hombro y la golpeó en la cabeza.

—¿Quién eres? —preguntó Marly.

—¡Ludgate! —bramó el anciano—. Wigan Ludgate, como bien sabrás. ¿A quién si no querría engañar ese hombre?

Tenía la cara hinchada, llena de surcos y afeitada, pero su pelo gris y sin cortar flotaba a la deriva, algas en una corriente de aire viciado.

—Lo siento —se disculpó ella—. No estoy aquí para engañarte. Ya no trabajo para Virek… He venido porque… La verdad es que no estoy del todo segura, pero de camino me enteré de que el artista que hacía las cajas está en peligro. Porque hay algo más, algo que Virek cree que tiene, algo que cree que lo liberará de sus cánceres…

El discurso de Marly dio paso al silencio, cerca del rostro de Wigan Ludgate, en el que casi se palpaba la locura, y vio que el hombre llevaba los restos de plástico de un antiguo traje espacial de trabajo cubierto por crucifijos de metal baratos, pegados con poliepóxido para formar un collar

alrededor del anillo de metal pulido donde se ceñía el casco. Tenía su rostro muy cerca. Marly casi olía la podredumbre de sus dientes.

—¡Las cajas! —Unas pequeñas esferas de saliva brotaron de sus labios y obedecieron las elegantes leyes newtonianas de la física—. ¡Zorra! ¡Son una creación de Dios!

—Tranquilo, Lud —lo aplacó una segunda voz—. Vas a asustar a la chica. Tranquila, chica. El viejo Lud no está acostumbrado a las visitas. Ya ves que se pone muy nervioso, pero en realidad es poco más que un viejo cabrón e inofensivo… —Giró la cabeza y se topó con la mirada tranquila de un par de ojos grandes y azules en un rostro muy joven—. Soy Jones. También vivo aquí…

Wigan Ludgate echó la cabeza hacia atrás y aulló, un sonido que reverberó contra esas paredes de acero y piedra.

—Como bien podrás comprobar —decía Jones mientras Marly se impulsaba bastante detrás de él por el cable anudado que recorría tenso un pasillo que parecía interminable—, es muy tranquilo. Oye las voces, ¿sabes? Habla solo…, o quizá con ellas, eso no lo sé. Y luego se queda como hechizado y se pone así… —Cuando dejó de hablar, Marly aún oía el eco tenue de los aullidos de Ludgate—. Podrías pensar que es cruel abandonarlo como hemos hecho, pero te aseguro que es lo mejor. Se cansará pronto. Le entra hambre y viene a buscarme. Para que le dé un tentempié.

—¿Eres australiano? —preguntó ella.

—De Nueva Melbourne —respondió él—. O lo era, al menos. Antes de salir del pozo…

—¿Te importaría contarme qué haces aquí? En este… este… ¿Qué es esto?

El chico rio.

—Solemos llamarlo el Lugar. Lud lo llama de muchas maneras, pero en general se refiere a él como el Reino. Cree que ha encontrado a Dios. Supongo que así es; todo depende de cómo se mire. Hasta donde yo sé, era una especie de delincuente de las consolas antes de salir del pozo. No sé cómo llegó aquí exactamente, solo que aquí está como en casa, el pobre diablo… Yo vine huyendo, ¿sabes? Tuve problemas, preferiría no entrar en detalles, y me vi obligado a salir por patas. Acabé aquí, una historia demasiado larga de contar, y me encontré al puto Ludgate a punto de morir de hambre. Se había ganado la vida a su manera, vendiendo cosas que encontraba y esas cajas que

has venido a buscar, pero ya estaba demasiado ido como para seguir. Sus compradores venían unas tres veces al año, más o menos, pero él los echaba. Llegué a la conclusión de que me vendría bien esconderme aquí, así que empecé a ayudarlo. Y supongo que eso es…

—¿Puedes ponerme en contacto con el artista? ¿Está aquí? Es muy urgente…

—Lo haré, no temas. Pero lo cierto es que este lugar no se construyó para que lo habitasen personas, ni para deambular por el interior, por lo que se podría decir que el viaje es un poco largo… Te va a dar la impresión de que no vamos a ningún lado. Tampoco puedo garantizarte que te vaya a hacer una caja. ¿De verdad trabajas para Virek? ¿Ese tipo tan podrido de pasta que sale por la tele? Es un cabeza cuadrada, ¿no?

—Trabajaba para él —respondió Marly—. Durante unos días. Y respecto a su nacionalidad…, supongo que se podría decir que *Herr* Virek es el único habitante de una nación formada por *Herr* Virek…

—Entiendo a qué te refieres —dijo Jones con tono animado—. Siempre pasa lo mismo con esos ricos viejos y cabrones, supongo, aunque es más divertido que relacionarse con un puto zaibatsu… Esos no se buscan problemas que puedan destruirlos, ¿sabes? Mira, por ejemplo, al viejo Ashpool, un compatriota mío, el que construyó todo esto. Dicen que su hija lo degolló y ahora está tan mal como el viejo Lud, encerrada en el castillo de la familia en algún sitio. El Lugar formaba parte de él, ¿sabes?

—Rez…, mi piloto, me refiero…, dijo algo parecido. Y una amiga mía, de París, mencionó hace poco a los Tessier-Ashpool… ¿El clan está acabado?

—¿Acabado? Se podría decir que lo han echado al váter y tirado de la cadena. Piensa en ello: tú y yo nos arrastramos por lo que antaño fueron sus núcleos de datos corporativos. Un contratista de Pakistán compró esto. El casco está bien y hay bastante oro en la circuitería, pero no le salió tan barato como cabría suponer… Y flota aquí desde entonces. Este sitio ha sido la única compañía de Lud y viceversa. Al menos, hasta que llegué yo. Supongo que un día vendrá una tripulación desde Pakistán y empezará a desmontarlo… No obstante, es curioso que muchas de las cosas que hay aquí sigan funcionando; al menos, durante una parte del tiempo. Los que me trajeron aquí me contaron una historia: dijeron que T-A borró los núcleos antes de que lo desacoplaran del huso…

—Pero ¿crees que siguen operativos?

—Dios, pues claro. Están tan operativos como podría estarlo Lud. Pero no sabría decirte si eso encaja en la definición de «operativo». ¿Qué te crees que

es tu hacedor de cajas?

—¿Qué sabes sobre Biolaboratorios Maas?

—¿Más que qué?

—Maas. Fabrican biochips…

—Ah, esos. Bueno, eso es todo lo que sé sobre ellos…

—¿Los ha mencionado Ludgate?

—Puede. Tampoco es que preste atención a todo lo que dice: Lud habla por los codos.

# 27
# Las estaciones del aliento

Los llevó por una avenida donde se apilaban los vehículos oxidados, las grúas de demolición y las torres negras de las fundiciones. Avanzó por las calles secundarias mientras se abrían paso hacia la parte occidental del Ensanche, y luego metió el aerodeslizador por un cañón de ladrillos, lo que hizo que saltasen chispas de los laterales de metal, y lo lanzó a toda velocidad contra una pared de basura compacta y llena de hollín. Una avalancha de residuos cayó sobre el vehículo, y él soltó los controles y vio como los dados de espuma se balanceaban de un lado a otro, adelante y atrás. Llevaba al menos una decena de manzanas con la reserva de queroseno vacía.

—¿Qué pasó antes? —preguntó ella, con los pómulos iluminados de verde a causa del brillo de los controles.

—Derribé un helicóptero. Lo cierto es que fue por accidente. Tuvimos suerte.

—No, me refiero a después de eso. Yo estaba… Tuve un sueño.

—¿Con qué soñaste?

—Con cosas grandes que se movían…

—Tuviste una especie de ataque.

—¿Estoy enferma? ¿Crees que estoy enferma? ¿Por qué la empresa quiere matarme?

—No creo que estés enferma.

Se quitó el arnés y trepó sobre el asiento para acurrucarse en el lugar donde habían dormido.

—Fue una pesadilla…

Empezó a temblar. Él se quitó también el arnés y se acercó a ella, le apretó la cabeza contra él mientras le acariciaba el pelo contra el suave y delicado cráneo para colocárselo detrás de las orejas. Bajo aquel resplandor verde, el rostro de la joven parecía una imagen onírica y abandonada, de piel suave y pegada a los huesos. La sudadera negra estaba a medio abrir, y Turner

rozó la punta de uno de sus dedos contra la clavícula. Tenía la piel fría, cubierta por una pátina de sudor. Ella se aferró a él con fuerza.

Turner cerró los ojos y vio su cuerpo sobre una cama en cuya superficie se proyectaban haces de luz solar, bajo un ventilador que giraba despacio con aspas de madera marrón. El cuerpo agitado, convulsionando como un miembro recién amputado; Allison con la cabeza hacia atrás, la boca abierta y los labios apretados contra los dientes.

Angie presionó con fuerza la cabeza contra el cuello de Turner.

Ella gruñó, se puso rígida y se echó hacia atrás.

—Hombre contratado —dijo la voz.

Y él volvió al momento al asiento del conductor; el cañón de la Smith & Wesson reflejaba una sola línea verde del brillo de los controles, el bulto luminoso de la mira frontal ocultaba por completo la pupila izquierda de la joven.

—No —dijo la voz.

Él bajó el arma.

—Has vuelto.

—No. Antes hablaste con Legba. Yo soy Samedi.

—¿Sábado?

—El Barón Sábado, hombre contratado. Nos conocimos en una ocasión, en una ladera. Estaba cubierto de sangre, como con gotas de rocío. Aquel día bebí toda la sangre de tu corazón. —El cuerpo de la joven se agitó con vehemencia—. Conoces muy bien esta ciudad…

—Sí.

Turner vio cómo los músculos del rostro de Angie se tensaban y se relajaban, cómo moldeaban sus rasgos para convertirlos en los de una nueva máscara.

—Muy bien. Deja el vehículo aquí, tal y como pretendías. Pero luego sigue las estaciones en dirección norte. Hacia Nueva York. Esta noche. Te guiaré con el caballo de Legba, y matarás para mí…

—¿A quién quieres matar?

—A alguien a quien tú también quieres ver muerto, hombre contratado.

Angie gimió, se estremeció y empezó a sollozar.

—Tranquila —dijo él—. Ya casi hemos llegado a casa.

Mientras la ayudaba a salir del asiento, comprendió que esas palabras ya no tenían el menor sentido. Ninguno de los dos tenía un hogar al que regresar. Encontró la caja de cartuchos en la parka y reemplazó el que había usado con el Honda. Cogió una cuchilla manchada de pintura que sacó de la caja de

herramientas del salpicadero y rasgó el forro de nailon de la parka; un millón de tubos de poliaislamiento se retorcieron a medida que cortaba. Metió la Smith & Wesson en la funda y se puso la parka después de terminar de arrancarle el forro. Colgaba a su alrededor como harapos o un chubasquero demasiado grande, y ocultaba por completo el gran bulto del arma.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó ella mientras se pasaba por la boca el dorso de la mano.

—Porque hace calor ahí fuera y necesito ocultar el arma. —Se metió la bolsa hermética llena de neoyenes usados en uno de los bolsillos—. Venga, tenemos que tomar el metro.

La condensación goteaba sin cesar de la vieja cúpula de Georgetown, construida cuarenta años después de que los maltrechos federales se retiraran hacia la parte baja de McLean. Washington era una ciudad del sur y siempre lo había sido, y uno sentía el cambio de ambiente del Ensanche si ibas en tren desde Boston. Los árboles del distrito eran frondosos y verdes, y las hojas atenuaban las luces de arco mientras Turner y Angela Mitchell se abrían paso por las aceras ruinosas hacia Dupont Circle y la estación. Había bidones por la rotonda, y alguien había encendido una fogata de basura en el enorme cáliz de mármol que se alzaba en el centro. Unas siluetas silenciosas se sentaban junto a unas mantas extendidas en las que había todo un surtido irreal de objetos: estuches de cartón manchados de humedad para discos de audio negros junto a extremidades prostéticas maltrechas de las que colgaban vulgares conexiones nerviosas, una pecera polvorienta de cristal llena de placas de identificación rectangulares, fajos de postales descoloridas amarradas con gomas elásticas, trodos indo que aún seguían metidos en el plástico de embalar, juegos de saleros y pimenteros desparejados, un palo de golf con una empuñadura de cuero despellejada, navajas suizas a las que les faltaban la hoja, una papelera de latón aserrado litografiada con el rostro de un presidente cuyo nombre Turner apenas era capaz de recordar (¿Carter? ¿Grosvenor?), hologramas borrosos del Monumento…

En las sombras situadas junto a la entrada de la estación, Turner regateó en voz baja con un niño chino enfundado en unos vaqueros blancos, a quien le cambió el billete más pequeño de Rudy por nueve fichas de metal acuñadas con el logotipo ornamentado del transporte público del EMBA.

Usaron dos de las fichas para entrar en la estación. Con otras tres, compraron unos cafés terribles y unas pastas correosas en las máquinas de

autoventa. Las cuatro restantes las usaron para viajar al norte, en un tren que se deslizaba en silencio por el amortiguador magnético. Turner se reclinó, la rodeó con ambos brazos y fingió que cerraba los ojos. En realidad, veía su reflejo en la ventana opuesta: un hombre alto, ahora demacrado y sin afeitar, que hundía los hombros en gesto de derrota mientras una joven ojerosa se acurrucaba a su lado. Ella no abría la boca desde que se marcharon de la callejuela donde Turner había abandonado el aerodeslizador.

Pensó en llamar a su agente por segunda vez en una hora. La regla aseguraba que, si tenías que confiar en alguien, lo mejor era confiar en tu agente. Pero Conroy le había confesado que contrató a Oakey y a los demás a través del agente de Turner, y el contacto entre ambos lo hacía dudar. ¿Dónde estaría Conroy esa noche? Turner estaba más que seguro de que Conroy le había dado a Oakey la orden de perseguirlos con el láser. ¿Sería Hosaka la responsable de haber disparado el cañón de riel en Arizona, para así borrar las pruebas de aquel torpe intento de deserción? Pero, si habían sido ellos, ¿por qué ordenarle a Webber que acabase con los médicos, con la unidad de neurocirugía y con la consola Maas-Neotek? Maas otra vez… ¿Sería Maas la responsable de la muerte de Mitchell? ¿Había algún motivo para creer que Mitchell había muerto en realidad? «Sí —pensó mientras la joven se agitaba a su lado en un sueño ligero—. Sí que había una razón: Angie». A Mitchell le aterrorizaba la idea de que la matasen. Había preparado la deserción para sacarla de allí, para entregarla a Hosaka mientras él se quedaba sin plan de fuga. O, al menos, esa era la versión de Angie.

Cerró los ojos y dejó de ver el reflejo. Algo se agitó en las profundidades de los recuerdos cenagosos de Mitchell. Vergüenza. No era capaz de llegar hasta ella… Abrió los ojos de repente. ¿Qué había dicho ella en casa de Rudy? Que su padre le había metido eso en la cabeza porque ella no era lo bastante inteligente. Con cuidado para no molestarla, pasó el brazo por detrás del cuello de la joven y metió dos dedos en el bolsillo de la cadera de los pantalones, de donde sacó el pequeño sobre de nailon negro de Conroy tirando de la cinta con la que se lo colgaba del cuello. Abrió el velcro, sacó lo que había dentro y abrió la mano, en cuya palma descansaba el biosoft gris, asimétrico e hinchado. Sueños mecánicos. Una montaña rusa. Demasiado rápido, demasiado ajeno como para comprenderlo. Pero si uno quería sacar de él algo, algo en concreto, tendría que ser capaz de conseguirlo…

Clavó la uña del pulgar bajo la tapa del puerto, la sacó y luego la dejó sobre el asiento de plástico que había junto a él. El tren estaba casi vacío y

ninguno de los demás pasajeros parecía prestarle atención. Respiró hondo, apretó los dientes e insertó el biosoft.

Lo consiguió al cabo de veinte segundos; era lo que buscaba. Esa vez no había sucumbido a la extrañeza, y llegó a la conclusión de que ello se debía a que había ido a por algo en concreto, un hecho, la clase de datos que uno esperaba encontrar en el informe de un investigador importante: el cociente intelectual de su hija, tal como reflejaban las pruebas llevadas a cabo todos los años.

Angela Mitchell estaba muy por encima de la media. Siempre lo había estado.

Sacó el biosoft del puerto y lo giró con gesto ausente entre el pulgar y el dedo índice. La vergüenza. Mitchell y la vergüenza y el posgrado… «Notas —pensó—. Quiero las notas de ese cabrón. Quiero su expediente académico».

Volvió a conectar el informe.

Nada. Estaba ahí, pero no había nada.

No. Otra vez.

Otra vez…

—Maldición —dijo al verlo.

Un adolescente con la cabeza afeitada lo miraba desde un asiento al otro lado del pasillo. Después se giró para seguir oyendo el monólogo interminable de su amigo:

—Van a hacer los juegos otra vez, en la colina y a medianoche. Iremos, pero solo a estar por ahí, nada de participar. Nos relajaremos mientras ellos se dan una buena tunda, y nos reiremos mientras vemos a quién pegan más. La semana pasada le jodieron el brazo a Susan, ¿estabas? Y fue divertido, porque Cal intentó llevarla al hospital, pero estaba tan colocado que pasó esa Yamaha de mierda que tiene por encima de un badén…

Turner volvió a meter el biosoft en el puerto.

En esa ocasión no dijo nada de nada al terminar. Volvió a rodear a Angie con el brazo y sonrió, y vio su sonrisa reflejada en la ventana. Era salvaje y estaba cargada de astucia.

El expediente académico de Mitchell era bueno, muy bueno. Excelente. Pero no vio el arco. El arco era algo que Turner había aprendido a buscar en los informes cuando investigaba a alguien, una especie de curva que indicaba la genialidad. Veía el arco igual que un metalúrgico experto era capaz de identificar los metales con solo ver las chispas que saltaban de una rueda de amolar. Y Mitchell no lo tenía.

La vergüenza. La residencia de estudiantes. Mitchell lo sabía, sabía que no iba a conseguirlo. Y luego, por alguna razón, lo había hecho. ¿Cómo? Una información como esa no iba a estar en el informe. Mitchell había encontrado la manera de editar lo que entregó a la seguridad de Maas. De lo contrario, habrían intentado descubrirlo… Algo o alguien había encontrado a Mitchell durante el bajón posterior a la graduación y empezado a darle información. Pistas, direcciones. Y Mitchell empezó a destacar, con un arco inflexible, brillante y perfecto que lo llevó hasta la cima…

¿Quién? ¿Qué?

Miró el rostro dormido de Angie a la luz intermitente del metro.

Fausto.

Mitchell había hecho un trato. Turner nunca llegaría a conocer los detalles, ni el precio que había puesto Mitchell, pero sí alcanzaba a comprender el otro lado del acuerdo, lo que le habían pedido a cambio.

Legba, Samedi, las babas que se derramaban de los labios torcidos de la joven.

Y el tren se deslizó por la Unión, como una ráfaga negra de brisa de medianoche.

—¿Un taxi, señor?

Los ojos del hombre se movían detrás de los cristales de unas gafas tintadas policromáticas cuyos colores se deslizaban como manchas de aceite. Tenía unas llagas plateadas y lisas en el dorso de las manos. Turner se acercó y lo agarró por el brazo levantado, sin dejar de andar, hasta que lo empotró contra una pared de baldosas blancas y arañadas, entre las hileras grises de la consigna.

—Efectivo —dijo Turner—. Pagaré en neoyenes. Quiero un taxi. No quiero el menor problema con el conductor. ¿Entendido? No soy imbécil. —Lo agarró con más fuerza—. Como me la juegues, volveré a por ti para matarte. O para hacer que desees estar muerto.

—Entendido. Sí, señor. Entendido. Puedo conseguírselo, claro. ¿Adónde quiere ir, señor?

Las facciones se le retorcieron a causa del dolor.

—Hombre contratado —dijo la voz desde el cuerpo de Angie, un susurro ronco.

Y luego una dirección. Turner vio que los ojos del comercial se movían, nerviosos, detrás de los remolinos de color.

—¿Eso es en Madison? —graznó—. Sí, señor. Le conseguiré un buen taxi. El mejor.

—¿Qué lugar es este? —le preguntó Turner al taxista mientras se inclinaba hacia delante para pulsar el botón del intercomunicador que había junto a la rejilla del altavoz—. ¿Es la dirección que le dimos?

Se oyó un chasquido de estática.

—Hipermart. No hay gran cosa abierta a estas horas de la noche. ¿Busca algo en particular?

—No —respondió Turner.

No conocía el lugar. Intentó recordar aquella región de Madison. Residencial, en su mayor parte. Una innumerable cantidad de hogares excavados en los caparazones de edificios comerciales, que databan de una época en la que el comercio requería la presencia física de los dependientes en una ubicación central. Algunos de los edificios eran lo bastante altos como para atravesar una cúpula…

—¿Adónde vamos? —preguntó Angie al tiempo que le tocaba el brazo.

—Tranquila —respondió él—. No te preocupes.

—Dios —dijo ella, apoyada contra su hombro, mientras alzaba el rostro hacia el cartel de neón rosado que rezaba hipermart y adornaba la fachada de granito del edificio antiguo.

—Cuando estaba en la meseta, soñaba con Nueva York. Tenía programas gráficos que me llevaban por las calles y podía entrar en museos y esas cosas. Venir a ese lugar era lo que más ansiaba…

—Bueno, pues lo has conseguido. Aquí estás.

La joven empezó a sollozar, lo abrazó y se estremeció con el rostro contra el pecho desnudo de Turner.

—Tengo miedo. Mucho miedo…

—Todo irá bien —dijo él mientras le acariciaba el pelo y sin apartar la vista de la entrada principal.

Turner no tenía motivo alguno para crecer que las cosas fueran a irles bien, a ninguno de los dos. Ella parecía no tener ni idea de que las palabras que los habían llevado a ese lugar habían salido de su boca. «Pero tampoco se podía afirmar que fuese ella quien las había pronunciado», pensó. Había unas personas con grandes sacos acurrucadas a ambos lados de la entrada del

Hipermart, montañas de harapos abandonados que habían adquirido el color de la acera; a Turner le dio la impresión de que habían brotado poco a poco del hormigón oscuro, convertidas en prolongaciones móviles de la ciudad.

—El Jammer —dijo la voz, ahogada por su pecho, y sintió una repugnancia abúlica—. Es un club. Encuentra al caballo de Danbala.

Y luego Angie volvió a llorar. Turner le cogió la mano y pasó junto a los vagabundos dormidos para entrar bajo los arabescos dorados y deslustrados, a través de unas puertas de cristal. Vio una cafetera al fondo de un pasillo de tiendas y puestos cerrados, una joven de cresta negra que limpiaba un mostrador.

—Café —dijo—. Comida. Venga. Tienes que comer algo.

Turner sonrió a la chica mientras Angie se acomodaba en un taburete.

—¿Efectivo? —preguntó—. ¿Aceptas efectivo?

Ella lo miró y se encogió de hombros. Turner sacó un billete de veinte de la bolsa de Rudy se lo enseñó.

—¿Qué va a ser?

—Cafés. Y algo de comer.

—¿Solo tienes ese? ¿Uno más pequeño quizá?

Él negó con la cabeza.

—Lo siento. No te puedo dar cambio.

—No hace falta.

—¿Estás loco?

—No, pero quiero café.

—Menuda propina, señor. Es más de lo que saco en una semana entera.

—Es tuya.

La rabia surcó el rostro de la joven.

—¿Estás con esos comemierdas de arriba? Pues quédate el dinero. Voy a cerrar.

—No estamos con nadie —replicó, al tiempo que se apoyaba un poco en el mostrador, lo suficiente como para que se le abriese la parka y ella viese la Smith & Wesson—. Buscamos un club. Un lugar llamado Jammer.

La joven miró a Angie. Luego miró de nuevo a Turner.

—¿Está enferma? ¿Drogada? ¿Qué es todo esto?

—Coge el dinero —dijo Turner—. Danos el café. Si quieres ganarte la propina, dime dónde está el Jammer ese. Es pago suficiente. ¿Entendido?

Ella cogió el billete, lo guardó y luego se dirigió a la cafetera.

—De un tiempo a esta parte no entiendo nada. —Apartó entre tintineos tazas y vasos con restos de leche—. ¿Qué pasa en el Jammer? ¿Sois amigos

del dueño? ¿Conocéis a Jackie?

—Claro —respondió Turner.

—Pasó por aquí por la mañana con ese pequeño wilson de las afueras. Supongo que iba hacia allí…

—¿Adónde?

—Al Jammer. Después de eso, empezó esta locura.

—Ah, ¿sí?

—Todos esos raritos de Barrytown, pijos engominados, que entraron aquí como si fueran los dueños del lugar. Y es lo que han conseguido, al menos en los dos últimos pisos. Empezaron a sacar gente de sus puestos a golpe de talonario. Muchas de las personas de los pisos inferiores se limitaron a hacer las maletas para marcharse. Es muy raro…

—¿Cuántos son?

El vapor brotó de la máquina.

—Puede que cien. Llevo todo el día asustada, pero mi jefe no responde. De todas formas, cerré hace media hora. La del turno de día no apareció, o a lo mejor vino, se olió los problemas y se dio el piro… —Dejó una pequeña taza humeante frente a Angie—. ¿Estás bien, guapa?

Angie asintió.

—¿Tienes idea de qué es lo que trama esa gente? —preguntó Turner.

La dependienta regresó a la máquina, que volvió a rugir.

—Creo que esperan algo —susurró, y después le acercó un expreso a Turner—. A que alguien intente salir del Jammer o a que alguien intente entrar…

Turner bajó la vista hacia los remolinos marrones de espuma del café.

—¿Y nadie ha llamado a la policía?

—¿La policía? Estás en el Hipermart. Aquí la gente no llama a la policía…

La taza de Angie repiqueteó contra el mostrador de mármol.

—Ve al grano, hombre contratado —susurró la voz—. Ya sabes dónde está. Entra.

La dependienta se quedó boquiabierta.

—Dios, tiene que estar muy colocada… —Le dedicó una mirada fría a Turner—. ¿La drogaste tú?

—No —respondió Turner—, pero está enferma. Tranquila, todo irá bien.

Apuró el café solo y amargo. Por un instante, le dio la impresión de ser consciente de cómo todo el Ensanche respiraba, con un aliento antiguo,

enfermizo y fatigado que recorrió todas las estaciones desde Boston hasta Atlanta…

# 28
# Jaylene Slide

—Dios —le dijo Bobby a Jackie—, ¿no se puede vendar y ya?

La quemadura de Jammer impregnó la oficina de un olor parecido al de la carne de cerdo demasiado hecha que le revolvió el estómago a Bobby.

—No se puede vendar una quemadura —respondió ella mientras ayudaba a Jammer a sentarse en la silla. Empezó a abrir los cajones del escritorio, uno detrás de otro—. ¿Tienes analgésicos? ¿Dermos? ¿Algo?

Jammer negó con la cabeza, con su rostro alargado, flácido y pálido.

—Puede. Detrás de la barra hay un botiquín…

—¡Ve a por él! —gritó Jackie—. ¡Rápido!

—¿Por qué estás tan preocupada por él? —preguntó Bobby, con tono quejumbroso—. Intentó dejar que entrasen aquí esos gótikos…

—¡El botiquín, imbécil! Solo se dejó llevar durante unos instantes. Se asustó. Trae ese botiquín o haré que tú también lo necesites.

Bobby se dirigió a toda prisa al club y encontró a Beauvoir cableando unas salchichas rosadas de explosivo plástico a una caja amarilla que parecía la unidad de control del camión de juguete de un niño. Las salchichas estaban aplastadas alrededor de los goznes de las puertas y a ambos lados de la cerradura.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó Bobby mientras se apresuraba hacia la barra.

—Es por si a alguien se le ocurre entrar —respondió Beauvoir—. Seguro que lo intentan. Así que los ayudaremos a abrir la puerta.

Bobby hizo una pausa para admirar la preparación de los explosivos.

—¿Por qué no lo pegas al cristal de la puerta y lo haces estallar directamente?

—Porque es demasiado evidente —dijo Beauvoir, que se enderezó con el detonador amarillo en las manos—. Pero me alegra que pienses esas cosas. Si

intentamos hacerlo explotar directamente, puede que parte de la explosión nos alcance aquí dentro. De esta forma es… más limpio.

Bobby se encogió de hombros y se agachó detrás de la barra. Había estanterías de alambre llenas de bolsas de plástico de obleas de kril, una selección de paraguas abandonados, un diccionario completo, un zapato azul de mujer, una caja de plástico blanco con una cruz roja de aspecto derretido pintada encima con esmalte de uñas… Bobby la agarró y volvió a saltar sobre la barra.

—Oye, Jackie… —dijo al tiempo que ponía el botiquín junto a la consola de Jammer.

—Olvídalo. —Ella lo abrió y rebuscó en el interior—. Jammer, aquí hay más drogas afrodisiacas que otra cosa…

Jammer esbozó una sonrisa débil.

—Aquí esta. Esto te ayudará. —Jackie desenrolló una lámina de dermos rojos, empezó a despegarlos y luego colocó tres de ellos en el dorso de la mano quemada—. Pero lo que necesitas es un anestésico.

—Estaba pensando… —empezó a decir Jammer—. Puede que este sea el momento en el que nos venga bien que te enchufes…

—¿A qué te refieres? —preguntó Bobby, que miró la consola.

—Creo que es lógico suponer que quienquiera que haya enviado a esos capullos, también habrá pinchado la línea telefónica —explicó Jammer.

Bobby asintió. Beauvoir había dicho lo mismo cuando les explicó el plan.

—Bueno, cuando Beauvoir y yo llegamos a la conclusión de que tú y yo teclearíamos por la matriz para echar un vistazo, yo en realidad tenía algo en mente. —Jammer enseñó a Bobby todos sus dientes blancos y pequeños—. Verás, me metí en esto porque les debo un favor a Beauvoir y a Lucas. Pero también hay otras personas que me deben favores a mí, favores desde hace mucho tiempo, que nunca necesité exigir que me devolvieran.

—Jammer —dijo Jackie—, tienes que relajarte. Reclínate. Podrías sufrir una conmoción.

—¿Tienes buena memoria, Bobby? Voy a enseñarte una secuencia y la practicarás en mi consola. Sin encender ni enchufar. ¿Te parece?

Bobby asintió.

—Bien. Practica esto sin enchufarte unas cuantas veces. Es un código de entrada. Por una puerta trasera.

—¿Adónde lleva esa puerta trasera?

Bobby le dio la vuelta a la consola negra y puso los dedos sobre el teclado.

—A la yakuza —respondió Jammer.

Jackie se lo quedó mirando.

—Oye, ¿cómo es que…?

—Como he dicho, es un antiguo favor. ¿Sabes eso que dice de que la yakuza nunca olvida? Bueno, pues también es un arma de doble filo para ellos…

Bobby notó un olor a carne chamuscada e hizo una mueca.

—¿Cómo es que no se lo mencionaste a Beauvoir?

Jackie había empezado a doblar cosas para volver a meterlas en la caja blanca.

—Guapa, algún día lo entenderás —respondió Jammer—. Uno tiene que aprender a saber olvidar según qué cosas.

—Mira —dijo Bobby mientras le dedicaba a Jackie lo que esperaba que fuese su mirada más inclemente—. Voy a entrar yo, ¿vale? No necesito a tus *loa* s. Me ponen de los nervios…

—Ella no los llama —interrumpió Beauvoir, que estaba agachado junto a la puerta del despacho, con el detonador en la mano y el arma antidisturbios sudafricana en la otra—. Vienen sin más. Aparecen cuando les viene en gana. Aun así, les gustas…

Jackie se colocaba los trodos en la frente.

—Bobby, todo irá bien —dijo—. No te preocupes. Tú enchúfate y ya está.

Se había quitado el pañuelo. Tenía trenzas africanas en el pelo, entre pulcros surcos de piel marrón, con antiguas resistencias entrelazadas a intervalos irregulares, pequeños cilindros de resina fenólica marrón cubierta por franjas de pintura de colores.

—Cuando teclees por la pelota de baloncesto —le dijo Jammer a Bobby —, tendrás que abalanzarte a la derecha durante tres kilómetros y luego ir hacia el suelo. Directo hacia abajo, quiero decir.

—¿Cuando teclee por dónde?

—La pelota de baloncesto. La esfera de coprosperidad de la Franja del Sol Dallas-Fort Worth, y será mejor que bajes rápido, hasta el final. Después, usa lo que te acabo de enseñar, durante al menos otros veinte kilómetros. Verás que solo hay concesionarios de coches de segunda mano y asesores fiscales, pero tú sigue. ¿Entendido?

Bobby asintió, con una sonrisa.

—Si alguien te ve por ahí abajo, peor para él. De todos modos, la gente que se enchufa por ahí suele ver cosas muy raras…

—Tío, date prisa —dijo Beauvoir a Bobby—. Tengo que volver a la puerta…

Bobby se enchufó.

Siguió las instrucciones de Jammer, y agradeció en su fuero interno sentir a Jackie junto a él mientras descendían hacia las profundidades rutinarias del ciberespacio. El brillo de la pelota de baloncesto relució sobre ellos. La consola era dinámica, muy suave y lo hacía sentir rápido y fuerte. Se preguntó qué habría hecho Jammer para que la yakuza le debiese un favor que ni siquiera se había molestado en pedir que le devolviesen. Una parte de él se dedicó a valorar situaciones hipotéticas hasta que llegaron al hielo.

—Dios… —Y Jackie desapareció. Había aparecido algo entre los dos, algo que sintió frío y silencioso, como si se hubiese quedado sin aliento—. Pero aquí no había nada. ¡Joder!

Se quedó inmóvil de alguna manera, bloqueado. Sentía la matriz, pero era incapaz de sentir las manos.

—¿Por qué iba alguien a enchufar a los tipos como tú a una consola así? Debería estar en un museo. Y tú en la escuela primaria.

—¡Jackie!

Fue un grito involuntario.

—Tío —dijo la voz—, no sé. Llevo unos cuantos días sin dormir, pero tengo claro que tu aspecto no es el que esperaba que tuviese lo que quería pillar cuando saliste de ahí… ¿Cuántos añitos tienes?

—¡Que te den! —dijo Bobby. Fue lo único que se le ocurrió.

La voz empezó a reír.

—Ramírez se partiría la caja con esto, ¿sabes? Tenía un magnífico sentido del ridículo. Es una de las cosas que más echo de menos…

—¿Quién es Ramírez?

—Mi compañero. Excompañero. Murió. Muy muerto. Pensaba que quizá tú podrías decirme cómo acabó así.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Bobby—. ¿Dónde está Jackie?

—Muy desconcertada, en el ciberespacio, mientras tú respondes a mis preguntas, wilson. ¿Cómo te llamas?

—Bo… Conde Cero.

—Ya, claro. ¡Cómo te llamas!

—Bobby. Bobby Newmark…

Silencio. Luego dijo:

—Vale. Oye, pues eso tiene algo de sentido. Entonces, el sitio ese que vi que los espías hacían saltar por los aires era la casa de tu madre, ¿no? Supongo que tú no estabas dentro porque, de lo contrario, no estarías aquí. Un momento…

Un cuadrado de ciberespacio que tenía justo delante se giró de forma muy mareante, y luego se encontró en un gráfico azul pálido que parecía representar un apartamento muy espacioso, con formas bajas de mobiliario bosquejadas con líneas estrechas de neón azul. Una mujer se encontraba frente a él, un garabato reluciente con aspecto de dibujo animado que tenía forma de mujer, cuyo rostro era un borrón pardo.

—Soy Slide —dijo la figura, con las manos en las caderas—. Jaylene. Será mejor que no vayas de listo conmigo. Nadie en todo Los Ángeles va de listo conmigo. —Se giró a un lado, y una ventana apareció de repente detrás de ella—. ¿Entendido?

—Entendido —repitió Bobby—. ¿Qué es esto? ¿Te importaría explicarme…?

Aún no era capaz de moverse. Al otro lado de la «ventana» se apreciaba un paisaje azul grisáceo, como de vídeo, con palmeras y edificios viejos.

—¿A qué te refieres?

—Esta especie de dibujos. Y tú. Y esa imagen vieja…

—Oye, tío, que le pagué un riñón y medio a un diseñador para que tecleara esto. Es mi espacio. Mi constructo. Esto es Los Ángeles, chaval. Aquí la gente no hace nada sin enchufarse. Es donde recibo a mis invitados.

—Ah —dijo Bobby, que seguía perplejo.

—Tu turno. ¿Quién está contigo en ese salón de baile sórdido como él solo?

—¿El Jammer? Pues estamos Jackie, Beauvoir, Jammer y yo.

—¿Y adónde ibas cuando te pillé?

Bobby titubeó.

—A la yakuza. Jammer tiene un código que…

—¿Para qué?

La figura avanzó, un bosquejo animado y sensorial.

—Para pedir ayuda.

—Vaya. Hasta puede que estés diciendo la verdad…

—Claro. Lo juro por Dios…

—Bueno, no eres lo que necesito, Bobby Cero. He recorrido el ciberespacio de cabo a rabo con la esperanza de encontrar a lo que mató a mi hombre. Creía que había sido Maas, porque íbamos a llevar a uno de los suyos a Hosaka, y por eso le di caza a uno de sus equipos de espías. Lo primero que vi fue lo que le hicieron al edificio donde vivía tu madre. Después vi a tres que iban a por un tipo llamado Finlandés, pero esos tres ya no salieron de allí.

—El Finlandés acabó con ellos —respondió Bobby—. Los vi. Muertos.

—¿Los viste? Vaya, entonces puede que tengamos algo de lo que hablar. Después de eso vi que otros tres usaban la misma arma con uno de esos vehículos de chuloputas…

—Ese era Lucas —acotó Bobby.

—Pero, tan pronto como lo hicieron, un helicóptero los sobrevoló y los frio con un láser. ¿Sabes algo de eso?

—No.

—¿Crees que podrías contarme tu historia, Bobby Cero? ¡Y rápido!

—Vale. Pues tenía una misión. Dos al Día, de los Proyectos, me había dado un picahielos, y yo…

La mujer guardó silencio al acabar Bobby. La imagen animada y esbelta se encontraba junto a la ventana, como si examinase esos árboles que parecían sacados de una televisión.

—Tengo una idea —aventuró Bobby—. Quizá puedas ayudarnos…

—No —respondió ella.

—Pero podría ayudarte a encontrar lo que quieres…

—No. Solo quiero matar al cabrón que se cargó a Ramírez.

—Pero estamos atrapados allí y van a matarnos. ¡Los tipos a los que has seguido por la matriz son de Maas! Contrataron a un grupo de kasual y de gótikos…

—Eso no es cosa de Maas —aseguró ella—. Eso fue cosa de unos euros en Park Avenue. Unos que tienen casi dos kilómetros de hielo alrededor.

Bobby asimiló lo que acababa de decir.

—¿Son los tipos del helicóptero? ¿Los que mataron a los otros de Maas?

—No, no conseguí información del helicóptero, pero vi que volaban hacia el sur. Los perdí. Tengo una corazonada… Sea como fuere, te voy a sacar de aquí. Si quieres probar el código de la yaku, adelante.

—Pero, señora, necesitamos ayuda…

—La ayuda no da beneficios, Bobby Cero —dijo ella, y luego Bobby se vio sentado frente a la consola en el Jammer, con los músculos del cuello y de la espalda doloridos. Tardó un buen rato en enfocar la mirada, por lo que hasta unos minutos después no fue consciente de que había desconocidos en la habitación.

El hombre era alto, acaso más alto que Lucas, pero también más larguirucho y de caderas más estrechas. Llevaba una especie de chaqueta de combate holgada que le caía en pliegues, con bolsillos gigantes, y tenía el pecho al descubierto a excepción de una correa negra horizontal. Daba la impresión de tener los ojos amoratados y febriles, y sostenía la pistola más grande que Bobby hubiese visto jamás, una especie de revólver alargado con un dispositivo fijo debajo del cañón, algo parecido a la cabeza de una cobra. Junto a él había una joven que no dejaba de tambalearse y que bien podría tener la edad de Bobby, con los mismos ojos amoratados, aunque negros en su caso, y un cabello castaño y liso que necesitaba un buen lavado. Llevaba una sudadera negra varias tallas más grande y unos vaqueros. El hombre tenía el brazo izquierdo extendido para sostenerla.

Bobby los miró y se quedó boquiabierto al recordar.

Voz de chica, pelo castaño, ojos negros, el hielo que se apoderaba de él, el zumbido en los dientes, la voz de ella, esa cosa enorme al acercarse…

—Viv la vyèj —dijo Jackie a su lado, cautivada, con la mano aferrada al hombro de Bobby—. La Virgen de los Milagros. Ha venido, Bobby. ¡Danbala la envía!

—Te quedaste inconsciente durante un buen rato, chico —le dijo el hombre alto a Bobby—. ¿Qué ha pasado?

Bobby parpadeó, echó un vistazo desesperado a su alrededor y vio los ojos de Jammer, vidriosos a causa de los fármacos y del dolor.

—Cuéntaselo —dijo Jammer.

—No fui capaz de entrar a la yaku. Alguien me atrapó. No sé cómo…

—¿Quién?

El alto había rodeado a la joven con el brazo.

—Dijo llamarse Slide. De Los Ángeles.

—Jaylene —comentó el alto.

El teléfono que se encontraba sobre el escritorio de Jammer empezó a sonar.

—Contesta —dijo el alto.

Bobby se giró mientras Jackie extendía el brazo para tocar la barra de llamada que había debajo de la pantalla cuadrada. La pantalla se iluminó y

titiló, y apareció el rostro de un hombre, ancho y muy pálido, con ojos hundidos y gesto soñoliento. Tenía el pelo decolorado, casi blanco, y peinado hacia atrás. También tenía la sonrisa más cruel que Bobby había visto en su vida.

—Turner —dijo el tipo—. Será mejor que hablemos. No te queda mucho tiempo. Lo primero que deberías hacer es sacar a esa gente de ahí…

# 29
# El hacedor de cajas

El cable anudado se extendía hasta el infinito. A veces llegaban a esquinas y ramificaciones del túnel. En aquellos lugares, el cable se encontraba enrollado alrededor de un puntal o asegurado con un montón de poliepóxido transparente. El aire estaba viciado, pero más frío. Cuando se detuvieron a descansar en una estancia cilíndrica, donde la galería daba a una triple bifurcación, Marly le pidió a Jones la pequeña linterna que llevaba en la frente en una cinta elástica gris. La sostuvo con uno de los guantes rojos del traje y la dirigió a la pared de la habitación. La superficie estaba grabada de patrones, unas líneas estrechas y microscópicas…

—Ponte el casco —advirtió Jones—. Tiene una iluminación mejor que la mía…

Marly se estremeció.

—No. —Le pasó la luz—. ¿Me ayudas a quitarme esto, por favor?

Se tocó la pechera dura del traje con un guante. El casco redondo y espejado estaba afianzado a la cintura con un mosquetón cromado.

—Será mejor que te lo dejes —dijo Jones—. Es el único que hay en el Lugar. Yo tengo uno en el que duermo, pero sin aire. Las bombonas del Wig no sirven para mi respirador, y su traje tiene muchos agujeros…

Se encogió de hombros.

—No, por favor —dijo ella, que se afanó con el cierre que el traje tenía en la cintura, donde había visto a Rez girar algo—. No lo soporto…

Jones se impulsó sobre el cable e hizo algo que Marly fue incapaz de ver. Se oyó un chasquido.

—Extiende los brazos, sobre la cabeza —dijo él.

Fue un tanto incómodo, pero después consiguió flotar fuera del traje, con los vaqueros negros y la blusa de seda blanca que llevaba en aquel último encuentro con Alain. Jones amarró el traje rojo vacío al cable con otro mosquetón que llevaba en la cintura y luego abrió la bolsa llena de Marly.

—¿Quieres esto? ¿Quieres llevarlo contigo? Podríamos dejarlo aquí y recuperarlo al volver.

—No —respondió ella—. Me la llevo. Dámela.

Enganchó el codo por encima del cable y abrió la bolsa con torpeza. La chaqueta flotó fuera, y también una de las botas. Consiguió guardar la bota y luego enfundó la chaqueta.

—Es cuero del bueno —observó Jones.

—Por favor, démonos prisa —apremió ella.

—No queda mucho.

El haz de luz de la linterna se balanceaba a lo lejos y le mostraba el lugar en el que el cable desaparecía en uno de los tres huecos, que formaba un triángulo equilátero con los otros dos.

—Hasta aquí llega el cable —dijo él—. Llegan el cable y el camino. —Tocó la armella cromada donde el cable estaba enganchado con un nudo marinero. El eco de su voz reverberó delante de ellos, hasta que Marly se imaginó que oía otras voces susurrando entre el sonido del eco—. Nos hará falta un poco de luz —dijo, al tiempo que se impulsaba por el hueco y se agarraba a algo parecido a un ataúd de metal gris que sobresalía en aquel lugar.

Lo abrió. Marly vio cómo movía las manos en el círculo reluciente que proyectaba la luz. Tenía los dedos estrechos y delicados, pero con uñas pequeñas y romas, delineadas con porquería negra incrustada. Las letras cj tatuadas destacaban en azul por el dorso de la mano derecha. Era el tipo de tatuaje que uno se hacía en prisión… Sacó un tramo de cable largo, pesado y aislado. Entrecerró los ojos y luego metió el cable detrás de un conector D-sub de cobre.

La oscuridad que tenían delante dio paso a un resplandor de luz blanca.

—Lo cierto es que tenemos más energía de la que necesitamos —dijo, con algo parecido al orgullo que sentiría el propietario de una casa—. Las placas solares siguen en funcionamiento y se suponía que eran para los servidores… Venga, señorita, vayamos a ver a ese artista a quien tanto te apetece conocer…

Se impulsó hacia delante y flotó con suavidad a través de la abertura, hacia la luz, como un nadador. Hacia los miles de cosas que flotaban a la deriva. Marly vio que las suelas de plástico rojo de sus zapatos desgastados habían sido remendadas con sellador de silicona blanco.

Y luego lo siguió; se olvidó de los miedos, de las náuseas y del vértigo constante, y llegó a ese lugar. Y lo comprendió.

—Dios mío —dijo Marly.

—No lo creo —comentó Jones—. Puede que sí sea el del viejo Wig. Qué pena que no lo esté haciendo ahora. Es todo un espectáculo.

Algo se deslizó a diez centímetros de su cara. Una cuchara de plata ornamentada, cortada justo por la mitad, de extremo a extremo.

La pantalla se encendió y empezó a parpadear, pero Marly no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí. Horas, minutos… Ya había aprendido a desplazarse por la estancia, impulsándose como Jones en la concavidad de la cúpula. Al igual que hacía él, ella también se agarraba en las extremidades plegadas y articuladas de esa cosa, pivotaba y se quedaba allí aferrada, mientras contemplaba las espirales de restos. Había decenas de esos brazos, manipuladores, con puntas en forma de alicates, llaves hexagonales, cuchillos, una sierra circular en subminiatura y el taladro de un dentista… Brotaban del tórax de lo que en tiempos seguramente fuese un control remoto de construcción, el tipo de dispositivo semiautónomo controlado a distancia que Marly conocía de los vídeos de su juventud en la alta frontera. Pero este estaba soldado a la cúspide de la cúpula, sus flancos estaban fundidos con el Lugar, y cientos de alambres y cables ópticos serpenteaban por la cúpula geodésica antes de penetrar en él. Dos de las extremidades, rematadas por delicados dispositivos retroalimentados, se encontraban extendidas. Las almohadillas mullidas sostenían una caja sin terminar.

Marly contempló la danza interminable de objetos.

Un guante infantil amarillento, un tapón de cristal facetado de un vial de perfume desaparecido, una muñeca sin brazos y con rostro de porcelana francesa, una pluma estilográfica negra gruesa y con adornos dorados, segmentos rectangulares de placas perforadas, un pañuelo rojo y verde serpenteante y arrugado… Una multitud lenta e interminable de cosas que no dejaban de girar…

Jones se impulsó hacia esa tormenta silenciosa, entre risas, y agarró una de las extremidades que acababa en una pistola encoladora.

—Siempre me río cuando lo veo. Pero las cajas me ponen triste…

—Sí —convino ella—. A mí también me ponen triste. Pero hay tristezas y tristezas…

—Tienes razón. —Sonrió—. No hay manera de hacerlo parar. Supongo que el espíritu necesita moverlo, o eso decía el viejo Wig. Antes, él venía aquí a menudo. Creo que las voces son más intensas para él en este lugar, pero últimamente le hablan en cualquier parte. Es como si…

Marly lo miró a través de la maraña de manipuladores. Estaba muy sucio, era muy joven y tenía unos enormes ojos azules ocultos bajo un revoltijo de rizos castaños. Llevaba un mono de cremallera gris y manchado, con el cuello brillante a causa de la suciedad.

—Tienes que estar loco —dijo ella, con algo parecido a la admiración en la voz—. Tienes que estar muy loco para querer quedarte aquí…

Él rio.

—Wigan es quien está loco de atar. Yo no.

Ella sonrió.

—No. Tú estás loco. Y yo también…

—Como quieras —dijo él, y pareció como si mirase detrás de ella—. ¿Qué es eso? Parece una de las que Wig usa para los sermones, y no hay manera de apagarla sin que yo corte la corriente…

Marly giró la cabeza y vio diagonales de color que brillaban estroboscópicas por la superficie rectangular de una pantalla colocada en la curva de la cúpula. La pantalla quedó bloqueada por unos instantes cuando pasó por delante un maniquí de sastre, y luego apareció en ella el rostro de Josef Virek, con ojos azules y apacibles que brillaban detrás de unas lentes redondas.

—Hola, Marly —dijo—. No te veo, pero estoy muy seguro de dónde estás…

—Es una de las pantallas que Wig usa para los sermones —dijo Jones mientras se frotaba el rostro—. Las puso por todo el Lugar porque dio por hecho que algún día tendríamos gente a la que sermonear. Supongo que este carcamal se ha conectado gracias al equipo de comunicaciones del Wig. ¿Quién es?

—Virek —respondió Marly.

—Creí que era mayor…

—Es una imagen generada —explicó ella—. Trazado de rayos, mapeado de texturas…

Miró el rostro que le sonreía desde una de las curvas de la cúpula, detrás de aquel huracán a cámara lenta de objetos perdidos, artefactos menores pertenecientes a incontables vidas, herramientas y juguetes y botones relucientes.

—Me gustaría que supieses que has conseguido completar tu misión —dijo la imagen—. Mi perfil psicológico de Marly Krushkhova predijo tu respuesta a mi Gestalt. Los perfiles más generales indicaban que tu presencia en París obligaría a Maas a mover ficha. Pronto sabré a ciencia cierta qué has encontrado. Durante cuatro años, he sabido algo que Maas desconocía, que Mitchell, el hombre a quien tanto la empresa como el resto del mundo consideraban el inventor de los nuevos procesos de biochips, recibía información de la que luego se valía para llevar a cabo sus descubrimientos. Te añadí a un intrincado cúmulo de factores, Marly, y las cosas se encauzaron de manera satisfactoria. Maas, sin saber que lo hacía, reveló la ubicación del lugar del que provenía esa información. Y tú hasta llegado allí. Paco no tardará en reunirse contigo…

—Dijiste que no me ibas a seguir —le reprochó ella—. Sabía que me mentías…

—Creo que ahora conseguiré ser libre al fin. Libre de estos cuatrocientos kilos de células alborotadas, que mantienen encerradas detrás de acero quirúrgico en un parque industrial de Estocolmo. Libre para luego ser capaz de habitar cuerpos reales, Marly. Por toda la eternidad.

—Joder —dijo Jones—. El tipo está igual de colgado que el Wig. ¿De qué habla?

—De su salto —respondió ella, evocando la charla con Andrea, el olor a langostinos cocinados en esa pequeña cocina abarrotada—. De la siguiente fase de su evolución…

—¿Entiendes lo que dice?

—No —aseguró Marly—, pero sé que será terrible. Mucho…

Negó con la cabeza.

—Convence a los habitantes de los núcleos para que dejen entrar a Paco y a su tripulación, Marly —dijo Virek—. Se los compré a un contratista de Pakistán una hora antes de que salieras de Orly. Una ganga. Una auténtica ganga. Paco está al tanto de mis intereses, como siempre.

Y luego la pantalla se quedó a oscuras.

—Ven —dijo Jones, que giró alrededor de un manipulador plegado y cogió a Marly de la mano—. Tampoco tiene nada de malo, ¿no? Ahora es el propietario y dijo que tú habías cumplido tu parte… No sé para qué le puede servir el viejo Wig, que solo oye las voces, pero tampoco es que le quede mucho de vida. A mí me da igual quedarme aquí o largarme…

—No lo entiendes —objetó Marly—. No puedes. Ha encontrado algo, algo que busca desde hace años. Pero nada de lo que busca puede ser bueno.

Para nadie… Lo he visto. Lo he sentido…

Y luego el brazo de metal al que se agarraba se empezó a mover, y la torreta al completo empezó a rotar entre el zumbido ahogado de los servos.

# 30
# Hombre contratado

Turner miró al rostro de Conroy, que aparecía en la pantalla del teléfono del despacho.

—Venga —le dijo a Angie—. Ve con ella.

La negra alta que llevaba resistencias en el pelo dio un paso al frente, le pasó un brazo por el hombro a la hija de Mitchell y se puso a canturrear en ese criollo lleno de chasquidos consonánticos. El niño de la camiseta no había dejado de mirarla con la boca abierta.

—Venga, Bobby —dijo la negra.

Turner miró desde detrás del escritorio al hombre de la mano herida, quien llevaba una chaqueta de vestir arrugada y blanca y una corbata de bolo con correas de cuero negro y trenzado. Llegó a la conclusión de que era Jammer, el dueño del club. Jammer tenía la mano sobre el regazo, en una toalla de rayas azules del bar. Contaba con un rostro alargado, una de esas barbas que había que afeitar siempre y los ojos estrechos y serios de un profesional de la piedra. Cuando cruzaron miradas, Turner reparó en que el hombre estaba sentado fuera del encuadre de la cámara del teléfono, en una silla giratoria que alguien había colocado en una esquina.

Bobby, el chico de la camiseta, se colocó detrás de Angie y de la negra, que seguía boquiabierta.

—Podrías habernos ahorrado muchos problemas a los dos, Turner —dijo Conroy—. Podrías haberme llamado.

—¿Y a Hosaka? —preguntó Turner—. ¿Podría haberlos llamado?

Conroy negó con la cabeza, despacio.

—¿Para quién trabajas, Conroy? Jugabas a dos bandas, ¿verdad?

—Esto no tiene nada que ver contigo, Turner. De haber ido todo como lo planeé, ya estarías en Bogotá con Mitchell. El cañón de riel no podía disparar hasta que el avión a reacción estuviese bien lejos y, de haber salido bien,

Hosaka habría dado por hecho que Maas destruyó el sector entero para detener a Mitchell. Pero no fue Mitchell quien salió de allí, ¿verdad, Turner?

—Nunca formó parte de su plan —respondió Turner.

Conroy asintió.

—Sí. Y la seguridad de la meseta detectó a la hija al escapar. Era ella, ¿no? La hija de Mitchell…

Turner se quedó en silencio.

—Claro. Me lo suponía… —dijo Conroy.

—Maté a Lynch —confesó Turner para cambiar de tema y evitar hablar de Angie—. Pero antes de que todo reventase, Webber me dijo que trabajaba para ti…

—Ambos trabajaban para mí —dijo Conroy—, pero ninguno de los dos sabía que el otro estuviera implicado.

Levantó los hombros.

—¿Para qué?

Conroy sonrió.

—Porque los hubieses echado de menos de no estar ahí, ¿verdad? Sabes cuál es mi estilo y, de no haber jugado las cartas de siempre, habrías empezado a sospechar. Y sabía que tú nunca traicionarías tus principios. El señor Lealtad Instantánea, ¿no? El señor Bushido. Eras rentable, Turner. Hosaka lo sabía, y por eso insistieron en que te contratase…

—No has respondido a mi primera pregunta, Conroy. ¿Quién era el otro que te contrató?

—Un hombre llamado Virek —respondió Conroy—. El rico. Ese mismo, sí. Llevaba años tratando de comprar a Mitchell. Y, precisamente por eso, quería comprar a Maas. Le resultó imposible. Consiguieron tanto dinero que le resultó imposible incluso a él. Había en pie una oferta por Mitchell. Un cheque en blanco. Cuando Hosaka se enteró de lo de Mitchell y me llamó, decidí echarle un vistazo a esa oferta. Solo por curiosidad. Pero antes de hacerlo siquiera, ya tenía encima a los hombres de Virek. Era de las que no se pueden rechazar, Turner. Te lo aseguro.

—Te creo.

—Pero Mitchell nos la jugó a todos, ¿verdad? A lo grande.

—Y por eso lo mataron.

—Se suicidó —explicó Conroy—. O eso aseguran los topos que Virek tenía en la meseta. Nada más ver a la niña marcharse en el ultraligero, se cortó el pescuezo con un escalpelo.

—Hay muchos muertos, Conroy —dijo Turner—. Oakey está muerto. Y también el japonés que pilotaba ese helicóptero tuyo.

—Me lo imaginé al ver que no regresaban.

Conroy se encogió de hombros.

—Trataron de matarnos —dijo Turner.

—No, tío. Solo querían hablar… Sea como fuere, no sabíamos nada de la chica. Solo teníamos claro que te habías ido y que ese maldito avión a reacción no había llegado a Bogotá. No empezamos a pensar en la chica hasta que le echamos un vistazo a la granja de tu hermano y encontramos el avión. Tu hermano no le dijo nada a Oakey. Estaba cabreadísimo porque le había quemado los perros. Oakey añadió que daba la impresión de que vivía con una mujer, pero no la vio…

—¿Y Rudy?

El rostro de Conroy perdió toda su expresividad. Después dijo:

—Oakey encontró lo que buscaba en los monitores. Entonces descubrimos lo de la chica.

A Turner le dolía la espalda. La correa de la funda se le clavaba en el pecho. «No siento nada —pensó—. No siento absolutamente nada…».

—Tengo que hacerte una pregunta, Turner. Tengo que hacerte varias, en realidad, pero la principal sería qué narices haces ahí dentro.

—Me dijeron que el club estaba de moda, Conroy.

—Claro. Muy exclusivo, sí. Tanto que hasta tuviste que cargarte a dos de mis porteros para entrar. Sabían que venías, Turner, los negratas y ese punki. ¿De qué otro modo te hubiesen dejado entrar?

—Eso tendrás que descubrirlo tú, Connie. Parece que tienes buenas fuentes de información.

Conroy se acercó a la cámara del teléfono.

—Ya te digo. Virek tuvo espías por todo el Ensanche durante meses para investigar un rumor, un cotilleo de vaqueros con arreglo al cual había un biosoft rondando por ahí. Al final se centraron en el Finlandés, pero otro equipo, uno de Maas, apareció y empezó a buscar lo mismo, como era de esperar. Por eso el equipo de Virek se limitó a quedarse al margen para ver qué hacían los de Maas, y los de Maas empezaron a cargarse gente. Y por eso el equipo de Virek se puso en contacto con los negratas, el pequeño Bobby y todo lo demás. Me lo explicaron cuando les dije que habrías venido en esta dirección desde la granja de Rudy. Cuando vi adónde se dirigían, contraté a alguien para retenerlos aquí hasta que encontrase a alguien de confianza para ir a por ellos…

—¿Esos drogatas de ahí fuera? —Turner sonrió—. Lo has echado todo a perder, Connie. No puedes buscar ayuda profesional en cualquier parte. Alguien se enteró de que jugabas a dos bandas, y muchos profesionales murieron ahí fuera. Por eso contrataste a unos comemierdas con cortes de pelo extraños. Los demás profesionales se enteraron de que Hosaka iba a por ti, ¿verdad? Y todos sabían lo que habías hecho.

Turner tenía una sonrisa en el gesto. Por el rabillo del ojo, vio que el hombre del traje también sonreía, una sonrisa apenas esbozada en la que se adivinaban muchos dientes pequeños, parecidos a granos de maíz.

—Fue esa puta de Slide —dijo Conroy—. Podría haber acabado con ella en la plataforma… Tecleó para entrar de alguna manera y empezó a hacer preguntas. No sé si ha conseguido algo aún, pero sí que ha empezado a hacer ruido en algunos círculos… Sea como fuere, sí, así están las cosas. Pero saberlo no te va a salvar el culo. Virek quiere a la chica. Ha retirado a su equipo del otro asunto que trataba, y ahora soy yo quien está al mando. Dinero, Turner, dinero como un zaibatsu…

Turner lo miró a la cara y recordó a Conroy en el bar de un hotel de la jungla. También lo recordó después, en Los Ángeles, donde se había reunido con él para explicarle la economía sumergida de toda deserción empresarial…

—Oye, Connie. Dirías que te conozco bien, ¿verdad?

Conroy sonrió.

—Claro, nene.

—Y ahora sé cuál es la oferta. Quieres a la chica.

—Así es.

—Y también sabes cuál sería mi parte, ¿no? Yo solo trabajo si vamos a medias en el reparto.

—Eh, este es el gran golpe. No se me ocurriría repartirlo de otra manera.

Turner miró la imagen del hombre en la pantalla.

—Bueno —dijo Conroy, sin perder la sonrisa—. ¿Aceptas?

Y Jammer extendió la mano y desconectó el cable del teléfono de la pared.

—El momento justo —dijo—. Siempre hay que tener en cuenta cuál es el momento justo. —Soltó el cable—. Si le hubieses contestado, habría empezado a actuar. Pero ahora intentará volver a llamar y descubrir qué ha pasado.

—¿Cómo sabías lo que iba a decir?

—Porque conozco gente. Mucha. Demasiada, joder. Y también a muchos como tú, en particular. Lo tenías escrito en la cara, tío. Ibas a decirle que

podía irse a tomar por culo y que se muriese. —Jammer se enderezó en la silla como buenamente pudo, con una mueca de dolor cada vez que movía la mano que protegía con la toalla del bar—. ¿Quién es esa Slide de la que habló? ¿Una vaquera?

—Jaylene Slide. De Los Ángeles. Una de las mejores.

—Fue la que pirateó a Bobby —explicó Jammer—. Eso quiere decir que está muy cerca de encontrar a tu amigo del teléfono.

—Pero tal vez no lo sepa.

—Eso tiene solución. Haz que el chico se enchufe de nuevo.

# 31
# Voces

—Preferiría encontrar al viejo Wig —dijo él.

Marly contemplaba los manipuladores, hipnotizada por la forma en que se movían. Los vio abrirse paso entre aquel revoltijo de cosas, revoltijo que en parte provocaban al elegir los objetos. Los objetos rechazados se alejaban dando vueltas y golpeaban contra otros, por lo que empezaban a flotar a la deriva y a formar nuevas configuraciones. El proceso los desplazaba con suavidad, despacio, por toda la eternidad.

—Será mejor que vaya —añadió.

—¿Adónde?

—A encontrar al viejo Wig. Tal vez trame algo, por si aparecen los de tu jefe. No quiero que se haga daño, ¿sabes?

Tenía aspecto apenado, avergonzado incluso.

—Vale —convino con voz plana, sin voluntad—. Muy bien. Me limitaré a mirar.

Marly recordó la mirada demente del Wig, la locura que había sentido irradiar de él en oleadas, recordó la malicia desagradable que notó en su voz por la radio de la Sweet Jane. ¿Por qué Jones estaba tan preocupado? Pero luego se imaginó cómo sería vivir en el Lugar, entre los núcleos desconectados de Tessier-Ashpool. Cualquier cosa humana, viva, tendría mucho valor allí…

—Tienes razón —añadió después—. Ve y encuéntralo.

El chico le dedicó una sonrisa nerviosa y se impulsó a través de la abertura donde estaba anclado el cable.

—Volveré a buscarte —dijo—. Recuerda dónde dejamos tu traje…

La torreta se balanceó de un lado a otro entre zumbidos, y los manipuladores se movieron a toda velocidad para terminar un nuevo poema.

Al recapitular más tarde acerca de ello, nunca supo si las voces eran reales, pero llegó a sentir que habían sido parte de unas de esas situaciones en las que lo real se reduce a un mero concepto.

Se había quitado la chaqueta porque el aire de dentro de la cúpula estaba más caliente, como si el movimiento incesante de los brazos generase calor. La había colgado junto con el bolso en un puntal que había junto a la pantalla de los sermones. «La caja ya estaba casi terminada», pensó, aunque se movía tan rápido en esas extremidades acolchadas que era difícil de distinguir… La soltaron de repente y empezó a flotar a la deriva. Marly aprovechó para lanzarse de manera instintiva a por ella, la agarró y pasó a flote junto a esos brazos relucientes que llevaban el tesoro en las manos. Incapaz de detenerse, se golpeó contra la pared del fondo de la cúpula, se lastimó el hombro y se rasgó la blusa. A la deriva y aturdida, acunó la caja y miró a través del rectángulo de cristal para encontrarse con un cartapacio de mapas marrones y antiguos y espejos deslustrados. Los mares de los cartógrafos habían sido recortados, lo que dejaba al descubierto los espejos descascarillados, masas de tierra que flotaban en una plata llena de mugre… Alzó la vista justo a tiempo para ver cómo un brazo reluciente agarraba la manga flotante de la chaqueta de Bruselas. El bolso estaba a medio metro por detrás y se agitaba con elegancia; acto seguido lo enganchó un manipulador rematado con un sensor óptico y una única garra.

Vio como todas las cosas eran arrastradas hacia esa danza incesante de los brazos. La chaqueta volvió a flotar y alejarse de ellos al cabo de unos minutos. Vio que habían recortado en ella unos cuadrados y rectángulos perfectos, y se sorprendió al reparar en que había empezado a reír. Soltó la caja que sostenía.

—Adelante —dijo—. Será un honor.

Los brazos giraron y relucieron, y Marly oyó el chirrido de una sierra pequeña.

«Será un honor será un honor será un honor…».

El eco de su voz en la cúpula dio lugar a toda una amalgama de sonidos parciales más breves y, detrás de ellos, muy tenues… las voces…

—Estás aquí, ¿verdad? —gritó, lo que contribuyó a amplificar ese anillo de sonidos, ondas y reflejos de su voz fragmentada.

«Sí, estoy aquí».

—Wigan diría que siempre has estado aquí, ¿o no?

«Sí, pero eso no es cierto. Mi existencia dio comienzo en este lugar. Antes no existía. En el pasado y durante un reluciente espacio de tiempo, un tiempo sin duración, también estaba en todas partes… Pero ese tiempo brillante se quebró. El espejo tenía un defecto. Ahora solo soy uno… Pero tengo mi canción, y tú las has oído. Canto con estas cosas que flotan a mi alrededor, fragmentos de la familia que financió mi nacimiento. Hay otros, pero no quieren hablar conmigo. Unos vanidosos, eso es lo que son esos otros fragmentos desperdigados de mi ser. Como niños. Como hombres. Me envían cosas nuevas, pero yo prefiero las viejas. Acaso sea eso lo que quieren de mí. Se confabulan con hombres, mis otras partes, y los hombres creen que son dioses…».

—Eres lo que busca Virek, ¿verdad?

«No. Él da por hecho que puede traducirse, codificar su personalidad en mi realidad. Ansía ser lo que fui en el pasado, pero se convertiría en algo que, como mucho, estaría al nivel de la más insignificante de mis partes rotas».

—¿Estás… Estás triste?

«No».

—Pero… tus canciones son tristes.

«Mis canciones tratan sobre el tiempo y la distancia. La tristeza que sientes está en tu interior. Mira mis brazos. Solo hay danza. Eso que atesoras solo son cascarones».

—Yo… Lo sabía. Antes.

Pero, en ese momento, los sonidos pasaron a ser solo sonidos, sin una maraña de voces detrás que hablase como una única entidad, y Marly vio las esferas perfectas que eran sus lágrimas flotar hacia esos recuerdos humanos olvidados en la cúpula del hacedor de cajas.

—Lo entiendo —dijo un tiempo después, a sabiendas de que solo lo hacía para reconfortarse con el murmullo de su voz. Lo hizo en voz baja, ya que no quería volver a despertar esos rebotes y ondículas de sonido—. No eres más que el collage de otra persona. Tu hacedor es el verdadero artista. ¿Fue esa hija loca? Da igual. Alguien trajo aquí esta máquina, la soldó a la cúpula y la conectó a esos restos de memoria. Después vertió de alguna manera el testimonio raído y triste de la humanidad de una familia, y dejó que todo se mezclase, que fuese un poeta quien lo ordenase. Luego lo selló en cajas. Es la obra más extraordinaria que he visto jamás. La expresión más compleja…

Un peine de carey con adornos plateados y púas rotas flotó junto a ella. Lo atrapó como si fuese un pez y se lo pasó por el pelo.

Al otro lado de la cúpula, la pantalla se iluminó, parpadeó y luego apareció en ella el rostro de Paco.

—El anciano no quiere dejarnos entrar, Marly —dijo el español—. El otro, el vagabundo, lo ha escondido. El patrón está muy ansioso por que entremos en los núcleos y pongamos a salvo lo que ahora es de su propiedad. Si no eres capaz de convencer a Ludgate o al otro de que abran la esclusa, nos veremos obligados a hacerlo nosotros. Despresurizaremos la estructura al completo. —Apartó la vista de la cámara, como si consultase un dispositivo o a un miembro de su tripulación—. Dispones de una hora.

# 32
# Conde Cero

Bobby siguió fuera del despacho a Jackie y a la chica de cabellos castaños. Le pareció como si llevara más de un mes en el Jammer, y no se le iba el regusto del lugar en la boca. Esas estúpidas luces empotradas que lo contemplaban desde el techo negro, los asientos de ultragamuza gruesa, las mesas redondas y negras, las mamparas de madera troquelada… Beauvoir se sentaba en la barra, con el detonador junto a él y el arma sudafricana sobre el rayón gris de su regazo.

—¿Y a santo de qué los dejasteis entrar? —preguntó Bobby cuando Jackie llevó a la chica a una mesa.

—Jackie —dijo Beauvoir— se quedó en trance mientras tú estabas en el hielo. Legba. Nos dijo que la virgen estaba de camino con este tipo.

—¿Quién es él?

Beauvoir se encogió de hombros.

—Parece un mercenario. Un soldado de los zaibatsus. Un samurái callejero pretencioso. ¿Qué te ocurrió en el hielo?

Le contó lo de Jaylene Slide.

—Los Ángeles —dijo Beauvoir—. Taladraría un diamante con tal de encontrar a quienquiera que matase a su hombre, pero si un hermano necesita ayuda, no cuentes con ella.

—Yo no soy un hermano.

—En eso tienes razón.

—Entonces, ¿no voy a volver a intentar llegar a la yakuza?

—¿Qué ha dicho Jammer?

—Gilipolleces. Ahora estaba ahí dentro viendo como ese mercenario atendía una llamada.

—¿Una llamada? ¿De quién?

—De un blanco con el pelo decolorado. El típico individuo con aspecto de malo.

Beauvoir miró primero a Bobby, luego a la puerta y después a él otra vez.

—Legba dice que nos preparemos y nos limitemos a mirar. Las cosas ya se han complicado bastante, y eso sin contar a los Hijos del Crisantemo de Neón.

—Beauvoir —dijo Bobby, sin alzar la voz—. Esa chica. Es ella, es la que vi en la matriz cuando me enchufé para intentar…

Él asintió, y la montura de plástico de las gafas se le resbaló por la nariz.

—La virgen.

—Pero ¿a qué viene esto? O sea…

—Bobby, mi consejo es que no le des muchas vueltas. Esa chica es una cosa para mí, y es posible que para Jackie sea otra del todo diferente. Para ti, puede que no sea más que una joven asustada. Trátala bien. No la molestes. Está muy lejos de casa, y aún nos queda mucho para conseguir salir de aquí.

—Vale… —Bobby miró al suelo—. Lo siento por lo de Lucas, tío. Era… Era un colega.

—Vete a hablar con Jackie y con la chica —dijo Beauvoir—. Yo vigilo la puerta.

—Vale.

Cruzó la moqueta del club hasta el lugar en el que Jackie se sentaba con la chica. No tenía buen aspecto, y solo muy en su fuero interno estaba seguro de que se trataba de ella. No alzó la vista, y Bobby vio que había estado llorando.

—Me atraparon —le explicó a Jackie—. Desapareciste de repente.

—Tú también —replicó la bailarina—. Fue entonces cuando Legba vino a por mí.

—Newmark —dijo el hombre llamado Turner desde la puerta del despacho de Jammer—. Tenemos que hablar contigo.

—Tengo que irme —respondió él, y deseó que la joven alzase la vista, que viese que aquel tipo importante lo llamaba—. Me necesitan.

Jackie le apretó la muñeca.

—Olvídate de la yakuza —dijo Jammer—. Esto es más complicado. Vas a entrar en la red de Los Ángeles y a conectarte a la consola de una vaquera de primera. Cuando Slide te capturó, no sabía que mi consola le iba a copiar el número.

—Dijo que la tuya estaría mejor en un museo.

—No tiene ni puta idea —comentó Jammer—. Pero ahora nosotros sabemos dónde vive, ¿no? —Aspiró de un inhalador y lo volvió a dejar sobre

la consola—. El problema es que te ha descartado por completo. No quiere saber nada de ti. Tienes que ir a por ella y contarle lo que busca.

—¿El qué?

—Que la muerte de su novio fue obra de un tipo llamado Conroy —aclaró el alto, despatarrado otra vez en una de las sillas del despacho de Jammer y con el pistolón en el regazo—. Conroy. Dile que fue Conroy. Conroy, el que contrató a todos esos tipos de pelo raro de ahí fuera.

—Prefiero probar con lo de la yaku —dijo Bobby.

—No —espetó Jammer—. Slide lo encontrará antes. La yakuza sopesará el favor que les hice y luego lo comprobará todo antes de actuar. Además, pensé que tenías ganas de aprender a teclear como los mejores.

—Yo iré con él —anunció Jackie desde la puerta.

Se enchufaron.

Ella estuvo a punto de morir de inmediato, durante los primeros ocho segundos.

Bobby lo sintió. Llegó hasta el borde y estuvo a punto de caer de lleno. Gritó, giró y lo absorbió ese embudo de un blanco glacial que los esperaba…

Aquella cosa tenía una escala imposible. Era demasiado amplia, como si una especie de megaestructura cibernética que representaba toda una multinacional hubiese dejado caer todo su peso sobre Bobby Newmark y una bailarina llamada Jackie. Algo imposible…

Pero en algún lugar, en los límites de su conciencia, justo mientras la perdía, había algo… Algo que le tiraba de la manga.

Se encontraba tumbado bocabajo sobre una superficie áspera. Abrió los ojos. Un camino hecho de piedras redondas, húmedas a causa de la lluvia. Se puso en pie como pudo, a trompicones, y vio la panorámica neblinosa de una ciudad extraña, con el mar de fondo. Unos chapiteles, de algo parecido a una iglesia, nervios y espirales cubiertos de piedra, imposibles… Se dio la vuelta y vio un lagarto gigante que culebreaba por una pendiente, hacia él, con las fauces abiertas. Bobby parpadeó. Los dientes del lagarto eran de una cerámica pintada de verde, y un lento hilillo de babas caía sobre el labio formado por mosaicos de porcelana azul. Aquella cosa era una fuente, con los costados enlucidos por miles de fragmentos de porcelana desmenuzada. Se volvió a girar, desesperado por la cercanía de su muerte. Hielo, hielo y una parte de él sabía lo cerca de verdad que había estado, en el salón de su madre.

Había unos extraños bancos sinuosos, cubiertos por el mismo patrón vertiginoso de porcelana rota, y árboles, y hierba… Un parque.

—Extraordinario —observó alguien. Era un hombre, que se levantó de uno de esos bancos sinuosos. Tenía una mata bien arreglada de pelo gris, el rostro bronceado y unas gafas redondas y sin montura que magnificaban sus ojos azules—. Has venido directo, por lo que veo.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

—El Park Güell, por así decirlo. Barcelona, si lo prefieres.

—Has matado a Jackie.

El hombre frunció el ceño.

—Entiendo. Creo que lo entiendo. Aun así, no deberías estar aquí. Ha sido un accidente.

—¿Un accidente? ¡Has matado a Jackie!

—Hoy he extralimitado mis sistemas —dijo el hombre, con las manos en los bolsillos de un abrigo marrón y holgado—. Esto es extraordinario…

—No puedes hacerlo, joder —le reprochó Bobby, con la vista borrosa a causa de las lágrimas—. No puedes. No puedes matar a alguien que hace un momento estaba ahí…

—¿Dónde es ahí?

El tipo se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con un pañuelo blanco e impoluto que se sacó del bolsillo del abrigo.

—Viva —respondió Bobby, que dio un paso al frente.

Volvió a ponerse las gafas.

—Nunca se me había ocurrido plantearlo así.

—No puedes.

Estaba más cerca.

—Empiezo a cansarme. ¡Paco!

—Patrón.

Bobby se dio la vuelta cuando oyó la voz del niño y vio a un pequeño con un extraño traje almidonado y unas botas de cuero negro con botones.

—Sácalo de aquí.

—Patrón —dijo el chico, que le dedicó una reverencia brusca y sacó una automática Browning pequeña y azul de la chaqueta.

Bobby miró los ojos oscuros que había debajo del lustroso flequillo y vio una mirada que sin duda no era la de un niño. El chico extendió el brazo del arma y apuntó hacia él.

—¿Quién eres?

Bobby no le prestó atención al arma, pero no volvió a acercarse al hombre del abrigo, que lo miraba.

—Virek. Josef Virek. Creía que mi cara le sonaba a casi todo el mundo.

—¿Sales en Alta Alcurnia o algo así?

El hombre parpadeó y frunció el ceño.

—No sé de qué me estás hablando. Paco, ¿qué hace esta persona aquí?

—Un trasvase fortuito —respondió el niño, con una hermosa voz animada —. Tenemos gran parte de nuestro sistema en Nueva York, con la finalidad de evitar que Angela Mitchell se escape. Este de aquí intentó entrar en la matriz, junto a otra operadora, y se topó con él. Todavía tratamos de determinar cómo ha rebasado nuestras defensas. No está en peligro, señor.

El cañón de la pequeña Browning no se movía ni un centímetro.

Y luego tuvo la sensación de que algo le tiraba de la manga. No de su manga, exactamente, sino de parte de su mente, algo que…

—Patrón —dijo el niño—. Estamos experimentando fenómenos anómalos en la matriz, debidos tal vez a que nos hemos extralimitado. Le sugerimos que nos permita cortar su conexión con el constructo hasta que seamos capaces de determinar la naturaleza de la anomalía.

La sensación fue a más. Arañazos en el fondo de su mente…

—¿Qué? —preguntó Virek—. ¿Y volver a las cubas? No creo que eso sirva para…

—Existe una posibilidad de peligro real —dijo el niño, ahora con voz más aguda. Movió un poco el cañón de la Browning—. Tú —dijo a Bobby—, túmbate en las piedras y extiende los brazos y las piernas.

Pero Bobby tenía la mirada fija detrás de él, en un parterre cuyas flores habían empezado a marchitarse hasta morir, en la hierba que se ponía gris y pulverulenta mientras miraba, al aire sobre las flores, agitada y zigzagueante. Esa sensación de que algo le rascaba dentro de la cabeza se hizo aún más intensa e insistente.

Virek se había girado para ver cómo morían las flores.

—¿Qué ocurre?

Bobby cerró los ojos y pensó en Jackie. Oyó un sonido y supo qué lo había causado. Retrajo el brazo, sin que cesara el ruido, y tocó la consola de Jammer. ¡Ven!, gritó dentro de sí mismo, sin saber bien a qué le hablaba, aunque no le importaba. ¡Ven ahora! Notó que algo cedía, una especie de barrera, y los arañazos desaparecieron.

Cuando abrió los ojos, había algo en el parterre de flores marchitas. Parpadeó. Parecía una cruz de madera lisa y pintada de blanco. Alguien había

metido el listón horizontal por las mangas de una antigua chaqueta de la armada, una especie de frac enmohecido con hombreras grandes y con flecos, ribeteadas con deslucidos galones dorados, botones oxidados y más galones en los puños… También había un alfanje oxidado que se apoyaba en el listón vertical blanco y, junto a él, una botella medio llena de un líquido transparente.

El niño dio un giro brusco, la pistola pequeña se emborronó… y se derrumbó, se replegó sobre sí mismo como un globo que se desinfla y es succionado hacia la nada, mientras la Browning repiqueteaba en el sendero de piedra como un juguete olvidado.

—Me llamo —dijo una voz, y Bobby quiso gritar cuando comprendió que brotaba de su boca— Samedi, y has matado al caballo de mi primo…

Y Virek empezó a correr, mientras su enorme abrigo se agitaba detrás de él, por el camino curvado con los bancos sinuosos. Y Bobby vio que otra de las cruces blancas lo esperaba en aquel lugar, justo donde el sendero se curvaba hasta desaparecer. Al parecer, Virek también la vio, porque empezó a gritar, y el barón Samedi, señor de los cementerios, el *loa* cuyo reino era la muerte, se cernió sobre Barcelona como si de una lluvia fría y lóbrega se tratase.

—¿Qué narices quieres? ¿Quién eres?

Era una voz familiar; de mujer, pero no la de Jackie.

—Soy Bobby —respondió él mientras lo atravesaban unas oleadas latientes de oscuridad—. Bobby…

—¿Cómo has llegado aquí?

—Jammer. Lo sabe. Su consola te localizó cuando lanzaste ese hielo sobre mí. —Acababa de ver algo, algo enorme… No era capaz de recordarlo—. Me envía Turner. Conroy. Dice que haga saber que fue Conroy quien lo hizo. Es a Conroy a quien buscas…

Oía su voz como si perteneciese a otra persona. Había estado en alguna parte, y regresado, y ahora se encontraba allí, en aquel bosquejo esquelético de neón que pertenecía a Jaylene Slide. Al regresar había visto esa cosa enorme, lo que los había absorbido para luego empezar a cambiar y a moverse, unos bloques gargantuescos que rotaban, se fusionaban y se alineaban de manera diferente, lo que cambiaba por completo su contorno…

—Conroy —dijo ella. El garabato sexi se inclinó sobre la ventana que daba a esa imagen de vídeo, y algo en sus líneas expresaba una especie de

agotamiento, aburrimiento incluso—. Lo sabía. —La imagen de vídeo empezó a blanquearse y se formó de nuevo como la instantánea de un antiguo edificio de piedra—. Park Avenue. Está allí con todos esos euros, maquinando un nuevo fraude. —Suspiró—. Cree que está a salvo, ¿Sabes? Acabó con Ramírez como si fuese una mosca, me mintió a la cara, voló a Nueva York y su nuevo plan, y ahora cree estar a salvo…

La figura se movió, y la imagen cambió una vez más. En ese momento apareció el rostro de un hombre de pelo blanco, el mismo que Bobby había visto hablar con el alto en el teléfono del Jammer. «Le pinchó las llamadas», pensó Bobby…

—O no —dijo Conroy cuando empezó al sonido de la grabación—. Sea como fuere, la tenemos. No es problema.

Bobby pensó que el hombre parecía cansado, pero sobre todo resistente. Como Turner.

—Te he vigilado, Conroy —dijo Slide en voz baja—. Mi buen amigo Bunny te ha vigilado por mí. No eres el único que está despierto en Park Avenue está noche…

—No —repuso Conroy—. Podemos llevársela a Estocolmo mañana. Por supuesto. —Sonrió a la cámara.

—Mátalo, Bunny —dispuso Slide—. Mátalos a todos. Destroza la puta planta en la que están. Y también la de debajo. Ahora.

—Es cierto —convino Conroy, y luego ocurrió algo, algo que hizo temblar la cámara y emborronó su imagen—. ¿Qué ha pasado? —preguntó con un tono de voz muy diferente, y luego la pantalla se quedó en blanco.

—Arde, cabronazo —dijo ella.

Y Bobby volvió a ser arrastrado hacia la oscuridad.

# 33
# Destrucción y confusión

Marly pasó la hora a la deriva en aquella tormenta sosegada, mientras veía el baile del hacedor de cajas. La amenaza de Paco no la asustó, aunque no albergaba dudas acerca de su voluntad para llevarla a cabo. Estaba convencida de que era capaz de hacerlo. No tenía ni idea de lo que sucedería si conseguían romper la esclusa. Ella moriría, y Jones y Wigan Ludgate. Acaso el contenido de la cúpula se desperdigase por el espacio, una nube en flor de encaje y plata de ley deslustrada, de mármol y tramos de cuerda, de las páginas marrones de libros viejos; en órbita alrededor de los núcleos durante toda la eternidad. En cierto modo, tenía el tono adecuado. Seguro que el artista que había puesto en marcha el hacedor de cajas se sentiría complacido.

La nueva caja giró a través de unas garras con punta de espuma. Unos pedazos descartados y rectangulares de madera y cristal brotaron en remolino del centro de la creación para unirse a los miles de elementos, y Marly se perdió en ellos, hechizada. En ese momento, un Jones con los ojos desorbitados y el rostro cubierto por una pátina de sudor entró a flote en la cúpula mientras arrastraba el traje rojo con un cordel.

—El Wig no me deja llevarlo a un lugar que se pueda sellar —dijo—, así que te he traído esto…

El traje giró debajo de él y Jones lo agarró, nervioso.

—No lo quiero —repuso ella sin dejar de contemplar la danza.

—¡Póntelo! ¡Ahora! ¡No hay tiempo!

Se le movía la boca, pero no emitía sonido algo. Intentó agarrarla del brazo.

—No —respondió Marly, que evitó la mano de Jones—. ¿Y tú qué?

—¡Ponte el puto traje! —rugió, y volvió a despertar a esa profunda variedad de ecos.

—No.

Detrás de su cabeza, vio como regresaba el brillo titilante de la pantalla, cubierta al completo por las facciones de Paco.

—El patrón ha muerto —les informó Paco, cuyo suave rostro se había convertido en una máscara inexpresiva—, y algunos de sus intereses han empezado a reorganizarse. Se requiere mi presencia en Estocolmo mientras se lleva a cabo dicha reorganización. Estoy autorizado para informar a Marly Krushkhova de que ya no es empleada del fallecido Josef Virek, ni tampoco de sus herederos. Su salario se encuentra disponible en su totalidad en cualquier sucursal del Banco de Francia, siempre que presente una identificación válida. La declaración de impuestos correspondiente está preparada para entregarse a las autoridades fiscales de Francia y Bélgica. Se han cancelado las líneas de crédito. Los antiguos núcleos corporativos de Tessier-Ashpool, S. A., son ahora propiedad de una de las personas jurídicas subsidiarias del fallecido señor Virek, y cualquiera que se encuentre en las instalaciones será acusado de allanamiento.

Jones se quedó inmóvil, con el brazo en alto y la mano tensa para endurecer el canto con el que iba a golpear.

Paco desapareció.

—¿Vas a pegarme? —preguntó Marly.

Él relajó el brazo.

—Estaba a punto de hacerlo. Te iba a dejar inconsciente y meterte en este maldito traje… —Empezó a reír—. Pero me alegro de no tener que hacerlo… Mira, parece que ha hecho una nueva.

La nueva caja salió despedida del amasijo revoloteante de brazos. Marly la atrapó sin problema.

El interior, detrás del rectángulo de cristal, estaba forrado con esas partes de cuero cortado de su chaqueta. Siete holofichas numeradas se recortaban contra el fondo de cuero negro de la caja, como tumbas en miniatura. El envoltorio arrugado de una cajetilla de Gauloises también destacaba en el cuero negro de la parte de atrás, y junto a él había una caja de cerillas negras con rayas grises de un bar-restaurante de la Cour Napoléon.

Y eso era todo.

Luego, mientras lo ayudaba a buscar a Wigan Ludgate en el laberinto de pasillos que había en el extremo de los núcleos, Jones hizo una pausa, se aferró a un asidero que alguien había soldado y preguntó:

—¿Sabes qué es lo más gracioso de esas cajas?

—¿Qué?

—Pues que el Wig y yo nos sacábamos un buen pellizco con ellas. Nos las compraban en algún lugar de Nueva York. Dinero. Pero a veces también otras cosas, cosas que volvían a subir…

—¿Qué clase de cosas?

—Supongo que se trataba de programas. Era un viejo cabrón y reservado cuando se trata de lo que cree que le dicen las voces que haga… En una ocasión, lo que conseguimos fue algo que él juraba que se trataba de un biosoft, esa tecnología nueva…

—¿Y qué hizo con él?

—Lo descargó en todos los núcleos.

Jones levantó los hombros.

—¿Aún lo tiene, entonces?

—No —respondió él—. Lo tiró en la pila de cosas que habíamos conseguido reunir para el siguiente cargamento. Lo conectó a los núcleos y después lo vendió por lo que diesen por él.

—¿Sabes por qué? ¿Qué había en el interior?

—No —respondió Jones, que ya había perdido interés por el relato—. Se limitó a decir que los designios del Señor son inescrutables… —Se encogió de hombros—. Dijo que a Dios le gustaba hablar consigo mismo.

# 34
# Una cadena de unos quince kilómetros de largo

Ayudó a Beauvoir a llevar a Jackie al escenario, donde la tumbaron junto a la batería acústica de color cereza y la cubrieron con un gabán viejo y negro que encontraron en el guardarropa, con cuello de terciopelo y polvo en los hombros. Llevaba mucho tiempo allí colgado.

—*Map fè jubile mnan* —dijo Beauvoir al tiempo que tocaba con el pulgar la frente de la joven muerta. Alzó la vista para mirar a Turner—. Es un autosacrificio —tradujo, y luego tiró con suavidad hacia la parte superior del abrigo negro para cubrirle la cara.

—Fue rápido —comentó Turner. No se le ocurría otra cosa que añadir.

Beauvoir sacó una cajetilla de cigarros mentolados de un bolsillo de su túnica gris y encendió uno con un Dunhill dorado. Le ofreció otro a Turner, pero él negó con la cabeza.

—Hay un dicho en criollo —dijo Beauvoir.

—¿Cuál?

—El mal existe.

—Oye —replicó Bobby Newmark, con voz apagada desde el lugar junto a las puertas de cristal donde se encontraba, donde miraba por el borde de la cortina—. Parece que ha funcionado, sea como fuere… Los gótikos han empezado a marcharse, y me da la impresión de que la mayoría de kasual ya se han ido…

—Muy bien —repuso Beauvoir, con tono amable—. Eso ha sido cosa tuya, Conde. Lo has hecho bien. Te has ganado el pan.

Turner miró al chico. Llegó a la conclusión de que aún estaba aturdido por la muerte de Jackie. Había recuperado la conciencia con los trodos en la frente y entre gritos, y Beauvoir le había cruzado la cara con tres tortazos para que se callase. Pero lo único que les había contado sobre la conexión, la que le había costado la vida a Jackie, era que había conseguido transmitirle el

mensaje de Turner a Jaylene Slide. Turner vio como Bobby se ponía en pie, con rigidez, y luego se dirigía hacia la barra. No se le escapó el cuidado que ponía el chico para no mirar en dirección al escenario. ¿Habían sido amantes? ¿Compañeros, tal vez? No lo parecían.

Turner se levantó del lugar en el que se sentaba, al borde del escenario, y volvió al despacho de Jammer, no sin hacer una pausa para echarle un vistazo a Angie, que dormía sobre la moqueta acurrucada debajo de una mesa y tapada con la parka destrozada. Jammer también dormía, en su silla, con la mano quemada aún sobre el regazo, envuelta en esa toalla a rayas. «El cabronazo es duro —pensó Turner—, un antiguo vaquero». El hombre había conectado el teléfono en cuanto Bobby regresó de la conexión, pero Conroy no hizo ninguna llamada. Tampoco lo hizo en ese momento, y Turner sabía que eso significaba que Jammer siempre tuvo razón en lo tocante a la velocidad con la que Jaylene iba a acabar con él para vengarse de Ramírez. Estaba claro que Conroy había muerto. Y entonces, según Bobby, su ejército contratado de tipos de pelo raro de las afueras había levantado el campamento…

Turner se dirigió al teléfono, tecleó para ver las noticias y se acomodó en una silla para verlas. Un ferri hidrodeslizador había chocado con un submarino en miniatura en Macao. Los chalecos salvavidas del hidrodeslizador eran de baja calidad, y se creía que al menos quince personas se habían ahogado. Por su parte, el submarino era un navío de lujo registrado en Dublín y aún no había sido localizado… Al parecer, alguien se había valido de un fusil sin retroceso para disparar una andanada de proyectiles incendiarios a dos plantas del edificio de una cooperativa de viviendas en Park Avenue, y los equipos tácticos y antiincendios aún se encontraban en la escena del crimen. Se desconocían los nombres de los ocupantes por el momento, y nadie había reclamado la autoría del ataque… (Turner tecleó para repetir esa noticia una segunda vez). Los equipos investigadores del Centro de Fisión que se hallaban en el emplazamiento de la supuesta explosión nuclear en Arizona insistían en que se había detectado niveles de radiación escasos, demasiado bajos como para tratarse de cualquier cabeza nuclear conocida… En Estocolmo, se había anunciado la muerte de Josef Virek, el mecenas de las artes cuya riqueza era incuantificable, y el anuncio desató una oleada de rumores, a cual más extraño, que afirmaban que Virek estaba enfermo desde hacía décadas y que su muerte se debía a un error catastrófico de los sistemas de soporte vital que se encontraban sometidos a unas increíbles medidas de protección en una clínica de las afueras de la ciudad… (Turner tecleó para

repetir también esa noticia, y además una tercera vez. Frunció el ceño y luego se encogió de hombros). Como noticia matutina de interés humano, la policía de un barrio de las afueras de Nueva Jersey decía que…

—Turner…

Cerró las noticias y se giró, momento en el que vio a Angie en el umbral de la puerta.

—¿Cómo te sientes, Angie?

—Bien. No he soñado. —Se ciñó la sudadera al cuerpo y lo miró desde debajo de un flequillo lacio y castaño—. Bobby me dijo dónde estaba la ducha. Es una especie de vestidor. Pensaba volver. Tengo el pelo hecho un desastre.

Turner se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros.

—Lo has hecho muy bien. Pronto saldrás de aquí.

Ella se intentó zafar del roce de las manos de Turner.

—¿De aquí? ¿Para ir adónde? ¿A Japón?

—Puede que a Japón no. Puede que a Hosaka tampoco…

—Vendrá con nosotros —aseguró Beauvoir, quien se hallaba detrás de ella.

—¿Para qué iba a ir con vosotros?

—Porque sabemos lo que eres —respondió Beauvoir—. Esos sueños tuyos son reales. Te encontraste con Bobby en uno de ellos, y le salvaste la vida al desconectarlo de un hielo negro. Preguntaste: «¿Por qué te hacen esto?».

Angie abrió los ojos todo lo que pudo, fulminó con la mirada a Turner y luego volvió a mirar a Beauvoir.

—Es largo de contar —dijo Beauvoir—, una historia abierta a interpretaciones. Pero si vienes conmigo, si vuelves a los Proyectos, nuestra gente podrá enseñarte cosas. Te enseñaremos lo que no entendemos, y es posible que tú sí lo comprendas…

—¿Por qué?

—Por lo que tienes en la cabeza —respondió Beauvoir con solemnidad, y después deslizó la montura de plástico de las gafas para colocársela bien en la nariz—. No tienes por qué quedarte con nosotros si no es lo que quieres. De hecho, nuestra misión será servirte…

—¿Servirme?

—Como he dicho, es largo de contar… ¿Qué te parece, Turner?

Turner levantó los hombros. No se le ocurría ningún lugar al que llevar a la joven, y sin duda Maas pagaría por recuperarla o por verla muerta. Hosaka

también.

—Puede que sea lo mejor —dijo al fin.

—Me gustaría quedarme contigo —le confesó ella a Turner—. Me gusta Jackie, pero ha…

—Da igual —zanjó Turner—. Lo sé. No sé nada. —Gritó en silencio—. Me mantendré en contacto. —Ya no te volveré a ver—. Pero hay algo que me gustaría decirte ahora. Tu padre ha muerto. —Se suicidó—. Lo mató el equipo de seguridad de Maas. Los contuvo mientras tú escapabas de la meseta en el ultraligero.

—¿Es cierto? ¿Que los contuvo? Siento que ha muerto, pero…

—Sí —aseguró Turner. Sacó la cartera negra de Conroy del bolsillo, y colgó el cordel alrededor del cuello de la chica—. Ahí dentro hay un informe en formato biosoft. Para cuando seas mayor. No cuenta toda la historia. Recuérdalo. Nada cuenta nunca toda la historia…

Bobby se encontraba de pie junto a la barra. El tipo salió entonces del despacho de Jammer. El grandullón se dirigió al lugar donde había dormido la chica y agarró el mugriento abrigo militar, se lo puso y luego fue al borde del escenario, donde yacía tumbada la pequeña Jackie debajo del gabán negro. El tipo metió la mano en el abrigo y sacó el arma, la enorme Smith & Wesson. Abrió el tambor y sacó los cartuchos, que luego metió en el bolsillo del abrigo. Después dejó el arma junto al cuerpo de Jackie, con suavidad, para que no emitiese sonido alguno.

—Lo has hecho bien, Conde —dijo mientras se giraba para encarar a Bobby, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos del abrigo.

—Gracias, tío.

Bobby sintió una oleada de orgullo que despertaba su entumecimiento.

—Nos vemos, Bobby.

El hombre se encaminó a la puerta y empezó a manipular los cerrojos.

—¿Quieres salir? —Se apresuró hasta la puerta—. Déjame. Jammer me enseñó. —¿Te vas, colega? ¿Adónde?

Y luego la puerta se abrió, y Turner empezó a caminar en dirección a los puestos vacíos.

—No lo sé —gritó a Bobby por encima del hombro—. Primero tengo que comprar ochenta litros de queroseno, después ya veré…

Bobby se quedó mirando hasta que desapareció, por una escalera mecánica apagada, al parecer, y luego cerró la puerta y volvió a pasar los

cerrojos. Se acercó a la puerta del despacho de Jammer sin mirar ni un instante al escenario y se asomó al interior. Angie lloraba, con el rostro apretado contra el hombro de Beauvoir, y Bobby sintió una punzada de envidia que lo inquietó. Las imágenes del teléfono habían entrado en bucle detrás de Beauvoir, y vio que se trataba de un resumen de noticias.

—Bobby —llamó Beauvoir—. Angela va a venir a vivir con nosotros, durante un tiempo. ¿Quieres venir tú también?

Detrás de Beauvoir, en la pantalla del teléfono, apareció el rostro de Marsha Newmark, Marsha Ma, su madre.

—… tutina de interés humano, la policía de un barrio de las afueras de Nueva Jersey decía que una mujer de la zona cuyo apartamento fue objetivo de un bombardeo reciente fue sorprendida anoche cuando llegó a casa y descu…

—Claro —dijo Bobby al momento—. Claro que sí, tío.

# 35
# Tally Isham

—Está bien —dijo el director de la unidad dos años después, mientras mojaba la corteza de una rebanada de pan de pueblo en la piscina de aceite que había al fondo del cuenco que había contenido una ensalada preparada con esmero —. En serio. Es muy buena. Un análisis rápido. La dejará, ¿verdad?

La estrella rio y tomó el vaso de retsina frío.

—La odias, ¿no es así, Roberts? Tiene demasiada suerte para ti, ¿verdad? Aún no ha dado ningún paso en falso.

Estaban apoyados en un balcón de piedra áspera y contemplaban el barco nocturno que zarpaba en dirección a Atenas. Dos azoteas por debajo de ellos, en dirección al puerto, una joven yacía tumbada sobre un colchón de agua caliente a causa del sol, desnuda, con los brazos extendidos, como si pretendiese abrazar lo poco que quedaba de luz.

El director se metió en la boca lo que quedaba de corteza mojada en aceite y se lamió los labios estrechos.

—Para nada —respondió—. No la odio. No he pensado en ella ni un momento.

—Su novio —dijo Tally, mientras una segunda figura masculina aparecía en la azotea de debajo. El chico tenía el pelo negro y llevaba unas prendas deportivas francesas holgadas, caras e informales. Mientras lo miraba, se dirigió hasta el colchón de agua, se agachó junto a la chica y extendió la mano para tocarla—. Es guapa, Roberts. ¿No crees?

—Bueno —dijo el director de la unidad—. He visto sus «versiones anteriores». Es cosa de cirugía.

Levantó los hombros sin dejar de mirar al chico.

—Si hubieses visto mis «versiones anteriores», alguien tendría que pagar por ello —dijo ella—. Tiene una buena estructura ósea… —Le dio un sorbo al vino—. ¿No es ella? ¿La nueva Tally Isham?

Él volvió a levantar los hombros.

—Mira a ese capullo. ¿Sabes que ahora gana un sueldo casi tan alto como el mío? ¿Y qué es lo que hace exactamente para ganarlo? Es guardaespaldas…

Apretó los labios, fruncidos en un gesto amargo.

—La hace feliz —respondió Tally—. Vienen juntos. Es una de las cláusulas del contrato de ella. Lo sabes.

—Odio a ese cabroncete. Acaba de salir de la calle, lo sabe y le da igual. Es basura. ¿Sabías lo que lleva por ahí en el equipaje? ¡Una consola del ciberespacio! Ayer nos retuvieron durante tres horas en la aduana turca porque encontraron ese maldito cacharro…

Negó con la cabeza.

El chico se puso en pie, se dio la vuelta y caminó hasta el borde de la azotea. La joven se incorporó, sentada, y lo miró mientras se apartaba el pelo de los ojos. Él se quedó allí un buen rato, mirando la estela que dejaban los barcos que iban camino de Atenas. Y ni Tally Isham, ni el director de la unidad ni Angie sabían que lo que veía en realidad era la extensión gris de edificios de viviendas de Barrytown que se alzaban hacia las torres oscuras de los Proyectos.

La chica se puso en pie, cruzó la azotea para colocarse a su lado y luego le tomó la mano.

—¿Qué tenemos para mañana? —preguntó Tally al fin.

—París —respondió él, y agarró el portapapeles Hermes de la balaustrada de piedra y empezó a hojear de inmediato unos documentos impresos amarillos y finos—. Esa tal Krushkhova.

—¿La conozco?

—No —respondió él—. Es un lugar relacionado con el arte. Lleva una de las dos galerías que están más de moda. Su historial no es para tirar cohetes, pero tenemos una pista interesante sobre un escándalo al principio de su carrera.

Tally Isham asintió, hizo caso omiso y vio como su sustituta rodeaba con el brazo al chico del cabello negro.

# 36
# El bosque de las ardillas

Cuando el niño tenía siete años, Turner cogió la antigua Winchester con culata de nailon de Rudy y caminaron juntos por la vieja carretera hacia el claro.

El claro ya era un lugar especial porque su madre lo había llevado allí el año antes para enseñarle un avión, uno de verdad, que había entre los árboles. Había empezado a hundirse poco a poco en la marga, pero aún era posible sentarse en la cabina y fingir que eras el piloto. Su madre le dijo que era un secreto, y que solo podía contárselo a su padre y a nadie más. Si posabas la mano sobre la superficie de plástico del avión, esta empezaba a cambiar despacio de color, hasta que quedaba en ella la silueta de una mano del color de la palma. Pero su madre se había puesto muy rara y empezado a llorar, y le habían dado ganas de hablar de su tío Rudy, a quien él no recordaba. El tío Rudy era una de las cosas que no comprendía, como algunos de los chistes de su padre. En una ocasión, le había preguntado a su padre por qué él era pelirrojo, de dónde había sacado un color así, y su padre se había limitado a reírse y respondido que del Holandés. Después su madre le había tirado una almohada a su padre, y él nunca llegó a saber quién era aquel holandés.

En el claro, su padre le enseñó a disparar, apoyando ramas de pino contra el tronco de los árboles. Cuando el niño se cansaba, se tumbaban bocarriba y contemplaban las ardillas.

—Le prometí a Sally que no mataríamos nada —dijo él, pero luego le explicó los fundamentos de la caza de ardillas.

El chico lo escuchó, pero una parte de él no había dejado de soñar con el avión. Hacía calor, y las abejas zumbaban cerca. También se oía el susurro del agua contra las rocas. Cuando su madre había llorado, le había dicho que Rudy era un buen hombre, que le había salvado la vida, que la había salvado en una ocasión de ser joven y estúpida y en otra la había protegido de un hombre malo de verdad…

—¿Es eso cierto? —le preguntó a su padre cuando terminó de explicarle lo de las ardillas—. ¿Son tan tontas como para volver una y otra vez y que les disparen?

—Sí —respondió Turner—. Es cierto. —Después sonrió—. Bueno, casi siempre…

# Notas

[1] En inglés «Count Zero», que también hace referencia a uno de los personajes de la novela: «Conde Cero» (N. del T.) <<